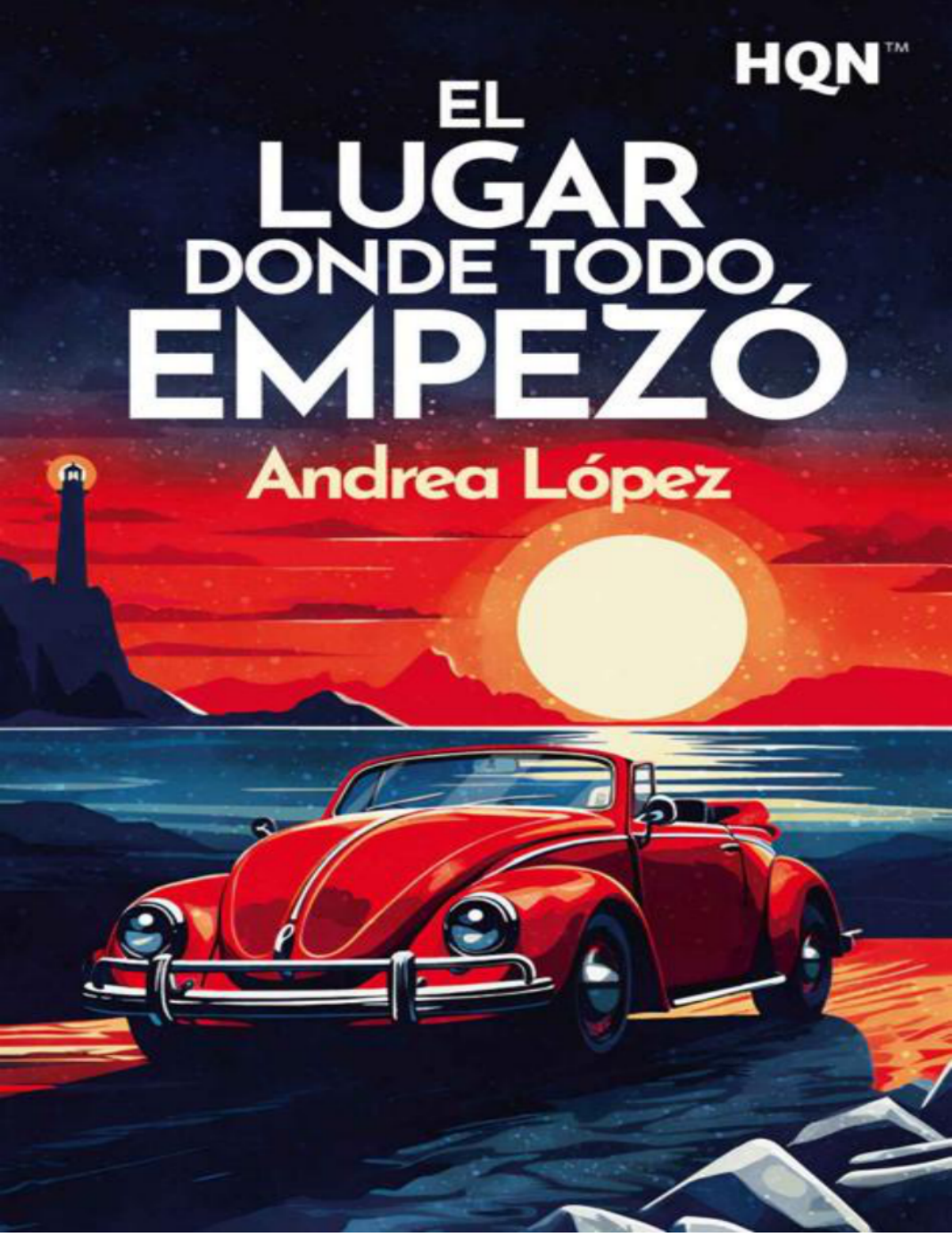
HQN™

EL LUGAR DONDE TODO EMPEZÓ

Andrea López



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2022, 2023 Andrea López
© 2023 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
El lugar donde todo empezó, n.º 281 - septiembre 2023

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 978-84-1180-116-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Biografía
Si te ha gustado este libro…

Gracias a las lectoras cero, a las lectoras
beta, y a todos y todas los que esperáis
con ilusión cada nueva historia.

Prólogo

Lo recuerdo como si fuese ayer: era la tarde del veintidós de noviembre del año mil novecientos cuarenta.

Un aire húmedo y frío nos golpeaba la cara mientras, tomados de la mano, corríamos por el sendero que conducía hasta el faro.

Anochecía. El sol comenzaba a esconderse por el ocaso y el viento zarandeaba nuestros jóvenes y flacos cuerpos, que, cubiertos solo con unos viejos e insuficientes pantalones remendados y unas chaquetas de lana, temblaban con violencia, como si su único cometido fuese impedirnos continuar.

Recuerdo los estrepitosos latidos de mi corazón martilleándome con fuerza contra el pecho, el envolvente olor a sal procedente de las olas que rompían contra las rocas del acantilado y, sobre todo, recuerdo la férrea determinación que me empujaba a no dejar de avanzar.

En ese momento solo tenía quince años, pero, a aquellas alturas, la vida ya se había encargado de enseñarme con más hechos que palabras que hay que aprovechar cada segundo y cada efímero momento de felicidad, ya que nunca sabes cuántos pueden quedarte y yo no estaba dispuesto a renunciar a ninguno de ellos.

—No deberíamos estar aquí —susurró apenada y sin aliento la preciosa niña de inmensos ojos color canela que entrelazaba sus dedos con los míos, traspasándome con la mirada una vez que llegamos a los pies del faro y, extenuados, dejamos de correr.

—Lo sé —admití con voz entrecortada y tragué saliva con pesadez a la vez que trataba de memorizar cada detalle de su bello rostro.

—¿Entonces, es cierto? ¿Os vais? —murmuró ella con voz trémula y la mirada empañada en lágrimas.

Siempre me he considerado una persona valiente, sin embargo, en ese instante tuve miedo. Un miedo atroz e irracional que trepaba por mi cuerpo atenazándome y paralizando mi voluntad. Sentía pánico de perderla a ella, de perder mi vida y de lo que ocurriría cuando llegase el momento de huir. La angustia que me carcomía por dentro era tan intensa que, sin decir una palabra, apenas fui capaz de asentir.

—No quiero que te vayas —declaró sin molestarse en esconder los regueros de lágrimas que empapaban la piel de su hermosa cara.

—Ni yo irme, pero nos han advertido que alguien ha denunciado a mi padre por colaborar con los maquis y más pronto que tarde vendrán a por él —confesé sintiéndome devorado por la pena—. No podemos esperar más tiempo.

—No volveremos a vernos —anunció María desolada.

—Te prometo que volveré a por ti; no sé cuándo, pero regresaré y entonces nos casaremos —afirmé con convicción sin apartar la mirada.

Ella asintió con vehemencia, a pesar de que ya a su tierna edad era más que consciente de que en aquella época un hasta luego podía convertirse en un adiós y una despedida solía ser para siempre.

—Te extrañaré —aseguró.

—Volveré —repetí.

—Prométemelo —exigió angustiada mientras el temblor de su cuerpo aumentaba.

Observé a esa chiquilla que siempre había vivido a pocos metros de mi casa y con la que a lo largo de los años había compartido miedos, hambre, penurias, sueños e ilusiones.

La había visto crecer, al igual que ella a mí. Éramos amigos, grandes amigos, hasta que, llegada la adolescencia, esa amistad se transformó en amor. Ella fue la primera en colarse en mi corazón y, a pesar de ser unos chiquillos, mis sentimientos eran tan puros e intensos que cuando respondí lo hice sin pizca de duda y con total convicción.

—Te lo juro, algún día nos casaremos —afirmé con rotundidad—. Hasta entonces, y como muestra de esta promesa, quiero que te quedes esto —añadí sacando del bolsillo un pañuelo de tela cuidadosamente doblado en cuyo interior se escondía un bonito pero sencillo anillo de oro que había pertenecido a mi abuela.

Aquella joya era la posesión más valiosa de mi familia, la única posesión valiosa de mi familia, a decir verdad.

Los ojos de la chica se abrieron de forma desorbitada al descubrir la joya y su mandíbula comenzó a temblar todavía más.

—No puedo aceptarlo. —Negó con la cabeza.

—Desde pequeño mi madre siempre me ha dicho que el anillo será para la mujer con la que decida casarme, y tú eres esa mujer.

—Pueden pasar años hasta que volvamos a encontrarnos —titubeó ella.

—No me importa, solo tienes que esperarme. Pase lo que pase, te encontraré —aseveré.

Las lágrimas continuaban surcando su rostro y también, por qué no decirlo, el mío. Los dos nos observamos esperanzados. María cerró los ojos, aspiró con fuerza y a continuación volvió a abrirlos. Tomó el anillo con devoción entre sus dedos para observarlo durante unos

segundos. Después, con cuidado, lo envolvió de nuevo en el pañuelo y me lo introdujo en el bolsillo.

—Te esperaré, pase el tiempo que pase siempre te esperaré y, cuando cumplas tu promesa y regreses, aceptaré el anillo y me convertiré en tu mujer —aseguró acariciando mi mejilla con dulzura y desbordando sentimientos en cada una de las palabras de su declaración.

Mis manos enmarcaron su rostro con suavidad a la vez que, con lentitud, me aproximaba a ella para unirnos en un beso, en un último beso, suave, tierno e intenso que, a pesar de ser tan solo un roce fugaz y ligero, se convirtió en uno de esos momentos que jamás olvidaré.

Fue un beso lleno de afecto, un beso que sabía a despedida y a esperanzas, un beso que significó más de lo que nadie podría comprender.

Solo éramos unos críos, pero yo estaba seguro de que lo que sentía al verla, al tenerla junto a mí, era amor. Amor puro y de verdad, un amor destinado a sobrevivir a pesar de la distancia, las guerras y la miseria.

Sabía que la quería y estaba convencido de que, pasase lo que pasase, a partir de ese momento jamás la olvidaría; nuestro amor resistiría y nosotros lo haríamos con él.

Capítulo 1

Un juramento del pasado

Lola

—¿Y qué pasó después? ¿Volviste a ver a María? —pregunto sin atreverme siquiera a respirar, observando ensimismada al anciano que me regala una triste y soñadora sonrisa desde su silla de ruedas.

—Esa misma noche mis padres, mi hermana pequeña y yo huimos con lo puesto para salvar la vida de mi padre, y puede que también las nuestras. La primera semana la pasamos en Lugo, escondidos en casa de una tía, pero no era seguro quedarnos en Galicia, por lo que desde allí viajamos a Valencia, donde mi padre consiguió trabajo en la albufera recolectando arroz. —Hace una pausa y por la expresión de su semblante comprendo que su mente ha volado muchos años atrás.

—Fueron tiempos duros —continúa su relato—, apenas había comida y más de medio millón de personas llenaban las cárceles. Como casi todas las familias, la mía también vivía rodeada de miedo y desolación. Una desolación que empeoró cuando un año después mi hermana pequeña falleció a causa de una grave infección. —De nuevo hace una pausa e inspira con fuerza antes de proseguir—. Creí que mi madre iba a volverse loca a causa de la pena, pero tuvo que reponerse, no le quedó otra, pues en aquellos momentos la tristeza era un privilegio que los de nuestra clase social no nos podíamos permitir —explica con una sombra de tristeza enturbiando sus intimidantes ojos azules.

Lo contemplo con un dolor agudo oprimiéndome el pecho al imaginar lo terrible que tuvo que ser para él toda esa situación.

Han pasado casi tres años desde la primera vez que vi a Joaquín. Lo conocí por casualidad la primera tarde que vine a visitar a mi abuela, a la que mis padres tuvieron que ingresar en la residencia cuando su demencia avanzó tanto que se les hizo imposible continuar atendiéndola en casa.

Por supuesto, yo estaba al tanto de su empeoramiento, ya que, aunque por aquel entonces estaba haciendo prácticas en una empresa

de Barcelona, tanto mi madre como Patricia, mi hermana pequeña y mejor amiga —que por aquel entonces todavía estaba acabando la carrera y vivía con mis padres—, se encargaban de mantenerme informada gracias a las largas conversaciones telefónicas que manteníamos cada noche. Sin embargo, la distancia es una buena herramienta a la hora de minimizar situaciones dolorosas o difíciles de aceptar, y tal vez por eso nunca me la imaginé tan mal como en verdad estaba hasta que, cuando unos meses más tarde, al terminar las prácticas, volví a casa, vine a verla y me encontré de repente con una gigantesca bofetada de realidad.

Nunca olvidaré esa tarde. Un sol radiante iluminaba el cielo y las cálidas temperaturas nos abrazaban, pero en cuanto abrí la puerta de la habitación de mi abuela y la vi allí, postrada en aquella silla, con la mirada perdida y observándome como si en lugar de su adorada nieta fuese una extraña, mi mente se nubló y mi cuerpo se congeló como si acabase de teletransportarme al mismísimo círculo polar ártico.

Apenas la reconocía, me resultaba incomprensible que la mujer que tenía ante mí fuese la misma que durante toda mi vida me leyó cuentos, curaba mis heridas y me hacía reír. Hasta pasados unos minutos no supe reaccionar. Un nudo gigantesco que me bloqueaba la garganta me impedía decir una sola palabra y no tenía ni idea de qué hacer. La impresión fue tal que incluso me costaba mirarla a la cara, ya que su expresión ausente se incrustaba poco a poco dentro de mí haciéndome estremecer. Al final, tragándome las lágrimas, me acerqué a ella y tomé asiento a su lado. Aguanté media hora, treinta minutos en los que me obligué a contarle cosas que, a ciencia cierta, ni le interesaban ni iba a entender. Aun así, permanecí allí, quieta, sujetando su mano entre las mías mientras hablaba sin parar con la esperanza de que mi presencia la consolase, le sirviese como refugio para guarecerse del vacío o la ayudase a escapar de aquel extraño pozo negro que parecía consumir su mente y su ser.

Cuando abandoné la habitación casi no podía andar, me fallaban las fuerzas y la energía. Mi propia vida parecía haberme abandonado entre aquellas cuatro paredes y me sentía tan mal que, incapaz de dar un paso más, me dejé caer en el primer banco que encontré en el jardín y comencé a llorar.

Fue entonces cuando Joaquín se acercó a mí, se acomodó a mi lado, me ofreció un pañuelo de tela y comenzó a parlotear. Confieso que al principio no le presté demasiada atención, pero al cabo de un rato tanto sus palabras como su tono amable y reconfortante fueron ayudándome a contener los sollozos y a sentirme un poquito mejor.

A partir de entonces casi todas las tardes acudía a ver a mi abuela y, cuando terminaba mi visita, siempre aprovechaba para hacerle compañía un rato a él. Joaquín estaba muy solo, a su avanzada edad

pocos amigos (por no decir ninguno) le quedaban ya y su familia vivía al completo en Estados Unidos; por ello, a pesar de que jamás ponía mala cara y la sonrisa parecía ser un elemento perenne en su rostro, yo no podía evitar sentir algo de lástima por él.

Al principio mis visitas extrañaban a las trabajadoras del centro, provocando que alguna de ellas me observase con cierto recelo, pero enseguida comprendieron que mi intención era de lo más honesta y que mi único propósito era animarlo dándole un poco de charla, aunque en realidad mi estado era tan lánguido cuando salía de ver a mi abuela que la que necesitaba ánimos casi siempre terminaba siendo yo.

Por extraño que pueda parecer, Joaquín y yo nos entendíamos y disfrutábamos del tiempo que pasábamos juntos; por ello, empecé a verlo casi como ese abuelo al que nunca tuve la suerte de conocer (de los cuatro solo pude tener relación con mi abuela materna; los demás, por desgracia, fallecieron antes de que yo naciese). De ahí que, cuando pocos meses después mi abuela nos dejó, mis visitas a Joaquín, lejos de disminuir, aumentaron.

A lo largo de estos tres años hemos hablado de todo y de nada a la vez, temas triviales y otros más trascendentales. He conocido a su hija y conversado con ella por videoconferencia en repetidas ocasiones, me ha enseñado fotos, recuerdos y me ha puesto al día de sus mil y una aventuras. Ha habido de todo: historias alegres, divertidas y otras más tristes o cargadas de emoción. Su trabajo en el Ejército le hizo ver cosas que la mayoría de las personas ni siquiera somos capaces de imaginar y yo he tenido la suerte de ser testigo de todas ellas a través de sus recuerdos. Precisamente por esa razón, ver la pena que lo embarga me impresiona todavía más, porque jamás hasta hoy había visto tanta tristeza en su mirada. Una tristeza que me hace encogerme y sentirme pequeña, pues es un sentimiento que nada tiene que ver con él. De hecho, es justo lo opuesto a él.

Si tuviese que definir a Joaquín Castillo, lo haría como un hombre alegre, de lo más dicharachero, amable y fuerte quien, a pesar de los noventa y cinco años de edad que carga a sus espaldas y de los achaques derivados de la misma, muestra más vitalidad que muchos jóvenes de veinte.

Es alto, corpulento, y el hecho de que su movilidad se haya visto limitada en los últimos meses llevándolo a necesitar la ayuda de una silla de ruedas para desplazarse no ha influido en absoluto ni en su ánimo risueño ni en sus ganas de vivir. Y es por todo ello, por esa forma suya tan peculiar de enfrentar la vida y por su carácter, por lo que me siento muy afortunada de poder disfrutar de cada segundo que paso a su lado.

—Durante cuatro años enteros busqué la forma de cumplir mi

promesa y volver a por María para entregarle el anillo y unirme a ella en matrimonio, pero por desgracia después de la muerte de mi hermana no podía abandonar a mi familia y no pude hacerlo. —Sus palabras me arrancan de mis pensamientos y parpadeo un par de veces fijando la mirada en él.

—¿Entonces, no conseguiste regresar a por María? —susurro apenada, pues mi imaginativa y romántica mente ya esbozaba trazos de ese ansiado final feliz.

Él niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza antes de continuar.

—Poco después, Lucía apareció en mi vida y se convirtió en mi mujer. Nos casamos en una pequeña ermita, acompañados únicamente de mis padres, ya que los suyos habían perecido, y a pesar de que fue una ceremonia de lo más sencilla y de que nuestro banquete de bodas consistió en un plato de arroz con pollo, fue, junto con el día en que nació mi hija y el día que me convertí en abuelo, uno de los momentos más felices de mi vida, un momento que nunca olvidaré —asegura emocionado.

—¿Entonces, te casaste enamorado de Lucía? ¿Pudiste olvidar a María? —pregunto curiosa.

—Me casé locamente enamorado, Lucía era una muchacha risueña, hermosa y muy inteligente que se convirtió en el amor de mi vida. Juntos conseguimos sanar las heridas que la maldita guerra y el pasado habían abierto en nuestros corazones, y mentiría si no afirmase que cada día a su lado fue un regalo. Viajamos juntos, tuvimos una hija maravillosa y, años más tarde, nos trasladamos a vivir a Estados Unidos, donde permanecimos hasta que ella falleció. Una vez viudo y con mi nieto criado, decidí volver aquí, a la que siempre consideré mi tierra, mi hogar. — Su voz parece quebrarse durante un momento a causa de los recuerdos y se toma un segundo para recomponerse antes de continuar—. Sí, estaba enamorado, amaba a Lucía con toda mi alma y siempre lo haré. Sin embargo, un huequecito de mi corazón siempre perteneció y pertenecerá a María, ella fue mi primer amor, un amor puro y verdadero de esos que no se olvidan. En el fondo, la espinita de no haber cumplido mi promesa y de no haberle dado el anillo es una pena que se me quedó clavada. Soy un hombre de palabra y en aquella ocasión no cumplí la mía. Por ello, decidí que, si la alianza no era para ella, tampoco sería para ninguna otra y desde entonces siempre la he guardado junto a mí.

—¡Pero Lucía era tu mujer! ¡Era el anillo de tu familia, tenías que habérselo dado a ella! —protesto ofuscada.

—Que mi amor por Lucía fuese real y terminase casándome con ella no le quita ni un ápice de importancia a los sentimientos que un día tuve por María. Ese anillo dejó de ser mío en el momento en que se lo

ofrecí y, a pesar de no poder devolvérselo tal y como prometí, en lo que a mí respecta desde aquel instante siempre le perteneció a ella.

Asiento comprendiendo sus palabras mientras él se aproxima con la silla de ruedas a la mesilla de noche y, con cuidado, saca una cajita de desgastado terciopelo negro del primer cajón. A continuación, se acerca de nuevo a mí y abre la cajita con aire ceremonioso para dejar a la vista un sencillo pero precioso anillo de oro con pequeñas piedras incrustadas.

—Es precioso —murmuro admirando la exquisita pieza.

—Lo es —asiente y dirige la vista a la joya.

—¿Sabes? —Suspira con pesadez—. Hace meses que sueño con buscar a María y devolver el anillo al lugar donde siempre debió estar.

—¿Ahora? ¿Después de tanto tiempo? ¿Por qué? —pregunto confusa frunciendo el ceño.

—Porque sé que se me acaba el tiempo y, llegado el momento, saber que no cumplí ese juramento no me permitirá descansar en paz.

—Quita, quita, Joaquín, déjate de decir cosas raras, que tú nos vas a enterrar a todos —afirmo al tiempo que doy golpecitos en la madera de la cómoda que permanece a mi espalda para espantar los malos pensamientos. —¿Supiste algo más de María a lo largo de los años? —me intereso y disimulo el estremecimiento que me han provocado sus palabras.

—Al principio nos carteamos, pero ya antes de conocer a Lucía habíamos perdido el contacto. Por mis padres me enteré de que también ella se casó y tuvo descendencia, pero una vez que ellos murieron no volví a saber nada más —responde con un aire tan apesadumbrado que, si no fuese porque lo veo una posibilidad de lo más remota, yo misma me ofrecería a ayudarlo a encontrar a María para devolverle el dichoso anillo.

Todavía observo la preciosa alianza cuando la puerta de la habitación se abre y una de las auxiliares se asoma con una sonrisa.

—Lamento interrumpir su charla, don Joaquín, pero es la hora de la cena y el resto de sus compañeros lo esperan —anuncia la chica lanzándome una mirada que me deja más que claro que se me ha ido el santo al cielo y la visita se ha alargado demasiado.

—Hoy no tengo hambre, siento el estómago un tanto revuelto —manifiesta el anciano sorprendiéndonos a ambas, ya que habitualmente goza de un apetito envidiable.

—No se preocupe, pediré que le preparen una manzanilla —ofrece la auxiliar, que se adentra en la habitación y se encamina a la silla de ruedas para acompañarlo hasta el comedor.

—¿Vendrás mañana, Lola? —pregunta él, como hace cada día, a pesar de que la respuesta siempre es la misma.

—En cuanto salga del trabajo —aseguro.

Su mirada se ilumina antes de señalarme con el dedo de forma acusadora.

—Trabajas demasiado, niña, no todo en la vida es trabajar —me regaña poniendo los ojos en blanco.

—Te recuerdo que tú fuiste, junto con Patricia, una de las primeras personas que me animó a montar mi propia empresa de diseño de interiores; de hecho, si la memoria no me falla, resultaste ser bastante insistente.

—Que montes una empresa no quiere decir que tengas que pasarte el día entero dentro de ella —refunfuña—. Siempre estás trabajando y, cuando no lo haces, visitas a tus padres o estás aquí. ¿Cuándo se supone que vas a encargarte de vivir tu vida?

—El trabajo es parte de mi vida —contesto disimulando una sonrisa, pues sé de sobra a qué se refiere, pero me encanta hacerlo rabiar.

—El trabajo pertenece a tu vida profesional, yo hablo de la vida personal. ¿Cómo vas a encontrar a un buen chico si siempre estás metida entre esas cuatro paredes?

—Eso no es algo que me preocupe; si tiene que aparecer, aparecerá.

—Si tiene que aparecer, aparecerá, si tiene que aparecer, aparecerá. Eres una chica especial, Lola, mereces compartir tu vida con alguien que te haga vibrar.

Una carcajada escapa de mi garganta y le guiño un ojo antes de que la auxiliar lo saque de la habitación.

—Por el momento, el tema de las vibraciones vamos a dejarlo para el teléfono móvil —aseguro mientras los acompaño de camino al comedor, que queda en la misma dirección que la salida.

Él suelta un bufido con el que me muestra su entera disconformidad y me señala de nuevo con el dedo antes de desaparecer en el interior de la estancia.

—Nos vemos mañana —me recuerda.

—Por supuesto —asiento a la vez que lo veo alejarse y prosigo mi camino hacia la puerta principal.

«Conocer a alguien especial», dice; lo único que yo tengo interés en conocer esta noche es la tortilla que pienso zamparme para cenar. Estoy famélica y solo de pensarlo me rugen las tripas, por lo que, ansiosa por disfrutar de tan delicioso manjar, aprieto el paso, deseosa de llegar a casa ya.

El estridente sonido del teléfono me hace pegar un bote en la cama y, todavía con los ojos cerrados, palpo la superficie de la mesilla en busca de ese desquiciante aparato que por poco consigue que el

corazón se me salga del pecho.

Cuando al fin lo encuentro, me lo acerco a la cara más de lo necesario y abro un ojo para comprobar que son poco más de las tres de la madrugada y que el número que aparece en la pantalla, además de parecerme de lo más extraño, no me resulta nada familiar.

Todavía con la respiración acelerada debido al sobresalto y convencida de que alguien debe de haberse confundido, descuelgo y, con el cuerpo más dormido que despierto, aproximo el móvil al oído.

—¿Sí? —pregunto en medio de un bostezo.

—¿Lola? —Una voz nerviosa y compungida titubea al pronunciar mi nombre poniéndome de inmediato en alerta.

—¿Quién es? —inquiero abriendo los ojos de golpe. Mi primer impulso es pensar en mis padres, que llevan algo más de una semana recorriendo los países nórdicos como autorregalo por sus bodas de plata y siento una piedra oprimiéndome el estómago.

—Soy Dalia, la hija de Joaquín —me comunican desde el otro lado de la línea. La afirmación me produce un alivio inmediato que, por desgracia, tan solo dura unos segundos.

Un escalofrío recorre mi cuerpo haciéndome estremecer al sentir como la temperatura de la habitación desciende varios grados de golpe y trago saliva con pesadez. No porque tenga algo en contra de la mujer que respira agitada al otro lado, todo lo contrario. Durante estos años he tenido la oportunidad de comunicarme con ella por videollamada varias veces y siempre me ha parecido una persona encantadora. De hecho, en una ocasión incluso llegué a mantener una breve charla con su hijo, que es militar, y también él me pareció de lo más educado. Un poco seco y parco en palabras, pero educado.

Lo que sucede es que no hay que ser un portento para comprender que una llamada de Dalia a estas horas de la noche no puede significar nada bueno y esa certeza hace que una extraña y angustiosa sensación se extienda por mi pecho antes siquiera de que ella vuelva a hablar.

—Siento llamarte a estas horas, pero acaban de llamarme de la residencia: mi padre ha sufrido un infarto —solloza.

—¿Está…? —intento hacerme entender, pero mis palabras parecen haberse vuelto de hormigón. Por suerte, Dalia se apresura a contestar.

—Han conseguido reanimarlo y lo han llevado al hospital, pero no me han dado demasiadas esperanzas y si algo le pasa… No quiero que esté solo —murmura la pobre mujer sin esconder su pesar.

—Voy para allá —digo saltando de la cama todavía con la respiración entrecortada para, a toda velocidad, enfundarme en una chaqueta y ponerme de cualquier manera las zapatillas, sin molestarme siquiera en quitarme el pijama.

De forma mecánica, cojo las llaves de casa y las del coche mientras escucho la información que Dalia me proporciona sobre el hospital al

que debo acudir y, sin pensarlo un solo segundo, abandono a toda prisa mi casa, bajo corriendo por las escaleras los tres pisos que me separan del portal y salgo corriendo como una loca a la calle en dirección a mi coche.

Entre el acusado temblor que domina mi cuerpo y la espesa bruma que se adueña de mi mente impidiéndome pensar con claridad, a pesar de tener el manos libres, me veo incapaz de seguir escuchando a Dalia y conducir a la vez, por lo que me despido de ella antes de arrancar prometiendo devolverle la llamada en cuanto sepa algo más. Y dejo caer el móvil en el asiento del copiloto para aferrarme al volante como si la vida me fuese en ello antes de inspirar con fuerza y arrancar.

Por suerte, el trayecto hasta el hospital apenas me lleva diez minutos, porque dudo que en mi estado hubiese podido conducir mucho tiempo más; en cuanto accedo al complejo, aparco como puedo, de cualquier manera, y, de nuevo corriendo como si estuviese desquiciada, entro por la puerta de urgencias buscando con ansia un mostrador de información.

La funcionaria que lo atiende me deriva a una salita de espera y, cada vez más agobiada, me dirijo hacia allí.

La sala en cuestión resulta estar vacía, y menos mal porque, incapaz de estarme quieta, me dedico a recorrerla histérica de un lado a otro sin dejar de caminar. No me gustan los hospitales, no me gusta estar en ellos y mucho menos hacerlo sola, pero mis padres están disfrutando de un merecido crucero para celebrar sus bodas de plata y mi hermana está trabajando fuera del país esta semana, por lo que, dado que ninguno de ellos podría acompañarme por mucho que quisiesen hacerlo, considero una estupidez despertarlos y preocuparlos en medio de la noche para nada.

Angustiada por momentos, resoplo cerrando los ojos con fuerza; no sé cuánto tiempo llevo esperando aquí, pero juraría que los segundos pasan más despacio de lo normal solo por el placer de torturarme y burlarse de mí.

De repente la puerta se abre y una mujer de pelo castaño que rondará los cuarenta años entra con gesto serio y camina hasta mí.

—¿Lola García?

—Sí, soy yo —musito sin apenas voz.

—En la residencia nos dijeron que usted era el contacto confirmado por la familia para Joaquín Castillo.

Incapaz de decir una palabra más, asiento.

—Lo siento, hemos hecho todo lo posible por estabilizarlo, pero el infarto ha sido agudo y, como su corazón ya estaba dañado, no ha podido soportarlo —me explica con voz suave.

Sus palabras penetran en mi cuerpo a la vez que las lágrimas salen

de él a borbotones dejando en mis mejillas un reguero de agua salada. Fijo mis ojos en los suyos y comienzo a negar con la cabeza mientras tiemblo.

—Yo, lo siento, yo… solo quería despedirme de él —susurro.

—Sé que nada de lo que diga ahora mismo va a servirle de consuelo, pero debe saber que no sufrió. Fue rápido, se fue sin apenas dolor —intenta consolarme la mujer, que me dedica una mirada cargada de comprensión—. El técnico de la ambulancia me informó de que tenía esto dentro del puño cuando lo trajeron aquí. —Extiende ante mí la palma de la mano, en cuyo centro reposa la pequeña alianza de oro que ayer mismo por la tarde Joaquín me mostraba.

Con dedos temblorosos, cojo la alhaja y, a través de la cortina de lágrimas que me empaña la vista, dedico una última mirada a la doctora, quien me aprieta con empatía el hombro antes de alejarse de mí.

Capítulo 2

Un vecino con mucha guasa

David

Sin demasiado convencimiento, me bajo del taxi en la dirección que me facilitó mi madre y, por inercia —o quizás por defecto profesional —, echo un vistazo a ambos lados.

Es una zona tranquila y, a pesar de que salta a la vista que el barrio es antiguo, se nota que hace poco que ha sido humanizado. Las aceras no son demasiado anchas, pero sí cómodas para caminar, y las jardineras rebosantes de flores que las ocupan otorgan a la zona una pincelada de luz y color que la llena de vida.

Camino un par de metros y me detengo delante del portal a contemplar con admiración la fachada del edificio construida en piedra con grandes ventanales blancos. Es muy bonito, eso no se puede negar.

Justo en ese momento la puerta se abre y un vecino de avanzada edad me saluda mientras la sostiene para cederme el paso, pero niego con la cabeza.

—Gracias, pero creo que prefiero llamar al timbre —me disculpo señalando el telefonillo, convencido de que eso es lo mínimo que debo hacer al presentarme sin avisar.

—Yaaa… —susurra él, que me estudia con el ceño fruncido—. ¿A qué piso vas, muchacho?

—Al tercero —respondo después de echar un vistazo de reojo al papel que sostengo en la mano.

—¿Al tercero? En esa planta solo vivimos Lola y yo, y siento decírtelo, pero ese cacharro lleva meses estropeado, así que, si quieres hablar con mi vecina, solo tienes tres opciones: o la llamas por teléfono, o le haces señales de humo o mucho me temo que tendrás que pasar —afirma encogiéndose de hombros mientras hace un gesto en dirección al telefonillo.

Durante un momento sopeso las posibilidades. Lo del teléfono queda descartado, no soy tan maleducado como para presentarme en casa de

alguien sin avisar y menos todavía si esa persona ni siquiera me conoce; de hecho, por ese motivo, antes de decidirme a venir llamé varias veces al número que mi madre me dio y por mucho que lo intenté, nada, fue imposible, siempre estaba apagado. En cuanto a lo de las señales de humo… Por razones obvias ni siquiera lo voy a considerar, por lo que al final, soltando un suspiro de resignación, decido hacer caso al hombre y entrar.

—¿Hace mucho que conoces a Lola? —se interesa.

—No, no demasiado —contesto.

—¿No demasiado? —repite él alzando las cejas.

—En realidad no la conozco, por lo menos no en persona —reconozco algo incómodo.

—¿Y si no la conoces a qué vienes a su casa? No serás uno de esos acosadores modernos de las redes sociales, ¿no? No entiendo qué le pasa a la juventud hoy en día, en mi época para cortejar a una moza le mandábamos flores o la invitábamos al cine, ahora os dedicáis a mandaros corazoncitos por medio de las pantallas. ¡Así va el mundo! —farfulla el hombre, molesto, analizándome con desconfianza.

—Puede estar tranquilo, no soy ningún acosador —replico divertido por el arranque—. Lola era amiga de mi abuelo y, cuando él murió, se encargó de recoger sus cosas de la residencia en la que estaba. Ahora vengo a por ellas —explico dándole más información de la necesaria para intentar tranquilizarlo.

—¿Y por qué ella recogió sus cosas y no lo hiciste tú? —cuestiona con la mano en el mentón, muy al estilo de Sherlock Holmes.

—Yo no pude hacerlo porque vivo en Estados Unidos y llegué justo para el entierro.

—¡Un yanqui, válgame Dios!

—Tranquilo, le aseguro que este yanqui viene en son de paz —manifiesto sin disimular una sonrisa.

—¡Más te vale, si no, como que me llamo Eusebio Ramón Rodríguez de la Cruz que vas a cruzar el Atlántico sin avión ni nada! Aquí donde me ves, fui policía durante muchos años y todavía conservo gran parte de mis habilidades —asegura señalándome con el índice.

—No tiene de qué preocuparse, le prometo que mis intenciones son de lo más honradas —contesto jocoso.

El hombre me mira de arriba abajo sin demasiado convencimiento y, negando con la cabeza, se da la vuelta.

—El ascensor tampoco funciona —me advierte—. En estos pisos antiguos todo son derramas y reformas, a ver si un día de estos consigo vender el mío y me mudo a una casita con jardín.

—¿Tampoco? —repito alzando ambas cejas.

—No sufras; como te he dicho, Lola y yo somos vecinos de descansillo. Si un viejo de mi edad sube y baja tres pisos todos los

días, dudo que para ti hacer lo mismo suponga un problema —replica con aire burlón antes de salir a la calle y dejarme solo por fin.

Todavía sorprendido por mi encuentro con tremendo personaje, comienzo a subir las escaleras mientras repaso mentalmente el discurso que tengo preparado. «Hola, mi nombre es David, soy el nieto de Joaquín y tanto mi madre como yo queremos agradecerte todo lo que has hecho por mi abuelo y, si te parece bien, ya que estoy en España yo mismo me llevaré sus cosas».

Son apenas cuatro frases, cuatro oraciones la mar de sencillas que incluso un niño podría pronunciar sin trabarse y, sin embargo, en cuanto golpeo la puerta del tercero B y esta se abre, me quedo mudo y con cara de pánfilo observando con atención a la chica que aparece ante mí.

Es Lola, no me cabe ninguna duda de que es ella. La misma con la que hablé apenas unos minutos durante la videollamada que hice a mi abuelo por su cumpleaños, cuando estaba destinado en Irak.

Por la sorpresa que veo reflejada en sus grandes y expresivos ojos grises me atrevería a asegurar que, a pesar de que tal y como digo solo hablamos durante unos minutos, también ella me ha reconocido.

—¿Da… David? —tartamudea con un hilo de voz.

Aprovechando el momento de desconcierto la observo con detenimiento. El tono pelirrojo de su cabello parece incluso más vivo en persona que a través de la pantalla, lo lleva algo más largo de lo que recordaba y en este momento su melena cae despeinada y de manera desordenada formando suaves cascadas sobre los hombros y la espalda. Su rostro algo pálido luce salpicado por diminutas pecas a la altura de las mejillas y la nariz, y sus expresivos e inmensos ojos grises me contemplan confusos y enrojecidos, señal de que, con toda probabilidad, ha estado llorando.

La muchacha cruza los brazos sobre su estómago y mis ojos persiguen el movimiento de manera inconsciente. Viste un pantalón de chándal que sin duda ha tenido tiempos mejores, una camiseta de Piolín de manga corta tamaño XXL y sus pies aparecen cubiertos por unos mullidos calcetines en forma de oveja que me hacen sudar solo con verlos.

Un sonido en el portal me devuelve a la realidad y carraspeo antes de comenzar a hablar.

—Sí, soy yo. —Intento sonreír, pero estoy nervioso y el gesto me sale de lo más forzado—. Perdona que me presente así, sin avisar —me disculpo pasándome inquieto una mano por el pelo.

—Ehhh, no te preocupes, no pasa nada —asegura ella incómoda.

—Disculpa que me presente así, sin avisar —repito y trato de recuperar ese sencillo discurso que tenía preparado y del que no recuerdo ni la primera palabra.

—Tranquilo, es solo que no esperaba encontrarte aquí; quiero decir, sabía que habías venido, te vi en el cementerio, pero no esperaba encontrarte aquí aquí —especifica frunciendo el ceño mientras señala la puerta de su casa.

Yo también la vi en el cementerio: estaba a unos metros, atrás, apartada, con la mirada perdida y sin hablar con nadie. Quise acercarme a ella, pero desapareció antes de darme la oportunidad.

—Disculpa, ¿quieres pasar? —pregunta de repente haciéndose a un lado tras parpadear varias veces como si acabase de recordar que todavía estamos manteniendo esta especie de extraña conversación en el descansillo.

—Claro —agradezco y paso al interior, observándolo todo a mi alrededor.

La habitación es acogedora y muy bonita. Las paredes son de piedra y el techo es blanco con vigas de madera. Es un espacio diáfano donde la cocina se comunica con el salón y ambos espacios disfrutan de la claridad que penetra por tres grandes ventanales convirtiéndose en una única estancia amplia y luminosa. Por si eso fuese poco, los muebles de madera clara y el bonito sillón de piel marrón contrastan a la perfección con la piedra confiriéndole un aire de lo más cálido y confortable a la vivienda.

—Tienes una casa preciosa, me gusta mucho el aire hogareño que has conseguido imprimirle —comento con sinceridad.

—Gracias —responde ella dedicándome una deslumbrante sonrisa que ilumina su mirada.

—Eres diseñadora de interiores y, si no recuerdo mal, has montado tu propia empresa, ¿verdad? —murmuro mientras observo con curiosidad los libros y objetos que reposan sobre las estanterías de madera que enmarcan una chimenea de gas.

—Ehhh, sí, las dos cosas son ciertas. ¿Cómo lo sa…?

—Mi abuelo me lo contó una de las muchas veces que me hablaba de ti —respondo sin esperar a que termine de formular la pregunta.

—¿Joaquín te hablaba de mí? —Su voz suena tan sorprendida que me hace gracia.

—¿Bromeas? —replico desviando la vista hacia ella, que me observa mordiéndose el labio inferior de una forma inocente y a la vez de lo más sugerente—. Se pasaba el rato hablando de ti, parecía tener tu nombre tatuado en la punta de la lengua.

—Yo… no lo sabía. Quiero decir, es cierto que pasábamos mucho tiempo juntos, pero sé que no teníais la posibilidad de hablar demasiado a menudo y no imaginé que cuando lo hacíais malgastase ese tiempo hablándote de mí.

De verdad parece asombrada y eso me da a entender que en realidad no tiene ni idea del inmenso cariño que mi abuelo sentía por

ella.

—Yo no lo llamaría malgastar. Mi abuelo te quería mucho, Lola, te apreciaba de verdad y yo disfrutaba escuchando todo lo que me contaba —confieso—. En mi trabajo hay días muy oscuros y escuchar su risa, ver como sus ojillos se iluminaban al otro lado de la pantalla cuando me relataba vuestras charlas o aventuras era como vislumbrar en medio de una tormenta un rayo de luz.

—Yo… De verdad que no sé qué decir —musita dejándose caer en el sillón mientras el rubor cubre sus mejillas y le otorga un aspecto de lo más adorable.

Con una sonrisa en los labios, tomo asiento a su lado, aunque procuro mantener cierta distancia para no incomodarla.

—Recuerdo la noche que lo llevaste a ver el concierto de Rafael. Todavía estaba emocionado cuando, días más tarde, habló conmigo.

—Calla, calla. —Niega con la cabeza mientras una sonrisa nostálgica se abre paso entre sus labios—. Mi idea era llevarlo a una grada y ver el concierto con comodidad, pero él se negó a permanecer sentado, me arrastró al pie del escenario y no paró de cantar ni de gritar en las dos horas que duró el espectáculo. Llegó a la residencia sin voz, creí que me iban a matar.

—Sin voz, pero feliz. Estuvo hablando de eso durante semanas —recuerdo.

—¿Os contó el día que se empeñó en ir al monte a buscar setas? —pregunta ella, animada al rememorar esos momentos a su lado.

Asiento con la cabeza y la observo divertido.

—Apostó con un compañero de la residencia que iba a conseguir tres kilos de setas y, a los pocos minutos de llegar al monte, se puso a llover, pero no fuiste capaz de moverlo de allí hasta que llenó tres bolsas enteras.

—¿A llover, dices? ¡Eso no era lluvia, era el diluvio universal! ¡No me hubiese extrañado encontrarme entre dos pinos a Noé con el arca haciéndonos señas para que nos subiésemos en ella! —asegura negando con la cabeza—. Acabamos calados hasta los huesos y con casi cuatro kilos de setas. Yo me cogí un resfriado de mil demonios y él, que por suerte no agarró ni un triste moco, estaba tan campante.

—Estaba hecho de una harina especial —corroboro, incapaz de contener la risa al imaginarme la escena de los dos chorreando mientras recogían setas en medio del monte—. ¿Es cierto que en su último cumpleaños te la lio en un restaurante? —pregunto con curiosidad recordando algo que en su día me comentó mi madre y que mi abuelo se apresuró a negar.

—Esa fue buena: por su último cumpleaños lo invité a comer paella en un restaurante de estos de alta cocina y el muy cabezota terminó colándose en la cocina para explicarle al chef por qué según bajo su

criterio no había conseguido dar con el punto exacto del arroz —afirma.

Una carcajada escapa de mi garganta al imaginar tal panorama y ella se echa a reír también.

—Mi madre y yo estamos muy agradecidos por todo lo que hiciste por él —aseguro.

Los ojos se le llenan de lágrimas y siento el impulso de acercarme a abrazarla, pero me contengo. Casi no la conozco, aunque no me cuesta comprender por qué mi abuelo sentía tanto aprecio por ella. Lola es una de esas personas a las que rodea un aura especial, alguien capaz de desprender una luz y una calidez que te hacen sentir bien.

—No tenéis que estarlo, Joaquín fue como un abuelo para mí, sé que no compartimos muchos años, pero el tiempo que tuvimos fue un regalo y no lo olvidaré —carraspea emocionada aclarándose la garganta.

—Debería haber pasado más tiempo con él —murmuro apesadumbrado por el peso de su marcha y por la certeza de haberme perdido muchos momentos a su lado que ya no podré recuperar.

—No digas eso, él estaba muy orgulloso de ti. Te quería, admiraba y respetaba —asevera Lola con vehemencia. Sus palabras escuecen dentro de esas heridas interiores que todavía no he conseguido sanar y me obligo a desviar la mirada para ocultar el rastro de tristeza y desconsuelo que me embarga al pensar en mi reciente pasado.

Tres grandes maletas ocupan un pequeño hueco del salón y mis ojos se fijan en ellas.

—Son las cosas de tu abuelo, tu madre me pidió que las recogiese de la residencia —explica al ver el rumbo que toman mis ojos.

—Lo sé, me pidió que me las llevase para evitar que tuvieses que mandarlas. Gracias también por eso, me imagino que debió de ser duro para ti.

Por toda respuesta ella se encoge de hombros y, durante unos segundos, la veo titubear mientras de nuevo se muerde el labio.

—No quiero molestarte más, creo que es hora de irme —anuncio, a pesar de que, si por mí fuese, en parte por recordar a mi abuelo y en parte por disfrutar de su compañía, no pondría fin a esta conversación.

—Antes necesito pedirte un favor —susurra removiéndose nerviosa en el sillón.

—Claro, dime.

—Hay algo de Joaquín que necesito conservar. Me gustaría quedarme con esto —dice levantándose y echando a andar hacia una pequeña mesita de madera de la que recoge algo que extiende en la palma de su mano ante mí.

—¿Es? ¿Eso es? —pregunto con las palabras atascadas en la garganta, pues cuando me dijo que quería quedarse con algo no

esperaba que ese «algo» fuese una reliquia familiar a la que mi abuelo le tenía tanto aprecio.

—El anillo de la abuela de Joaquín —afirma observando con un destello de anhelo la sencilla pero delicada joya.

—Yo… comprendo que quieras quedarte con algún recuerdo, pero eso es una joya familiar y no creo…

—Oh no, no es para mí —se apresura a corregirme con expresión horrorizada, moviendo con ímpetu la cabeza en señal negativa—. Tengo que quedarme este anillo porque Joaquín me ha pedido un último favor. —Una sonrisa triste decora su rostro a la vez que una fina lágrima desciende por su mejilla. Con la incomprensión latente en mi rostro, yo las observo a ambas, a la joya y a ella, sin entender a qué favor se refiere y sin saber qué pensar. Lo único que tengo claro es que, tratándose de mi abuelo…, todo puede pasar.

Capítulo 3

La carta

Lola

Todavía con la alianza en la palma de mi mano, estudio la reacción de David. Parece aún más sorprendido que antes y, teniendo en cuenta que acabo de decirle que su abuelo, el cual acaba de fallecer de forma repentina, me ha pedido un último favor, no puedo culparlo por ello.

—Verás —comienzo a explicarme tomando asiento de nuevo—, pocas horas antes de su muerte, tu abuelo me contó la historia de esta joya.

—O mucho me equivoco o era el anillo de compromiso de mi tatarabuela, ella se lo pasó a mi bisabuela y de ella lo heredó mi abuelo —me interrumpe.

—Cierto, pero esta alianza tiene una historia propia que va mucho más allá de todo eso —admito antes de empezar a relatar a un impresionado David todo lo que su abuelo me contó pocas horas antes de morir. Él me escucha sin decir nada, abriendo los ojos a medida que mi relato avanza mientras yo repito las palabras del anciano, dando voz a una historia que no puedo evitar sentir un poco mía porque fue lo último que Joaquín compartió conmigo antes de partir.

—Vaya —susurra David después de unos segundos digiriendo lo que acaba de escuchar.

—Sí, vaya —asiento.

—Yo no conocí a mi abuela, apenas tenía dos años cuando ella murió, pero sé por todo lo que me contaban que los dos estaban terriblemente enamorados, por eso nunca imaginé que mi abuelo hubiese tenido otro gran amor.

—Pues sí, lo tuvo, aunque, según sus propias palabras, eso no implica que lo que sintió por tu abuela fuese menos intenso o real —musito—. El caso es que Joaquín me dijo que, si nunca entregó el anillo a tu abuela, fue solo porque, a pesar de todo el amor que le profesaba, en su interior sentía que, desde el instante en que se lo ofreció como muestra de compromiso a María en el faro, el anillo pasó

a pertenecerle a ella, dejando de ser de él.

—No me sorprende, mi abuelo siempre fue un hombre de palabra, para él una promesa valía tanto como una firma ante notario —comenta pasándose una mano por la cabeza—. Es una historia impresionante y muy bonita, pero no entiendo qué tiene eso que ver con que tengas que hacerle a mi abuelo un último favor —añade frunciendo el ceño.

Me tomo mi tiempo antes de volver a hablar; sé que lo que voy a decirle, que lo que me propongo, es una locura, pero una voz en mi interior me grita que es lo que debo hacer y no pienso ignorarla.

—Joaquín me confesó que durante toda su vida experimentó la necesidad de buscar a María para devolverle ese anillo y que se arrepentía de no haberlo hecho, pues no pudo poner punto final a ese capítulo que siempre sintió como inacabado. Aun así, por mucho tiempo consiguió mantener a raya esa necesidad, si bien en los últimos años se volvió más acuciante haciéndole sentir que había faltado a su palabra y llevándolo a admitir ante mí que estaba convencido de que haber roto aquel juramento le impediría descansar en paz cuando su momento llegara.

—No puedes estar hablando en serio. —David se remueve en su sitio, perplejo.

—Tan en serio que, cuando fui a recoger sus cosas a la residencia, en el cajón de su mesilla de noche, justo debajo de la cajita de terciopelo negro donde guardaba el anillo, encontré esto —añado tendiéndole un sobre.

—¿Qué es? —pregunta él sosteniendo entre sus dedos el envoltorio de papel en el que pueden leerse con claridad tanto su nombre como el mío.

—Compruébalo tú mismo —pido recordando las palabras de la carta que tantas veces he leído en las últimas horas y que dice así:

Queridos David y Lola:

Si estáis leyendo esta carta, es porque mi tiempo entre vosotros ha llegado a su fin. Vosotros sois, junto con mi preciada hija y mi adorada esposa, dos de las personas más importantes de mi vida y estoy feliz de que al fin os hayáis conocido, aunque siento que haya tenido que ser así.

David, todavía recuerdo el momento en que te vi por primera vez, en el instante en que tus manitas tocaron las mías sentí que no podía ser más feliz. Siempre fuiste un niño bueno, alegre y bondadoso capaz de ponerse el mundo por montera con tal de ayudar a los demás y no podría sentirme más orgulloso del hombre en el que te has convertido, quiero pensar que, en parte, un poquito gracias a mí. Fuiste el bastón en el que me apoyé durante los peores momentos de mi vida, cuando mi adorada Lucía falleció. Apenas levantabas dos palmos del suelo, pero tu contagiosa sonrisa me dio alegría y cada momento a tu lado me devolvió las ganas de vivir. Has visto y oído cosas que ninguno de nosotros puede imaginar, pero ni las balas ni las bombas han conseguido hacer mella en lo más valioso que tienes: tu inmenso corazón.

Lola, apareciste en mi vida cuando ya no esperaba nada de ella. Como el rayo de sol que forma el arcoíris en mitad de la tormenta. Vital y enérgica, eres toda luz, un alma pura que fue capaz de devolverme la ilusión. A tu lado nunca me sentí solo y te convertiste en esa familia que, a pesar de no ser de sangre, se elige con el sentimiento, el alma y el corazón. Debes saber que para mi corazón tú fuiste esa nietecita alocada y pizpireta que siempre deseé tener.

Ahora tengo que despedirme de vosotros, pero antes de hacerlo necesito pediros un último favor. Se trata del anillo de mi familia. Lola sabe, y a estas alturas seguro que ya te ha informado de ello David, que siempre quise devolverlo al lugar que le correspondió y ahora que mi tiempo se ha terminado me gustaría que os encargaseis de hacerlo vosotros dos.

Buscad a María, buscadla hasta que la encontréis y, si continúa con vida, entregadle el anillo y decidle que siento no haber vuelto a por ella tal y como le prometí. Decidle que siempre he deseado y esperado desde lo más profundo de mi ser que haya tenido una vida tan plena como la mía con alguien que la haya hecho inmensamente feliz y que siempre la tuve en un rinconcito de mi alma.

Sé que lo que os pide este viejo es mucho, pero también tengo la certeza de que si colaboráis lo conseguiréis. Confío en vosotros y sé que no me defraudaréis.

Os quise, os quiero y siempre os querré.

El abuelo,

Joaquín

David lee y relee la carta una y otra vez con la estupefacción dibujada en el rostro y yo, que permanezco callada para concederle tiempo, aprovecho para estudiarlo con detenimiento.

Su piel parece algo más bronceada que la última vez que lo vi, aunque, teniendo en cuenta que fue a través de una videollamada y que estaba en Irak, eso no es nada excepcional. Tiene el pelo de color marrón chocolate y ligeramente ondulado, unos impactantes ojos de un color verde difícil de determinar y, cuando sonríe, se le forma un atractivo hoyuelo en la mejilla izquierda. Sus labios son finos, aunque no en exceso, es alto (me saca casi cabeza y media) y su cuerpo, enfundado en unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, se ve a leguas fibroso y trabajado.

—¿De verdad pretende que nos pongamos a buscar a una señora que ni siquiera sabemos si continúa con vida?

—Eso parece.

—Es una locura —bufa.

—Lo sé —admito mordiéndome el labio inferior como hago cada vez que me siento insegura o estoy nerviosa.

—Las posibilidades de encontrarla viva son mínimas.

—También lo sé —repito entrelazando sus ojos con los míos.

—Pero, aun así, estás dispuesta a intentarlo —asevera tras unos momentos en silencio en los que ambos intentamos bucear en los pensamientos del otro.

—Completamente —afirmo—. Pero no te preocupes —añado de inmediato—, imagino que tendrás que regresar a tu vida y no pienso arrastrarte en este despropósito. Solo necesito quedarme el anillo para

tratar de devolverlo a donde Joaquín pensaba que debe estar. Si consigo encontrar a la tal María y resulta que no está viva, yo misma os lo haré llegar.

David no dice nada, su mirada continúa fija en la mía mientras parece estudiarme con atención.

—¿De verdad estás dispuesta a hacerlo? La búsqueda puede llevar días, incluso semanas, habrá que preguntar, desplazarse, viajar…

—Lo sé, ya lo he pensado —asiento con el corazón latiendo con violencia contra mi pecho. Es la última voluntad de Joaquín y, a pesar de que pienso buscar a María diga lo que diga David, una parte de mí ansía que él lo apruebe.

—Mi abuelo me decía que nunca descansabas. Más de una vez comentó que, desde que montaste tu propia empresa, ni siquiera te habías cogido unos días de vacaciones —insiste.

—Pues se ve que al final ha conseguido que me dé ese respiro en el que tanto me insistía.

—¿Y si no la encuentras? O peor, ¿y si la encuentras y descubres que ya está muerta y que durante toda su vida ha sido una desgraciada? —duda él.

—¿Y si descubrimos que fue una mujer con una vida feliz? O mejor, ¿y si todavía sigue viva y puedo cumplir la voluntad de tu abuelo devolviéndole el anillo? —trato de convencerlo. La duda asoma a su rostro durante unos instantes y aprovecho ese momento de debilidad —. Soy consciente de que es una misión de lo más insólita y de que tengo pocas posibilidades de que acabe bien, pero necesito intentarlo; fue su última voluntad, murió con este anillo en la mano y yo no puedo dejarlo estar sin más. —Mi voz suena a súplica y David, achicando los ojos, vuelve a pasar la vista sobre la cuidada caligrafía de la carta.

—Está bien, lo haremos, buscaremos a María y, tal y como él quería, lo haremos juntos.

—¿Estás seguro? —pregunto asombrada y parpadeo repetidas veces.

—Muy seguro —afirma con gesto serio—. Era mi abuelo y la carta iba dirigida a los dos. Yo también quiero cumplir su última voluntad, o por lo menos, como tú dices, intentarlo. ¿Te parece bien?

—Por mí ningún problema, pero no sabemos cuánto tiempo podemos tardar. ¿No tienes que volver al Ejército? —cuestiono con curiosidad, aunque al instante me arrepiento de haber formulado esa pregunta al comprobar como su semblante se ensombrece, su espalda se tensa y la atmósfera se enrarece a nuestro alrededor.

—Lo cierto es que no, tengo por delante varias semanas de vacaciones, así que, por lo que a mí respecta, cuando quieras podemos empezar —responde tratando de aparentar una calma que no parece sentir.

—¿Por dónde comenzamos? —pregunto, ansiosa por acabar cuanto antes con este momento de incomodidad.

—Lo primero es lo primero: dame tu móvil —pide extendiendo la mano.

—¿Mi móvil? —repito frunciendo el ceño mientras lo cojo de encima de la mesa y se lo entrego, después de desbloquearlo.

Con una sonrisa, él marca un número hasta que la pantalla de su teléfono comienza a iluminarse.

—Listo. Si vamos a hacer de detectives, lo mínimo es que estemos conectados y, como lo de sincronizar los relojes me parece excesivo…, por lo menos ya tienes mi número registrado —bromea—. Además, igual así la próxima vez que te llame me coges el teléfono y no tengo que aparecer sin avisar. Hoy tuve que someterme al interrogatorio de tu vecino y en verdad que ese hombre es un caso especial…

—¿Has conocido a Eusebio? —pregunto con una sonrisa en los labios.

—Sí, tiene una habilidad asombrosa para interrogarte y vacilarte a la vez sin que apenas te des ni cuenta de que lo está haciendo.

—Lo sé, es un don.

—Más de un ejército pagaría por tenerlo en filas.

—No le des ideas, no le des ideas que lo veo pilotando helicópteros y saltando al mar Egeo.

Los dos sonreímos al imaginar tal estampa y una sensación agradable se extiende por mi pecho.

Su mirada es cálida y me hace sentir bien, pero a la vez algo intimidada.

Nerviosa, desvío la vista y la fijo en el anillo antes de comentar:

—Creo que deberíamos empezar por el pueblo de su infancia, está a poco más de una hora de aquí, así que podemos ir y volver en el mismo día. Si tenemos suerte, es posible que María no se haya mudado y todavía siga ahí.

—Tiene lógica —admite—. Bueno, pues creo que, llegados a este punto, solo nos falta algo por concretar: ¿en tu coche o en el mío?

Es una pregunta del todo inocente, pero la sonrisa que la acompaña es tan… todo que, sin poder evitarlo, siento como mis mejillas se mimetizan con el color de mi pelo y la temperatura de mi cuerpo aumenta un grado… O más bien dos.

Sus ojos me observan con un brillo divertido y algo en mi cuerpo se altera llevándome a preguntarme si hacer esta búsqueda juntos será buena idea o tal vez no.

Hace unos minutos que David se ha marchado y no puedo dejar de pensar en lo que acaba de pasar. Camino por el salón repasando lo sucedido y mis mejillas se sonrojan de nuevo al imaginar la cara de idiota que se me debió quedar al encontrármelo ahí, parado delante de la puerta de mi casa. Es decir, sabía que había venido al entierro de su abuelo; tal y como le dije, lo vi en el cementerio, pero allí estábamos a una distancia prudencial, lo que no me esperaba para nada era que se presentase en mi casa y mucho menos sin avisar.

El teléfono suena sacándome de mis cavilaciones y una sonrisa ilumina mi rostro al ver el nombre que se dibuja en la pantalla.

—Hola, Tati —la saludo con el apelativo cariñoso que solo yo uso para referirme a mi hermana. Mucha gente se sorprende cuando me escucha llamarla así, no obstante, el sobrenombre tiene una procedencia muy lógica y sencilla. Cuando ambas éramos pequeñas, decir «Patricia» o «Patri» era difícil para mí, por lo que «Patri» degeneró en «Tati» y así continúo llamándola cariñosamente hoy por hoy.

—Holaaa, ¿cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Has comido algo? ¡Seguro que no has probado bocado! ¡Te habrás encerrado en casa y llevarás todo el día sola, ahí, llorando! ¡Siento muchísimo no haber estado hoy contigo, pero con todo lo que tengo aquí montado…! —Mi hermana, como la fuerza arrolladora de la naturaleza que es, comienza a hablar sin parar y casi sin darme la opción de intervenir.

Tati y yo no podemos ser más diferentes. Ella es todo energía, un torbellino que lo arrasa todo allá donde va. En su vida privada, eso sí, porque en su trabajo no hay persona más eficiente, metódica y disciplinada.

Por el contrario, yo soy mucho más tranquila y calmada, aunque no por ello menos divertida. A ella le gusta moverse, es inquieta, necesita hacer cosas y salir; si un día hay un terremoto y su casa se derrumba, sería casi imposible que la pillase dentro, vamos, que seguro que el techo no se le caería encima. Su lema: «No te encierres en unos metros cuadrados cuando tienes kilómetros por descubrir». A mí me ocurre todo lo contrario, mi definición de un momento feliz es una buena mantita, una peli y un sofá… Si a eso le añadimos helado de chocolate, siento que toco el cielo con la punta de los dedos.

Mi hermana adora los perros y yo prefiero los gatos, a ella le encantan el campo y la montaña, y yo me muero por el mar.

No podemos ser más diferentes y, sin embargo, lo que sentimos la una por la otra es pura adoración.

Tati sigue parloteando sin parar y yo me obligo a frenarla para poder responder antes de que se le acabe el aire y le dé un jamacuco por no respirar.

—Por partes —la interrumpo con tono tranquilo en un intento por

que deje de preocuparse por mí—. Punto uno: estoy bien, todavía no me hago a la idea de que Joaquín se haya ido, pero estoy bien; punto dos: sí he comido, en concreto un sándwich mixto y una ensalada César; punto tres: no me he encerrado en casa, y punto cuatro: para tu información tampoco he estado sola, más bien he tenido una visita inesperada.

Mi afirmación consigue el milagro y, durante unos segundos, al otro lado de la línea reina el silencio.

—¿Qué visita? —pregunta con curiosidad.

—No lo acertarías ni en un millón de años —respondo sonriendo al imaginarla haciendo cábalas al tiempo que me dejo caer en el sofá.

—Pues teniendo en cuenta que papá, mamá y yo no estamos, que tus amigos de Barcelona te quedan un poco lejos y que con Arancha y Paula no quedas entre semana (dice refiriéndose a las dos amigas que todavía conservo de la universidad)… Si a eso unimos que te pasas el día enclaustrada en tu estudio y hasta ahora visitando a Joaquín en la residencia… Lo cierto es que no, no tengo ni puñetera idea —murmura más para ella misma que para mí.

—David.

—¿David? ¿Qué David?

—David, el nieto de Joaquín.

—¿¡El nietísimo!? ¿¡En serio!?

—Tan en serio como que estoy hablando contigo.

—¿El capitán? Porque es capitán, ¿no? —se interesa.

—Creo que sí.

—¿Y cómo es?

—Es agradable, parece un buen tipo y…

—¿Está bueno?

—¡Tati!

—¿¡Qué!?

—¡Su abuelo acaba de morir!

—Pero él sigue vivo, ¿no?

—Eres de lo que no hay —la acuso, conteniendo una carcajada.

—Que sí, que sí, lo que tú quieras, pero responde: ¿está bueno? —insiste.

—No sabría decirte.

—¿Por qué? ¿Te has quedado ciega de golpe?

Por supuesto que no estoy ciega; David es atractivo, muy atractivo, pero eso es algo que no pienso admitir y mucho menos delante de mi hermana. La adoro, pero es una celestina de mucho cuidado y, al igual que le ocurría a Joaquín, está obsesionada con que encuentre a alguien con quien estar, por lo que, si le digo que David me ha parecido guapo y un encanto, antes de darme cuenta estaría organizándome la boda y, si la dejo, hasta la luna de miel.

—No me he fijado en eso, estaba demasiado ocupada contándole lo de María —afirmo haciendo referencia a los planes que ya le detallé a mi hermana cuando leí la carta de Joaquín y decidí cumplir su última voluntad.

—¡Espera, espera, espera! ¿Acabas de conocerlo y lo primero que se te ocurre contarle es que pretendes buscar a la primera novia de su abuelo muerto?

—Dicho así, suena fatal, pero sí.

—¿Y no te dijo que estás como una regadera?

—Para nada; es más, se ofreció a venir conmigo. Como ya sabes, Joaquín quería que fuésemos los dos y él ni lo ha dudado.

—No sé qué me preocupa más: que tú estes loca o que lo estéis los dos —murmura ella.

—¡Venga ya, Tati! Siempre me dices que debería tomarme unas vacaciones y salir más.

—¡Sí! ¡Unas vacaciones! Eso es descansar en la playa del Caribe o ver monumentos por Italia, conmigo o con alguna amiga, no ponerte a investigar sobre una señora que no conoces de nada como si de repente te hubieses convertido en Hércules Poirot, viajando con un desconocido al que no has visto jamás. ¿Te has planteado que podría ser un asesino en serie o algo peor?

—¿Qué puede haber peor que un asesino en serie?

—Ahora mismo no se me ocurre nada, pero si me dejas pensar…

—¡Venga ya, Tati! Hace un momento me preguntabas si estaba bueno, ¿y ahora te preocupa que me quiera matar? Además, te recuerdo que es el nieto de Joaquín.

—Para el carro. Que te pregunte si está bueno en plan alegrarte la vista y los demás sentidos no implica que me parezca bien que te vayas de viaje con él. Además, que sea nieto de Joaquín carece de importancia para el caso. Que su abuelo fuese un encanto y una bellísima persona no lo exime necesariamente a él de la posibilidad de ser un descuartizador.

—¿Ya lo has ascendido a descuartizador?

—Te dije que, si me dejabas pensar, se me ocurriría algo peor que asesino en serie.

—Venga ya, no te preocupes, es un viajecito de nada, con un poco de suerte la encontraremos en unas horas y no tardaremos nada-. Te prometo que te mantendré informada —anuncio.

Un suspiro resuena al otro lado de la línea y me obligo a contener la risa.

—¡Más te vale! ¡Me gustabas más cuando eras la hermana mayor aburrida que se quedaba en casa viendo pelis con la mantita en el sofá! ¡Espero que, en tu afán de encontrar a esa tal María, no termine siendo yo la que tenga que encontrarte a ti! ¡O las partes que queden

de ti!

Sé que no es su intención, pero no puedo evitar que su comentario me haga reír. Mi hermana es única, eso nadie lo puede discutir.

Capítulo 4

¿Un escarabajo?

David

Humo, gritos, olor a sangre, una desesperante sensación de impotencia y esa mirada que cada noche, desde hace meses, me atormenta se entremezclan en mi mente paralizándome y haciéndome estremecer.

Me obligo a inspirar con fuerza tratando de insuflar algo de aire a mis doloridos pulmones, pero el peso de la angustia me aprisiona como si una pesada losa acabase de caer sobre mí.

Siento los músculos entumecidos y agarrotados; intento moverme, reaccionar, pero el cuerpo no me obedece, los gritos se vuelven agudos a la vez que los frenéticos latidos de mi corazón se descontrolan más a cada segundo que pasa haciéndome sentir que pierdo todo resquicio de control.

Quiero avanzar, lucho por despegar los pies del suelo, pero me resulta imposible. Grito de pura frustración; se me termina el tiempo, el humo es cada vez más denso y no consigo ver nada, salvo esos ojos… De repente, un sonido se cuela en mi cabeza espantando los sueños y devolviéndome de nuevo al mundo real.

Mis párpados se abren de golpe al tiempo que tomo una gran bocanada de aire para alejar la sensación de ahogo que me atenaza el pecho. Pestañeando repetidas veces para asegurarme de que en verdad estoy despierto, me incorporo en la cama con tanta rapidez que, por un instante, todo da vueltas a mi alrededor.

Agotado, sin aliento y bañado en sudor me paso la mano por la cara masajeando la frente y tratando de ralentizar el ritmo alocado de mi corazón mientras desvío los ojos a la mesilla de noche dando gracias en silencio al puñetero sonido del móvil, que me ha arrancado del infierno en el que estaba sumergido.

El ruido cesa, pero casi de manera inmediata empieza a vibrar de nuevo, por lo que estiro la mano para alcanzarlo.

—¡Mierda! —exclamo saltando de la cama al comprobar que la que

llama es Lola y que, por la hora que marca la pantalla, me he quedado dormido.

—Hola —la saludo con la respiración todavía un poco acelerada mientras vuelo hacia la ducha.

—¡Buenos días! Estoy delante de la puerta de tu hotel —me saluda ella con un tono en exceso alegre para ser poco menos de las siete de la mañana.

—¡Joder! ¡Me cago en…! —grito a causa del dolor al doblarme el dedo meñique del pie con la pata de la cama y salto a la pata coja.

—Ehhhh, ¿estás bien? —pregunta ella con timidez desde el otro lado.

—Sí, sí, dame cinco minutos y bajo —aseguro con la voz entrecortada antes de colgar y meterme en la ducha a toda prisa, todavía soltando sapos y culebras.

Pongo el agua fría y el contraste de esa temperatura con la de mi cuerpo me hace contener durante un par de segundos la respiración; siento como mis tensionados músculos se van relajando poco a poco y cierro los ojos, disfrutando de la sensación.

En algo más de cinco minutos estoy duchado, vestido y bajando por las escaleras con una bolsa de deportes colgada del hombro. Ayer, antes de despedirnos, ambos decidimos ir preparados por si la cosa se alarga algún día más de lo previsto y nos toca pernoctar.

Al pasar por delante del mostrador de recepción saludo a la chica, que me corresponde con una sonrisa, y salgo a la calle topándome de frente con Lola, quien, más fresca que una amapola recién cortada, me recibe con una radiante sonrisa.

—¡Buenos días, bello durmiente! ¿Se te han pegado las sábanas? —pregunta con cierto deje divertido y burlón.

En otra situación no dudaría en responderle. Pero al verla subida en ese… ¿coche? me he quedado sin palabras, en *shock* e incapaz de apartar los ojos del minúsculo y nada discreto…

—¿Escarabajo? ¿En serio? ¿Vamos a ir en eso, en un escarabajo? —cuestiono ignorando su pregunta a la vez que señalo el objeto de mi asombro y alzo ambas cejas por encima de la montura de las gafas de sol.

—¿Cómo que «eso»? ¡Ni se te ocurra llamarle «eso» a esta preciosidad! —me regaña acariciando el salpicadero con ambas manos.

—¡Es una chatarra! —exclamo mientras contemplo perplejo el llamativo escarabajo descapotable de color rojo brillante con tapicería blanca.

—¡Es *vintage*! —replica ella con el ceño fruncido.

—Ese término es el que usa la gente a la que le gusta la chatarra. Prefiero alquilar un vehículo un poco más actual —protesto.

—¡Alquilar un coche! ¡Menuda ofensa! Ignóralo, Betty, no sabe lo que dice —exclama con aire teatral dirigiéndose al vehículo.

—¿Betty? ¿Le has puesto «Betty»? Y lo más importante: sabes que no va a responderte, ¿verdad? —inquiero asombrado tratando de disimular una sonrisa. Su actitud me resultaría de lo más divertida si no fuese porque no me apetece nada viajar en ese trasto.

Ella resopla y, cruzándose de brazos, niega con la cabeza.

—Se llama Betty en honor a Betty Boop y llevamos tantos años juntas que no necesito que me responda, para entendernos nos sobran las palabras, ¿verdad, preciosa? —vuelve a preguntarle, como si el vehículo fuese parte activa de la conversación, antes de seguir hablándome a mí—. Era de mi abuela, de cuando era joven, y me lo regaló poco después de sacarme el carnet.

—¡Eso demuestra mi teoría de que es una carraca! —insisto con pocas, o más bien ningunas, ganas de dar mi brazo a torcer.

—¡Es un clásico! Llamarle «carraca» es un sacrilegio —exclama frunciendo la nariz con gracia.

—No tengo nada en contra de los coches antiguos, sobre todo si se usan para andar con ellos distancias cortas o por ciudad, pero ¿para viajar? Llámame maniático si quieres, pero para eso prefiero uno construido después de la Segunda Guerra Mundial. Con su airbag y demás sistemas de seguridad.

—Eres un tiquismiquis —bufa en un gesto de impaciencia que me resulta de lo más cómico—. Para tu información y tranquilidad, he hecho más de un viaje montada en este «clásico» y jamás de los jamases me ha dejado tirada—asegura orgullosa alzando el mentón.

—Lo que tú digas, pero no me convence; además, es un coche de chica y yo soy un capitán del Ejército de los Estados Unidos. ¡Tengo una reputación!

—Disculpe, señor capitán, ¿preferiría usted un tanque? —se recochinea ella.

—No quiero un tanque, solo un coche discreto, seguro y normal.

—Betty es normal —replica.

—Ohhh, sí, no llama nadita de nada la atención —murmuro y suspiro resignado al comprender que no voy a hacerla cambiar de opinión—. En caso de aceptar, ni siquiera estoy seguro de caber dentro de él o de ella o como quieras llamarlo —comento dubitativo tras echar un ojo al escaso espacio del interior. Mi comentario debe de resultarle de lo más gracioso, pues la carcajada que suelta estoy seguro de que la ha escuchado hasta la recepcionista, que observa la escena desde el interior del hotel, detrás del mostrador de recepción.

—¡No te vengas tan arriba, soldado, ni tú eres tan grande ni el coche tan pequeño! —responde todavía entre risas echando el asiento del copiloto hacia atrás de tal forma que el espacio que queda libre

resulta casi aceptable.

Le dedico una última mirada de disconformidad antes de meter la bolsa de deporte en el maletero; después, entro y me dejo caer en el asiento, el cual, para mi sorpresa, es bastante más cómodo de lo que en un principio podría parecer. Lola me dirige una mirada satisfecha y, sin esperar ni un segundo más para no darme la opción de cambiar de opinión, toma el volante con ambas manos y arranca.

Por el retrovisor me encuentro con su satisfecha mirada y, malhumorado por haber terminado cediendo, contemplo a través del espejo el hotel y como nos alejamos de él.

Lola

Feliz por haberme salido con la mía, sonrío complacida. Betty es muy importante para mí, fue un regalo de mi abuela y, cuando la conduzco, me siento unida a ella, como si la tuviese a mi lado. Por ello, dejarla atrás y marcharme o cambiarla por otro coche ni siquiera es una opción.

En cuanto avanzamos unos metros, conecto el móvil y comienzo a golpear con los dedos en el volante al ritmo de Melendi, que lo inunda todo con su voz.

—¿En serio? ¿De todas las mejoras que podías hacerle al coche decidiste incorporar un *bluetooth*? —pregunta David, que me observa con media sonrisa adornando sus labios y un brillo divertido en la mirada.

—Un viaje sin música es como el chocolate sin azúcar —me apresuro a justificar mi elección.

—¿Más sano?

—Soso y aburrido —resoplo observándolo de reojo—. Además, el coche está perfecto tal y como está.

—Ese ruidito extraño que se escucha de fondo cuando aceleras dice justo lo contrario.

—Para que lo sepas, acabo de pasar la ITV hace un mes.

—Ya. ¿Y con cuánto sobornaste al pobre técnico para que le diese el visto bueno? —inquiere frunciendo el ceño a la vez que cruza ambos brazos sobre su pecho. Su acusación y la rotundidad con la que ha formulado la pregunta me hacen apretar los labios en una fina línea al sentir como mis mejillas se tiñen de un leve rubor.

—Pues me complace informarte de que no tuve que sobornar a nadie, no me hizo falta —afirmo sin apartar los ojos de la carretera notando como los dedos se me crispan sobre el volante. Él carraspea

para darme a entender que no se lo traga mientras, por el espejo, lo veo alzar las cejas con guasa—. Dio la casualidad de que el técnico fue conmigo al colegio, pero, aunque no hubiese sido así, habría pasado la revisión sin ningún problema —murmuro haciendo un mohín que arranca una sonora carcajada de su garganta.

Trato por todos los medios de contener las ganas de reírme yo también; se está burlando de Betty y eso debería bastar para molestarme, sin embargo, el sonido de esa risa sincera, natural y algo ronca me envuelve caldeándome el pecho y haciéndome sentir bien.

Reconozco que desde que ayer acordamos emprender este viaje juntos he estado algo preocupada, al fin y al cabo, David y yo no nos conocemos y tenía miedo de que la situación se volviese incómoda. No obstante, al menos de momento, nada más lejos de la realidad.

La temperatura exterior es tan agradable que ni siquiera he tenido que colocar la capota de Betty y es una gozada disfrutar de la caricia del aire templado sobre mi rostro. Además, tengo que admitir que, desde que David se ha subido a regañadientes al coche, he sentido cierta complicidad con él, podría decirse que, a pesar de nuestras pequeñas discusiones, o quizás gracias a ellas, el viaje está resultando de lo más entretenido.

Gran parte del trayecto transcurre en silencio, pero no en un silencio incómodo de esos que sientes la necesidad de rellenar con conversaciones vacías que no dicen nada. Todo lo contrario: es un silencio agradable en el que me siento a gusto, disfrutando de la carretera, del paisaje verde y frondoso que vamos dejando a nuestra espalda según avanzamos, y ahora que por fin tomamos el desvío hacia el pequeño pueblo marinero al que nos dirigimos, también del intenso olor del mar que regresa a nosotros para acariciarnos y anunciarnos que nos vamos acercando a nuestro destino.

—Espero que podamos encontrar la casa de María y también la de mi abuelo. Me haría mucha ilusión verla. Pero ni siquiera sé por dónde empezar a buscar — anuncia David.

—El pueblo habrá cambiado muchísimo durante todos estos años — admito con el ceño fruncido mientras las primeras casitas de piedra a ambos lados de la carretera nos dan la bienvenida—. Sin embargo, por mucho que haya crecido todo pueblo marinero tiene su casco viejo, su zona antigua. Yo empezaría por ahí.

—Perfecto, Sherlock, y una vez ahí, ¿qué hacemos, ir casa por casa? —insiste él mientras sigo la señal que me indica hacia dónde debo avanzar.

—Podríamos, pero lo veo poco práctico. Se me ocurre algo mejor. —Sonrío.

—Sorpréndeme —pide alzando las cejas.

—Te veo lento, soldado —bromeo—. ¿Dónde crees que se junta la

gente de antaño en un pueblo como este?

De repente, una sonrisa de lo más atractiva ilumina su rostro provocando que algo se remueva en mi interior. Ignorando esa sensación, fijo la vista al frente y me obligo a concentrarme en el escasísimo hueco en el que intento aparcar mientras él exclama emocionado:

—¡La tasca del pueblo! ¡Seguro que en la zona vieja queda alguna tasca antigua donde se reúnen a hablar o a echar la partida!

—Bingo —asiento—. Si damos con una de esas tascas, quizás tengamos alguna posibilidad de encontrar a algún vecino de aquella época dentro.

—Si es que queda alguno vivo… —murmura—. Y en el caso de que así sea, esperemos que conserven algo de memoria.

—¡Chico, un poquito de positividad! ¡No seas agorero! —protesto girándome hacia él con una mueca de disgusto—. Tu abuelo tuvo la memoria intacta hasta el día en que murió. ¿Qué te hace pensar que muchos de sus amigos de aquella época no estén igual?

—Mi abuelo tenía muy buena materia prima, solo hay que verme a mí —bromea y desliza por sus labios una sonrisa socarrona.

—Materia prima no sé; ahora, lo que es humildad, te sale por las orejas, vamos —replico con ironía mientras salgo del coche.

Riendo entre dientes, él me imita y camina hasta situarse a mi lado. Los dos observamos a nuestro alrededor. Estamos en lo que antaño sería la plaza del centro del pueblo, hoy convertido en un pintoresco barrio antiguo compuesto de pequeñas casitas de una o dos plantas, todas ellas construidas en piedra y la mayoría reformadas. En algunos de sus balcones, alegres flores de intensas tonalidades disfrutan de la luz del sol confiriendo un aire más colorido a la plaza, desde la que se puede acceder a tres estrechas y empedradas callejuelas.

A diferencia de otras zonas del pueblo por las que hemos circulado con el coche, aquí apenas hay locales comerciales. Tan solo se ve, en un extremo, lo que en otros tiempos debió de ser una tienda de ultramarinos, hoy convertida en un pequeño supermercado de barrio, y, justo enfrente, un diminuto quiosco de esos de siempre.

—¡Justo lo que estamos buscando! —exclama David señalando el lado opuesto de la plaza, en cuyo límite, haciendo esquina con una de las calles que confluyen, puede verse el cartel de madera de un viejo bar que, a pesar de no tener mesas fuera, da la impresión de continuar en funcionamiento.

Nos miramos complacidos, sorprendidos por la suerte que hemos tenido. Y nos encaminamos hacia el local sin perder un solo segundo. Mis ojos lo barren de arriba abajo en cuanto ponemos un pie dentro.

Es innegable que todo en el lugar tiene muuuchos años, desde la desvencijada puerta de madera que acabamos de atravesar y el

carcomido tablón con el nombre «Bar Manolo» que cuelga sobre ella hasta las mesas y las sillas que ocupan su interior; pero, sobre todo, las que más años parecen tener son las personas que se sientan en ellas.

Son pocas, tres mujeres, y todas ellas nos observan como si acabásemos de llegar directos de Marte. Eso me da a entender que el establecimiento no suele ser frecuentado por personas de nuestro rango de edad.

—¿Os habéis perdido? —pregunta una voz potente desde detrás de la barra.

Tanto David como yo nos giramos hacia allí para encontrarnos con un hombre que rondará como mínimo los noventa años. Es bajo pero robusto. Viste un pantalón negro, camisa azul y una boina gris oscura. Tiene la piel del rostro bronceada y tan arrugada que su cara me recuerda a una uva pasa gigante. En una de sus manos lleva una taza blanca mediada de un vino tinto que se balancea de forma peligrosa cada vez que da un paso y con la otra se apoya en un bastón para ayudarse a caminar.

—No nos hemos perdido —responde David observando como el hombre se encamina despacio a una de las mesas y apoya sobre ella la taza antes de dirigirse de nuevo a nosotros.

—¿Que no sabéis a qué habéis venido? Y si no lo sabéis vosotros, ¿cómo voy a saberlo yo? —pregunta alzando la voz.

—Tenéis que gritar, nuestro Paco está más sordo que una tapia —nos informa una de las mujeres antes de mostrarnos una desdentada sonrisa afable.

—¿Qué es lo que dices que te da rabia? —le pregunta el tal Paco a la anciana, que lo ignora y da un trago al vino de su taza.

—No nos hemos perdido, venimos buscando información —digo alzando la voz tal y como la mujer me ha indicado que haga.

—Aquí no hay ninguna habitación —me responde él negando con la cabeza—. Esto no es un hotel.

—No, no, no queremos una habitación, queremos información —lo intento de nuevo, levantando un poco más el tono—. Necesitamos averiguar unos datos.

—Me alegro, me alegro de que te gusten los gatos —asiente complacido—. Yo tuve dos, se llamaban Canela y Limón —comenta después de dar un largo trago a su bebida.

—¡A ver si te pones el sonotone! —lo regaña otra de las mujeres señalándolo con el dedo con una mueca de disgusto.

—Gracias, Eugenia, pero no me apetece comer macarrones —responde Paco arrancándome una sonrisa que me esfuerzo en disimular.

—Verán, ella es Lola y mi nombre es David. Mi abuelo vivió en este pueblo durante muchos años, hasta que tuvo que huir con sus padres a

Valencia. Se llamaba Joaquín Castillo —lo intenta de nuevo David mientras se aproxima un poco más a ellos.

—¿Qué dice de un altillo? —pregunta Paco a la mujer que permanece sentada a su lado.

—¡Castillo, es el nieto de Joaquín Castillo! —grita ella dándole unos golpecitos con la mano en el brazo.

—Yo me acuerdo de tu abuelo —asegura la única de las tres mujeres que todavía no había dicho nada dirigiéndonos a ambos una mirada cargada de curiosidad.

—¡Yo también recuerdo a Castillo! ¡Tu abuelo me robó una canica! ¡Él siempre decía que la ganó, pero no es cierto, hizo trampas y me la robó! —anuncia el hombre con gesto enfadado señalándonos con el dedo.

—*Joer* con Paquito, habrá perdido el oído, pero en lo que respecta a la memoria, la tiene intacta —susurro de tal forma que solo David me escucha mientras él me observa de reojo aguantando a duras penas las ganas de reír.

La señora que acaba de afirmar recordar a Joaquín ignora el comentario de su amigo y continúa hablando.

—¿Cómo está tu abuelo? —se interesa.

La observo con curiosidad. También a ella se la ve muy mayor, pero casi con total seguridad me atrevería a afirmar que es la más joven de los cuatro. Su pelo es blanco como la nieve virgen y, a diferencia de sus dos compañeras, lo lleva suelto y algo más largo; es delgada y en su rostro destacan unos vivaces ojos azules que parecen hacer pedido prestado su color al mar.

—Por desgracia, mi abuelo falleció hace unos días —responde David sin disimular la pena que le provoca tal afirmación.

—Siento escuchar eso, muchacho, Joaquín tenía un alma muy especial. Mi hermano era uno de sus mejores amigos, por eso él pasaba mucho tiempo en mi casa.

—¿De verdad? —pregunto observándola esperanzada—. ¿Podemos sentarnos?

—Claro, coged un par de sillas y contadnos qué os ha traído por aquí. ¿Es que acaso tú y tu novia teníais curiosidad por conocer los orígenes de tu abuelo ahora que él ya no está, chiquillo?

—Ella no es mi novia, es… una amiga a la que quería mucho mi abuelo y la verdad es que no estamos aquí por eso, señora… —dice David en cuanto ambos tomamos asiento en la mesa.

—Dolores, yo soy Dolores, esas dos son Eugenia —señala primero a la mujer que regañó a Paco por no llevar puesto el sonotone— y Josefa —añade señalando a la que nos pidió que gritásemos.

—Pues no estamos aquí por eso, Dolores, aunque reconozco que ahora que he pisado este pueblo siento curiosidad por ver la casa en la

que mi abuelo vivió de pequeño. Lo cierto es que lo que en realidad nos ha traído al pueblo es la necesidad de cumplir su último deseo.

—¿Su último deseo? —repite Eugenia.

—¿Quería que me devolvieseis mi canica? —insiste Paco.

—¡Y dale con la dichosa canica! —resopla Eugenia.

—Menudo oído tiene cuando le interesa —murmura David, haciéndome contener la risa.

—Si la tuviésemos, se la devolveríamos encantados, pero mucho me temo que no tiene nada que ver con eso, sino con una mujer —replico.

—Esto se pone interesante —afirma Dolores, cuyos ojos acaban de adquirir un brillo especial.

—Sí, Joaquín nos pidió que encontrásemos a su primer amor, María, una chica de este pueblo de la que estaba enamorado antes de irse, para devolverle algo que siempre debió tener.

—Ohhh, que romántico —suspira Josefa al tiempo que las tres mujeres nos observan con expresión anhelante y soñadora.

—También recuerdo a María, aunque vagamente. Alguna vez la vi con tu abuelo, pero poco más te puedo decir; mi hermano sí tenía más trato con ella, pero yo soy algunos años menor que ellos y no solía acompañarlos por ahí —dice Dolores.

—¿Podríamos hablar con su hermano? —inquiero emocionada por la suerte que hemos tenido.

—Lo siento, pero es imposible —nos informa negando con la cabeza.

—Vaya, lo lamento mucho —respondo y bajo la mirada, dando por hecho que su hermano ya no se encuentra entre nosotros.

—A no ser que esperéis a la hora de la cena —añade con una sonrisa.

—Perdón, ¿cómo dice? —pregunta David, que la observa con los ojos abiertos como platos.

—Mi hermano salió a navegar con mi sobrino, es un viejo testarudo que ha sido marinero durante toda su vida y que no es capaz de quedarse sin salir a la mar, pero volverán a la hora de la cena. Si podéis esperar hasta las nueve, estoy segura de que le encantará conoceros. Su casa está aquí al lado, a menos de un minuto de esta plaza, y él quería mucho a tu abuelo, se alegrará de veros.

—Muchísimas gracias, se lo agradecemos un montón. Haremos algo de tiempo visitando el pueblo y a las nueve en punto estaremos listos —aseguro.

—Si me permitís una sugerencia, hace un día precioso y en el puerto hay veleros para dar paseos por la costa. Estoy segura de que os gustará —sugiere Eugenia guiñando un ojo a David.

Los contemplo a los cuatro una vez más antes de levantarnos para abandonar el lugar y sonrío divertida al pensar que, a pesar de la

cantidad de décadas que llevan todos a sus espaldas, tienen más peligro que un niño con un mechero al lado de un bidón de gasolina.

Capítulo 5

Cóctel de viento y sal

David

Siempre he sido más de tierra que de agua, pero el brillo ilusionado que invade los ojos de Lola en cuanto escucha las palabras «velero» y «mar» me deja más que claro que de esta no voy a librarme…

—Mucho me temo que quieres dar ese paseo, ¿verdad? —pregunto torciendo el gesto en cuanto salimos del bar.

—¡Claro! No imagino una manera mejor de recorrer la costa.

—Pues a mí se me ocurren muchas otras… —murmuro entre dientes.

—¡Venga ya! ¡Lo dices como si intentase meterte en medio de un tifón y solo vamos a dar una tranquila vueltecita por este apacible mar.

—El mar nunca es apacible, es indómito e impredecible.

—Y eso es precisamente lo que lo hace tan bello —asegura tirando de mi manga mientras desciende ya hacia el pantalán donde permanecen veleros de diferentes tamaños.

Resignado, la observo conversar con el patrón de una de las embarcaciones destinadas a estas excursiones y, pocos segundos después, me encuentro subiendo a la misma, embutido en un nada discreto chaleco salvavidas.

El velero se bambolea con suavidad de un lado a otro, mecido por las ligeras olas del mar que lo acunan en un movimiento que, lejos de resultarme relajante, me revuelve el estómago.

Lola extiende los brazos, cierra los ojos y aspira con fuerza sonriendo al recibir sobre su rostro la cálida caricia de los rayos del sol. La observo incapaz de apartar los ojos de ella. Así, relajada y sonriente, está preciosa y desprende una energía tan atrayente e hipnótica que, durante unos segundos, casi me olvido de dónde estoy. Al menos hasta que la voz del patrón rompe el encanto para indicarnos que estamos a punto de zarpar.

Incómodo, tomo asiento en uno de los bancos habilitados para ello y

lo estudio todo a mi alrededor.

Se nota que el velero es antiguo por la madera del casco; no obstante, lejos de verse viejo o deteriorado, se aprecia a leguas que está cuidado con mucho esmero. No es un barco de grandes dimensiones, sin embargo y a pesar de ello, la proa dispone de varios bancos acolchados desde los que poder disfrutar con comodidad del paseo mientras sus impresionantes velas ondean al viento haciéndonos adquirir poco a poco más velocidad y alejándonos (muy a mi pesar) cada vez más del puerto.

—¿Se puede saber por qué miras hacia abajo como si un tiburón blanco estuviese a punto de salir volando para arrancarte la cabeza? —pregunta Lola en tono jocoso dejándose caer a mi lado.

—¿Serías capaz de asegurar al cien por cien que no hay ninguno nadando en este momento bajo el casco del barco? —cuestiono con el ceño fruncido.

—Por desgracia, sí —suspira.

—¿Por desgracia? —repito convencido de haber escuchado mal.

—Sí, por desgracia —se reafirma y me dedica una sonrisa que hace subir varios grados la temperatura del océano Atlántico—. Nadar entre tiburones siempre fue uno de mis sueños.

—¡Estas de coña! —exclamo.

—Para nada, son animales imponentes y majestuosos, unos grandes incomprendidos. Me encantaría nadar a su lado.

—A su lado o en su estómago —resoplo.

—Como acabo de decir, son unos incomprendidos y siempre ha sido uno de mis sueños —insiste, quitándole importancia a mis palabras.

—Miedo me da preguntar cuáles son los otros —bufo negando con la cabeza.

—Pues… Me encantaría tirarme en paracaídas desde un avión y hacer un viaje por África, pero no un viaje de estos programados por una agencia. A mí lo que en realidad me gustaría es moverme libremente, acompañada por algún habitante de la zona para ver de cerca y en su hábitat natural a los leones.

—Tiburones, leones… ¡Madre mía, estás como una cabra! ¡Estoy viajando con una loca!

—¿Qué tienes en contra de los pobres leones? —protesta fingiéndose ofendida.

—Pues en honor a la verdad, lo mismo que en contra de los tiburones: nada, a no ser que acabe convertido en su merienda.

—Exagerado —comenta con desdén—. Son animales fascinantes, uno es el rey del mar y el otro el de la sabana. Sería fascinante conocerlos en su hábitat natural.

—Pues precisamente por eso… ¡Déjalos reinar en paz! ¿O acaso alguna vez se te ha ocurrido entrar al Palacio de la Zarzuela para ver

de cerca al rey en su hábitat natural? ¡Nooo! Te conformas con verlo por la tele —aseguro con vehemencia—. ¡Pues con esos animales pasa lo mismo, se les ve reinando por la tele, desde el sofá, con unas palomitas y a distancia!

—Eres un aburrido —asegura alzando las cejas.

—Lo que tú llamas aburrimiento, yo lo llamo sentido común, además…

Me encantaría seguir debatiendo, pero un viraje brusco de nuestro patrón, consecuencia de la marea provocada por un barco de grandes dimensiones que acaba de pasar a nuestro lado, hace que el velero se ladee con fuerza hacia la derecha y, más agobiado de lo que pienso admitir, me agarro con fuerza a lo primero a lo que echo mano, sin dejar de estudiar con gesto preocupado las profundas aguas sobre las que acabamos de pasar, a la vez que un nuevo movimiento nos inclina a la izquierda y siento que el estómago asciende hasta mi garganta.

—En serio, me estás preocupando, estás pálido. ¿Te encuentras bien? —se interesa Lola con gesto intranquilo—. Puedo decirle que dé la vuelta…

—¡No! —la interrumpo.

Es cierto que las aguas profundas me asustan, por lo que la idea de terminar con este dichoso paseo y volver a tierra firme es tentadora, pero no pienso quedar como el tipo por el que Lola tiene que renunciar a salir a navegar. Así que me obligo a tragar saliva y cierro los ojos durante unos segundos, concentrándome en el intenso olor que la brisa arrastra del mar, y tras varias inspiraciones, poco a poco, mis pulsaciones comienzan a ralentizarse y consigo controlar los desbocados latidos de mi corazón.

—No hace falta —aseguro cuando, ya más calmado, fijo de nuevo la vista en ella.

Lola no parece del todo convencida y, de forma inconsciente, se muerde el labio inferior mientras analiza mi expresión. Es un pequeño gesto, pero consigue captar toda mi atención, pues nunca antes unos labios me habían parecido tan apetecibles como estos me resultan ahora.

De nuevo, me aferro al banco como si me fuese la vida en ello. Esta vez, temeroso de no controlar el impulso que siento de acercarme a acariciarlos cuando me pregunto qué se sentirá al besarlos.

Un calor extraño e intenso desplaza el miedo de mi pecho y se expande dentro de mí e, incómodo por el sendero que parecen tomar mis pensamientos, me remuevo en el asiento incapaz de apartar, por mucho que lo intento, mis hipnotizados ojos de esa boca que parece creada por el mismísimo demonio con el único objetivo de hacerte caer en la tentación.

—¿Por qué te produce tanto miedo un simple paseo en barco?

Quiero decir, no me entiendas mal, pero eres un soldado, vas en tanques, llevas armas… ¿Cómo demonios puede agobiarte un simple barco? —pregunta ella confusa y, por suerte, ajena por completo a lo que acaba de provocar en mí.

—Digamos que la mente humana es puñetera y tuve una experiencia un tanto desafortunada que me hizo decantarme por tener tierra bajo mis pies —aseguro y carraspeo mientras trato de digerir el nudo que me obstruye la garganta.

Sus ojos reflejan una genuina curiosidad mientras me escrutan intentando imaginar qué pudo haberme pasado.

—Veamos, vivías en Estados Unidos, así que… ¿Te atacó un tiburón?

—¿Qué? ¡No seas bestia! —niego con la cabeza.

—¿Naufragaste en medio del océano Pacífico y estuviste días perdido hasta que te encontró un pesquero?

—¿Nunca has pensado en ser escritora? ¡Menuda imaginación!

—¿Te atacó un banco de medusas gigantes? —Lo intenta de nuevo y yo la observo mitad divertido mitad enfadado; a estas alturas, no sé si de verdad está intentando averiguar qué sucedió o solo pretende vacilarme.

—Es mucho más sencillo que todo eso, no es nada tan rocambolesco como esas cosas que te acabas de inventar.

—¿Y piensas contármelo? —pregunta interesada con los ojos tan brillantes como dos farolillos en medio de una noche oscura.

—Pues la verdad es que no entraba en mis planes cuando me levanté esta mañana —rezongo.

—Venga, porfa, ahora no puedes dejarme así, con la intriga.

—Eres un poquito cotilla, ¿no?

—Yo prefiero llamarlo «sana curiosidad» —rebate encogiéndose de hombros.

Suspiro y frunzo el ceño sopesando mis opciones. No me apetece nada recordar y mucho menos contar ese incidente, pero por lo poco que la conozco estoy bastante seguro de que no va a darse por satisfecha hasta hacerme hablar… Así que, como al final voy a acabar claudicando, casi mejor terminar con el temita ya.

—No es algo que me guste ir contando por ahí —aseguro.

—Mis labios están sellados, palabra de exploradora —se apresura a afirmar levantando la mano derecha en señal de juramento.

—¿Alguna vez has sido exploradora? —cuestiono observándola con desconfianza.

—No, pero he visto un montón de pelis en las que salen —dice encogiéndose de hombros como si eso lo arreglase todo.

—Tenía trece años recién cumplidos, acababan de darme vacaciones de verano en el colegio y mi abuelo me llevó a pescar. Cogimos su

pequeña lancha motora, la cual, por cierto, mi madre todavía conserva en el cobertizo de su casa, y salimos a navegar. Yo estaba emocionado, entusiasmado. Siempre he admirado muchísimo a mi abuelo y él amaba la pesca, por lo que yo estaba ansioso por demostrarle lo bien que se me iba a dar. —Hago una pausa y me paso una mano por el pelo, disgustado por lo que estoy a punto de contar—. Llegamos a unas rocas altas a las que él iba con frecuencia, anclamos la lancha, cogimos las cañas y demás aparejos y me ayudó a subir.

—¿Y qué pasó? —susurra Lola incapaz de contenerse.

—Al principio todo iba genial. La temperatura era la idónea, hacía sol, pero tampoco un calor abrasador. Nos sentamos en las rocas y nos dedicamos a esperar mientras yo parloteaba sin parar. A medida que las horas iban pasando, yo me impacientaba. ¡Quería pescar algo sí o sí! Y poco antes de irnos, sucedió.

—¿El qué? —vuelve a interrumpirme Lola con los ojos todavía más abiertos que antes.

—Un pez enorme picó mi anzuelo. Tiraba de mi caña de tal forma que parecía que la fuese a romper en dos. Yo me levanté de un salto, emocionado, intentando recoger sedal mientras mi abuelo me daba indicaciones y trataba de ayudarme, pero yo, impaciente, no lo dejaba. Quería hacerlo solo, quería hacerlo yo —recuerdo con voz tensa—. Seguí tirando con fuerza hasta que, en un momento dado, cuando mi captura parecía a punto de salir del agua, me incliné hacia delante para ver mejor, el pez pegó un fuerte tirón y, al estar tan al borde de la roca, me desequilibré y caí al mar.

Lola se lleva una mano a los labios y me contempla con el asombro reflejado en su rostro. Parece tan metida en la historia que su cuerpo se tensa como si estuviese viviendo el momento en tiempo real.

—Fueron pocos minutos los que pasé en el agua, pero creí morir. Recuerdo escuchar a lo lejos los gritos de mi abuelo mientras, en *shock*, mi cuerpo se arañaba con las piedras según se hundía en el océano. Trataba, desesperado, de salir a la superficie, pero, no sé cómo, con el impacto mi pie quedó atrapado entre dos grandes rocas y, por mucho que luchaba para salir de ahí, me resultaba imposible. Sentía los afilados pedruscos rasgarme la piel y clavarse en mi cuerpo y, cuanto más tiraba, más parecía engullirme la roca. Necesitaba respirar, me ardían los pulmones, pero era incapaz de hacerlo —susurro—. De repente, poco antes de perder el conocimiento vi a una morena saliendo de una de las cavidades de las rocas y ahí sí, me convencí de que iba a morir. Me dolía el pecho y cerré los ojos para no ver al animal aproximarse. Entonces recuerdo experimentar una sensación de ligereza cada vez más intensa hasta que la oscuridad se adueñó de mí.

—Madre mía —musita Lola impresionada.

—Lo siguiente que recuerdo es despertarme en un helicóptero medicalizado y a mi abuelo llorando a mi lado. Por suerte, cuando me quedé inconsciente, él, que se había lanzado al agua a rescatarme, consiguió llevarme a la superficie antes de que fuese demasiado tarde.

—Bien por Joaquín —murmura.

Asiento y le dedico una fugaz sonrisa antes de continuar.

—De esa tarde de pesca me llevé una gran cantidad de moratones, un tobillo roto por el cual tuve que perderme gran parte del verano y la convicción de que prefiero tener tierra firme antes que agua bajo mis pies.

—Es comprensible —admite ella segundos después—. Pero que hayas tenido una mala experiencia una vez no implica que tenga que volver a suceder. Yo adoro la playa y el mar.

—No tengo nada contra la playa, pero una cosa es darme un bañito en la orilla, donde doy pie y puedo controlar la situación, y otra muy distinta salir a navegar.

—Algo me dice que eres uno de esos obsesos del control que no sabe dejarse llevar.

—En mi trabajo un segundo de «dejarse llevar» puede suponer la diferencia entre volver a casa vivo o muerto. —Intento por todos los medios que no se note, procuro que mi voz suene indiferente, pero escucharla decir eso ha sido como recibir un puñetazo que me corta la respiración.

Por lo visto mi esfuerzo ha sido en vano. Lola ha debido percibir algo extraño y me estudia con un brillo perspicaz en la mirada, tomándose todo el tiempo del mundo para analizarme, haciéndome sentir como un animalillo de laboratorio a punto de ser diseccionado. Cuando la veo abrir la boca contengo la respiración, incómodo, pues dudo que vaya a dejarlo pasar, pero por suerte la voz del patrón, que se acerca a nosotros, la interrumpe sin darle tiempo a incidir más en el tema.

—Hora de comer —anuncia acercándose con varias bandejas repletas de mejillones, berberechos y navajas.

Es ver esas fuentes repletas de delicias y hacérseme la boca agua. Tanto que incluso se me olvida el incómodo momento que acabamos de pasar. Me pirran los mejillones, sobre todo cuando son de esta zona, y, teniendo en cuenta que vivo en Estados Unidos, no son un manjar del que pueda disfrutar muy a menudo.

—¿Qué os está pareciendo el paseo? —pregunta el hombre al tiempo que deposita las bandejas, acompañadas de dos copas y una botella de vino blanco, sobre la mesa que tenemos delante.

—¡Nos está encantando! —asegura Lola con entusiasmo dirigiéndole toda su atención.

—Somos unos privilegiados por disfrutar de estas costas —admite él

esbozando una sonrisa repleta de orgullo.

Lo observo con atención. Parece un tipo agradable. Rondará los cincuenta y algo, tiene la piel bronceada en extremo a consecuencia del tiempo, con toda probabilidad excesivo, que debe permanecer bajo los rayos del sol como consecuencia de su trabajo y unos impresionantes y profundos ojos azules. Su cabello, que ahora luce algo despeinado por el viento, es largo y oscuro, y disfruta de una complexión tan atlética como delgada.

Durante los siguientes minutos nuestro guía se dedica a contarnos diferentes curiosidades sobre la zona que tanto Lola como yo escuchamos dando buena cuenta de los exquisitos moluscos.

El vino es, sin ninguna duda, el acompañante ideal, y eso que yo no soy un gran fan de esta bebida, pero tengo que reconocer que este, así, fresquito como está, baja de maravilla. ¡Y si no que se lo digan a Lola!, que, después de tres copas, está un pelín achispada y de lo más graciosa hablando sin parar y recitando las mil y una peripecias de su vecino de al lado, ese personaje con el que tuve el privilegio de coincidir cuando fui a su casa, mientras el patrón vuelve a la popa para cambiar el rumbo del barco.

Respiro con fuerza, observando todo lo que me rodea. Subir a un barco nunca habría sido ni mi primera ni mi segunda opción; no obstante, ahora me alegro de haberlo hecho porque lo cierto es que aquí, con el sonido fresco y sincero de la risa de Lola mezclándose con la brisa del mar, por primera vez en meses me siento vivo de nuevo.

De repente comprendo aquello en lo que mi abuelo insistía siempre al hablarme sobre ella. Porque, a pesar de que solo llevo unas horas a su lado y la conozco desde hace apenas dos días, estar con Lola, verla, escucharla… es como recibir una inyección de adrenalina. Ella es un chute de vitaminas, uno que acabo de tomar cuando ni siquiera era consciente de la falta que me hacía.

—¡Delfines! —grita de repente interrumpiendo su perorata sobre la forma en que su vecino cuelga la ropa en el balcón para ponerse a aplaudir emocionada como un niño ante una bolsa de chuches.

—¿Dónde? —pregunto sin demasiado entusiasmo y dirijo la mirada hacia el punto exacto que señala.

—¡Allí! ¿No los ves? ¡Qué preciosidad! —exclama cada vez más entusiasmada.

—Yo no veo nada.

—¡Allíííí! ¡Son un montón! —vocifera con los ojos brillantes a causa de la emoción y también, por qué no decirlo, del vino.

Trato de visualizar a los animales y por fin, a lo lejos, vislumbro a un par de ellos en el momento exacto en que salen del mar para deleitarnos con una cabriola; sin embargo, no soy el único que ha visto la pirueta, la chalada de mi acompañante también lo ha hecho y

se levanta precipitadamente con la intención de poder observarlos mejor.

Por desgracia, su exagerada emoción, las copas de vino y un movimiento algo más brusco de lo normal por parte del barco parecen aliarse en su contra y, como resultado, contemplo horrorizado y sin margen de reacción como ella, incapaz de mantener el equilibro, se precipita contra la botavara dándose un porrazo tan fuerte en la cabeza que, algo desorientada, se tambalea hacia atrás antes de precipitarse sobre la borda y caer al mar.

¡Juro que todo sucede en menos de cinco segundos, a pesar de que en mi cabeza transcurra a cámara lenta! Por ello, a pesar de que en el instante en que comprendo lo que está a punto de pasar me pongo en pie de un salto intentando alcanzarla, me resulta imposible y, al ver su cuerpo cayendo al mar, siento que tanto mi corazón como mi cerebro durante al menos unos segundos dejan de funcionar.

Por suerte la adrenalina, el instinto de supervivencia o vete tú a saber qué me hacen reaccionar y, por encima de mi miedo a las aguas profundas y de que estamos en alta mar, no lo dudo ni un segundo y, sin pensarlo, lanzando un grito me tiro al mar.

—¡Hombre al agua! —escucho mi propia voz justo antes de golpear contra las frías y oscuras aguas del Atlántico, que me golpean los músculos con fuerza.

Intento por todos los medios mantener el control, ahuyentar los nervios y, sobre todo, no pensar en la cantidad de metros que hay bajo mis pies. Visualizo a Lola, el chaleco salvavidas mantiene su cuerpo a flote a unos metros de mí, parece aturdida pero no inconsciente, sus párpados luchan por permanecer abiertos y su frente luce una brecha de un tamaño considerable que sangra con abundancia.

Nado con fuerza y me apresuro por llegar a su lado y, en cuanto lo hago, rodeo su cuerpo con mi brazo y la arrimo contra mí.

—Tranquila, estoy contigo, estoy aquí —susurro en su oído justo antes de verla cerrar del todo y por última vez los ojos, dejándose ir.

Capítulo 6

¡Ni una sola aguja!

Lola

El sonido de una voz que repite mi nombre una y otra vez me llega lejana y borrosa. Siento frío, mucho frío, también algo duro bajo la espalda y un intenso dolor en la frente.

Separo los párpados y la luz del sol impacta en mis pupilas obligándome a cerrarlos de nuevo.

La misma voz, está vez con más nitidez, atraviesa mis oídos haciéndome reaccionar.

—Lola, Lola, abre los ojos. —El deje de preocupación que esconde la orden me incita a obedecer.

Con cuidado, separo de nuevo los párpados y, al momento, me siento capturada por esos dos iris, tan verdes como una selva profunda e impenetrable, que me observan con cautela y aprensión.

—¿Qué… qué ha pasado? —pregunto con voz débil a David, que continúa de rodillas en el suelo, inclinado sobre el banco en el que permanezco acostada, estudiándome como si de un momento a otro fuese a romperme por veinte sitios diferentes.

—Te emocionaste demasiado con los delfines y, al levantarte, te golpeaste la cabeza y caíste por la borda.

De manera instintiva, me llevo una mano a la frente sobre la que él mantiene apretado un trapo y pongo una mueca de dolor. El patrón del barco, que permanece quieto unos pasos por detrás de nosotros, contempla la escena con expresión angustiada.

—Deberíamos llevarla a un hospital —asegura el hombre.

—¡Oh, no, no pienso ir a un hospital! ¡Me encuentro bien! —exclamo estremeciéndome con violencia mitad por el frío que me produce la ropa empapada pegada al cuerpo mitad por la poca gracia que me hace lo que acabo de escuchar.

—Te has caído por la borda y tienes una brecha que necesita puntos, por supuesto que vamos a ir a un hospital —afirma David con rotundidad.

—Te lo repito, me encuentro en perfectas condiciones, y en cuanto a esto —indico señalando el paño que todavía sujeta él contra mi frente —, estoy segura de que con ir a una farmacia a comprar unas tiritas de aproximación bastará.

—¡Unas tiritas de aproximación, dices! —resopla molesto—. ¡Que no te has hecho un raspón cayéndote de un columpio, te has abierto la cabeza, eso necesita puntos y a poder ser ya!

Un nuevo temblor me recorre el cuerpo entero justo antes de que David eche mano de una toalla y la coloque sobre mis hombros, intentando proporcionarme algo de calor.

—No voy a ir —murmuro desviando la mirada.

—¡Eres una cabezota! ¡Aunque no sé de qué me sorprendo, ya lo decía mi abuelo! —murmura entre dientes.

—¡Mentira! ¡Joaquín nunca diría eso sobre mí! —rebato y elevo el mentón con orgullo.

—¡Anda que no! —insiste mientras el barco entra de nuevo en el puerto y se dispone a atracar.

—¿Necesitáis que os acerque a un hospital o preferís que llame a una ambulancia? —nos pregunta el hombre una vez finalizadas todas las maniobras de atraque.

—¡Y dale! ¡Que no pienso ir a un hospital! —insisto sin dar mi brazo a torcer.

El hombre me ignora sin molestarse en disimular que le importa un pimiento lo que yo diga o quiera hacer y mira a David esperando indicaciones.

—Tranquilo, tenemos el coche aquí al lado, yo mismo la llevaré —le responde este y suspira con resignación ante mi gesto obstinado mientras me agarra la mano para colocarla sobre el trapo que, hasta hace unos segundos, sujetaba él.

Desviando la vista, trato de disimular el nuevo estremecimiento que me recorre de la cabeza a los pies y que esta vez no ha sido provocado por el frío, sino por la corriente eléctrica que me ha traspasado ante el leve contacto de sus dedos al posarse en mi piel. Lo observo de reojo intentando descifrar si también él lo ha sentido, pero su semblante serio e inescrutable me da a entender que no ha sido así.

Antes de darme tiempo a reaccionar o a pensar, uno de sus brazos se cuela por debajo de mis rodillas y, sin apenas esfuerzo, me alza aproximándome a su cuerpo.

—¿¡Qué haces!? ¡Puedo caminar! —protesto.

—No lo dudo, pero acabas de abrirte la cabeza, no pienso soltarte hasta que no estemos seguros de que no sufres una conmoción cerebral —asegura y me arrima más contra él.

No voy a reconocerlo en voz alta, pero lo cierto es que el calor que desprende su cuerpo, a pesar de que también su ropa esté empapada,

me resulta de lo más reconfortante, por lo que, sin decir una sola palabra más, lo dejo hacer. Apoyo la cabeza contra su pecho y cierro los ojos durante un momento, disfrutando de la extraña intimidad que se crea gracias a los rítmicos latidos de su corazón y al aroma cítrico y fresco mezclado con un toque salado que emana su cuerpo.

—No te duermas. —Su voz me sobresalta y mis hombros se tensan de forma automática.

—No voy a dormirme —respondo a la defensiva—. Mira, ahí hay una farmacia —indico señalándola.

—Me parece genial —replica él pasándola de largo.

—¡Ehhh! ¡Te repito que no pienso ir a un hospital! ¡Además, haz el favor de bajarme! ¿Qué va a pensar el que nos vea? —protesto algo más alterada.

Lejos de hacerme caso, David prosigue su camino como si tal cosa. Resoplo, molesta ante su total indiferencia, y juraría que una leve sonrisa alcanza la comisura de sus labios.

Solo cuando minutos después llegamos al coche, me deposita con delicadeza en el suelo y me apoya contra el vehículo sin dejar de observarme mientras, con rapidez, abre el maletero y saca su bolsa de deportes de él.

—¿Desde cuándo tienes las llaves de mi coche? —pregunto asombrada.

—Se te iban cayendo del bolsillo, te las cogí mientras veníamos de camino hacia aquí.

—¿Pero cuándo fue eso? ¡Ni siquiera me di cuenta!

—Normal, ibas demasiado ocupada dormitando y suspirando contra mí.

—¡Que yo no dormitaba, ni que fuese una marmota! Y mucho menos suspiraba contra ti.

—Lo que tú digas —contesta en tono indiferente encogiéndose de hombros a la vez que abre su bolsa y saca de su interior un enorme botiquín.

—¿Siempre vas con eso a todas partes? —pregunto con sorpresa.

—Me gusta ir preparado.

—¿Para qué? ¿Para un apocalipsis zombi?

—Pues este apocalipsis zombi es lo único por lo que vas a librarte de ir al hospital.

—Gracias, zombis del mundo, gracias —bromeo intentando calmar mis nervios cuando, al echar una ojeada al interior del botiquín, compruebo todo lo que contiene.

—¡Eso es un quirófano portátil! —exclamo.

Ignorándome, él abre la puerta del copiloto y recuesta el asiento hacia atrás.

—Túmbate ahí —me ordena con voz firme.

Obedezco y me recuesto en el confortable sillón de piel.

David enciende una linterna y enfoca con ella mis pupilas repetidas veces; después, la aleja y la acerca, me hace seguir el movimiento de sus dedos y me pregunta mil chorradas para comprobar que mi memoria continúa funcionando bien.

—No pareces sufrir ninguna conmoción.

—Por supuesto que no, ya te dije que estoy bien —replico poniendo los ojos en blanco al mismo tiempo que él aparta el paño de mi frente para rociar la brecha, primero con un desinfectante y después con otro espray que no tengo ni idea de qué es.

—Eres un exagera… ¡Ey, ey, ey! ¿¡A dónde demonios crees que vas con eso!? —exclamo con la voz algo más aguda de lo normal al verlo abrir una aguja de sutura y enhebrarla con un hilo especial.

—Voy a darte puntos —responde como si tal cosa.

—¡Ni de coña! —grito negando con la cabeza como si de repente se hubiese vuelto loco. Miro hacia la calle en busca de apoyo, pero en la pequeña placita en la que hemos aparcado no hay nadie.

—Esa brecha es más profunda de lo que parece y no deja de sangrar, así que tienes dos opciones: o te doy puntos o te llevo al hospital.

—No pienso ir al hospital y, por supuesto, no pienso dejar que te pongas a zurcirme la frente. ¡Ni tú eres el Sastrecillo Valiente ni yo un pantalón que tengas que remendar! —Mi gesto espantado debe de hacerle gracia porque, para mi total y profunda indignación, lo veo contener una sonrisa que incluso en esta situación tan surrealista me parece de lo más sensual.

—Puedes estar tranquila, tengo conocimientos en curas básicas, en el Ejército tuve que socorrer a muchos compañeros con heridas bastante peores que esta, te lo aseguro. No es ni la primera ni la quinta vez que doy unos puntos de sutura.

—¡Pero si ya ni siquiera me duele! ¡Además, la brecha es en la frente, como me des mal los puntos vas a dejarme hecha un cromo! —intento resistirme.

—¡Claro! Porque el espray que acabo de echarte es un anestésico para que no te duelan los puntos. Por eso no sientes el dolor de la herida, pero necesita sutura. En cuanto a lo de la frente, te repito que soy bueno cosiendo, ni siquiera verás la cicatriz.

Lo contemplo con resignación y mala cara. No soy estúpida, por mucho que me niegue a aceptarlo soy consciente de que la puñetera brecha no deja de sangrar y de que necesita puntos, y no tengo ningunas, pero ningunas ganas de ir al hospital, así que…

—Está bien, pero si me duele, paras —le advierto.

—A sus órdenes —afirma él con gesto burlón llevándose una mano a la frente.

Inspirando con fuerza, cierro los ojos y aprieto los labios, que se convierten en una fina línea.

—No frunzas el ceño —me advierte.

Le hago caso e intento pensar en otra cosa. No siento dolor, lo que quiere decir que, tal y como David me ha explicado, el anestésico ha hecho su efecto; pero sí noto la incómoda sensación de la aguja y el hilo uniéndome la piel, por lo que tengo que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad que consigo reunir para no moverme.

Por sorprendente que pueda parecer, David actúa con precisión y destreza y, en unos minutos, su voz llega suave a mis oídos.

—Ya está, listo. El hilo se reabsorberá solo y apenas te quedará cicatriz. ¿A que no ha sido para tanto?

Abro los ojos y, al encontrarlo a pocos centímetros de mi cara, concentrado en su obra maestra, se me congela la respiración y un nuevo estremecimiento me recorre de la cabeza a los pies. Así, en las distancias cortas, es todavía más atractivo el muy puñetero y un calor extraño y abrasador me recorre el pecho cuando mis ojos descienden a sus apetecibles labios. Mis hombros tiemblan de forma casi imperceptible, pero lo suficiente para que él se percate del gesto.

—Ahora tenemos que ponernos algo de ropa seca —ordena achacando el temblor que acaba de presenciar a la ropa empapada que todavía envuelve mi cuerpo y no a su presencia—. Tú puedes ir a la taberna en la que estuvimos antes, seguro que no les importa que te cambies en el baño; yo lo haré en el coche —ofrece buscando de nuevo en su bolsa. Asintiendo y todavía demasiado sobrecogida por la sensación que acabo de experimentar, salgo de Betty para buscar mi propia bolsa y, en cuanto la tengo, me alejo lo más deprisa que puedo y sin mirar atrás.

Capítulo 7

La sargento Dolores

David

Ambos caminamos con paso lento, uno al lado del otro, sin decir una sola palabra. Hace un rato que nos hemos secado y cambiado (por suerte, decidimos traernos alguna ropa de repuesto por lo que pudiese surgir), y ahora nos dirigimos a la casa del hermano de Dolores.

Desde que salió de la taberna después de vestirse, Lola permanece sumida en sus propios pensamientos y, a pesar de que parece encontrarse bien, no puedo evitar observarla de reojo de vez en cuando, conteniendo la respiración como si fuese una olla exprés a punto de explotar.

Debería tranquilizarme, sé que no debo darle más vueltas, ya que por suerte no pasó nada, pero la sensación que me recorrió el cuerpo cuando la vi precipitarse al mar fue tan intensa que, a pesar de intentarlo, soy incapaz de detener las imágenes de su caída y de su cuerpo flotando en el mar, que no paran de reproducirse en mi mente una y otra vez. Menos mal que llevábamos puesto el chaleco, de no ser así… ¡Ni siquiera quiero pensar en lo que podría haber pasado!

—¿Puedes dejar de mirarme así? —murmura Lola frunciendo el ceño.

—Así, ¿cómo?

—Como si estuviese a punto de desplomarme de un momento a otro —especifica arrugando la nariz—. Ya te he dicho que me encuentro bien.

—Te caíste de un barco y te hiciste una brecha en la cabeza.

—Brecha que tú has cosido a las mil maravillas —me interrumpe.

—Cosida o no cosida, una brecha es una brecha, sobre todo cuando la persona que se la hace es tan cabezota como para no querer ir al hospital.

—Tenemos demasiadas cosas que hacer, no pienso perder el tiempo paseándome por el hospital. Además, tú me has revisado, ¿no?

—Sí, pero…

—Estoy bien, deja de darle vueltas —insiste ella poniendo una mueca de lo más graciosa.

—De acuerdo —suspiro resignado—. Pero tienes que prometerme que, si en algún momento te encuentras mal, sientes mareo, dolor de cabeza o desorientación, me lo dirás de inmediato, aunque eso suponga tener que perder unos minutos de tu valioso tiempo acudiendo al hospital —digo con sorna.

—Te doy mi palabra: si de repente siento algo, serás el primero en saberlo —asegura y me dedica una franca sonrisa—. Mira, esa debe de ser la casa del hermano de Dolores. —Señala una edificación de dos alturas que aparenta haber sido reformada hace poco.

Ambos nos detenemos a admirarla unos segundos antes de llamar a la puerta. Es muy similar a las demás de la calle: balcón y puerta de madera, paredes de piedra… Una típica casita marinera de las de antes. De esas que están cargadas de historia y encanto.

Tocamos el timbre y, poco después, una sonriente Dolores aparece ante nosotros. La mujer nos contempla encantada hasta que descubre la herida de Lola y sus perspicaces ojos se nublan a causa de la preocupación.

—¿Qué te ha pasado, criatura? ¿Te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente, digamos que la culpa fue de un delfín.

—¿De un delfín? —repite extrañada.

—Me emocioné un poquito al verlo y terminé en el mar.

—¡Nooo! —exclama la mujer abriendo los ojos como platos.

—Oh, sí, fue un momento horrible, no me quiero ni acordar —respondo asintiendo con la cabeza con aire afectado—. Lola se emocionó tanto que se precipitó por la borda del barco.

—Pobrecillo, menudo susto te habrás llevado al verla caer —dice la buena mujer enganchando su brazo con el mío para hacerme entrar en la vivienda. Lola nos sigue, susurrando indignada.

—¿Pobrecillo él? ¡Pobrecilla yo! Manda narices lo que hay que escuchar.

—Por suerte, fui rápido y pude sacarla deprisa del agua —afirmo en voz alta solo por hacerla rabiar un poco más mientras observo con aire inocente a la anciana, que asiente con energía contemplándome con admiración.

—Menos mal que te tenía a ti cerca, desde luego es una muchacha afortunada —asegura Dolores.

Un resoplido resuena a mi espalda y a duras penas consigo contener una carcajada cuando la escucho sisear.

—Afortunada dice, al final va a resultar que me han tocado la primitiva y el euromillón y yo sin saberlo.

—¿Decías algo, bonita? —pregunta la anciana girándose hacia ella

sin soltarme el brazo. La imito, dedicando a mi compañera de viaje una mirada de lo más angelical a la que ella responde lanzándome puñales con los ojos.

—Nada, nada, que le estoy muy agradecida.

—Deberías, hermosa, no todos los días un hombretón como este se lanza al agua para sacarla a una de ahí.

—Claro, claro, a su lado, Supermán y Batman parecen principiantes —replica ella entre dientes, y esboza algo que pretende ser una sonrisa, pero que no llega ni a mueca. Cada vez está más indignada y, cuanto más se indigna ella, más me cuesta a mí aguantar las ganas de echarme a reír.

La mujer, quien por lo visto no ha captado la ironía, asiente complacida y continúa caminando por el estrecho pasillo hasta que llegamos a una puerta que da acceso al salón.

La estancia es acogedora, no demasiado grande, pero lo suficiente para dar cobijo a una mesa de buen tamaño rodeada de cómodas sillas, un mueble a rebosar de fotos y recuerdos de momentos vividos a lo largo de muchos años y un gran sofá desde el cual dos hombres nos observan con curiosidad y atención.

Ambos se levantan de inmediato y se acercan a nosotros con gesto amable.

Uno es más joven, debe de andar cerca de los sesenta, tiene la piel bronceada y una sonrisa afable dibujada en su armonioso rostro.

El otro a la fuerza tiene que ser el amigo de mi abuelo y solo por eso deduzco que pasará de los noventa porque, si me dejase llevar por su aspecto, no le echaría más de setenta y cinco. Es algo más bajo que yo y robusto. Tiene el pelo cano y tan abundante que su cabeza parece recubierta por una suave capa de algodón, una piel sin demasiadas arrugas dorada por el sol y unos vivos e inteligentes ojos de color madera que comparte con el que, sin duda, es su hijo.

—Eres el nieto de Joaquín —afirma sin preámbulos escrutándome con atención—. Me recuerdas mucho a él. Teniéndote delante casi siento que he retrocedido en el tiempo. —Su voz suena firme, pero algo emocionada.

—Mi madre dice que nos parecemos mucho —aseguro.

—Ella es Lola, también era amiga de Joaquín —la presenta Dolores —. Chicos, estos son mi hermano Juan y mi sobrino Juan, el Pequeño.

Los saludamos a los dos y después centro de nuevo mi atención en el mayor de ellos.

—Lola hizo compañía a mi abuelo durante sus últimos años — explico cuando la mirada de ambos hombres se dirige hacia ella.

Un brillo especial ilumina los ojos del anciano durante unos breves segundos, a la vez que le regala una sonrisa alegre que ella le devuelve sin dudar.

—Me alegra saber que el bueno de Joaquín tenía amigos con los que estar. Es un detalle por tu parte haberlo acompañado. Dice mucho de ti que hayas dedicado parte de tu tiempo a estar con él, muchacha.

—Oh, para nada, créame cuando le digo que estoy muy agradecida de haberlo conocido y haber podido disfrutar de algunos momentos maravillosos con él. Era como el abuelo que nunca conocí —responde ella.

—Seguro que te contaría mil aventuras.

—Ni se lo imagina —afirma Lola y le dedica una sonrisa cargada de añoranza.

—Oh, me lo imagino, créeme que lo hago —rebate el hombre echándose a reír—. Y por favor, no me tratéis de usted, me hacéis más mayor de lo que ya soy y a mi edad eso es algo que no me puedo permitir.

—Vamos a sentarnos a la mesa —interviene Dolores—. Tenemos pescado recién capturado para cenar, espero que os guste.

—Nos encantará, muchas gracias —afirmo.

Todos menos ella, que abandona la habitación, tomamos asiento en las sillas que rodean la mesa, que ya está preparada para la cena con el mantel, platos, vasos y demás menaje, y es entonces cuando Juan, el Pequeño, toma la palabra.

—Mi tía dice que estáis buscando a una mujer para cumplir la última voluntad de Joaquín.

—Sí, buscamos a María, según tenemos entendido ella fue el primer amor de mi abuelo. Estaban dispuestos a casarse, pero él tuvo que escapar para evitar que su padre fuese fusilado —explico—. Mi abuelo tenía un anillo, una joya familiar que quiso darle antes de irse, pero ella no lo aceptó. Le dijo que solo cuando regresara a buscarla lo aceptaría; él le prometió que volvería, pero nunca regresó. Por eso la estamos buscando, para cumplir esa promesa y entregarle el anillo que mi abuelo nunca pudo darle. Él quería que lo tuviese María.

Los ojos de Juan parecen viajar en el tiempo mientras me escucha. Con aire melancólico y un rastro de añoranza en su mirada, se recuesta contra el respaldo de la silla y se toma su tiempo antes de hablar.

—Recuerdo bien a Joaquín y a María. Fueron buenos tiempos. A pesar del miedo, la hambruna, la pobreza y la violencia que nos rodeaba, fueron buenos tiempos para nosotros —repite—. Estábamos muy unidos, y lo más importante, vivíamos con intensidad; sabíamos que cada día era un regalo y aprovechábamos los minutos al máximo por lo que pudiese llegar a pasar.

Hace una pausa y su mirada se vuelve todavía más intensa antes de proseguir.

—Los que vivimos aquella época aprendimos desde muy pequeños

que el pasado es un tiempo perdido y que el futuro es incierto. A base de palos, comprendimos que lo único que tienes, lo único real, es el presente, el hoy, el ahora, y que es justo ese momento el que hay que disfrutar.

»Eso es algo que la gente de ahora no entiende. Los jóvenes de hoy en día estáis demasiado preocupados por lo que ocurrirá mañana y no comprendéis que eso no es real. Estáis tan pendientes del futuro que el tiempo se os escapa entre los dedos sin que os deis cuenta ni hayáis disfrutado de él.

—No te pongas dramático, papá —lo regaña su hijo.

—No lo pretendo —replica él frunciendo el ceño—. Digo la verdad. Hoy en día solo os preocupáis de tener éxito y no comprendéis que el único éxito real en la vida es encontrar vuestro camino, vuestra verdadera felicidad.

—Joaquín decía algo muy parecido —susurra Lola emocionada por sus palabras y dando voz a sus recuerdos. La observo, convencido de que ahora mismo su mente está volando a aquellas tardes que compartían juntos en la residencia—. Siempre me regañaba por ocupar demasiado tiempo en el trabajo y, según él, muy poco en disfrutar.

—Joaquín era muy inteligente, sabía ver la parte positiva de cada cosa que ocurría en su vida, por mala que fuese. Yo creo que eso fue precisamente lo que hizo que María se enamorase de él.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? —pregunto con curiosidad.

—Supongo que desde siempre —confiesa Juan encogiéndose de hombros—. No podría darte una fecha concreta. La vida de antes no era como la de ahora, los críos crecíamos juntos, por las calles de los pueblos, compartíamos nuestro día a día, nuestras andanzas desde que comenzábamos a caminar. María y Joaquín siempre iban en paquete y yo solía acompañarlos. Éramos algo así como los tres mosqueteros en un tiempo en el que tener buenos amigos era casi tan importante y necesario como respirar.

Una sonrisa ilumina su rostro y, de repente, parece haber rejuvenecido veinte años cuando afirma sin titubear:

—Ella era preciosa, dulce y muy caritativa. Cuando veía a alguien sufriendo, le faltaba tiempo para ayudar y creedme cuando os digo que de sufrimiento las familias de aquella época iban sobradas. Tu abuelo la admiraba mucho y la quería también. La miraba como si fuese la única muchacha del mundo y, en realidad, por lo menos en aquel momento lo era para él. María era el sol y los demás éramos planetas orbitando a su alrededor —admite—. Lo mejor es que también ella le correspondía y yo disfrutaba viéndolos juntos y felices a los dos.

—¿Tú nunca sentiste nada por María? —indaga Lola al percatarse

de la delicadeza con que Juan se refiere a ella.

—Nada más lejos de un cariño profundo y sincero. Cualquiera podría haberse enamorado de ella, pero supongo que mi corazón fue lo suficientemente sabio como para comprender desde el principio que el amor de aquella chica que trepaba a los árboles con nosotros en busca de fruta cuando no teníamos nada que llevarnos a la boca nunca sería para él. Por lo que siempre la vi como a una amiga, una amiga de verdad. Formábamos un gran equipo hasta que tu abuelo se marchó —recuerda con un suspiro.

—¿Qué pasó entonces? —pregunto.

—El corazón de ambos se rompió cuando él tuvo que huir de aquella forma tan apresurada. Al principio, tanto María como yo mantuvimos la esperanza de que Joaquín volviese, pero las cosas en el pueblo se ponían cada vez peor. El hambre, las enfermedades, los fusilamientos… Todo parecía aumentar sin fin. —De nuevo hace una pausa y sus ojos se nublan con un velo de tristeza—. Después recibimos la noticia de que la hermana de Joaquín había muerto y poco a poco comprendimos que no volveríamos a ser tres. Joaquín no pudo regresar y una parte de nuestra infancia se quedó con él.

—¿Y María? ¿Qué fue de ella? —pregunta Lola, atrapada por el relato de Juan.

—La familia de María también sufrió grandes pérdidas, las cosas se pusieron muy difíciles para ellos y no les quedó más remedio que marcharse también.

—¿Se fue? ¿A dónde? —pregunto algo decepcionado.

—A un pueblecito de la frontera de Lugo con Asturias. Taramundi, se llama —responde—. Lo sé porque durante un tiempo intentamos mantener el contacto escribiéndonos cartas, pero en ese tiempo, sin móviles ni wasaps de esos que tenéis ahora y con el correo funcionando más mal que bien, no era sencillo. Nuestra primera preocupación era sobrevivir y ayudar a los nuestros, así que terminamos por dejar de escribirnos y le perdí la pista.

—¿Sabría decirnos la dirección exacta de María en Taramundi? —inquiere Lola un tanto desesperanzada.

—Lo cierto es que sí, todavía conservo las cartas que me mandó, por lo que eso no debería ser un problema.

Mi ánimo aumenta de inmediato: tener esa dirección es solo un paso, pero un paso en la dirección correcta y, por la radiante sonrisa que asoma a los labios de Lola, me atrevería a asegurar que no soy el único que ha llegado a esa conclusión. Ahora que hemos conocido un poco más sobre la relación que unió a María y a mi abuelo, comprendo mejor su empeño en entregarle ese anillo y estoy más decidido que nunca a cumplir su voluntad.

—Después de cenar tienes todo el tiempo del mundo para darles

esas viejas cartas. Ahora todos a comer, no me hagáis enfadar que me ha quedado un guiso para chuparse los dedos y no quiero que se enfríe —ordena Dolores, que aparece en el salón con una humeante fuente de gran tamaño que desprende un delicioso olor a pescado asado, con más autoridad que muchos de los altos mandos del Ejército a los que estoy acostumbrado.

—Muchas gracias, Dolores, huele que alimenta y nos vendrá genial para coger fuerzas para el viaje —declara Lola con una sonrisa agradecida.

—¿Viaje? ¿Viaje a dónde? —pregunta la mujer en tono serio alzando ambas cejas y poniendo los brazos en jarras.

—¡A Taramundi, mujer! ¡Seguro que van a Taramundi! —exclama Juan.

—Claro, tenemos que intentar encontrar a María —responde Lola en tono dubitativo.

—¡A Taramundi! ¡A Taramundi, dice! —repite la mujer, bufando como si acabase de escuchar la mayor de las blasfemias—. ¡De eso ni hablar! Esta noche os quedáis aquí.

—Pero… —intento rebatirle.

—¡Ni pero ni peral! —me interrumpe moviendo la cabeza con efusividad—. Esta pobre niña está lisiada. —Señala a Lola con aire dramático, como si en lugar de una pequeña brecha en la frente acabasen de amputarle una pierna—. Es de noche y aquí tenemos una habitación de invitados recién reformada lista para vosotros.

—No queremos molestar —insiste Lola, que se remueve incómoda en la silla—. Me encuentro bien, ni siquiera me duele.

—¡Déjate de pamplinas, muchacha, y no me lleves la contraria! ¿No te han enseñado que es de mala educación discutir con los mayores? —la regaña la anciana, que parece dispuesta a salirse con la suya caiga quien caiga—. Os repito que tenemos una habitación la mar de confortable y a la altura del mejor de los hoteles a vuestra disposición, sería una tontería que no la aprovechaseis, sobre todo, teniendo en cuenta que mi hermano Juan no va a daros esas cartas hasta mañana por la mañana.

—Ah, ¿no? —murmura el hombre encogiéndose de hombros.

—¡Por supuesto que no! Los jóvenes de ahora son unos inconscientes, pero yo no pienso quedarme con el cargo de conciencia de que, por haberlos dejado marchar y conducir de noche, tengan un accidente. Si quieren esas cartas, tendrán que esperar a mañana por la mañana —se reafirma la anciana con autoridad sacando a relucir al sargento en potencia que lleva dentro. Desde luego, hay que ver… Con lo dulce y cándida que parece, menuda mala leche que se gasta. Esta mujer sería capaz de ganar una guerra solo con la mirada que nos acaba de lanzar.

—Digáis lo que digáis, no la vais a convencer… Cuando a mi tía se le mete algo entre ceja y ceja es imposible hacerla cambiar de opinión —interviene su sobrino cuando intuye que pretendo seguir razonando con ella.

Lola y yo intercambiamos una mirada de resignación antes de desviar la vista a la deliciosa comida que Dolores ha colocado ante nosotros. Huele de maravilla y, al escuchar el sonido de mis tripas retorciéndose, me doy cuenta de lo hambriento que estoy. Lubina recién pescada y, además, al horno. Imposible resistirse o, desde luego, si alguien puede hacerlo, ese no voy a ser yo.

Capítulo 8

La hermana gemela de Chucky

Lola

Es cerrarse la puerta a mi espalda y sentir que he sido engullida por un agujero negro que me ha teletransportado directa a los años sesenta.

No pretendo ser déspota ni tampoco me considero una sibarita, lo que pasa es que como buena decoradora de interiores no puedo evitar tener una mirada crítica y fijarme en los detalles. Imagino que es parte de mi profesión. En cuanto pongo por primera vez un pie en una estancia, mi cabeza comienza a analizar sus puntos fuertes y sus puntos débiles para hallar la forma de mejorar todo lo que ese espacio puede ofrecer. En definitiva, que no soy ninguna ingrata y de verdad que le agradezco a Dolores su preocupación y que haya insistido en que nos quedemos a dormir, pero es que afirmar que la habitación en la que me encuentro está a la última y recién reformada es tener mucha pero que mucha guasa.

Dos camas gemelas con colchas de ganchillo a juego con los tapetes que cubren ambas mesillas de noche, las cuales, por cierto, son igualitas a las que había en la casa de mi bisabuela; una cómoda que debe de rondar los doscientos años y un armario recién salido del atrezo de una serie de época componen el mobiliario de la habitación. Todo ello, unido a la lámpara de tulipas que cuelga del techo, la cortina de flores al más fiel estilo de *La casa de la pradera* y el gotelé de las paredes, le confiere a la habitación un aire de todo menos moderno.

¿Lo peor? Sin duda, la grotesca muñeca de porcelana que me observa desde una de las camas con sus fríos ojos de cristal, su rostro angelical y unos tirabuzones que deben de haber pasado por tiempos mejores, dejándome clavada al suelo y sin poder avanzar.

—¿Qué cama quieres? —pregunta David, ajeno a los sudores fríos que me recorren la espalda.

Sin apartar los ojos de nuestra espeluznante compañera de

habitación, la señalo con la cabeza.

—Esa. No pienso compartir cama con la hermana gemela de Chucky —aseguro estremeciéndome.

Él nos mira a la muñeca y a mí de forma alternativa sin salir de su asombro.

—Espera… ¿Me estás diciendo que te gustaría nadar entre tiburones, pero le tienes miedo a una muñequita de porcelana? —pregunta con recochineo.

—¿Una muñequita? —pregunto y tuerzo el gesto—. ¿Tú has visto la cara de sádica que tiene? Cualquier tiburón blanco me parece mucho menos siniestro —me defiendo señalándola con la cabeza.

—¿Qué crees que va a pasar? ¿Que va a cobrar vida mientras dormimos para…?

—¡Sigue hablando y te juro que me voy a dormir al salón, o mejor, al coche, que está más lejos! —lo interrumpo abriendo los ojos de forma desmesurada ante tal posibilidad.

—Repito, es solo una muñeca, no puede hacerte nada —se ríe él tratando de hacerme razonar.

—No le des ideas… —susurro mientras un nuevo estremecimiento me recorre de la cabeza a los pies.

David observa durante unos segundos a la culpable de mi estado con expresión divertida antes de fijar sus ojos de nuevo en los míos.

—Vale, sé que no es demasiado maduro ni racional tener miedo a una pequeña y «supuestamente» inofensiva muñeca de porcelana, pero no puedo con ellas, lo siento, es superior a mí; desde pequeña les tengo terror, es algo que no puedo controlar.

—Si te sientes mejor, podemos guardarla en el armario. Las puertas tienen llave, puedo meterla dentro y cerrar. Esconderemos la llave en el cajón de la mesilla —me ofrece apiadándose de mí.

—Te lo agradecería —admito más aliviada al ver como la coge y la encierra bajo dos vueltas de llave.

—Listo, ya estamos a salvo, pero si te quedas más tranquila, podemos turnarnos para hacer guardia —sugiere en tono vacilón.

—Muchas gracias, no hace falta, con no verla me basta —murmuro de mala gana ignorando el tono socarrón de su voz y me siento en la cama, que me recibe con un chirrido digno de una peli de terror.

—Espero que no te muevas mucho de noche, si no la fiesta va a ser digna de una verbena de pueblo —comenta él y suelta una carcajada justo en el momento en que mi móvil comienza a sonar.

El sonido de su risa es fresco y embriagador, tanto como una ráfaga de aire en un intenso día de verano.

Durante unos instantes me quedo tan embobada escuchándolo que me olvido incluso del aparato, que no deja de vibrar dentro de mi pequeño bolso de mano. Por suerte, consigo espabilar a tiempo y

cogerlo porque la que llama es mi hermana y, dado que todavía no me he puesto en contacto con ella tal y como acordamos, debe de estar preocupada y a punto de movilizar a los geos, la Policía Nacional y hasta al Ejército si no respondo.

—¡Tati! —exclamo conectándome a la videollamada con una sonrisa y viendo que su cara ocupa toda la pantalla.

—¡Lola! ¿¡Qué demonios te ha pasado!? —exclama ella con gesto serio al fijarse en la gasa que cubre mi frente—. ¿¡Y dónde leches estás!? ¡Eh, tú! —grita al ver a David al fondo de la habitación—. ¿Se puede saber qué narices le has hecho a mi hermana? —pregunta con voz amenazante.

David se acerca entre sorprendido y divertido, y toma asiento a mi lado haciendo que la cama vuelva a chirriar.

—¿Y tú eres…? —pregunta, sin ocultar la gracia que le hace todo esto.

—Yo soy Tati. Y tú el capullo que se va a llevar una patada en el culo como no me expliques qué puñetas le ha ocurrido a mi hermana.

—Tranquila, no ha sido nada, solo he tenido un pequeño accidente —trato de calmarla.

—¿Accidente? ¿Cómo que «accidente»? ¡Lola, estoy cansada de decirte que Betty ya no está apta para viajar! —exclama con el ceño fruncido—. Vale que le tengas cariño, pero un día vamos a tener un disgusto.

—¡Por fin alguien coherente! ¡No puedo estar más de acuerdo, eso mismito le dije yo! —afirma David mientras señala la pantalla con la mano y despliega una sonrisa tan impactante y atractiva que incluso Tati, a pesar de su cabreo y preocupación, parece quedarse embelesada.

Me obligo a mantener los ojos lejos de esa arma de destrucción masiva con la que ha dejado lela a mi hermana para concentrarme en lo que tengo que decir.

—¡Deja a Betty tranquila, ella no tiene nada que ver! —protesto—. El accidente fue en barco.

—¿En barco? ¿Pero qué hacíais en un barco? ¿No se supone que ibais en coche? —insiste Tati confusa, haciendo un esfuerzo por desviar su mirada de mi acompañante para volver a fijarla en mí.

—Síííí, y vinimos en coche, pero como teníamos que hacer algo de tiempo nos fuimos a dar un paseo en velero y tuvimos la suerte de que se nos acercaran unos delfines —explico impaciente.

—Delfines que tu hermana se empeñó en ver demasiado cerca… —me interrumpe David alzando las cejas.

—No me digas más —resopla Tati—. ¿A que se cayó por la borda?

—¡Bingo! —exclama mi acompañante, quien ahora mismo, por cierto, está resultando ser un incordio de lo más molesto—. Tanto se

emocionó que se dio con un mástil y cayó por la borda.

—¡Lola, la madre que te parió, que también es la mía! ¿Es que no puedes tener más cuidado? —me regaña Tati.

—Imagínate el susto que me dio cuando la vi ahí medio inconsciente en el agua, menos mal que pude sacarla antes de que la cosa terminase peor —agrega David echándole más cuento que Caperucita Roja, el Lobo Feroz y la Abuelita juntos.

¡Pues nada: tono preocupado, carita de niño bueno y otra de esas sonrisas que deberían prohibir a nivel internacional y ya se ha camelado a la buena de mi hermana!

«¡Traidora!», pienso negando con la cabeza al verla asentir mientras lo observa con complicidad.

—¡Gracias al cielo que estabas tú ahí! —suspira con carita de cordero degollado.

¡Sera vendida! La muy, la muy… ¡Judas, ingrata, pérfida! Desde luego, hay que ver, con la de veces que yo le limpié los mocos cuando era pequeña y así me lo paga… Pasándose al bando del enemigo en cuanto este le echa un par de sonrisitas… Que vale, que sí, no estoy ciega, reconozco que esa forma de sonreír es una puñetera arma de destrucción contra cualquier espécimen del género femenino con ojos en la cara, y puede que también sin ellos. Pero aun así… ¡Ya le vale a mi hermanita!

—A ver, a ver, a ver… Ayer tenías miedo de que este de aquí fuese un asesino en serie y resulta que hoy, de repente, se ha convertido en poco menos que Gandhi —le recrimino.

—En Gandhi no sé, pero en el que te ha salvado de morir ahogada, sí —replica mi hermana mientras el muy… ya no sé ni cómo calificarlo asiente la mar de complacido con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Hala, exagerada! ¡De morir ahogada, dices! ¡Pero si tenía puesto el chaleco salvavidas! —bufo.

—Imagínate que llega a aparecer un tiburón —interviene él con voz alarmada. Ladeo la cabeza y lo fulmino con la mirada. ¡Vale que a mi hermana se la camele con ese tonito angelical! Pero a mí no me la da. El muy capullo lo está disfrutando y le está costando un mundo no echarse a reír a carcajada limpia.

—¡Un tiburón! ¡No quiero ni pensarlo! —susurra Tati llevándose una mano a la boca.

—¡Y dale con los tiburones! ¡Que aquí no hay tiburones! ¡Que si ves uno, como mucho será el que viene dibujado en las cajas de las barritas de merluza Pescanova! —exclamo comenzando a perder la paciencia con estos dos.

—Mira, Lola, tú dirás lo que quieras, pero yo me quedo mucho más tranquila sabiendo que David está contigo —afirma mi descastada

hermana con seriedad.

Observo de reojo al susodicho aguantando a duras penas las ganas de decirle un par de cosas al ver que lucha por mantenerse serio y pongo los ojos en blanco.

Manda narices, primero engatusa a Dolores y ahora a mi hermana, sangre de mi sangre.

—Y no solo la salvé de morir ahogada, sino que la libré de la diabólica muñeca de porcelana —añade él con retintín.

—¡No jodas que había una muñeca de porcelana! —exclama ella abriendo los ojos de manera desorbitada.

—Sí, pero no sufras, la hemos apresado en el armario para evitar ataques indeseados —susurra él tras acercarse a la pantalla para hablarle como si le confesara el más oscuro de los secretos.

Mi hermana se parte de la risa y esa es la gota que colma el vaso.

—Bueno, ya vale de cachondeo por hoy. Me voy a dormir. Tati, mañana hablamos —digo y cuelgo sin más.

—No te enfades —pide él en tono conciliador.

—No me enfado, estoy cansada y quiero dormir. —Mi tono seco evidencia justo lo contrario de lo que acabo de decir.

—Descansa tranquila, si la muñeca ataca, yo te defenderé —asegura en tono jocoso.

—Defender, no te digo yo a quién te puedes ir a defender… —murmuro apartando la colcha de ganchillo dispuesta a sacarme las zapatillas y ponerme a dormir.

Eso es lo mejor que puedo hacer: meterme en la cama, cerrar los ojos y dormirme de una vez.

Sobresaltada y algo asustada, me despierto en mitad de la noche.

«¿Eso ha sido un grito?», me pregunto confusa y un poco desorientada mientras mis ojos se acostumbran a la semioscuridad que reina en la habitación, solo iluminada por la escasa luz proveniente de alguna farola exterior que se filtra a través de las cortinas.

Echo un vistazo a mi alrededor y enseguida consigo situarme. Estoy en casa de Dolores.

Un gemido que sale de la cama de al lado atrapa toda mi atención. Desvío la mirada hacia allí y veo a David que se revuelve inquieto entre las sábanas.

Enciendo la lamparita de noche que descansa sobre mi mesilla, me levanto y me acerco a él, que se remueve sin parar. Su rostro refleja dolor, tiene la frente y el cuello perlados en sudor y aprieta la mandíbula con fuerza a la vez que estruja la almohada entre sus

manos sin dejar de cabecear de un lado a otro.

Su respiración errática e irregular lo hace inspirar con fuerza cada vez que su pecho sube de forma tan brusca que, visto desde fuera, parece que le faltara el aire o se estuviera ahogando.

Sin saber muy bien cómo reaccionar, tomo asiento a su lado y apoyo la mano en su hombro, cubierto solo por una camiseta interior de tirantes —la cual, por cierto, está empapada—, y lo aprieto con suavidad.

—David —lo llamo entre susurros tratando de despertarlo.

El sonido de su nombre, lejos de ayudarlo, provoca que su rostro se contraiga en una nueva mueca de dolor mientras palabras inconexas resuenan atormentadas entre sus labios sin llegar a formar una frase inteligible o con un significado real.

—Sal, no puedo, corre, mano, una mano. No puedo.

—David —lo intento de nuevo apretando su hombro con más fuerza.

Su cuerpo tembloroso prácticamente convulsiona sobre el colchón, su respiración se acelera hasta un punto en que comienzo a agobiarme y, preocupada, pruebo varias veces más obteniendo cada una de ellas el mismo resultado; no quiero dejarlo así, pero tampoco tengo claro que sea bueno despertarlo de golpe. ¿No dicen que a los sonámbulos no debes despertarlos? ¿Y si en este caso resulta contraproducente también? Me muerdo el labio inferior y, sin saber muy bien cómo gestionar la situación, al final opto por hacer lo único que se me ocurre, lo mismo que mi madre hacía cuando Tati o yo teníamos un mal sueño de pequeñas.

Con cuidado y muy despacio comienzo a acariciar su cabeza, enredando los dedos en su pelo mientras me inclino para susurrar en su oído una y otra vez que todo está bien.

Al principio tampoco esto parece dar resultado, pero al cabo de unos minutos la tensión de su cuerpo comienza a rebajarse. Sus dedos sueltan la almohada y su rostro muda el gesto de dolor por otro mucho más calmado. También la respiración se va normalizando, por lo que, aliviada, continúo acariciando su cabeza y susurrando palabras tranquilizadoras hasta que su estado se vuelve relajado por completo.

Durante unos minutos más permanezco a su lado, sin atreverme a moverme o a alejarme demasiado, y, solo cuando me convenzo de que lo peor ha pasado, me levanto despacio y vuelvo a mi cama, incapaz de apartar de mi cabeza la imagen de su rostro descompuesto y preguntándome qué demonios estaría soñando para parecer tan atormentado. Porque vale, todo el mundo tiene pesadillas, pero es que esto que acabo de presenciar distaba mucho de ser una pesadilla normal.

Capítulo 9

¡La que has liado, Manolita!

Lola

A continuación, gire a su izquierda, su destino se encuentra a setecientos metros.

Aliviada al escuchar la voz de Manolita (mi GPS), suelto un suspiro de alivio y doy gracias mentalmente.

Se está haciendo de noche, llevamos más de cuatro horas de viaje y, aunque se supone que teníamos que haber llegado hace rato, o la dirección a la que nos dirigimos se encuentra en la copa de un pino o lo veo complicado porque hace algo más de una hora que lo único que nos encontramos son árboles.

Impresionantes tejos, hayas de gran tamaño, castaños, robles y abedules nos envuelven sumergiéndonos en un paisaje de cuento. Una especie de bosque encantado en el que los tonos del verde se llenan de matices infinitos y los imponentes árboles se trenzan con arbustos salpicados de pequeñas flores a ambos lados de la maltrecha carretera por la que circulamos.

Para colmo de males, el cielo se está cubriendo a pasos agigantados de unas inmensas nubes negras y hace unos minutos que varios truenos han sonado imponentes y amenazadores demasiado cerca de aquí.

Por eso, dado que la idea de estar perdidos en el bosque, en plena noche y con una tormenta a punto de estallar sobre nosotros no me atrae ni un poquito, la voz de Manolita indicándonos que estamos a punto de llegar suena como música celestial para mis oídos.

¿Que cómo nos hemos visto en esta situación? Fácil, todo ha sido gracias a Dolores. Esa dulce ancianita es una lianta de mucho cuidado y tiene más don de mando que un general del ejército de infantería.

Esta mañana, cuando bajamos a desayunar (y quiero especificar que ni siquiera eran las nueve), la buena mujer ya se había ido; al parecer, tenía una mañana muy ocupada y había dejado indicaciones precisas a su hermano (el cual, por cierto, no sabía cómo disculparse con

nosotros) para que ni se le ocurriese darnos las puñeteras cartas antes de que ella volviera para poder despedirse.

Desayunamos tranquilos en compañía de Juan y su hijo, y después, resignados a que no podríamos salir de allí hasta que la susodicha no hiciese acto de presencia, nos sentamos en el sofá a esperar.

Juan se quedó con nosotros y nos entretuvo contándonos historias de aquellos añorados tiempos jóvenes en los que compartía penas y alegrías con nuestro querido Joaquín, y tanto David como yo lo escuchamos embobados.

A eso de la una regresó Dolores, pero no lo hizo sola, sino con refuerzos. Al parecer, en cuanto Eugenia y Josefa se enteraron de que todavía estábamos en el pueblo decidieron que no podían dejar pasar la oportunidad de vernos otra vez.

Por lo que cuando ambas, capitaneadas por Dolores —quien, cómo no, venía a la cabeza del pelotón—, entraron en el salón cargadas con ollas y tarteras insistiendo en que nos quedásemos a comer, tanto David como yo, aunque preferíamos salir cuanto antes, comprendimos enseguida que era una batalla perdida y que no teníamos nada que hacer.

El problema fue que la comida se alargó hasta convertirse en merienda, porque claro, si acabábamos de probar la comida de la una, menuda ofensa no quedarnos a probar los pastelitos de limón de la otra, así que cuando Josefa salió por patas, con una velocidad más digna de una veinteañera que de una octogenaria, hacia su casa para traer los dichosos pasteles no nos quedó más remedio que armarnos de paciencia y volver a esperar.

En definitiva, que merendamos los pasteles de limón de Josefa y, si no fuese porque el pobre Juan, a riesgo de recibir una reprimenda del Trío La La La, se apiadó de nosotros y nos entregó las cartas una vez no quedó en la mesa ni una miga del último dulce, estoy segura de que también nos habrían liado para quedarnos a cenar.

Al final, cuando nos subimos en Betty y conseguimos arrancar eran casi las siete de la tarde y claro, ahora así nos va.

—Menos mal que casi hemos llegado, estaba empezando a preocuparme. —La voz de David me saca de mis pensamientos y me vuelvo hacia él dedicándole una sonrisa autosuficiente.

—Tranquilo, mientras vayamos con Betty y Manolita no tienes nada que temer —bromeo y le guiño un ojo.

—Betty y Manolita, menudos nombres —responde él divertido, negando con la cabeza.

—Ehhh, un respeto, con Betty y Manolita puedes llegar al fin del mundo si hace falta —replico y doy un respingo en el asiento cuando un nuevo trueno suena todavía más cerca, seguido del resplandor de un rayo iluminando el cielo.

—Pues menos mal, porque mucho me temo que está a punto de caer una buena. —La mirada de David se eleva al cielo y, como respuesta, comienzan a caer las primeras gotas de agua sobre nosotros.

—Sería mejor subir la capota del coche, nos vamos a empapar —sugiere.

—Hay que subirla de forma manual, para eso tendría que parar el coche y ya casi hemos llegado. No merece la pena —contesto—. Según Manolita, no deben de quedar más de trescientos metros.

Mi mirada recorre ambos lados de la carretera en busca de alguna señal de que estamos cerca de nuestro destino: una indicación, un tejado… ¡Algo! Sin embargo, para mi desgracia, lo único que veo son árboles y más árboles.

David aprieta los labios con cara de circunstancias, una expresión que se vuelve todavía más seria y preocupada cuando la voz de Manolita vuelve a dejarse oír.

Su destino está a la derecha, señala con voz alegre el GPS.

Ambos miramos hacia ese lado mientras un nuevo relámpago rasga el cielo.

¡Árboles, solo hay árboles! ¡Árboles a derecha e izquierda y delante de nosotros una cuesta que ni la del Dragon Khan!

Empiezo a agobiarme e, intentando disimularlo, aprieto los dedos sobre el volante.

—Vamos a subir esa cuesta, quizás al llegar arriba podamos ver algún pueblo o alguna casa donde preguntar —propone David.

Sin demasiado convencimiento, arranco de nuevo y comenzamos a avanzar, pero las gotas cada vez caen con más fuerza y los truenos comienzan a sonar uno detrás de otro formando tal estruendo que el cielo parece a punto de partirse en dos.

—¿Es cosa mía o el coche va cada vez más despacio? —pregunta David con el ceño fruncido.

Asustada, pues, a pesar de no decirlo, también yo he visto que comenzamos a perder velocidad, trago saliva y fijo los ojos al frente.

—¿Lola? —El tono de David se vuelve grave y mis manos comienzan a temblar.

Observo el salpicadero del coche: cincuenta, cuarenta, treinta. Reduzco la marcha e intento acelerar, pero nada, Betty no quiere cooperar.

—Lola… —La clara advertencia y la tensión de su voz me hacen tragar saliva.

—No consigo acelerar —confieso algo asustada.

—Tiene que ser un chiste, y uno sin ninguna gracia —afirma él entre dientes torciendo el gesto.

—¿Me ves cara de broma? —pregunto cada vez más nerviosa—. Vamos, Betty, venga, bonita, no me hagas esto, no justo ahora —

murmuro suplicante sin apartar los ojos del salpicadero para comprobar cada vez más angustiada como la velocidad disminuye cada vez más.

—Sabes que estás hablando con un coche, ¿no? ¿Eres consciente de que no va a contestarte? —me increpa David con mala cara.

—La estás poniendo nerviosa —protesto sin admitir que a mí también.

—¡Un coche! ¡Que es un coche, por Dios santo! —farfulla, molesto, perdiendo la paciencia al sentir como las gotas de lluvia, que cada vez se vuelven más gruesas, nos calan poco a poco.

—Vamos, preciosa, resiste, aguanta —susurro ignorándolo y centrándome en la aguja que marca la velocidad, la cual, por cierto, sigue reduciéndose de forma preocupante. Veinte…

—Sabía que teníamos que haber venido en otro coche, no sé cómo me dejé convencer — rezonga.

—¡Con esa actitud tan negativa solo consigues empeorar las cosas! —exclamo asustada ante el resplandor de un nuevo rayo que lo ilumina todo con su aterradora luz.

—¡No es mi actitud lo que nos ha puesto en esta situación, sino esta tartana de coche! —me reprocha.

—Si no te gusta mi coche, siempre puedes ir caminando —amenazo alzando el mentón con un aire digno que se va a la mierda cuando Betty comienza a dar trompicones.

—¡Ganas no me faltan! ¡Seguro que iría mucho más rápido! —asegura antes de que ambos volvamos, preocupados, la mirada al capó para contemplar el humo negro que comienza a salir de él justo antes de que Betty decida detenerse del todo.

—¡Mierda! —grita David tirando con rapidez del freno de mano para evitar que, por la inercia de la cuesta, el coche se vaya hacia atrás.

La lluvia, cada vez más intensa, cae sobre nosotros con fuerza cuando un nuevo rayo ilumina el bosque a pocos metros de donde nos encontramos.

—Voy a llamar a la grúa —anuncia sacando su móvil del bolsillo mientras mantiene una calma que yo hace tiempo he perdido—. ¡No tengo cobertura! —comunica pocos segundos después —. Inténtalo tú —propone.

Sin perder tiempo, asiento y, sin demasiada fe, cojo el teléfono que descansa entre los dos asientos. En cuanto miro la pantalla y compruebo que se cumplen mis peores pronósticos, siento unas terribles ganas de llorar.

—¡Yo tampoco tengo cobertura! —afirmo con voz trémula.

—Tranquila, sube la capota —ordena. Asiento y, sin perder tiempo, con las manos temblando como hojas de papel movidas por el viento,

desabrocho el cinturón y me dispongo a cubrirnos con el techo plegable del coche. Esa es por lo menos la idea inicial, porque, nada más empezar, me doy cuenta de que algo va mal.

—¡No puedo! ¡Se ha enganchado! —grito para hacerme escuchar por encima del ruido de la lluvia, que lleva trazos de convertirse en aguacero y resuena con fuerza al caer sobre nosotros y sobre todo lo que nos rodea, incluyendo la tapicería de mi preciosa Betty.

—Vamos a intentarlo los dos —propone David alzando también la voz a la vez que se dispone a ayudarme. Los dos tiramos a la vez, uno por cada lado; lo intentamos de diferentes formas, pero es inútil, no hay manera humana de moverla.

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos! —exclama él soltando un bufido y sale del coche.

—¿Qué? ¡No! ¡No puedo dejar a Betty aquí! —replico horrorizada negando con la cabeza ante la idea de abandonar uno de mis más preciados tesoros a su suerte.

—¡No podemos quedarnos, es peligroso estar en medio del bosque en plena tormenta! —trata de hacerme razonar.

Lo que dice tiene todo el sentido, pero no puedo irme así, sin más, dejando tirada a mi compañera de fatigas.

—Precisamente por eso: si dejamos aquí a Betty, podría caerle un rayo —respondo obstinada.

—¿Y qué prefieres, que te caiga a ti? —pregunta él ofuscado pasándose una mano por el pelo.

Quiero negarme, quiero decirle que no pienso moverme de aquí, pero, como si quisiese darle la razón, un nuevo rayo cae a pocos metros de donde nos encontramos iluminándolo todo y haciéndome estremecer.

—¡Lola! ¡No me hagas sacarte por la fuerza! —exclama con urgencia mientras va hasta el maletero para coger nuestras bolsas de la parte de atrás.

Asustada porque los rayos cada vez parecen acercarse más, salgo del coche y me dirijo hacia él.

—¡Vamos! —me anima agarrándome con fuerza antes de echar a correr.

Es una tontería, pero sentir la firmeza de su mano sujetando la mía consigue transmitirme algo de seguridad, lo cual, dentro del caos en el que nos encontramos, es un auténtico alivio.

Los dos juntos subimos los pocos metros que restan para alcanzar la cima de la pendiente con la esperanza de ver las cosas más claras desde allí. Esperanza que se diluye como la lluvia que se desliza entre nuestros dedos cuando lo único que conseguimos vislumbrar son árboles, árboles y más árboles.

Con lágrimas en los ojos, observo apesadumbrada lo que nos rodea.

Estamos solos en un camino (porque ni carretera puede considerarse esto) secundario en mitad del bosque, sin posibilidad de llamar a una grúa y en medio de una tormenta monumental. Me gusta pensar que soy una persona positiva, pero no estoy tan ciega como para no ver que la cosa pinta fatal.

Un nuevo trueno suena incluso más fuerte que los anteriores y un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies. Tengo frío, estoy empapada y, por qué no decirlo…, también muy asustada.

Siento las primeras lágrimas asomando a mis ojos mientras lucho por no perder el control. No tengo nada especial en contra de las tormentas, nunca me han dado miedo, es más, hasta ahora incluso podría decirse que me gustaban, pero eso es porque siempre las había disfrutado calentita en mi casa y, a poder ser, con una mantita en el sofá.

—Mira allí, aquello parece un refugio —grita David señalando con nuestras manos unidas algún punto a nuestra izquierda que la cortina de agua que lo envuelve todo me impide distinguir.

—¡Vamos! —me anima a la vez que comienza a correr de nuevo tirando ligeramente de mí.

Yo no veo nada, ni siquiera sé a dónde vamos, pero, como tampoco tengo la fuerza ni la energía para protestar, me limito a seguir sus pasos dejándome arrastrar.

David avanza sin titubear, esquivando raíces y haciéndose un hueco entre la frondosa vegetación. Se ve que lo que antaño debió de ser un camino lleva mucho tiempo sin ser transitado, pero él no duda, continúa con seguridad, sin dejar de caminar y, unos minutos más tarde, yo también lo veo.

Es una especie de chabola, una casa pequeña y destartalada, pero que, dadas las circunstancias, me parece tan espléndida como una mansión.

David me dirige una sonrisa de triunfo y acelera el paso tirando de mí hasta que la entrada de nuestro improvisado refugio aparece ante nosotros.

Capítulo 10

El refugio

David

Más tranquilo por haber encontrado un lugar donde guarecernos, dedico una última mirada a Lola antes de soltar su mano para desbloquear la puerta de entrada. Está pálida, tiembla de forma compulsiva y parece muy asustada. En realidad, yo también empezaba a preocuparme por si no encontrábamos un sitio donde pasar la noche, porque si algo tenía claro, era que con la que está cayendo, a oscuras y sin coche al pueblo no íbamos a llegar.

La pequeña estructura de madera está muy descuidada, tanto que sus laterales permanecen casi ocultos por la maleza que los rodea. Se nota que nadie ha pasado por aquí en mucho tiempo, pero, dadas las circunstancias, tendremos que conformarnos. Cualquier cosa es mejor que estar a merced de la tormenta y los rayos.

Con esfuerzo, levanto la tranca que hace las veces de cierre de la puerta, formada por toscos tablones de madera, y accedo al interior seguido por Lola, quien activa la linterna de su móvil para poder vislumbrar algo en medio de la oscuridad.

Mis ojos recorren la choza en busca de cualquier posible peligro o animal salvaje que haya podido convertirla en su madriguera, pero, por suerte, no encuentro ningún signo de vida ni nada extraño por lo que debamos inquietarnos.

Es un espacio pequeño, de unos diez o doce metros. Una abertura con forma cuadrada en una de las paredes laterales (sin cristal, por supuesto), tan pequeño como para que no entre el agua de la lluvia, pero lo suficientemente grande como para permitir una mínima ventilación, hace la función de ventana. Justo en el extremo opuesto que ocupa una rústica y artesanal chimenea poco elaborada, el suelo aparece cubierto de paja seca. Junto a la chimenea, apilados unos sobre los otros, descansan gruesos trozos de madera acompañados de ramas más finas y algunas hojas secas.

—Esto debió de usarse como refugio de pastores. Me imagino que

cuando salían a pastar y los pillaba una tormenta se cobijarían aquí —murmuro antes de continuar estudiando el pequeño habitáculo, en el que descubro un minúsculo estante de madera sobre el que reposan varias cajas de cerillas y unas pocas velas casi consumidas del todo.

Con una sonrisa en la cara, me vuelvo hacia Lola, que ha permanecido todo el rato callada y a mi espalda. Sus dientes chocan los unos contra los otros con tanta fuerza que parecen castañuelas. Tiene el rostro lívido, la piel pálida y mucho me temo que, de seguir mucho tiempo así, terminará cogiendo una neumonía.

—Déjame tu teléfono un momento —pido extendiendo la mano hacia ella, que me observa extrañada mientras me lo da sin preguntar —. Voy a ver si el agujero de la chimenea está limpio, necesitamos que el humo tenga un hueco por el que salir —explico arrodillándome en el suelo. E introduzco la luz del móvil por el reducido espacio a la vez que miro hacia arriba para comprobar que todo esté despejado.

Ella me escucha sin moverse. Por primera vez desde que la conozco, parece perdida y vulnerable. Se la ve tan frágil que tengo que esforzarme para doblegar el impulso que me sacude por dentro incitándome a correr a su lado y a abrazarla con fuerza para proporcionarle consuelo y lograr que su cuerpo deje de temblar.

Debido a mi profesión he estado en situaciones límite más de una vez, situaciones infinitamente peores que la que estamos viviendo ahora, y he visto muchas cosas que preferiría no haber presenciado, demasiadas. Sin embargo, nunca antes había sentido un instinto de protección tan voraz como el que Lola despierta en mí.

Lo sentí cuando la vi en el agua medio inconsciente y lo siento ahora que la tengo congelada y aterrada a mi lado, y a pesar de que mi parte racional es consciente de que no corre ningún peligro real, saber que está pasándolo mal despierta en mí una necesidad irracional de hacerla sentir bien, de cuidarla, que, aunque no comprendo, me cuesta reprimir y controlar.

Mis ojos la recorren de arriba abajo y una sensación se extiende por mi pecho. Está preciosa; ¿cómo es posible que incluso así, con el pelo empapado y pegado a la cara, los dientes tamborileando como en una procesión de Semana Santa y esa expresión de angustia en su rostro sea tan bonita? Sus labios, apetecibles y sensuales, brillan húmedos por la lluvia; la camiseta, que en un principio era más bien suelta, se pega a cada una de sus curvas marcando un cuerpo que parece diseñado por el mismísimo demonio para hacerte pecar… Un calor sofocante invade mi pecho y me obligo a apartar la mirada de su cuerpo para desviar estos pensamientos tan inoportunos como excitantes antes de que vayan a más.

—¿Podrías pasarme alguno de esos troncos y unas cuantas ramas con hojas secas? —pido con la voz algo más grave de lo normal

concentrándome en apartar los restos secos de la chimenea antes de ponerla a funcionar.

Ella se apresura a hacer lo que acabo de decirle y, en cuanto las yemas de mis dedos rozan los suyos al sostener la madera que me ofrece, una corriente eléctrica me recorre de la cabeza a los pies.

—Maldita sea —murmuro entre dientes frunciendo el ceño ante la intensidad de lo que me acaba de suceder.

—¿Ocurre algo? —pregunta con voz preocupada y se muerde el labio inferior como hace cada vez que está nerviosa, triste o asustada.

Me levanto con rapidez, preguntándome si también ella la habrá sentido, y me acerco a la balda de madera para coger un par de cajas de cerillas. Tal y como esperaba, algunas de ellas están mojadas y no se pueden usar, pero otras podrían valer.

—No te preocupes, solo se me ha dormido el pie —miento diciendo la primera gilipollez que se me pasa por la cabeza a la vez que le ofrezco una sonrisa forzada.

Lola me observa extrañada, pero no dice nada.

Pruebo suerte con las cerillas y, a pesar de que las primeras están demasiado húmedas y no consigo encenderlas, después de unos cuantos intentos consigo que una prenda. Rodeo la pequeña llama anaranjada con una mano para evitar que se apague y, sin perder un segundo, la acerco a las hojas secas que he colocado alrededor de los troncos y las ramas contemplando, complacido, como enseguida comienzan a arder.

Lola se acerca a mi lado y se deja caer en el suelo. Extendiendo las manos en dirección al fuego, deja escapar un suspiro de placer.

—Deberías cambiarte de ropa —sugiero señalando con la cabeza las bolsas de equipaje que, con bastante tino por mi parte, saqué del maletero del coche.

—Tienes razón —admite y se levanta para apartarse de mala gana del fuego dirigiéndose hacia su pequeño equipaje.

—No mires —ordena medio en serio medio en broma.

Su voz suena más sosegada, parece que haber conseguido encender la chimenea y encontrar un refugio la ha calmado, así que, complacido de verla más relajada, levanto ambas manos dándole a entender que no pienso hacerlo y me mantengo concentrado en el chisporroteo del fuego que crepita ante mí mientras mi cabeza divaga acerca de las diferentes opciones para salir de la situación en la que nos encontramos.

La lógica me indica que no podemos estar tan lejos de algún pueblo; si hay un refugio de pastores, es porque las ovejas vendrían a pastar cerca de aquí y eso indica que a pocos kilómetros deberíamos encontrarnos con alguna población.

Mañana por la mañana, con la luz del día y sin esta maldita

tormenta azotándonos, deberíamos llegar a un lugar civilizado desde el que poder pedir ayuda, llamar a una grúa y avisar al seguro para que nos manden un vehículo de sustitución. Eso sería lo más coherente, creo yo.

—Ya puedes girarte —anuncia Lola.

Lo hago sumido en mis pensamientos, pensamientos que se vuelven inconexos cuando, al volverme, mis ojos absorben una imagen que me deja descolocado, sin palabras, con la garganta seca e incapaz de reaccionar como una persona medianamente cuerda o normal. Lo único que puedo hacer es mirarla, me siento incapaz de apartar los ojos de ella, así que lo hago: la miro.

Recorro su cuerpo despacio, como el lobo que se encuentra ante una presa después de una semana sin comer.

Sus interminables piernas enfundadas en un pantalón corto, el fino jersey de color blanco que cae sobre uno de sus hombros dejando expuesta su delicada piel; su cabello despeinado, desordenado y mojado sobre su espalda; la forma en que de manera inconsciente se muerde el labio inferior; la manera en que el fuego se refleja en sus mejillas y en sus ojos… Todo en ella me resulta atractivo, magnético, como un imán del que, por mucho que quieres, por mucho que lo intentas, no puedes escapar.

Nuestros ojos se encuentran y, durante unos segundos, parecen enlazarse en un baile de miradas; la forma en que sus mejillas se sonrojan al sentirse observada despierta en mí un deseo intenso que viaja directo a cierta parte de mi anatomía y de repente me siento como si los papeles hubiesen cambiado y ahora ella fuese el lobo y yo la presa que no puede escapar.

—Tú también deberías cambiarte —susurra Lola con aire despreocupado sin percatarse de mi reacción y desviando la vista al fuego.

—Claro —asiento con la voz algo ronca después de carraspear varias veces. Sin volver a mirarla, no por falta de ganas, sino por miedo a no poder controlar determinados impulsos primitivos que nacen en mí, me acerco a mi bolsa mientras ella hace lo propio con la chimenea y la abro para sacar una muda limpia de su interior.

—No mires —bromeo repitiendo las mismas palabras que ella pronunció hace unos segundos.

Lola levanta ambos brazos en imitación a mi respuesta y, al hacerlo, la parte baja de su espalda queda iluminada por la luz del fuego. De inmediato me encuentro imaginándome lo suave que será su piel y lo que sentiría pasando mis labios sobre ella, y otra vez me veo obligado a apartar esos pensamientos de mi cabeza. Mucho me temo que o me controlo y me pongo a pensar en cosas menos apetecibles o va a ser una noche muuuy larga.

Saco de la bolsa unos vaqueros oscuros y un jersey y me los coloco a toda prisa, rebusco algo más y cojo un par de barritas energéticas y una botella de agua antes de acercarme a Lola, que continúa con la mirada fija en las formas que las llamas crean ante sus ojos.

—Toma —digo tendiéndole una de ellas.

Ella nos observa, al aperitivo y a mí, antes de coger la barrita con un gesto divertido.

—Eres toda una caja de sorpresas: primero un botiquín digno de un centro médico, ahora barritas y agua. ¿Siempre vas tan preparado? —pregunta abriendo el envoltorio y llevándosela a la boca.

—Es deformación profesional, supongo. Cuando viajo a algún sitio suelo llevar comida, agua y medicinas básicas por lo que pueda pasar. Cuando te mueves por los sitios por los que yo me muevo, ir preparado y ser precavido se convierte en una costumbre que puede salvarte la vida y que no es fácil dejar atrás.

—¿Por eso analizas cada sitio al que llegas con tanta atención? —inquiere ella mirándome de reojo antes de dar un nuevo bocado a su barrita.

Me tomo unos segundos antes de contestar, es cierto que lo hago. Estoy acostumbrado a ello, como acabo de decir, en mi trabajo ser precavido es fundamental para sobrevivir y después, en el día a día… Digamos que hay costumbres de las que no puedes deshacerte así como así. Lo que me sorprende es que ella lo haya notado, ya que me considero bastante discreto.

—Sí, imagino que es por eso. Cuando estamos en una misión, la diferencia entre observar bien tu entorno y no hacerlo puede suponer volver vivo o no —respondo con sinceridad sintiendo un nudo en el estómago.

Apoyo la botella de la que acabo de beber en el suelo y me concentro en olvidar todos y cada uno de esos momentos.

—Debe de ser un trabajo muy duro, para los que vais y también para los que se quedan esperando —murmura ella con la vista clavada en el fuego.

—Lo es. Es difícil y sacrificado —admito—. La primera vez que me fui a una misión mi madre estuvo casi una semana sin apenas dormir. Cada vez que sonaba el móvil le daba un vuelco el corazón; luego, poco a poco, se fue acostumbrando.

—¿Nunca has pensado en dejarlo? —susurra—. ¿Nunca has deseado tener una vida más tranquila y normal?

Sus palabras me golpean como un puñetazo que me corta la respiración. Un torbellino de sentimientos encontrados, a cual más dispar, se entremezclan en mi mente y mi corazón. La pregunta es dolorosa, la respuesta y la realidad lo son todavía más… No estoy preparado para pensar en ello ni para asumir las consecuencias que

podrían acarrear.

Incómodo, me remuevo en mi asiento y busco un tema seguro para desviar la conversación.

—¿Te imaginas lo que pensaría el abuelo de nosotros si nos viese en esta situación? —pregunto con una leve sonrisa asomando a mis labios.

Lola se toma unos segundos antes de contestar; el cambio de conversación no ha sido disimulado y se ha dado cuenta de que no es un tema del que me apetezca hablar. Después, se ríe entre dientes y extiende las manos para calentarse con el fuego.

—Estoy segura de que, desde donde esté, se lo estará pasando pipa. Seguro que se parte de risa a nuestra costa.

—Sé que va a sonar raro lo que voy a decir, pero estoy seguro de que le encantaría estar aquí —confieso.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que sí! Le encantaban las aventuras y las situaciones imprevistas, cuanto más locas y extrañas, mejor. Siempre me decía que era en esos momentos cuando se sentía vivo de verdad —recuerda ella—. Por suerte, nunca vivimos nada parecido a esto, pero ¿perderse en el monte de noche y en plena tormenta? Le hubiese encantado experimentar algo así.

Los dos nos quedamos en silencio durante unos minutos.

—Tu abuelo te adoraba y estaba muy orgulloso de ti —asegura Lola con un hilo de voz que se mezcla con el crepitar del fuego en la chimenea.

Mis ojos buscan los suyos y me pierdo en ellos. Su mirada es profunda, sincera y lo único que yo puedo hacer a su lado es sentirme un fraude y un embustero.

Conteniendo la respiración, alargo la mano y deslizo mis dedos entre un mechón de su sedoso cabello y lo coloco con cuidado detrás de su oreja.

Sus pupilas parecen dilatarse, la veo contener la respiración y mis ojos se mueven con lentitud hasta sus labios. Durante unos segundos, la tentación de besarla es demasiado grande, tanto que, por un momento, quiero mandarlo todo a la mierda y dejarme llevar; pero luego recuerdo que estoy roto, resquebrajado en unos pedazos tan pequeños que, con toda probabilidad, nunca podré volver a unirlos. Por eso, echando mano de toda la fuerza de voluntad que consigo reunir, retiro mi mano y aparto la mirada.

No puedo estar con nadie, ninguna persona debería soportar el peso de mi mochila y Lola mucho menos. No sería justo.

Ella se merece algo mejor.

Capítulo 11

Cosa

Lola

Un sonido extraño se cuela en el mundo de los sueños arrancándome de él. Todavía somnolienta y medio dormida, abro los ojos, pero enseguida los vuelvo a cerrar. Estoy tan a gusto que me da pereza despertarme.

Yo, que soy un culo inquieto, que no consigo quedarme en la cama más de dos minutos una vez me despierto, y hoy, sin embargo, no tengo ninguna prisa por levantarme.

¡Es que se está tan bien! Contra todo pronóstico, la paja ha resultado ser un colchón bastante agradable y el calorcito que desprende el cuerpo que permanece acostado a mi lado resulta de lo más tentador y apetecible. Así que, sin dudarlo ni pararme a pensarlo, me aproximo a él. De repente, un brazo rodea mi cintura, atrapándome, y, sobresaltada, me tenso y abro los ojos de manera desorbitada para mirar a mi alrededor.

Enseguida consigo ubicarme al recordar todo lo ocurrido la noche anterior. Estoy a salvo, por lo que, relajando los músculos y suspirando, cierro los ojos durante unos segundos más.

La avería de Betty, la choza en la que nos refugiamos, la forma en que David rozó mi mejilla al sostener un mechón de mi pelo entre sus dedos y, más importante todavía, la sensación que ese simple gesto provocó en mí… Como si una corriente eléctrica viajase a todas las células nerviosas de mi cuerpo acelerando las pulsaciones de mi corazón.

Fue un momento íntimo, lleno de complicidad, un momento especial que terminó de forma abrupta, y me frustra no entender qué fue lo que lo rompió. Porque sí, sin previo aviso ni nada que a simple vista pudiese haberlo motivado, el estado de ánimo de David cambió. Su sonrisa se esfumó, sus ojos se cubrieron de una niebla infranqueable y la tensión que dominó su cuerpo fue palpable.

Estábamos bien y, de un momento a otro, comenzó a actuar como si

mi presencia le molestase. Se levantó, empezó a pasearse por la cabaña y me recomendó que me acostase a dormir sobre el montículo de paja. Obedecí, no insistí ni intenté averiguar qué le sucedía porque no era necesario ser un genio para comprender que se había cerrado en banda y que no iba a servir de nada.

Me costó quedarme dormida y, aunque fingí estarlo, solo pude descansar cuando sentí el peso de su cuerpo al dejarse caer con cuidado a mi lado.

Después, horas más tarde, el episodio de casa de Dolores se repitió. Por segunda vez, lo escuché hablar. Solo eran frases sin sentido, palabras desperdigadas que para mí no significaban nada, pero que a él parecen hacerlo sufrir una barbaridad. Al igual que la noche anterior, evité despertarlo, en parte por miedo a que eso pudiese resultar contraproducente al estar tan alterado; no obstante, ese no fue el único motivo que me impulsó a dejarlo dormir: si soy sincera, también debo admitir que me sentía como una intrusa, una espía colándome en sus más íntimos sueños, y despertarlo significaría tener que confesarle lo que había escuchado.

Intentando alejar esos pensamientos, suspiro disfrutando unos instantes más de la seguridad que me proporciona su fuerte brazo sobre mi cuerpo. La madera de la chimenea se ha consumido hace rato y solo quedan rescoldos, sin embargo, la temperatura de la choza continúa siendo agradable y, a juzgar por los tenues rayos que se filtran por el pequeño agujero de la pared, fuera la tormenta y la lluvia han cesado y el sol vuelve a dejarse ver.

Con cuidado de no hacer ningún movimiento que pueda despertarlo, me doy la vuelta para observarlo.

Su rostro sereno y relajado resulta de lo más atractivo y no puedo evitar la tentación de acariciarlo con la punta de mis dedos. Contengo la respiración, disfrutando de este momento robado que no sé cuándo o si se repetirá, hasta que un gruñido proveniente de la puerta me alerta de que tenemos compañía y me giro hacia ella, alarmada.

—Mierda —siseo cuando me encuentro de frente con un enorme perro marrón que nos enseña sus colmillos en un gesto nada amistoso.

—David —susurro zarandeándolo a la vez que le doy suaves golpecitos en el hombro intentando no moverme demasiado y sin apartar los ojos del animal, que, lejos de relajarse, cada vez parece más enfadado—. David —lo intento de nuevo con voz ahogada mientras el can se adelanta un par de pasos en nuestra dirección y suelta un ladrido amenazador.

—¿Qué pa…? —Las palabras se pierden en sus labios cuando, al abrir los ojos y darse la vuelta, se encuentra con la mirada enfurecida del perro, que comienza a ladrar sin parar.

—Tranquilo, perrito bonito, no vamos a hacerte daño. ¿Quién es un

perrito bonito? —murmuro arrastrándome de forma inconsciente un poco hacia atrás según lo veo avanzar.

—Dudo que eso funcione, no es un chihuahua —murmura entre dientes David, que intenta moverse un poco para proteger mi cuerpo con el suyo.

—¿Alguna idea mejor? —pregunto asustada.

—A no ser que tengas un chuletón escondido y no me lo hayas dicho, me temo que no —responde.

El perro, que por cierto es enorme y debe de pesar por lo menos cincuenta kilos, continúa acercándose a nosotros con el pelo del lomo erizado y enseñando los dientes sin dejar de ladrar.

—Voy a intentar llegar a aquellos troncos —susurra David señalando con la cabeza los trozos de madera apilados al lado de la chimenea.

—Lo veo complicado; en cuanto te levantes, se te va a tirar encima —replico.

—Por eso mismo. Cuando el perro se lance contra mí, corre.

—¿Qué? Pero ¿tú estás loco? ¡No pienso irme a ninguna parte mientras un perro te devora! —protesto.

—Es nuestra única opción, cuando llegue a los troncos, intentaré defenderme con ellos y tú habrás escapado.

—¡Que no! ¡Que no me voy! —afirmo con rotundidad. Pero ¿por quién me ha tomado? ¡Vale que no me apetece convertirme en el aperitivo de este animal, pero tampoco voy a permitir que se lo zampe a él para salvarme yo!

—¡No seas insensata!

—¿Insensata, yo? ¿Y lo dice el que pretende enfrentarse solo a esa bestia? —espeto.

—Yo tengo más fuerza que tú.

—A veces vale más la maña que la fuerza. Además, estamos juntos en esto: llegamos juntos y nos iremos juntos. No pienso escapar y dejarte aquí —aseguro estremeciéndome de miedo al ver que el animal se acerca todavía más y se pone en posición de ataque.

El perro comienza a salivar mirándonos a ambos alternativamente. Estoy segura de que está planteándose cuál de los dos puede estar más jugoso para ver a quién le da el primer bocado. Porque a estas alturas estoy convencida de que tanto David como yo vamos a convertirnos en su desayuno. ¡Hay que ver lo injusta que es la vida! ¡Yo que siempre soñé con tener un perro y voy a terminar siendo engullida por uno!

Justo cuando el can parece dispuesto a saltar sobre nosotros, de repente, aparece en la puerta la versión femenina del abuelo de Heidi sin barba. La miro entornando los ojos y el perro, que debe de haber notado su presencia, se gira hacia atrás y, como por arte de magia, en

cuanto la ve, ese fiero animal que tenemos a pocos metros a punto de hincarnos el diente se transforma en un perrillo cariñoso que corre a restregarse contra las piernas de su dueña.

Contemplo alucinada como esa mujer —que rondará los cincuenta, le saca como mínimo dos cabezas a David y tiene la envergadura de un armario empotrado— nos observa sorprendida desde las alturas mientras acaricia con cadencia el lomo del animal.

—Espero que Cosa no os haya asustado. Es muy cariñoso, pero un poco miedoso —nos saluda ella con el ceño fruncido estudiándonos con atención.

—¿Cosa? —repito sin poder evitarlo.

—El perro, ese es su nombre: Cosa —explica ella como si tal «cosa». —Yo soy Amparo.

Estoy a punto de afirmar que si algo no parece ese perro es cariñoso, y mucho menos asustado, pero al ver como el animal gime esperando anhelante una caricia de su ama sentado a su lado, tengo que morderme la lengua porque en realidad, al menos con ella, cariñoso parece un rato.

—Nosotros somos Lola y David, nos dirigíamos al pueblo, pero el coche nos dejó tirados —explica él.

—Lo imaginaba —asiente Amparo—. Hoy por la mañana Cosa y yo salimos a comprobar los desperfectos de la tormenta y, al ver un coche inundado en medio de la subida del Cansao, imaginé que habríais tenido una avería y, como este es el refugio más cercano, supuse que estaríais aquí, en la choza del pastor. Veníamos a comprobar que estabais bien, pero Cosa se me adelantó —relata la mujer sin moverse de su sitio.

—¿Cuesta del Cansao? —pregunta David alzando las cejas.

—Así se llama la subida donde se os averió el coche —responde ella encogiéndose de hombros como si fuese algo de lo más normal.

—Muy apropiado —murmuro poniéndome en pie con las piernas todavía algo temblorosas a causa del susto que nos ha dado «el cariñoso animalito» a la vez que me esmero en sacudir la paja que se me ha quedado enganchada entre el pelo y parece haberse colado por todos los agujeros de mi ropa. —Espera —pido de repente deteniéndome en seco al asimilar sus palabras—. ¿Has dicho que Betty está inundada?

—¿Quién? —inquiere la mujer con extrañeza.

—Su coche. Su coche se llama Betty —explica David interviniendo al ver mi cara de espanto.

—Le pega el nombre —admite ella esbozando por primera vez una sonrisa—. Y sí, está inundada, pero nada que no tenga solución. Si estás dispuesta a pagar una buena factura, mi hermano Raulito, que es un mecánico de lo mejorcito que hay, puede dejártelo como nuevo.

Solo pensar en cuánto me va a salir la broma palidezco. Es lo malo que tienen los coches antiguos, que sus reparaciones son carísimas, pero tratándose de Betty dejarla sin arreglar ni siquiera es una opción.

—¿A qué distancia queda el pueblo más cercano? —se interesa David mientras yo sigo imaginando a mi pobre Betty calada hasta las trancas.

—A unos cinco kilómetros.

—¿Podrías acercarnos hasta allí para llamar a la grúa?

—Claro, Cosa y yo hemos venido en el todoterreno, llegaremos en un periquete —asegura ella acariciando de nuevo el lomo del animal, que la observa con adoración.

David coge nuestras bolsas y ambos salimos de la choza detrás de la mujer.

Una vez fuera, observo a mi alrededor fascinada. El paraje terrorífico de anoche parece haberse transformado como por arte de magia en un paisaje encantador plagado de hayas, robles centenarios cuyos anchos troncos aparecen cubiertos de musgo de color verde intenso y florecillas silvestres que brotan por doquier.

El canto de diferentes pajarillos nos recibe dándonos los buenos días y, al alzar la vista a las copas de los árboles intentando vislumbrarlos, me estremezco disfrutando de la suave caricia de los primeros rayos de sol. ¡Así da gusto empezar el día! Por un momento incluso me olvido de la pobre Betty y su inundación. Me relajo y aspiro con fuerza.

Me encanta el olor que la lluvia impregna en el aire y en la vegetación. Es un aroma especial cargado de frescor y pureza que aquí, en plena naturaleza, se intensifica todavía más.

A la luz del día enseguida distinguimos un camino de tierra que da a la cuesta donde Betty nos dejó tirados. Nos dirigimos hacia allí para que David pueda dejar las bolsas que componen nuestro equipaje en el maletero y después caminamos hasta la cima de la misma donde nos espera el supuesto «todoterreno», y lo digo así, entre comillas, porque no tengo ni idea de qué tipo de vehículo es eso que ven mis ojos, pero un todoterreno seguro que no es.

Lo contemplo con la boca abierta antes de desviar la vista hacia David, que parece tan sorprendido como yo.

El «todoterreno» es una especie de híbrido extraño entre tractor, camioneta y carretilla.

Me explico:

Las ruedas, sin ninguna duda, son las de un tractor y la parte delantera también podría parecerse a la de uno, pero esta va unida (no sé muy bien cómo, la verdad) a una especie de carretilla gigante similar a la parte posterior de una *pick-up* con unas ruedas casi tan grandes como las de la parte delantera.

No tengo ni puñetera idea de cómo esta mujer ha conseguido hacerse con semejante ejemplar de vehículo y, desde luego, tengo serias dudas sobre el hecho de que sea legal circular con un trasto así, pero lo que sí tengo claro es que, a pesar de que nos encontramos en medio del monte y no disponemos de otro medio de transporte, no estoy dispuesta a subirme en eso. Prefiero ir andando o incluso, si me apuras, a gatas antes que subirme ahí.

—¿A que está chachi? —pregunta ella con orgullo.

Abro la boca repetidas veces, boqueando como un pez, dispuesta a contestar; no obstante, soy incapaz de hacerlo porque no sé qué me sorprende más, si escuchar a una señora de su tamaño y edad usando la palabra «chachi» o que de verdad piense que nuestra cara de alucine es porque pensamos que su… ¿automóvil? lo es.

—Mucho —interviene David dedicándole una sonrisa divertida—. Es un modelo exclusivo, ¿verdad? —pregunta él fingiendo interés y haciendo que mis ojos se abran como platos.

—¡Que si es un modelo exclusivo, pregunta el tío! ¡Será cachondo! ¡No, si te parece, los venden en serie en todos los concesionarios! ¡Este quiere quedarse conmigo!

»Pues sí, compré un tractor de segunda mano y una *pick-up* vieja y mi hermano Raulito, que, como os he dicho, es un portento de la mecánica, lo tuneó para mí. Unos tornillos aquí, unos enganches allá y consiguió esta maravilla —explica Amparo rebosante de felicidad—. ¡Para ir por el monte es lo mejor, y no vayáis a pensar que va despacio, ¿eh? Que hasta los sesenta kilómetros se me pone sin problema, ¡ya veréis, ya!

Trago saliva con fuerza y observo a David con cara de pánico. Es imaginarme subida en esa cosa, moviéndome a sesenta kilómetros por hora por el bosque, y me pongo enferma.

—Menudo máquina Raulito, sí, señor —asiente David ganándose una mirada reprobatoria por mi parte y una sonrisa satisfecha de Amparo, quien parece encantada.

¿Menudo máquina? ¿Menudo máquina, en serio? El tal Raulito, una de dos: o no tiene dos dedos de frente y no piensa lo que hace, o es un cabrón rematado que lo que busca es una forma de deshacerse de su hermana y le ha construido este aparato para que la mujer termine empotrada contra un árbol, porque otra explicación a lo que tengo delante es imposible encontrársela.

—¡Hala, pues venga, todos arriba, poneos cómodos! —exclama Amparo señalando la carretilla. Acto seguido Cosa y ella suben al asiento del copiloto y conductor, respectivamente.

David sube de un salto sin pensarlo y extiende su mano para ayudarme a hacer lo propio.

Yo niego con la cabeza, resistiéndome, más que nada porque le

tengo aprecio a la vida y considero que soy demasiado joven para morir.

—¿No sería mejor ir caminando? —propongo entre susurros, evitando ser escuchada por nuestra improvisada guía.

—Si no me hubieses obligado a venir en tu querida Betty, ahora no estaríamos aquí —comenta él como si tal cosa aguantando la risa a duras penas. ¡Será cabrón!

Hago un puchero y David me guiña un ojo.

—Piensa en el abuelo, todo sea por el abuelo. Por eso y por arreglar a Betty, no podemos dejarla ahí —me anima cuando me agarra la mano y tira de ella para ayudarme a subir.

Suelto un bufido y, de mala gana, tomo asiento a su lado, pero, antes de tener tiempo de agarrarme bien o de hacerme a la idea siquiera, Amparo arranca haciéndome sentir como si estuviese montada en el tiovivo, Las Cadenas y la montaña rusa todo a la vez.

Aun así, ingenua de mí, en lo más profundo de mi ser mantengo la esperanza de que la buena mujer decida ir por la carretera como una persona normal. Esperanza que se va al traste cuando la escucho gritar:

—Seguro que estáis hambrientos, voy a coger un atajo: iremos por el bosque.

—Tranquila, por nosotros no hace falta —respondo intentando disuadirla y disimulando al mismo tiempo el miedo que encierra mi voz.

—Sí, mujer, sí, ya verás qué bien va —berrea pegando sin previo aviso un volantazo a la izquierda para meterse entre dos robles que dejamos atrás.

En una demostración del alcance de su bólido, acelera cada vez más y, cuanto más acelera ella, a más velocidad veo yo mi vida pasar.

Amparo gira a la izquierda y nosotros nos vemos empujados a la derecha, gira a la derecha y la carretilla se va hacia la izquierda, y así sucesivamente sin detenerse o aminorar. Eso por no hablar de los baches, montículos y raíces que nos vamos comiendo uno tras otro: pim, pam, pim, pam. Ya empiezo a marearme y acabamos de arrancar.

David me observa por el rabillo del ojo y el muy inconsciente parece estar disfrutándolo; a puntito estoy de soltarle un par de burradas cuando el castaño de cientos de años que por poco nos comemos y esquivamos por los pelos me distrae atrapando toda mi atención.

Mi cara debe de ser un poema y David, que es incapaz de aguantar durante más tiempo sin echarse a reír, rompe en carcajadas.

—Me alegra resultarte divertida —protesto alzando la voz para hacerme oír por encima del ensordecedor sonido del motor.

—La verdad es que estás de lo más cómica.

—¿Morir te resulta gracioso? ¡Sabía que eras un insensato, pero no

imaginaba cuánto!

—No seas exagerada y disfruta del paisaje.

—¿Disfrutar? ¡Me estoy dando golpes en partes del cuerpo que ni sabía que existían! —protesto aferrándome como puedo a un lateral cuando Amparo da un nuevo giro que me lanza contra el lado contrario.

David suelta otra carcajada y, aproximándose más a mí, pasa su brazo alrededor de mis hombros y me aprieta ligeramente contra él.

Me sujeta con fuerza y delicadeza a la vez transmitiéndome seguridad y, aunque aún sigo molesta y procuro resistirme, lo cierto es que al sentir el contacto de su cuerpo contra el mío todo lo demás parece perder importancia.

Alzo la vista y me encuentro de lleno con su mirada, intensa y profunda como el bosque en el que nos hallamos.

Sus ojos, intimidantes e hipnóticos, parecen capaces de ver a través de mí, a pesar de resultar impenetrables. Me pierdo en ellos, absorta en esa mirada tan cálida como indescifrable. Todo mi cuerpo me grita que encierran más de un misterio y yo, inconsciente de mí, me muero por descubrir cada uno de ellos.

Capítulo 12

Una charla con Raulito

David

El viaje está resultando incómodo e incluso, en momentos puntuales, podría decirse que algo doloroso. No lo voy a negar: cada vez que esta especie de tractor endemoniado gira de forma brusca nos vemos empujados contra los laterales del vehículo golpeándonos el culo, las piernas y los brazos. No obstante, ver la cara de fastidio de Lola, que parece a puntito de bajarse en marcha con tal de terminar de una vez con esta tortura, hace que algún pequeño meneo con moratón incluido sea un precio que merezca la pena pagar.

No es que me guste que lo pase mal ni mucho menos, de hecho, intento proteger su cuerpo con el mío todo lo que me resulta posible para evitarle la mayoría de los impactos, lo que sucede es que me encanta picarla y hacerla rabiar, no puedo evitarlo.

Es ingeniosa y siempre tiene una respuesta rápida en la punta de la lengua. Eso sin mencionar que la forma en que sus mejillas se sonrojan cuando algo la avergüenza o la manera tan sensual en que inconscientemente se muerde el labio inferior cuando se enfada o se pone nerviosa me fascinan; en esos momentos, soy incapaz de apartar los ojos de ella, las manos me arden por las ganas de acariciarla y su boca me tienta de una forma que ni entiendo ni puedo explicar.

Soy un saco de contradicciones con patas, lo sé. No quiero ni debo sentir nada por Lola, ni por ella ni por nadie, en realidad. Sin embargo, cuanto más tiempo paso a su lado, cuanto más escucho su risa y más la observo, más difícil me resulta mantener la distancia y enmascarar estos sentimientos y sensaciones que Lola comienza a despertar en mí tras una simple amistad.

Ajena a mis divagaciones, ella se arrebuja contra mi cuerpo tratando de protegerse y no puedo evitar pensar lo bien que me sienta tenerla junto a mí. Apoyo la barbilla en su cabeza y aspiro con suavidad disfrutando del aroma a naranja y jazmín que desprende su cabello a la vez que aprieto su hombro con suavidad.

—¡Bendito sea el cielo, parece que por fin vamos a llegar! —exclama aliviada señalando a lo lejos un grupo de casas que marcan el comienzo del pueblo.

—¡No me digas que no has disfrutado del paseo! —bromeo obviando el hecho de que, en realidad, a pesar de las sacudidas, a mí no me hubiese importado que durase un poco más solo por el placer de abrazarla.

—Sí, muchísimo, ha sido lo más parecido a meterme dentro de una batidora. Esta mujer tiene que ser descendiente directa de algún miembro de la Santa Inquisición, solo así me explico que le salga de manera tan natural eso de torturar al personal —bufa mientras se frota la pierna.

El comentario me hace gracia y me echo a reír justo en el momento en que Amparo mira hacia atrás. Acabamos de tomar el camino que serpentea entre las casas.

—¿Qué tal? ¿Lo habéis disfrutado? Se os ha hecho corto, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Uy, sí! ¡Mucho mucho! ¡Ha sido una experiencia difícil de olvidar! —responde Lola en tono irónico asintiendo con la cabeza con tanta energía que me recuerda a una de esas figuras de los gatos chinos que mueven arriba y abajo la pata sin parar.

—Lo sabía, tenía que haber dado un pequeño rodeo para que no os supiese a poco. Pero tranquilos, que cuando queráis podemos repetir —ofrece la mujer con un brillo de ilusión en la mirada.

—Uy, deja, deja, este tipo de emociones son como el azúcar, mejor en dosis pequeñas que, si no, pierden su encanto y pueden llegar a empalagar —se apresura a contestar Lola antes de que a Amparo le dé por organizarnos un *tour* por toda la comarca.

En cuanto el motor se apaga, Lola salta fuera del vehículo con la misma rapidez que si estuviese escapando de un coche en llamas, no vaya a ser que a la buena señora se le ocurra volver a arrancar. Disimulando una sonrisa socarrona, me bajo tras ella y la sigo.

—Muchas gracias, Amparo, vamos a llamar a una grúa para que se encargue de recoger y remolcar nuestro coche hasta un taller —explico cuando llego a su lado.

—¿Qué taller ni que ocho cuartos? Raulito se encargará de todo. Ya os dije que mi hermano es el mejor mecánico de la zona, ¡de la zona y de todo el país, qué narices! —exclama con orgullo señalando una nave con un gran portalón azul que permanece algo abierto por una esquina y en la que Cosa se cuela corriendo y moviendo el rabo.

—Venid —indica ella echando a andar detrás del animal.

Lola y yo intercambiamos una mirada de circunstancias y la seguimos sin demasiado convencimiento, a saber con qué nos sale ahora. Como el supuesto taller de su hermano sea similar al

«todoterreno» en el que nos ha traído hasta aquí, miedo me da lo que pueda haber entre esas cuatro paredes.

No obstante, contra todo pronóstico, cuando nuestra improvisada guía abre el portalón y accedemos al interior nos encontramos en un espacio acondicionado, amplio, lleno de coches (algunos de ellos antiguos) y herramientas en el cual todo está ordenado a la perfección.

Cosa va directo a un Bentley antiguo de color verde agua que tiene pinta de costar una pasta y comienza a ladrar con fuerza y a intentar colarse debajo.

—Raulito, sal, tenemos invitados —anuncia Amparo, cuya voz resuena con fuerza imponiéndose a los ansiosos ladridos del perro, que espera nervioso a que el hombre, que permanece acostado bajo el vehículo, le haga caso.

—Un segundo, déjame terminar aquí, esta tarde vienen a buscar a esta preciosidad y necesito dejarla a punto —murmura una voz fuerte y algo áspera.

Todos, a excepción de Cosa, que continúa desgañitándose en ladridos, permanecemos en silencio, esperando, hasta que poco después el hombre termina y se incorpora para conocer a los supuestos invitados, o sea, nosotros.

Su expresión extrañada enseguida da paso a una radiante sonrisa que se extiende por su cara.

—Hablando de preciosidades… —murmura fijando sus ojos en Lola, que le devuelve la sonrisa algo azorada—. ¿En qué puedo ayudaros? —La pregunta la hace en plural, pero está clarísimo que a la única que tiene interés en ayudar y de una forma muy específica es a ella.

Amparo le explica lo que ha pasado y yo aprovecho para estudiarlo con detenimiento.

No me gusta, este tío no me gusta un pelo. Y no, no es porque el tal Raulito haya resultado ser un tiarrón de metro noventa y cinco con pinta de modelo de alta costura, unos pectorales que parecen cincelados en piedra de tan perfectos que son, un pelo rubísimo y una mirada azul turquesa capaz de hacer pasar a más de un hetero a la otra acera. Ni siquiera es porque en cuanto ha visto a Lola hayan comenzado a salirle por los ojos corazoncitos, estrellitas y arcoíris todos juntos. No es por eso, ni tampoco porque ella, en lugar de sentirse molesta ante tanta atención y entusiasmo, parezca de lo más cómoda y encantada. Para nada, vamos; lo que ocurre es que este tío me da mala espina.

Es un chulo de manual, un creído de tomo y lomo. ¿A quién en su sano juicio se le ocurriría pasearse por un taller sin camiseta? ¿Y por qué no deja de sonreír como si estuviese grabando un anuncio de pasta de dientes?

Lola le devuelve la sonrisa asintiendo ante algo que él acaba de decir y noto que se me revuelve el estómago, sensación que enseguida achaco a la falta de comida unida al paseíto en coche que Amparo nos ha proporcionado y, a pesar de que mi voz interior (que, por si no lo había comentado, el noventa por ciento del tiempo es una tocacojones de cuidado) me grita que lo que me pasa es que acaban de entrarme unos celos más grandes que la Catedral de Santiago, enseguida la ignoro y la silencio repitiéndome que lo que pasa es que este tío es imbécil, que mi opinión es total y absolutamente objetiva y que no podemos fiarnos ni un poquito de él.

—Puedes estar tranquila, yo mismo iré a buscar a Betty con mi grúa, la traeré aquí y me encargaré de secar la tapicería y revisarla a nivel mecánico, a ver si averiguamos por qué os dejó tirados —lo escucho decir en ese momento guiñando un ojo a Lola, que parece la mar de satisfecha.

¿Betty? ¿Ha dicho Betty? Pero ¿qué confianzas son esas?

—Gracias, pero no es necesario —me apresuro a declinar la oferta con tono seco.

—¿Cómo dices? —pregunta ella volviéndose a mirarme con la confusión dibujada en sus ojos—. Te recuerdo que Betty está inundada y abandonada en mitad de una cuesta a cinco kilómetros del pueblo. ¿A qué demonios te refieres con que no es necesario?

—Lo que quiero decir es que podemos llamar a una grúa y pedir que lleven a Betty a otro taller.

—¿Y para qué se supone que vamos a hacer eso, si ya tenemos uno? —cuestiona ella observándome como si de repente me hubiesen salido cinco ojos y seis orejas.

—A uno más… profesional —murmuro.

—¿Insinúas que no soy profesional? —interviene Raulito cruzando los brazos bajo su pecho.

—No pretendía decir eso —trato de justificarme.

—¿Y qué pretendías decir? —me increpa tan disgustado con mi presencia como yo con la suya.

—Betty es un clásico y creo que debería ser revisada por un especialista en ese tipo de coches —intento salir del paso como puedo, por desgracia con poco éxito.

—Tío, ¿has mirado a tu alrededor? —bufa él señalando el Bentley bajo el que estaba metido hace un momento y los otros coches antiguos situados a lo largo y ancho del taller—. Trabajo con todo tipo de vehículos, pero los antiguos son mi pasión. Estoy deseando ponerle las manos encima a esa hermosura —añade y le guiña un ojo a Lola.

Lo fulmino con la mirada porque no sé qué me da más asco, si el tono en el que lo dice o la mirada que le echa al hacerlo.

—Seguro que sí —murmuro entre dientes bastante seguro de que

Betty no es precisamente la hermosura a la que está deseando poner las manos encima el figura este.

—En realidad, habéis tenido suerte de que el coche se os haya averiado justo aquí —añade.

—Puf, sí, una suerte loca, me siento como si me hubiese tocado la lotería —siseo ganándome un disimulado codazo de Lola, que permanece sonriente a mi lado.

—Muchas gracias, mientras te encargas de Betty tenemos que buscar una dirección aquí en el pueblo, después pasaremos a ver cómo va —anuncia mi compañera.

—Estaré preparado —asegura él guiñándole de nuevo un ojo—. Verás que estas manitas hacen magia.

—Prefiero no ver lo que puedes hacer con ellas —siseo de nuevo, cada vez más molesto, al recibir una mirada de advertencia de Lola.

El ambiente empieza a enrarecerse y Amparo decide intervenir.

—¿Qué dirección necesitáis encontrar? —se interesa.

Deseoso de salir del puñetero taller cuanto antes, recito la dirección que me aprendí de memoria en cuanto Juan nos dio las cartas.

—Eso está cerca, al lado de la panadería de Herminia. Solo hay que seguir todo recto hasta llegar a la plaza del pueblo, después giráis a la derecha y a unos cuantos metros la encontrareis. Es la casa de la puerta verde, no tiene pérdida, pero si queréis, puedo acercaros en el todoterreno.

—No, no, muchísimas gracias —se apresura a responder Lola con cara de circunstancias—. Dar un pequeño paseo nos vendrá bien.

Nos despedimos de Raulito, que se empeña en acompañarnos hasta la puerta y que, mientras lo hace, coloca con disimulo la mano en la espalda de Lola, y salimos al exterior.

—¿Se puede saber qué leches te pasa? —me increpa ella en cuanto nos alejamos unos metros del maldito taller mientras caminamos en la dirección indicada.

—¿A mí? —pregunto todavía cabreado.

—No, si te parece, a mi tío Paco —resopla.

—A tu tío Paco ni idea, a mí no me pasa nada.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Yo me lo creo y tú también deberías, porque es la verdad.

—¡Ja! ¡Mentira! El pobre Raúl solo intentaba ser amable y tú fuiste de lo más borde y desagradable. Menos mal que no escuchó la mayor parte de tus comentarios.

—Pues es una lástima, por mí mejor que los hubiese oído.

—¿Pero de qué vas? —protesta.

—¿De qué voy yo? ¡De qué va él! Ese tío es un prepotente y un ególatra que lo único en lo que estaba pensando desde que entraste en el taller era en la forma de sacarte las bragas.

—¿¡Perdona!? ¡No tienes derecho a decir eso! —responde alucinada parándose en seco.

—¡Claro que lo tengo! ¡Es lo que diría cualquiera con ojos en la cara! Cualquiera menos tú, que estabas demasiado ocupada babeando por ese mecanicucho con ínfulas de modelo —suelto mosqueado.

—¡Yo no babeo! —se defiende ella.

—¡Babeas, claro que babeas! ¡Tanto que empezabas a recordarme a un caracol por el rastro de babas que ibas dejando!

—¡Te estás pasando! —me advierte parándose a pocos pasos del centro de la plaza con una cara de mosqueo que tira para atrás y pone los brazos en jarras.

Tiene razón. Eso es lo peor de todo, que sé que la tiene. No tengo derecho a decir nada y debería callarme, cerrar el pico, me estoy pasando un huevo, lo sé. Pero verla ahí tan digna negando que ese tío quería tirársela, cuando era de lo más evidente, me pone de tan mala leche que no puedo dejar de hablar.

—¡Un polvo! Eso es lo que quiere el mecánico. ¡Echarte un polvo, arreglar o no arreglar a Betty se la trae sin cuidado! —exclamo alzando ambas manos al cielo bajo la atenta mirada de dos ancianas que, sentadas en un banco en medio de la plaza, nos observan con la misma atención que si estuviesen presenciando un partido de Federer contra Nadal.

—¡Lo que te pasa es que estás celoso! —me acusa.

—¿Celoso, yo? ¿De ese Ken de pacotilla? —bramo indignado y le doy la espalda durante unos segundos antes de volver a enfrentarme a ella—. ¡Menuda chorrada acabas de decir!

—¡De chorrada, nada! ¡Estás celoso! —repite.

—¿Y por qué debería estarlo? —pregunto acercándome un paso hacia ella mientras veo de refilón como las dos ancianitas abren los ojos de forma desmesurada y se dan codazos entre ellas con una sonrisa desdentada dibujada en los labios.

—¡No lo sé, dímelo tú! —exclama imitándome y adelantándose un paso también para acortar más la distancia que se interpone entre nosotros, sin dejar de sostenerme la mirada.

La contemplo embriagado por completo. Ambos respiramos de forma desacompasada y observo como su pecho sube y baja con rapidez a causa del enfado. Tiene las mejillas sonrojadas y sus ojos echan fuego cuando se enzarzan con los míos en un duelo de miradas. Está preciosa. Desprende un magnetismo que me atrapa empujándome hacia ella y las yemas de mis dedos palpitan por tocarla. Desvío la vista a sus labios entreabiertos y, en cuanto lo hago, comprendo el gran error que acabo de cometer, pues al fijarme en ellos soy incapaz de resistir la tentación de probarlos, de saborearlos y de hacerlos míos.

Avanzo otro paso de forma que solo unos centímetros nos separan,

nuestros cuerpos casi se rozan y estiro la mano para atrapar su cintura y acercarla del todo a mí.

—Lola —susurro con voz atormentada abandonándome en sus ojos oscurecidos por un velo de deseo mientras desciendo con lentitud, conteniendo el aire en mis pulmones, dispuesto a saborear por fin esa boca que tanto necesito conquistar.

Siento un cosquilleo de anticipación recorriéndome el cuerpo, la escucho jadear y eso me excita todavía más. Casi puedo sentir el suave tacto de sus labios contra los míos y cierro los ojos para dejarme llevar por las mil sensaciones que voy a experimentar…

¡Boom! ¡TATATATATA! Una primera explosión, seguida de una ristra de ellas, resuena en algún sitio a pocos metros de donde nos encontramos y todo mi cuerpo se bloquea.

Sin detenerme a pensar, empujo a Lola con fuerza y cubro su cuerpo con el mío antes de empezar a hiperventilar.

La escucho pegar un alarido cuando sus manos chocan contra el suelo, pero con los músculos doloridos a causa de la rigidez y la tensión soy incapaz de apartarme o moverme para dejarla escapar. Me queman los pulmones, a mi alrededor todo se nubla y mi cuerpo se niega a reaccionar. El ruido cesa, pero una neblina ocupa mi mente inutilizando mis sentidos a la vez que un pitido agudo me ataca sin piedad. Siento que desfallezco, todo mi cuerpo tiembla y, a pesar de intentarlo, me falta el aire y no puedo respirar.

—David. —La voz de Lola me llega como un eco lejano—. David —resuena de nuevo envuelta en preocupación.

Unas manos rodean mi cara y me acarician con suavidad.

—Mírame —exige con voz trémula.

Parpadeo varias veces y, poco a poco, consigo volver a enfocar la visión. Lola está ante mí, con expresión angustiada, las dos ancianas también se han acercado a nosotros dispuestas a ayudar.

—Tranquilo, muchacho, serían unos chiquillos lanzando petardos —indica una de ellas.

—No sé dónde andan escondidos, pero cuando los pille se van a enterar —asegura la otra alzando su bastón en un gesto amenazante mientras Lola continúa acariciando mis mejillas con delicadeza sin parar.

Solo han sido unos petardos, unos míseros e inofensivos petardos, pero ha vuelto a pasar.

Capítulo 13

Unos bollos y mucha información

Lola

En cuanto me vuelvo y contemplo la expresión de David, comprendo que algo va mal. No entiendo qué ha ocurrido. Estábamos a punto de besarnos, casi podía sentir el tacto de sus labios acariciando los míos, y de repente, en cuanto esos petardos explotaron, algo en él cambió. Sin ninguna delicadeza, me empujó con fuerza contra el suelo protegiendo mi cuerpo con el suyo y todo terminó.

Está mortalmente pálido; su cuerpo, rígido como un trozo de metal, tiembla sin cesar; sus expresivos ojos se han quedado vacíos, fijos en algún punto del horizonte que no puedo concretar, y su respiración va tan acelerada que está comenzando a hiperventilar.

—David —intento llamar su atención, pero él no me escucha. Está ido, ausente, en *shock*—. David —pruebo de nuevo, enmarcando sus mejillas con mis manos y fijando mis ojos en los suyos, a pesar de que estos parecen estar muy lejos de aquí.

—¡Ay, que le ha dado un vahído! —anuncia una de las ancianas cuando las dos se acercan a nuestro lado después de ver lo que acaba de ocurrir.

—David, reacciona —pido cada vez más asustada al ver el estado en el que se encuentra.

Esta vez, por suerte, sí parece escucharme. Conteniendo la respiración, espero sin moverme mientras veo como parpadea varias veces y, poco a poco, sus ojos consiguen enfocarse en mí.

—David, ¿estás bien? ¿Te duele algo? ¿Llamamos a un médico? —pregunto inquieta, pues no sé cómo puedo ayudarlo.

—Estoy bien —responde con voz apurada y cierra con fuerza los ojos comenzando a inspirar despacio para conseguir reducir el ritmo de sus pulsaciones y calmar su respiración—. Solo necesito un poco de agua.

Ojeo la plaza y señalo el otro extremo.

—Allí hay una fuente, déjame que te ayude a llegar. —Me pongo en pie.

—Tranquila, no es nada, puedo solo —asegura él, que se incorpora despacio mientras se masajea la frente. Después, echa a andar hacia el punto que acabo de indicarle.

Todavía asustada, camino a su lado observándolo como si fuese una bomba a punto de explotar. Aún está pálido, gotas de sudor perlan su frente y parece tener ciertas dificultades para respirar, pero su rostro va recuperando poco a poco un tono normal.

Las dos ancianas nos siguen a corta distancia, como si fuesen desfilando en una procesión.

En cuanto llegamos a la fuente, él coge agua con las manos y se moja la cara para tratar de despejarse; luego se refresca la nuca y repite la misma acción unas cuantas veces más.

Aguardo, preocupada y en silencio. Me debato entre poner mala cara a las dos señoras —quienes, cogidas del brazo y de lo más entretenidas, no dejan de cuchichear— y observar intranquila a David, pues, a pesar de que parece estar recuperándose, no consigo relajarme del todo hasta que, cuando pasados unos minutos, termina de refrescarse y se deja caer en un banco, compruebo que su aspecto es mucho mejor.

—¿Qué te ha pasado? —insisto todavía algo asustada tomando asiento a su lado.

Su mirada profunda se encuentra con la mía y, durante unos segundos, juraría que lo veo dudar; sin embargo, enseguida pone cara de póker y contesta en un tono que pretende sonar despreocupado, pero que resulta de lo más forzado.

—Imagino que habrá sido una bajada de tensión. No tienes de qué preocuparte.

Lo estudio frunciendo el ceño y él desvía la mirada. ¿Una bajada de tensión? ¿Que no tengo de qué preocuparme? Eso no se lo cree ni él. Está intentando colarme un gol por toda la escuadra y no se da cuenta de que ni siquiera tiene el balón.

Analizo cada uno de sus gestos sin ningún disimulo; no obstante, su rostro se ha vuelto inexpresivo, y sus ojos, impenetrables. Sea lo que sea lo que le ha sucedido, está claro que no quiere compartirlo conmigo y, como tampoco tengo derecho a forzarlo, decido que lo mejor, al menos por el momento, es tomar como bueno ese intento de justificación.

Una vez lo veo más tranquilo, compruebo mis propios desperfectos. El empujón ha sido tan fuerte e inesperado que al caer no he podido evitar arañarme las palmas de las manos. Por suerte, no es más que algo de piel levantada, pero empiezan a escocerme bastante y creo que sería bueno limpiarlas.

—¿Tú estás bien? —se interesa él con voz apremiante al dirigir la vista a mis manos y darse cuenta de que me he lastimado.

—Tranquilo, nada que con un poco de agua no se pueda arreglar —respondo levantándome y me acerco a la fuente para lavarme las manos.

—Lo siento mucho, no quería hacerte daño —se disculpa con gesto afectado acercándose a mi lado.

—Tranquilo, no es nada, ¿ves? —aseguro enseñándole ambas manos.

Sonrío para restarle importancia, pero él se muestra de lo más apagado.

—De verdad que lo siento mucho, reaccioné sin pensar.

—David, no le des más vueltas, no es nada —pido con voz seria—. Lo único que me apetece ahora es desayunar. La casa que estamos buscando está al lado de una panadería, ¿no? —pregunto intentando desviar su atención.

—Sí, la panadería de Herminia, si no entendí mal —responde encogiéndose de hombros sin demasiado entusiasmo.

—Pues ya estamos tardando; seguro que allí, algo rico de comer encontramos —digo y le guiño un ojo.

Nos ponemos en marcha, apenas hemos avanzado unos pasos cuando David echa la vista atrás y me pregunta extrañado:

—¿Esas ancianas van a seguirnos por todo el pueblo?

—Desde que te bajó la tensión, no se nos han despegado —respondo repitiendo sus palabras, a pesar de no haberme creído ni la primera.

—Siento haberlas asustado.

—¿Asustado, dices? Estaban encantadas y de lo más entretenidas —lo contradigo—. Como nos despistemos un poco, se nos meten en el maletero con tal de venirse con nosotros.

Intento bromear, pero el gesto de David sigue siendo serio y contrariado, no me gusta nada verlo así, pero, si no quiere contarme qué le pasa, mucho me temo que es imposible que lo pueda ayudar.

Continuamos caminando en silencio y enseguida comprobamos que, tal y como nos habían dicho, la panadería de Herminia se encuentra a pocos metros de la plaza.

Es un local amplio, con grandes escaparates de cristal cuyos marcos de madera están pintados en un alegre color azul turquesa que combina a la perfección con el toldo y las mesas que, colocadas a ambos lados de la puerta, destacan teñidas en la misma tonalidad.

Dentro nos recibe un mostrador inmenso repleto de exquisiteces que me hacen salivar. Tras él una mujer que debería llevar años retirada nos recibe con un delantal lleno de harina y sonriendo con la boca abierta de par en par.

Es bajita y muy delgada, parece delicada; no obstante, se mueve con

gran agilidad. Tiene el rostro ovalado, la piel clara y unos enormes ojos del color del chocolate fundido.

—Vosotros debéis de ser los de la choza del pastor —comenta cogiéndonos por sorpresa.

—¿Cómo lo…?

—¿Que cómo lo sé? —me interrumpe—. Esto es un pueblo pequeño, todos nos conocemos y todo se sabe. Además, Raulito llamó hace un rato para decirme que veníais hacia aquí. Me dijo que queréis preguntarme por mi casa, pero, si es porque estáis interesados en comprarla, desde ya os digo que habéis perdido el tiempo: no pienso vender —asegura a la defensiva.

Las dos ancianas, quienes por supuesto han entrado en la panadería detrás de nosotros, comienzan a murmurar y Herminia les dedica una mirada nada amistosa que las hace callarse de sopetón.

—Maruja, Filomena, ¿pensáis quedaros ahí como pasmarotes toda la mañana o vais a comprar pan?

—Venimos a hacerte una visita —responde una de ellas con voz inocente y casual.

—¿Qué visita ni que gaitas? ¡Las visitas a los enfermos del hospital! ¡O mejor no, que conociéndoos lo mismo si vais los remataís! —exclama haciendo que una de las mujeres enrojezca y la otra intente asesinarla con la mirada.

—¡Eres de lo más desagradable! No pienso volver a comprar aquí —espeta la última.

—¡Y vosotras unas cotillas de mucho cuidado! ¡Dejad en paz a los pobres chiquillos, que de lejos vengo viendo que los estáis persiguiendo sin parar!

—¡Al pobre le dio un pasmo, cayó desplomado al suelo por culpa de tu nieto y sus petardos, nosotras solo queríamos echar una mano!

—¿Una mano? ¡Una mano al cuello os voy a echar yo a vosotras como no los dejéis tranquilos!

—Señora, no hace falta que… —interviene David intentando mediar, pero Herminia no lo deja terminar.

—Shhh, tú, a callar —ordena con voz firme señalándolo con el dedo —. Y vosotras dos, venga, fuera, idos a otro sitio a chismorrear —las apremia señalando la puerta con ambas manos.

Las mujeres le dedican una mirada cargada de indignación y, de mala gana, abandonan la panadería.

—En cuanto a vosotros, vamos a ver, si no estáis interesados en comprar mi casa, ¿qué queréis? —nos tantea cruzando los brazos bajo el pecho por encima de su delantal.

—Si es posible, nos gustaría desayunar algo y pedirle información de alguien que pensamos que vivió aquí —comento un poco cohibida por lo mucho que impone la diminuta mujer.

—Claro, tomad asiento allí y enseguida os serviré —ofrece señalando dos pequeñas mesas idénticas a las de fuera, pero que en este caso ocupan un pequeño rincón en el interior del local, en una esquina apartada, al lado del escaparate.

Obedeciendo, nos dirigimos hasta allí deseosos de comer algo y poder hablar con ella.

La panadera comienza a sacar y a meter cosas, trajinando detrás del mostrador, y, antes de que nos demos cuenta, la tenemos a nuestro lado con una bandeja repleta de diferentes dulces que hacen que mi estómago comience a protestar y dos grandes vasos de leche que deja ante nosotros para, a continuación, sentarse en la silla que permanece libre a nuestro lado.

Contemplo extasiada el surtido que tengo ante mí y reconozco que solo con verlo se me hace la boca agua. Palmeritas de yema, cruasanes de mantequilla recién horneados, bizcocho de chocolate y unas rosquillas de anís cuyo olor resucitaría a un muerto solo para probarlas.

Me sirvo un poco de cada cosa en el plato bajo la atenta mirada de David, que sonríe divertido.

—Eres una golosa —asegura otra vez de buen humor.

—Me encanta el dulce, no lo puedo evitar —respondo feliz de que vuelva a ser el mismo de siempre.

—Déjala que coma, no todas las mujeres hoy en día saben deleitarse con una buena comida, es una gozada ver a una que sabe disfrutar —lo regaña la mujer frunciendo el ceño.

—¡Tranquila, Herminia! Que no seré yo el culpable de que deje de comer —asegura él levantando ambos brazos antes de llevarse un trozo de bizcocho de chocolate a la boca—. Por cierto, esto está exquisito —afirma cerrando los ojos y poniendo cara de placer.

—Gracias, mi hija y yo lo horneamos cada día —explica ella con el orgullo reflejado en el rostro.

—Doña Herminia: estamos buscando a María, una chica que vivió hace muchos años en la casa en la que ahora vive usted. Nos gustaría saber si la recuerda y si podría hablarnos de ella.

—¡Claro que la recuerdo! ¡Tengo una memoria que ya quisieran los elefantes! —afirma dándose un pequeño golpecito con los nudillos en la frente.

Justo entonces, un niño de unos siete años, vestido con un pantalón corto y una camiseta en la que se puede ver a Iron Man en plena batalla, entra corriendo sin mirar atrás.

—Jovencito —lo llama nuestra anfitriona con un tono de advertencia que hace que el pequeño se detenga en seco—. Haz el favor de venir aquí.

El niño se gira y nos dedica una mirada de lo más angelical que

contrasta con la sonrisa cargada de picardía que ilumina su pecosa carita. Acto seguido, se acerca a nosotros sin titubear.

—Buenos días, abu —saluda a la anciana y planta un sonoro beso en su mejilla con la actitud de quien no ha roto un plato en su vida.

Ella intenta mantenerse seria, pero su rostro se ilumina de tal forma al contemplar a su nieto que es incapaz de transmitir el enfado que pretende aparentar.

—¿Cuántas veces te hemos dicho tu madre y yo que no podéis jugar con los petardos? ¡Es peligroso!

—Muchas, abu, por eso ya no los uso.

—No está bien mentir, Gonzalo.

—Pero yo no miento —protesta el niño con solemnidad.

—Este chico se llevó un buen susto por tu culpa…

—Bueno, en realidad, no fue para tanto —interviene David algo incómodo.

—Shh, tú a callar —le ordena Herminia haciéndole cerrar la boca por segunda vez desde que hemos llegado—. Como te decía, Gonzalito: este chico se llevó un buen susto por tu culpa, no quiero que esto vuelva a pasar. No puedes usar petardos y menos sin un adulto cerca.

—Pero, abu, que yo no fui —repite el niño sin dar su brazo a torcer.

—Tú y ese amigo tuyo andáis siempre con los dichosos petardos del demonio, un día os va a explotar uno en la mano y vais a terminar como el manco —asegura la mujer señalándolo con el dedo.

—Abuelita, te requetejuro que no anduve con petardos.

—No mientas más, los niños mentirosos no comen bollos de chocolate —advierte ella consiguiendo que la sonrisa del pequeño se borre y el pánico inunde sus ojos de golpe ante tal amenaza.

No lo culpo, dejarlo sin bollos es un golpe bajo…

—Esta mañana saliste temprano de casa sin desayunar y tanto Maruja como Filomena acaban de decirme que te vieron haciendo de las tuyas con los petardos por la plaza.

—¡Esas señoras son unas metomentodo, unas cotillas y unas mentirosas!

—¡Niño, no se dice eso de la gente mayor!

—¡Pero, abu, si es lo que tú las llamas siempre! —protesta él con un mohín.

—No es lo mismo —objeta la mujer y frunce los labios.

—¿Por qué no? —insiste el pequeño.

—Porque tú eres tú y yo soy yo —espeta ella—. Ahora, pídeles perdón a estos chicos, prométeme que no volverá a suceder y vete a coger las napolitanas de chocolate que preparé para ti antes de irte a jugar otra vez.

—Lo siento mucho —nos dice de mala gana antes de relamerse

pensando con toda probabilidad en esas deliciosas napolitanas de chocolate que está a punto de disfrutar—. Te prometo, abu, que no volverá a suceder —afirma y le da un nuevo beso a su abuela, quien asiente la mar de complacida mientras los tres lo vemos salir corriendo en busca de su preciado botín.

Está claro que el niño la tiene comiendo en la palma de su mano y lo sabe. ¡Vaya que si lo sabe! Pero para eso están los abuelos, es ley de vida y así es como debe ser.

—Volviendo a lo nuestro… —anuncia Herminia captando toda nuestra atención—. Claro que me acuerdo de María, se vino a vivir al pueblo con sus padres —comienza a explicar —. No tenían nada, llegaron con una mano delante y otra detrás, pero era una familia muy trabajadora que enseguida se ganó el cariño de la gente de la zona.

»Su padre trabajaba en uno de los molinos de agua del pueblo moliendo cereales y, con la ayuda de algunos vecinos, él mismo, que sabía bastante del oficio, construyó la casa en la que vivían. Su madre se encargaba de cultivar verduras en su pequeña huerta y María se afanaba en ayudar al médico del pueblo. Le encantaba, era su vocación —susurra—. Era una chica despierta que se esforzaba, prestaba atención y aprendía rápido.

»En aquella época, por desgracia, la hambruna hacía que los enfermos aumentasen cada día y los heridos crecían más y más. Por ello, don Anselmo, el médico de la zona, agradecía la buena disposición de María y enseguida comenzó a asignarle tareas menores como cambiar vendajes o limpiar heridas para poder así atender él otras dolencias más graves —comenta avanzando con el relato—. Parte de su trabajo consistía en visitar a los enfermos en sus casas para revisar su evolución y, dado que yo por aquel entonces me encargaba de los repartos de la panadería, la cual regentaba mi madre, coincidíamos en muchos de los domicilios, y así, poco a poco, fuimos entablando una bonita amistad.

»La recuerdo como una muchacha inteligente y muy risueña que siempre tenía una sonrisa en los labios y una palabra amable para todo el mundo; si además a todo eso le sumamos lo bonita que era, ya os imaginaréis que todos los chicos del pueblo intentasen enamorarla, aunque ella nunca mostrase interés por ninguno.

»Algunas chicas le tenían cierta envidia, pero a mí siempre me cayó bien. Me gustaba estar a su lado porque desprendía positividad y, en aquellos años tan crudos que nos tocó vivir, rodearse de gente positiva era vital. —Su semblante se vuelve serio, imagino que recordando algunos de aquellos duros momentos con los que tuvieron que lidiar.

»A veces no coincidíamos en ninguna vivienda, pero intentábamos pasar un ratito juntas al terminar la jornada. Caminábamos hasta la zona de los molinos y allí, sentadas sobre la hierba o las rocas, viendo

esa gran rueda de madera sumergirse en el río, hablábamos de nuestras cosas.

—¿Alguna vez le habló de mi abuelo, de Joaquín? —pregunta David con curiosidad.

Herminia sonríe con una mezcla de dulzura y tristeza.

—Así que eres el nieto de Joaquín… Mira tú por dónde, la vida es caprichosa —murmura—. Claro que lo hizo, estaba muy enamorada. A pesar de haber perdido el contacto, deseaba con todo su corazón volver a encontrarse con él.

—No fue así —comento algo cabizbaja.

—Lo sé, en aquellos años no era fácil moverse de un lado a otro y las relaciones en el tiempo y la distancia no solían perdurar. Por no hablar del correo; la mayoría de las cartas ni siquiera llegaban a su destino.

—¿Qué pasó con María? —inquiero.

—Su padre enfermó de influenza y contagió a su madre. Por desgracia, a pesar de los desvelos de María y del doctor por ayudarlos, ambos murieron poco después.

—Pobrecilla —murmuro apenada, incapaz de imaginarme lo que supondría para una chica joven como María perder a sus padres, y lo que es peor, perderlos a ambos a la vez.

—¿Y ella? ¿Siguió en el pueblo? —se interesa David.

—Durante unos meses sí, pero esto no era bueno para ella. Todo le recordaba demasiado la pérdida que había sufrido. Así que con la ayuda del doctor Anselmo —que, como le tenía un gran aprecio y la consideraba muy apta para la labor que desempeñaba, movió algunos hilos para conseguirle un trabajo en un hospital infantil— y la de mi madre —quien, por el hecho de ser vecinos, también la quería mucho, al igual que a sus padres, e hizo un esfuerzo por comprarle la casa, dando por ella todo lo que podía para que tuviese algo de dinero con el que poder empezar una vida lejos de aquí— María se fue.

—¿Recuerda cuál era ese hospital? —pregunto esperanzada.

—Claro que me acuerdo, ya os he dicho que tengo memoria de elefante —asegura la anciana fingiendo ofenderse—. Era un hospital de caridad muy pequeñito que se ocupaba principalmente de niños que habían quedado huérfanos a causa de la guerra o que provenían de familias sin recursos. Se llamaba Hospital del Bondadoso Corazón y estaba en Peñíscola, un pueblecito de Castellón. Sentí mucho su marcha cuando se fue.

—¿Siguieron en contacto? —pregunto interesada.

Ella niega con la cabeza y una sombra de tristeza asoma a su rostro.

—Tal y como os acabo de decir, era muy difícil mantener una relación de amor, de amistad o de lo que fuese a distancia. No era imposible, pero, en nuestra situación, casi. Todos estábamos

demasiado volcados en sobrevivir y las comunicaciones eran pésimas. Lo único que supe gracias a alguna información que le llegaba al doctor Anselmo fue que María estuvo trabajando en ese hospital hasta que, un tiempo después, se casó. Después, cuando el doctor Anselmo murió, ya no volví a saber nada de ella. Siento no poder daros más información.

—No se preocupe, todo lo que nos ha contado nos va a resultar de gran ayuda —aseguro sonriendo al mismo tiempo que me llevo a la boca una de esas deliciosas palmeritas de yema que se deshacen entre mis labios.

—Ojalá la encontréis, estoy segura de que habrá hecho grandes cosas —afirma con convencimiento.

—Si lo hacemos, le daremos recuerdos de su parte —prometo.

—Sí, por favor, decidle que me encantaría volver a verla.

—Lo haremos —promete David.

—Antes de iros, os recomiendo que vayáis a dar una vuelta por la zona de los molinos, era el lugar preferido de María, se escapaba allí siempre que podía —nos sugiere ella con una pizca de añoranza en su voz.

—Lo haremos —asiento, deseosa por conocer ese lugar que tanto gustaba a aquella extraña mujer que cada vez despierta más curiosidad en mí.

No sé por qué, pero, cuanto más me cuentan sobre ella, cuanto más averiguamos, más cerca la siento y más convencida estoy de que María es una persona extraordinaria. No la he visto nunca, no he intercambiado una sola palabra con ella y, sin embargo y a pesar de ello, no me cabe ninguna duda de lo especial que es. Y no solo eso, sino que empiezo a comprender el motivo que llevó a Joaquín a guardar su recuerdo durante tantos años encerrado en su corazón.

En el fondo, a pesar de que él vivió su matrimonio enamorado y feliz, nunca pudo olvidar del todo a la valiente y entregada chica de la que, siendo tan solo un niño, se enamoró.

Estoy segura de que lo que los dos tuvieron, lo que los unió debió de ser tan hermoso como triste y desolador. Por ello deseo con todas mis fuerzas y con todo mi corazón dar con ella, encontrarla viva para que sepa que Joaquín, aunque no pudo cumplir su promesa de volver a buscarla, siempre guardó sus sentimientos hacia ella en un lugar especial, y que incluso en sus últimos días sintió la necesidad de devolver el anillo a su dedo, el lugar donde siempre debió estar.

Capítulo 14

Aquí se sentaba ella…

David

Durante un buen rato charlamos con Herminia; es una mujer de palabra fácil que, tal como ella misma nos ha repetido varias veces en el poco rato que llevamos a su lado, tiene memoria de elefante y da gusto escucharla.

Nos habla de cómo ha ido cambiando el pueblo a lo largo de los años, nos explica que es reconocido por sus cuchillos ostentando incluso el Récord Guinness del cuchillo más grande del mundo, que mide ni más ni menos que la friolera de siete metros.

Lola y yo la escuchamos ensimismados cuando recuerda diferentes momentos de su infancia y a su hermano pequeño, quien, como tantos otros, desapareció un día durante la postguerra y nunca más se supo de él.

Herminia declara con rotundidad que no piensa abandonar su panadería hasta el día en que se muera, pues está segurísima de que la «sana» costumbre de levantarse cada día a las seis de la mañana para hornear el pan, junto con la de beberse un vasito de vino tinto (o dos, según se tercie) acompañando la comida constituyen la única fórmula mágica que precisa para mantenerse, según sus propias palabras, «joven, enérgica y vital», y está más que convencida de que el día en que pierda cualquiera de esos dos hábitos su cuerpo se apagará como una vela consumida.

Es una mujer de carácter, una persona que no se amilana y a la que no le cuesta remangarse para ponerse a trabajar. Una dama de su época que supo evolucionar con los tiempos adaptándose a las nuevas tecnologías, presumiendo de saber mandar wasaps, haberse abierto una cuenta de Instagram o de ser incluso capaz de ganar alguna que otra partida con las consolas esas a las que su nieto la obliga a jugar. (Nosotros estamos convencidos de que la criatura se deja perder de vez en cuando para animarla a participar, pero disfrutamos de lo lindo escuchándola hablar).

Después de un buen rato, cuando la panadería comienza a llenarse de gente, decidimos que es el momento idóneo para acercarnos a visitar esa zona de los molinos de agua a la que ella y María acudían cada día al terminar la jornada. La amable panadera nos indica que para hacerlo debemos seguir la ruta del agua y, cargados con varios bocadillos que la buena mujer insiste en prepararnos, un par de botellas de agua y un mapa de la zona nos ponemos en marcha, ansiosos por conocer el lugar.

Durante unos minutos caminamos uno al lado del otro disfrutando del silencio. Esa es una de las cosas que me sorprenden de Lola. Cuando estoy con otra gente, los silencios se vuelven incómodos, forzados y, la mayor parte de las veces, me siento en la obligación de rellenarlos, a pesar de que no siempre me apetezca hablar. Con Lola eso nunca me ocurre. Podemos pasar horas hablando sin parar, riéndonos, haciéndonos rabiar (algo que reconozco se ha convertido en uno de mis pasatiempos favoritos), pero también me resulta de lo más placentero estar junto a ella disfrutando del silencio y de la tranquilidad.

La observo de reojo. La luz arranca destellos a su cabello pelirrojo haciéndolo refulgir como llamas y en este preciso instante parece tan emocionada como una niña pequeña en un parque de atracciones. Se la ve entusiasmada, atenta, paseando su curiosa mirada por todo lo que nos vamos encontrando como si quisiese grabar cada imagen en su retina para siempre. Las calles adoquinadas, las casitas, las numerosas tiendas de artesanía y suvenires que ocupan las plantas bajas de algunas viviendas… Todo es tan bonito que no sabe dónde fijar su atención mientras una sonrisa que irradia felicidad y brilla tanto como el mismísimo sol se dibuja en sus labios.

No es para menos, la verdad es que es un pueblo precioso, la mar de pintoresco. Para nuestra sorpresa, a medida que avanzamos por sus calles la gente nos saluda con amabilidad, como si nos conociese de toda la vida, derrochando hospitalidad, a pesar de no habernos visto jamás. Imagino que eso es lo bueno de los pueblos pequeños, todo el mundo se conoce y, si no, te tratan como si fuese así.

Elevo la vista al cielo y cierro los ojos unos segundos disfrutando de los rayos del sol. No hace excesivo calor, pero es una mañana soleada y el cielo luce tan despejado que la tormenta de anoche parece haberse reducido a un sueño o, si tenemos en cuenta que la pobre Betty continúa inundada y bajo las zarpas de «Raulito», más bien a una pesadilla.

«Raulito», «Raulito»… Es pensar en el puñetero Raulito, con su pelo perfecto y su sonrisa Profident, y sentir que me sale una úlcera estomacal. ¡El tío va de amable y es un aprovechado, un crápula que desde que vio a Lola solo tuvo una cosa en la cabeza: tirársela! Y

encima va ella y me acusa de celoso. ¡A mí! ¡Manda narices! ¡Yo no he sido celoso en mi vida y el hecho de que cuando veo a ese… modelucho venido a menos aspirante a mecánico me den ganas de borrarle la sonrisa de un guantazo no implica que ahora lo sea! Lo que sucede es que lo tengo calado. ¡Vamos que si lo tengo calado! A mí no me engaña. ¡Seguro que ni siquiera sabe diferenciar un destornillador de una llave inglesa! ¡A saber cómo nos encontramos a la pobre Betty cuando volvamos a buscarla! Lo que no comprendo es cómo Lola puede ser tan ingenua como para no darse cuenta del tipo de tío que es y tragarse todas las patrañas que salen por su boca.

«"Raulito", "Raulito"… ¡Y una mierda "Raulito"!», repito en mi cabeza.

—¿Qué te pasa? —pregunta Lola de repente observándome extrañada.

—A mí nada, ¿por?

—Estabas poniendo unas muecas de lo más raras —murmura.

—¡No estaba poniendo ninguna mueca! —protesto, molesto por no haber disimulado mejor.

—Sí que lo hacías.

—No lo hacía.

—Créeme, sí lo hacías, era una mezcla entre cara de dolor y ganas de ir al baño —afirma intentando imitar la supuesta expresión mientras salimos del núcleo del pueblo y alcanzamos la senda que comienza a discurrir entre la verde vegetación.

—¡No digas tonterías! —exclamo.

—No digo tonterías y de verdad que no tienes de qué avergonzarte, es algo natural, si lo necesitas, podemos parar y te metes detrás de alguno de esos matorrales —ofrece ella en un tono de lo más serio.

La contemplo atónito, incapaz de creer lo que estoy escuchando. ¿En serio? ¿De verdad piensa que me bajaría los pantalones para hacer mis necesidades detrás de un matorral estando ella delante? ¡Así me estuviese muriendo de las ganas! Una imagen de lo más nítida de esa acción en concreto se cuela en mi cabeza y comienzo a abrir y a cerrar la boca incapaz siquiera de contestar.

—¡No tengo ningunas ganas de ir al baño y, aunque las tuviese, no iba a meterme detrás de los arbustos a hacer eso como si fuese un animal! —exclamo al fin.

—Pues no entiendo por qué no —responde como si tal cosa encogiéndose de hombros y alarga con aire distraído una mano para acariciar las frondosas ramas repletas de hojas verdes que se cruzan uniéndose y formando una especie de túnel por el que pasamos en este momento—. A ver, que no digo que sea lo ideal, pero, chico, si estamos en medio del bosque y la necesidad aprieta… Me parece algo de lo más normal —razona ella.

—Vamos a dejarlo …—murmuro, aliviado de poder cambiar de tema cuando llegamos a Mazonovo, la zona donde se encuentra la agrupación de molinos que queremos visitar.

—¡Qué maravilla! —exclama Lola extasiada acelerando el paso para aproximarse más a ellos y olvidando, gracias al cielo, el puñetero temita de mis necesidades corporales.

Son construcciones de piedra, antiguas, pero reconstruidas y restauradas cuyas enormes ruedas de madera se sumergen con fuerza y elegancia en el agua y la elevan a su salida para dejarla caer después en forma de cascadas de diferentes tamaños.

Los molinos situados en diferentes puntos se unen mediante pequeños puentes, caminos y pasarelas de madera, los cuales, junto a la frondosa vegetación que lo rodea todo, crean un marco inigualable que otorga al conjunto un aire todavía más auténtico y especial.

—¡Es una preciosidad! ¡Mira qué agua más cristalina, no me digas que no te dan ganas de bañarte! ¿Crees que habrá peces? —Ella suspira mientras se asoma a una de las pasarelas de madera para contemplar la superficie del río que corre ante nuestros ojos intentando vislumbrar su profundidad.

—No tengo ni idea, pero, teniendo en cuenta tus antecedentes, mejor no te acerques demasiado para comprobarlo —bromeo y le guiño un ojo para meterme con ella.

—Ja, ja, ja, qué gracioso —bufa.

—Gracias, es uno de mis muchos encantos.

Lola achica los ojos y me dedica una mirada airada, pero, justo cuando abre la boca para responder a saber qué burrada, su teléfono comienza a sonar.

—¡Tati! —responde contenta cuando, al sacar el móvil del bolsillo, en la pantalla aparece la imagen de su hermana en videollamada.

—¡Hola, chicos! ¿Dónde estáis? ¿Eso de ahí atrás es agua? —pregunta ella abriendo mucho los ojos y acercándose a la pantalla como si así fuese a ver mejor.

—Sí, estamos visitando unos molinos de agua. ¿A que es precioso? ¡Te encantarían si estuvieses aquí, sacarías unas fotos preciosas!

—¡Qué peligro! Lola, por Dios, ¡mantente alejada del agua! —gime Tati poniendo una expresión de lo más graciosa e ignorando todo lo que su hermana le acaba de decir.

—Eso mismito acabo de sugerirle yo —intervengo poniendo mi cabeza delante de la pantalla.

—¡David! ¡Qué alegría verte! Pero ¿por qué estáis en unos molinos? Y la búsqueda de María, ¿cómo va? —se interesa de nuevo.

—Tati, espera un momento, déjame sentarme y ahora te cuento —pide Lola señalando una piedra plana cerca del río desde la que, si estiras las piernas, puedes llegar a mojarte los pies.

Los dos nos dirigimos hacia allí y tomamos asiento a la sombra de un gran roble antes de volver a atender la videollamada.

—Estamos en Taramundi. El lugar al que se mudó María con sus padres al abandonar el pueblo que compartió con Joaquín.

—¿Y ya la habéis encontrado?

—No, por desgracia sus padres murieron pocos años después de venirse para acá y ella se trasladó a Peñíscola, un pueblecito de Castellón, para trabajar en un hospital. Pero hemos conocido a una muy buena amiga suya, Herminia, te hubiese encantado, es un amor de mujer, moderna y echada para adelante, a pesar de tener un montón de años en cada pierna. Ella fue la que nos contó que María se marchó del pueblo al fallecer sus padres y, por suerte, también nos dijo el nombre del hospital en el que suponemos que trabajó.

—Por lo que preveo que vuestra próxima parada será Peñíscola —comenta.

—Sí, nos iremos en cuanto nos devuelvan a Betty, pero, como tenemos que hacer algo de tiempo, hemos aprovechado para visitar este paisaje de molinos, que era uno de los lugares favoritos de María. Herminia nos comentó que cada día venían aquí y sentíamos curiosidad…

—Espera, espera, espera. ¿Cómo que cuando os devuelvan a Betty?… ¿Qué quieres decir? —la interrumpe Tati. El tono de alerta en su voz y la forma en que Lola se sonroja al percatarse de que acaba de hablar de más y desvía su mirada son una señal de lo mucho que me voy a divertir…

—¿Has visto qué maravilla de paisaje? —pregunta mi compañera dando la vuelta a la cámara para que su hermana pueda apreciarlo—. ¿Recuerdas cuando íbamos al río con mamá? —añade en un intento tan descarado como desesperado por cambiar el rumbo de la conversación que hace que me eche a reír.

—Lola…, ¿se puede saber qué ha pasado? —exige saber su hermana arrugando la nariz.

—Nada, tuvimos un pequeño percance.

—Bueno, pequeño, pequeño, lo que es pequeño, no diría yo que fuese —intervengo, ganándome una mirada asesina por parte de Lola.

—Lolaaa, ¿puedes explicarme con más detalles qué pasó?

—Nada, mujer, si no es nada —asegura ella—. No hay muy buena cobertura, casi voy a colgar —intenta despedirse a toda prisa en una maniobra de evasión destinada a evitar confesarle lo ocurrido a su hermana. Pero yo no pienso ponérselo tan fácil y, haciendo gala de mis buenos reflejos, le quito el teléfono de las manos y dedico una sonrisa de lo más inocente a Tati mientras afirmo sin dudar:

—Tranquila, mujer, que yo te hago un resumen rapidito antes de que se nos vaya del todo la cobertura.

—¡David! —grita Lola ofuscada tratando de agarrar de nuevo el móvil que yo mantengo en alto, a salvo y lejos de su alcance mientras me observa como si se muriese de ganas de lanzarme al río (cosa que ya habría hecho de haber podido) a la vez que yo la ignoro y me dirijo a nuestra interlocutora.

—Pues nada, pasó lo que tenía que pasar: que la buena de Betty, que está pidiendo su jubilación a gritos, tuvo un achaque propio de la edad y nos dejó tirados en pleno bosque, de noche y en medio de una tormenta que no te puedes imaginar.

—¡Nooo! —exclama ella con la mandíbula descolgada y los ojos tan abiertos que por poco se le salen de las cuencas.

—Síií —respondo asintiendo con solemnidad—. Y lo peor fue que como la capota tampoco funcionaba comenzó a llenarse de agua de tal forma que, por un momento, tuve la sensación de estar en un barco hundiéndose en medio del océano Atlántico.

—¡No me lo puedo creer! ¡Madre mía! —exclama Tati dedicando a su hermana una mirada reprobatoria.

—¡Pues créetelo, así como te lo cuento! —afirmo.

—Exagerado —sisea Lola con los brazos cruzados y pone mala cara. Divertido por su reacción, no le hago ni el menor caso y continúo hablando.

—Por suerte, encontré una choza en la que refugiarnos y allí pasamos la noche. Si no, vete tú a saber, lo mismo hubiésemos muerto alcanzados por un rayo. —Sé de sobra que las posibilidades de que eso hubiese sucedido son prácticamente nulas, pero es que la tentación de aprovechar la situación para meterme un poquito con Lola es tan grande, y se pone tan linda cuando se enfada…, que no lo puedo evitar.

—De verdad, Lola, ¡ya puedes dar gracias al cielo por haber puesto a David en tu vida! Se está convirtiendo en tu ángel de la guarda particular —asegura Tati. Su hermana responde resoplando.

—Y no veas el trabajito que me da —comento con aire burlón.

—Un angelito, un angelito me han mandado, sí, pero uno recién salido del infierno —refunfuña ella en un tono tan bajo que su hermana no puede escucharla, pero yo, que sí lo hago, sonrío todavía más.

Al otro lado de la pantalla, Tati continúa parloteando sin parar.

—Primero te saca del agua cuando te caes por la borda, después, cuando el coche os deja tirados, encuentra un lugar donde poder refugiaros… ¡Chica, es que eres un peligro con patas!

—No es para tanto, tampoco es que estuviésemos en medio de la jungla. Estábamos a cinco kilómetros del pueblo —protesta Lola.

—Pero no lo sabíamos —añado alzando ambas cejas. Sonrío tanto que comienzan a dolerme las mejillas, pero merece la pena, la

verdad…

—De haberlo buscado, hubiésemos encontrado el camino igual.

—O nos hubiésemos perdido más en el bosque y habríamos terminado siendo la cena de algún animal —rebato, a pesar de saber que eso es más improbable todavía.

—Ya me gustaría a mí que apareciese un oso simpático que te diese un buen bocado —murmura resentida.

Me aproximo más a ella y me inclino dejando mis labios a escasos centímetros de su oreja para susurrar:

—En caso de aparecer un oso, el bocado te lo hubiese pegado a ti, eres mucho más apetitosa —aseguro con la voz algo ronca e inhalo con disimulo el olor que desprende su cabello.

Lola se sonroja y carraspea incómoda centrando toda la atención en su hermana.

—El caso es que en cuanto Raúl nos devuelva el coche podremos continuar —anuncia con la voz algo acelerada.

—Espera, ¿Raúl? ¿Quién es Raúl? —se interesa Tati, intrigada.

—Raúl es el mecánico del pueblo, un chico superamable que se ofreció para revisar a Betty y arreglar lo que sea que esté mal.

—Un tipo superamable, sí, amabilísimo —rezongo, pues ahora soy yo el que se está poniendo de mal humor—. Es un cretino de manual.

—A mí me pareció encantador —me rebate.

—Un encantador de serpientes sí que es, sí —objeto.

—Fue muy simpático con nosotros.

—Ya te he explicado por qué fue taaannn simpático —aseguro exagerando el gesto, molesto por que lo defienda tanto.

—¿Estáis hablando del mismo Raúl? —inquiere sorprendida nuestra interlocutora.

—Sí, lo que ocurre es que David no es objetivo —asegura Lola.

—Soy muy objetivo, de hecho, si buscas «objetivo» en el diccionario aparece una foto de mi cara como definición.

—Porque está celoso —añade ella con una sonrisa vacilona.

—No lo estoy.

—Sí lo estás.

—Que no; lo que pasa es que yo lo tengo calado desde el primer momento, cosa que tú no.

—Es un mecánico especializado en coches antiguos y aquí, el angelito de la guarda este quería llevar a Betty a otro taller. Juzga tú misma —espeta Lola señalándome con la cabeza.

—Especialista… Eso dijo él —murmuro con desgana.

—¡Tenía el taller lleno de coches de época! —exclama Lola entre carcajadas.

—Típico de los hombres: en cuanto se sienten amenazados, empiezan a ver fantasmas por todos lados —comenta Tati.

—¡Ni me siento amenazado ni veo fantasmas! —protesto—. ¡Ya me daréis la razón! ¡Cuando lleguemos y Betty esté despiezada y haya que llevarla al desguace, veremos quién estaba en lo cierto y quién no! —exclamo molesto y me levanto para alejarme un poco y acercarme al río.

No tengo ganas de seguir participando en esta conversación, por lo que las dejo solas un rato mientras paseo por las piedras y me acuclillo para acariciar con las yemas de los dedos la corriente del agua, que fluye veloz.

Pasados unos minutos, cuando ya no escucho a Lola hablar ni reírse, me acerco de nuevo a ella, la ayudo a levantarse y ambos proseguimos el camino recorriendo los molinos durante varias horas más.

Son espectaculares, algunos incluso pueden visitarse por dentro y lo pasamos como dos enanos haciéndolo y viendo las demostraciones de cómo se molía el grano hace no tantos años.

El tiempo se nos pasa volando y, cuando queremos darnos cuenta, es media tarde y estamos muertos de hambre, por lo que decidimos volver a la roca desde la que hablamos con Tati para dar buena cuenta de los bocadillos que Herminia insistió en prepararnos sentados allí.

Cuando alcanzamos de nuevo la piedra, dejo a Lola ubicada y yo bajo un poco más para refrescarme el cuello y la cara con el agua del río. Está fresca que da gusto y me provoca un verdadero placer sentirla sobre la piel.

Una vez termino, sorprendido al comprobar que Lola está inusualmente callada, me giro para observarla encontrándola pensativa, sonriente, con la mirada perdida en el paisaje y acariciando con cadencia la suave piedra sobre la que está sentada.

Nuestras miradas se encuentran y su sonrisa se amplía todavía más antes de afirmar con voz suave y melancólica:

—Estoy segura de que ella se sentaba aquí…

Capítulo 15

La nueva Betty

Lola

—Estoy segura de que ella se sentaba aquí… —afirmo al ver los ojos de David fijos en mí.

Lo digo convencida, porque lo siento así. No me cuesta nada imaginármela en esta misma roca en la que yo estoy ahora, siendo tan solo una adolescente enamorada que pensaba en Joaquín, en ese amor con el que tanto anhelaba encontrarse, o pasando el tiempo con Herminia. Nunca la he visto, no conozco su apariencia; no obstante, la vislumbro como una chica fuerte, risueña y romántica. Un alma pura y libre, un espíritu adelantado a su tiempo e imposible de someter.

Casi puedo ver a ambas amigas, llorando, riendo, charlando, planeando un futuro incierto que se escapaba de sus manos o de su control y que ambas deseaban disfrutar.

¿Qué ilusiones tendría? ¿Qué sueños desearía cumplir? Espero con todo mi corazón que, a pesar de no haberse reencontrado con su primer gran amor, al igual que le sucedió a Joaquín también ella haya podido disfrutar de una vida feliz.

Observo a David preguntándome si él la sentirá tan cercana como yo la siento.

Lo recorro de arriba abajo con la mirada y el atractivo que desprende es tal que cualquier pensamiento racional se esfuma y creo que me olvido de respirar.

¿No dijo Tati hace un rato que se había convertido en una especie de ángel de la guarda? Pues, en efecto, nunca se ha parecido tanto a uno como en este momento.

Viste vaqueros oscuros y una camiseta que se adapta a su tonificado cuerpo. Sus ojos verdes brillan profundos como un bosque sin explorar y su sonrisa… De ella mejor ni hablamos porque esa sonrisa es una puñetera arma mortal.

Trago saliva con fuerza y desvío la mirada a la mano con la que acaricia el agua; sus dedos se mueven ligeros dejándola deslizarse

entre ellos y, de forma inconsciente, sin pararme a pensarlo siquiera, me pregunto cómo será sentirlos sobre mí. Tocándome. Acariciándome… La simple idea hace que se me seque la garganta y un calor abrasador suba por mi cuerpo haciéndome enrojecer.

Recuerdo nuestro «casi beso» en la plaza, la forma firme pero suave en que su mano se agarraba a mi cintura, la sensación de su cálido aliento sobre mi piel y, aunque solo nos separan unos metros, la distancia que se interpone entre nosotros se me antoja infinita e interminable.

Mis ojos, siguiendo su propia voluntad, se pasean por su cuerpo con parsimonia hasta detenerse en los suyos, que se oscurecen volviéndose todavía más intensos e impenetrables.

Anhelo sentirlo más cerca y, como si acabase de leerme la mente, él se levanta y se acerca despacio para sentarse junto a mí.

Su pierna roza la mía y, a pesar de la molesta barrera en que se convierte la ropa, que me impide tocar su piel, ese simple contacto me hace estremecer.

David, para quien mi reacción no pasa desapercibida, me regala una sonrisa tan atractiva como cargada de promesas que me hace olvidarme hasta de dónde estoy.

Una de sus manos sostiene mi mejilla mientras la otra atrapa mi cintura con cierta actitud de posesión. Las yemas de sus dedos acarician con una delicadeza casi irreal la piel de mi rostro y sus ojos me atrapan, ahogándome en un mar verde que me deja sin respiración haciéndome desfallecer.

—Eres preciosa —susurran sus labios a escasos milímetros de los míos.

Mi mano se enreda en su pelo fuerte y sedoso y todo a nuestro alrededor se difumina convirtiéndose en un lienzo abstracto en el que las únicas formas definidas somos él y yo.

Sus labios recorren los milímetros que nos separan hasta posarse sobre los míos en un roce sutil, suave, sensual y perfecto que altera y enfurece los latidos de mi corazón. Siento que podría morir aquí mismo y no se me ocurre manera más dulce de hacerlo que así.

Un gemido ahogado escapa de mi garganta justo en el mismo instante en que mi móvil comienza a sonar haciéndonos pegar un respingo a los dos.

Aturdida, algo confusa y con las manos todavía temblorosas lo busco y maldigo para mis adentros antes de responder la llamada al ver el nombre de «Raúl (Mecánico)» reflejado en la pantalla.

«¡Joder con Raúl! ¡Desde luego, tiene el don de la oportunidad!», pienso antes de contestar.

—¿Sí? —pregunto con la voz algo forzada.

—Lola, soy Raúl, te llamo para decirte que cuando quieras puedes

pasar a recoger a Betty. Ya está lista.

—¿Ya? —cuestiono asombrada por la celeridad.

—Te dije que soy muy bueno con las manos —afirma dando un doble sentido muy poco apropiado a sus palabras a la vez que se echa a reír.

Estoy tan aliviada al saber que Betty está bien que ignoro de forma deliberada ese comentario tan desafortunado y ni me molesto en contestar.

—¿Fue muy grave? —me intereso.

—Pshhh… Tuve que operarla a corazón abierto, pero soy un gran doctor y todo salió bien.

Pues nada, se ve que el chico se ha levantado bromista hoy. Podría molestarme en explicarle que ese tipo de chistes, viniendo de alguien a quien apenas he visto cinco minutos una vez en la vida, me parecen poco divertidos y fuera de lugar. Sin embargo, teniendo en cuenta lo amable que ha sido dando prioridad a Betty y reparándola a toda velocidad, considero que es mejor quedarme callada.

—Estamos en la zona de los molinos de agua, pero enseguida vamos —respondo.

—Tranquila, no pienso moverme de aquí.

Me despido y cuelgo antes de darle la opción de hacer algún otro chiste malo. Una vez el teléfono está de nuevo en mi bolsillo, me giro hacia David, quien, con la espalda en tensión, me observa expectante.

—Betty ya está lista, Raúl llamaba para avisarnos de que podemos ir a por ella —anuncio.

—Y para recordarte lo habilidosas que son sus manos… —murmura él levantándose de mala gana.

No me sorprende que haya escuchado el comentario, de hecho, teniendo en cuenta el tono empleado por Raúl no me extrañaría que hasta en la panadería de Herminia se hubiesen enterado. No obstante, no estoy dispuesta a darle a David más munición contra el mecánico, por lo que me levanto muy digna y, cruzando los brazos, enfrento su mirada con gesto desafiante.

—Disculpa, ¿cómo dices? —exijo saber fingiéndome más molesta de lo que en realidad estoy.

—Nada, nada, que estoy deseando darle un apretón de manos —asegura— y si ya de paso se la arranco, mejor que mejor… —añade entre siseos.

—Te estoy oyendo —advierto.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —comenta encogiéndose de hombros para darme a entender que le importa un pimiento que lo escuche o no.

Por un momento, estoy tentada de sugerirle que nos quedemos un poco más, tampoco es que tengamos prisa y una parte de mí está

deseando retomar el momento donde lo dejamos antes de la inoportuna interrupción de Raúl. Sin embargo, enseguida comprendo que no tiene sentido hacerlo. Al igual que sucedió en la plaza cuando explotaron los petardos, también ahora la magia se ha esfumado y, basándome en la expresión seria de David, dudo que haya alguna posibilidad de recuperarla estemos aquí, en el taller o en el mismísimo Himalaya.

—Estoy deseando llegar —añade resoplando mientras echa a andar.

—Permíteme que lo dude —replico colocándome a su lado.

—No lo hagas. Es cierto. Me pasa lo mismo que cuando voy a dentista, estoy deseando entrar porque, cuanto antes lo haga, antes me podré largar.

—¿Estás comparando ir a recoger a Betty a un taller con ir al dentista?

—¡Por supuesto que no! —exclama ofendido—. ¡Ir al dentista es mucho menos doloroso y más placentero que verle la cara a tu amigo el mecánico! —comenta fingiéndose tan ofendido como si lo que acabase yo de decir fuera una auténtica aberración—. A no ser que lo comparemos con el que teníamos en Irak: ese hombre era un psicópata disfrazado de dentista. A veces llegamos a dudar de que fuese un infiltrado del enemigo con la única misión de torturarnos —añade despertando mi curiosidad y finge un escalofrío.

—Raúl no es mi amigo —especifico contundente.

—Eso explícaselo a él —murmura obstinado sin dejar de avanzar.

—¿Siempre quisiste ser militar? —pregunto dándolo por imposible e intentando desviar el tema a un terreno más neutral.

—No, siempre no. De pequeño quise ser futbolista, bombero y, si le preguntas a mi madre, te dirá que durante una época afirmé que cuando fuese mayor me convertiría en el quinto componente de las Tortugas Ninja. El del antifaz naranja era mi preferido, si no recuerdo mal, se llamaba Michelangelo.

—Como currículo no está mal, pero yo era más de Donatello —respondo entre risas, divertida por su respuesta.

—Pshhh, Donatello no estaba mal, pero Michelangelo era el mejor —asegura—. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser interiorista? —se interesa lanzando la pelota a mi tejado.

Medito durante unos segundos la respuesta.

—Lo cierto es que, desde que tengo uso de razón, sí —confieso—. De pequeña me dedicaba a cambiar las cosas de sitio para redecorar nuestra casa.

—Tus padres estarían encantados, tenían decoración nueva cada semana.

—Bueno… Dudo que ellos coincidan contigo en ese punto. Sobre todo, si recuerdan la vez que me dio por decorar las cortinas con

rotulador permanente para darle un aire nuevo al salón.

—¿En serio hiciste eso? —pregunta y se echa a reír.

—Super en serio. Y Tati me ayudó. Teníamos siete años y estaba convencida de que aquellas cortinas necesitaban modernizarse, así que chantajeé a mi hermana con regaliz para que me ayudase a pintarlas en unos tonos más vivos, alegres y vistosos —recuerdo conteniendo la risa—. Cuando mi madre entró en el salón y se encontró con sus preciosas cortinas llenas de garabatos, casi se muere del susto. ¡Menuda bronca nos cayó!

—¡No me extraña! —exclama entre carcajadas.

—La intención era buena, el resultado…, lo cierto fue que no tanto —admito frunciendo la nariz—. Y tú, ¿qué? ¿En qué momento dejaste de ser Michelangelo para convertirte en soldado?

—¿Quién dice que haya dejado de ser Michelangelo? —pregunta alzando las cejas repetidas veces—. No, ahora en serio: tenía doce años, estábamos en el colegio y vinieron unos militares que acababan de llegar de una misión humanitaria en Ruanda. Nos enseñaron imágenes de lo que habían hecho allí, nos explicaron que, gracias a su cooperación, se habían construido escuelas y pozos de agua potable y que eso ayudaría a mucha gente a sobrevivir y a evitar enfermedades.

»En una de las últimas diapositivas salía un niño con un cuaderno en la puerta de uno de aquellos colegios que acababan de edificar; se lo veía alegre, sonreía de verdad y sus ojos transmitían autentica felicidad —explica—. Yo siempre había admirado a mi abuelo por su carrera militar, aunque esta fuese breve, pero creo que fue ahí, viendo a ese niño, cuando decidí que aquello era lo que yo quería ser.

»Como es evidente, en aquel momento, y siendo solo un chiquillo, no pensaba en la parte mala del trabajo, solo veía lo que quería ver —añade después de unos segundos.

—¿Qué quieres decir? —susurro al ver como su mirada se torna fría.

—Lo que mostraban esas diapositivas era la parte bonita de nuestra función, la labor humanitaria, el trato con los niños, la ayuda que prestas para hacer valer los derechos, por ejemplo, de las mujeres en países donde no los tienen… Todo eso está muy bien, pero luego están las injusticias, las órdenes que debes cumplir, las situaciones inhumanas que tienes que ver… —Su voz se ha convertido en un susurro atormentado, su rostro se ha vuelto inexpresivo y su cuerpo está tan rígido que no comprendo cómo es capaz de seguir caminando.

Durante unos minutos, David se queda callado, sumido en sus recuerdos, muy lejos de mí, y yo, en silencio, hago lo único que siento que puedo hacer: esperar junto a él.

Me gustaría preguntar más, indagar, pero su expresión, dura como el acero, es un claro indicativo de que no debo hacerlo. Sea lo que sea lo que le pasa por la mente, tengo claro que no es algo fácil ni

agradable para él. Hemos entrado en terreno pantanoso y dudo que desee seguir transitando por él.

De repente, lo veo transformarse de nuevo, como si los últimos minutos no hubiesen existido. Sacude con ligereza la cabeza y se pasa ambas manos por el pelo antes de señalar al frente, donde, a lo lejos, ya puede verse el taller.

—¡Ya estamos aquí! —exclama fingiendo alegría.

—Compórtate —advierto.

—¿Yo? ¡Siempre! —responde con ironía.

—Ya, seguro —replico soltando un bufido.

—Yo he dicho que siempre me comporto, no que me comporte bien —susurra y me guiña un ojo mientras acelera el paso para alcanzar la puerta del taller antes de darme la opción a replicar.

De mala gana, lo sigo adentro, rezando por que al uno no le dé por ponerse a hacer chistes y el otro no se pique nada más escucharlo hablar.

—¡Lola! —Raúl me saluda solo a mí poniendo un énfasis excesivo en mi nombre e ignorando la presencia de David como si este fuese invisible o transparente o yo qué sé.

Observo al mecánico un poco alucinada porque, por las pintas que lleva, parece que acaba de salir de una cena de gala en lugar de llevar todo el día trabajando en un taller.

Pantalón de pinzas, camisa y una cantidad de colonia difícil de procesar que le dan una apariencia no demasiado… ¿profesional?

—Hola, venimos a por Betty —lo saludo un tanto incómoda cuando se acerca directo a mí y, agarrándome por los hombros, me planta dos sonoros y húmedos besos en las mejillas demasiado cerca para mi gusto de las comisuras de los labios.

—Claro, sígueme —me pide agarrando mi mano y tirando de ella para llevarme hacia el centro del local. Vuelvo la cabeza y contemplo a David, quien, con cara de pocos amigos y los brazos cruzados sobre el pecho, nos sigue a toda prisa para no quedarse atrás.

Llegamos al lugar indicado y mis ojos se encuentran con Betty, que me espera reluciente. Se nota que acaban de lavarla y brilla más que nunca. Me acerco y paseo la mano por su preciosa tapicería blanca en la que no queda ni gota de agua.

—Está seca —murmuro aliviada.

—Pues claro que está seca, las alfombrillas y la moqueta que se extiende bajo ellas están algo húmedas todavía, pero, al ser un coche descapotable, gracias al viento se secarán enseguida y con el resto de la tapicería, al ser de piel, no he tenido problema. Además, la he lavado, le he puesto un poco de pulimento para acentuar el brillo natural de su pintura y he arreglado la capota, que estaba atascada. Eso sin contar la avería del motor —enumera Raúl de lo más

satisfecho.

—¿Qué le pasaba al motor? —pregunta David con voz dura.

—Podría entrar en detalles, pero dudo que los comprendas —responde el mecánico en un tono de lo más condescendiente que consigue que David lo fulmine (todavía más) con la mirada.

—Prueba… —pide apretando los dientes.

—Para resumírtelo en términos que puedas entender —continúa hablando Raúl en el mismo tonito de antes—, digamos que tenía mal una pieza y la he cambiado. Habéis tenido mucha suerte, primero porque habéis dado conmigo, que soy un *crack* —asegura sonriendo como si estuviese rodando una campaña de publicidad—. Esa pieza, por norma general, es difícil de conseguir, pero como yo estoy especializado en este tipo de coches y tengo mis contactos siempre dispongo de alguna en mi taller, pues suelo tener que usarlas con cierta asiduidad. Por eso he podido cambiarla hoy mismo. Y segundo porque, al ser un coche antiguo, casi todo es mecánica y se puede arreglar; los coches de hoy en día van digitalizados y, cuando hay una avería… En fin, qué os voy a contar —suspira—. Como digo, fue una suerte que se os averiase justo aquí, si no llega a ser por mí, os hubieseis quedado mínimo una semana tirados.

—Di que sí, chaval, modesto y humilde eres un rato —escucho susurrar a David, que se ha acercado a mi lado para comprobar de primera mano el estado de Betty. Le doy un codazo indicándole que cierre el pico, a pesar de que no le falta razón, y me centro de nuevo en la emoción que me produce volver a ver a mi querida y adorada Betty en buen estado.

—Muchas gracias —digo con sinceridad dedicando una ligera sonrisa a Raúl.

Vale que el colega es un poco chulo y bastante sobón, pero, al fin y al cabo, ha arreglado a Betty y de eso se trataba, ¿no? Pues el resto me trae sin cuidado.

—Qué ganas tenía de volver a verte —aseguro paseando los dedos por el volante.

—Yo a ti tam… —escucho responder a Raúl, emocionado.

—Se refiere al coche, no a ti, está hablando con el coche —lo interrumpe David.

—Mira, tío, ¿por qué no te vas a dar una vueltecita y vuelves dentro de un rato? —le espeta el mecánico de malas formas alertándome de que es el momento justo para intervenir.

—Muchas gracias por todo, Raúl. Dime cuánto es el arreglo y te pago.

—Podemos zanjarlo con una cena —ofrece en un tono de lo más insinuante.

Intento esbozar una sonrisa e insisto una vez más.

—Lo siento, pero no podemos perder más tiempo, tenemos que irnos ya.

—Venga, mujer, si casi no conoces el pueblo, quédate un poco y puedo hacerte una visita guiada.

—¡Tranquilo, *machomán*! ¡Baja la marcha y echa el freno! —exclama David en tono mordaz. Luego se acerca a una mesa, coge un boli y un pósit y escribe en él su correo electrónico; camina hasta Raúl y, tras pegar el papel contra su pecho, entra en el coche y añade con voz seca y sarcástica—: Si queremos conocer más el pueblo, ya veremos un documental.

—Lo siento —me disculpo, en parte molesta por la actitud de David y en parte aliviada por poder salir de aquí—. Es que en verdad tenemos que irnos ya.

Él dedica a David una sonrisa de suficiencia que me da muy pero que muy mal rollo y, sin dejar de mirarlo, se acerca a mí, me agarra otra vez por los hombros y, por segunda vez, me planta dos besos aún más húmedos y desagradables que los primeros en las mejillas.

«Ha arreglado a Betty», «ha arreglado a Betty», «ha arreglado a Betty», me repito mentalmente como un mantra para mantener a raya las incontrolables ganas que me están entrando de darle un rodillazo en sus partes nobles y dejarlo sin posibilidades de procrear.

—Tranquila, preciosa, estoy seguro de que el destino hará que nos volvamos a encontrar —asegura mientras consigo deshacerme de sus manos y, rápida como una bala, subo al coche, cojo las llaves, que están colocadas entre los dos asientos, y arranco el motor, cuyo ruido al ponerse en marcha suena para mis oídos como música celestial.

Temerosa de que a este personaje se le ocurra acercarse de nuevo a mí, arranco a toda leche y aprieto el acelerador, dispuesta a largarnos ya.

Capítulo 16

¿Cómo ha llegado esto ahí?

David

Contemplo a Lola de reojo mientras, de nuevo a bordo de Betty, abandonamos el pueblo.

—Deja de mirarme así y pásame un clínex de esos que hay en la guantera. Tengo la cara tan mojada como si acabase de chuparme un sambernardo —protesta ella de mal humor.

—¡Ahhh! ¿Así que ahora es un sambernardo? —espeto divertido, incapaz de tragarme la pulla—. ¿No decías que yo estaba celoso y que Raulito era un tipo encantador?

—¡Por supuesto que estabas celoso! —afirma cogiendo de mala gana el pañuelo que le tiendo—. Y en cuanto al mecánico, arregló el coche, ¿no? Pues eso —bufa enfurruñada.

Está disgustada, cabreada y molesta con el tal Raúl. La estaba viendo en el taller y la conozco lo suficiente como para saber que a duras penas conseguía contenerse para no decirle dos cosas al tipo ese; sin embargo, también sé que, después de defenderlo a capa y espada cada vez que yo opinaba sobre él, no va a admitirlo delante de mí, así la amenacen con arrancarle la lengua.

Sus dedos se crispan sobre el volante mientras murmura en voz tan baja que ni siquiera consigo averiguar qué demonios está diciendo, pero no necesito escucharlo para saber que está bramando en arameo. Mis ganas de restregarle un «te lo dije» alto y claro son muchas y grandes, pero la veo tan indignada que me apiado y decido dejarlo correr.

Hace un rato que ha comenzado a anochecer y circulamos por una carretera secundaria en la que la luz es más bien escasa; no obstante, los faros de Betty son lo bastante luminosos como para distinguir el control de la Guardia Civil que nos da el alto desde una gran distancia.

—Mierda, la policía, lo que me faltaba —farfulla y aprieta los labios.

—¿Qué más te da? Lo tenemos todo en regla, que nos paren si quieren, no pasa nada —intento tranquilizarla.

—Lo que tú digas, pero nunca me ha gustado esto de que me hagan parar, me pone nerviosa —confiesa en voz baja como si temiese que los agentes, que todavía se encuentran a una distancia más que considerable, pudiesen escucharnos.

—Pues me sorprende, siempre pensé que a las chicas os gustaban los hombres de uniforme —bromeo intentando calmarla a la vez que observo su reacción por el espejo retrovisor.

—¡Pufff! ¡Clichés ahora no, por favor, no estoy de humor para explicarte lo absurda y generalizada que es esa afirmación! —me regaña frunciendo la nariz a la vez que pone el intermitente, se echa a un lado y detiene el vehículo tal y como la policía nos está indicando que hagamos.

Dos agentes se acercan a nosotros, otro espera a cierta distancia y sin moverse, armado. Vamos, lo que viene siendo un dispositivo normal si no fuese porque hay un par de oficiales más de lo que viene siendo habitual.

—Documentación, por favor —solicita uno de ellos.

Lola abre la guantera con manos temblorosas y, sacando de ella su carnet de conducir, se lo tiende al policía mientras yo hago lo propio con mi DNI.

Él los recoge y se aleja para comprobar que todo está en orden; una vez lo ha hecho, vuelve a acercarse a nosotros.

—Todo correcto —afirma provocando que la tensión de los hombros de Lola se rebaje de forma inmediata. No obstante, en mi trabajo identificar el lenguaje corporal es fundamental y yo soy demasiado bueno en lo que hago como para no haberme percatado, tanto por la postura de sus cuerpos como por sus gestos, de que algo no marcha bien. Sin embargo, dado que lo tenemos todo en regla y no puede tener que ver con nosotros, no encuentro motivo alguno para alarmarme.

—Esta mañana ha habido un atraco en el pueblo más cercano y estamos llevando a cabo registros de todos los coches que acceden o salen de él.

Eso lo explica todo: si acaba de producirse un atraco, es normal que estén alerta.

—¿En Taramundi? —pregunta Lola preocupada.

—En efecto —afirma el oficial.

—Nosotros venimos de allí —asegura ella con voz temblorosa dirigiéndome una mirada preocupada.

—Todo el que circula por esta carretera viene de allí, por eso debo pedirle que abra el maletero para poder revisar su vehículo —explica el agente.

Pongo una mano sobre la pierna de Lola y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes, es un simple trámite de rutina en esta situación. No pasa nada —le aseguro y me dirijo después al policía—: No tenemos ningún problema en que revisen lo que haga falta —aseguro.

—Gracias por la colaboración, en ese caso, les agradecería que bajasen del coche y nos acompañaran al maletero.

Ambos obedecemos; damos la vuelta a Betty y Lola abre la puerta del maletero y la levanta para dejar a la vista las dos bolsas de nuestro equipaje.

—Abran las bolsas —nos indica el policía.

Lola obedece: abre primero la suya y el policía comienza a sacar las cosas del interior para revisarlo todo. A continuación, cuando acaba, le da permiso para recoger sus pertenencias y dejarlas como estaban y se dirige a mí.

—¿La otra es suya?

—Sí —respondo—. Es mi equipaje.

—Ábrala.

Lo hago y el policía comienza a repetir el mismo procedimiento, hasta que, de repente, se queda quieto clavando su mirada en mí mientras sus manos sacan una de mis chaquetas dentro de la cual puede distinguirse a la perfección la culata de una pistola.

Descolocado por completo ante tal descubrimiento, observo el arma boqueando sin saber qué decir.

—Eso no es mío —afirmo al final desviando la vista hacia Lola, cuyo rostro ha perdido todo rastro de color mientras mantiene los ojos abiertos como platos fijos en la pistola que el oficial sostiene con cuidado para no dejar huellas.

—Mucho me temo que eso van a tener que explicarlo en comisaría —asegura el hombre mientras su compañero comienza a leernos los derechos a la vez que nos conduce al coche patrulla.

Lola tiembla de tal forma que temo que de un momento a otro vaya a desmayarse; está pálida y apenas tiene voz… E incluso en ese estado, la tía encuentra las fuerzas para preguntar.

—¿Y Betty?

—¿Quién es Betty? —pregunta el policía mirándola extrañado.

—Betty es el coche —explico tratando de mantener la calma, a pesar de la extraña y preocupante situación en la que, de repente, sin comerlo ni beberlo, nos hemos visto involucrados.

—Tranquila, la grúa se lo llevará al depósito y podrán recogerlo cuando todo esto se aclare —explica el agente que encontró la pistola.

Lola asiente. Una vez tomamos asiento en la parte posterior del coche patrulla, la veo temblar todavía más mientras una lágrima resbala por su mejilla. Me siento fatal, quiero reconfortarla y por ello

me aproximo más a ella. Le enjugo la lágrima con el dorso de mi mano para intentar infundirle ánimos.

—No te preocupes, todo va a estar bien —murmuro.

—Eso mismo dijiste cuando nos dieron el alto y estamos detenidos dentro de un coche patrulla —resopla.

A pesar de la situación, sonrío. Me parece increíble que ni en estas circunstancias pierda su sarcasmo… Y me encanta.

—No estamos detenidos, solo tenemos que ir a declarar. No hemos hecho nada, así que todo se aclarará —aseguro dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

Es cierto; tengo la certeza de que todo va a solucionarse en cuanto prestemos declaración, sin embargo, hay algo que sí me preocupa, una pregunta que me ronda la cabeza y en la que no puedo dejar de pensar: ¿Quién y por qué dejó ahí esa pistola?

Y solo se me ocurre una respuesta, una respuesta que tiene nombre propio.

Raúl. El coche estuvo en su taller todo el día, él fue el único que tuvo acceso al vehículo y, por lo tanto, a las bolsas que estaban en su interior.

Maldigo al mecánico para mis adentros observando por la ventanilla el paisaje que vamos dejando atrás al tiempo que el coche avanza, veloz, con las sirenas puestas, en dirección a la comisaría para tomarnos declaración.

El camino no es demasiado largo, pero tengo que reconocer que se me hace eterno. Para colmo de males, en cuanto ponemos un pie dentro de la comisaría nos toman las huellas dactilares y, al terminar, nos separan. Uno de los oficiales se lleva a Lola a una sala y a mí me conducen a otra.

Sé cómo funcionan estas cosas y era consciente de que no íbamos a estar juntos para prestar declaración, pero, a pesar de ello, no me gusta un pelo dejarla sola.

Se la veía tan pálida, vulnerable y perdida que lo único que me pide el cuerpo es abrazarla, consolarla y decirle que no se preocupe, que todo va a salir bien. Por desgracia, lejos de lo que me gustaría hacer, no solo no puedo abrazarla, es que ni siquiera puedo verla y eso me desespera.

Por si eso fuese poco, durante nuestro trayecto en el coche patrulla su teléfono no dejaba de sonar. Tati la estaba llamando y, al no recibir respuesta, insistía sin parar desquiciándola todavía más.

El policía y yo entramos en una sala donde otros dos agentes me esperan para tomarme declaración y me recuerdan varias veces mi derecho a solicitar un abogado.

Derecho que declino, pues no lo considero necesario. Tengo las cosas muy claras y lo único que quiero es acabar cuanto antes y

llevarme a Lola de aquí.

La policía insiste en que debería requerir la presencia de un letrado, pero, ante mi persistencia, comienzan con las preguntas.

—¿Es usted David Ribas Castillo? —empieza a interrogarme el policía.

Confirmo que esa es mi identidad y, a continuación, los dos comienzan a lanzar una batería de preguntas, una detrás de otra, sin parar; todavía no he terminado de formular la respuesta de la anterior y ya están presionándome con la siguiente.

—¿Es suya esa pistola? —preguntan.

—No —respondo.

—¿Tiene usted licencia de armas o algún permiso especial que posibilite su tenencia?

—En Estados Unidos sí porque soy militar, pero en España no.

—¿Qué rango ostenta?

—Capitán.

—¿Está entonces usted acostumbrado al manejo de armas de fuego?

—Para la realización de las funciones de mi cargo, sí. En mi vida privada, no.

—¿Qué relación lo une con su acompañante?

—Somos amigos.

—¿Mantienen algún tipo de relación sentimental?

—No.

—Dijo que es usted estadounidense. ¿Qué hace en España?

—Mi abuelo vivía aquí y acaba de fallecer, vine a su entierro.

—¿En qué ciudad vivía su abuelo?

—En Coruña.

—¿Por qué sigue todavía en España?

—Estoy de vacaciones.

—¿Y qué hace por esta zona?

—Estamos buscando a una persona para entregarle algo que mi abuelo quería darle.

Los dos policías se miran extrañados ante tal respuesta. No los culpo, yo me hubiese quedado igual, pero como no me parece el mejor momento para ponerme a divagar sobre las relaciones amorosas de mi abuelo por interesantes que estas puedan resultar, decido que es mejor callarme y no ofrecer más detalles de los necesarios.

—¿Puede explicar cómo ha llegado la pistola a su bolsa dentro del maletero del coche en el que circulaba si no es suya?

—No puedo explicarlo porque acabábamos de recoger tanto el coche como las bolsas, que estaban en el maletero en el taller, apenas diez minutos antes de que nos diesen el alto. Como nuestro equipaje no contenía ningún objeto de valor, no nos molestamos en revisar su interior antes de comenzar a circular de nuevo.

—Explíquese —solicita el agente.

Paso a relatarle con pelos y señales todo lo ocurrido desde que ayer el coche nos dejó tirados hasta el mismo momento en que nos encontramos. La avería del coche en plena tormenta, la choza del pastor en la que nos refugiamos, el encuentro con Amparo y Cosa y el viaje en su extraño tractor; también le explico que dejamos el coche con las bolsas en el maletero durante todo el día en el taller y que, en todo ese tramo de tiempo, no lo volvimos a ver.

—¿Dónde estaba usted hoy a las diez y media de la mañana?

—En la panadería de Herminia, en la plaza del pueblo. Estuvimos ahí hasta las doce y media pasadas.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Herminia, la panadera, su nieto, dos ancianas que nos siguieron hasta allí desde la plaza y el resto de los clientes que fueron entrando a comprar a lo largo de la mañana —afirmo con rotundidad.

—¿Asegura entonces que durante todo ese tiempo en ningún momento estuvo fuera de la panadería o solo?

—Lo aseguro —afirmo—. Desde antes de las diez de la mañana hasta pasadas las doce y media estuvimos en todo momento acompañados por Herminia, la panadera y otra gente del pueblo.

—¿Qué hicieron después?

—Herminia nos recomendó visitar la zona de los molinos de agua y fuimos a verlos.

—¿Hasta cuándo permanecieron allí?

—Hasta que Raúl, el mecánico del taller, nos llamó al teléfono de Lola para informarnos de que ya había reparado el coche y podíamos ir a por él.

—¿Considera entonces que el mecánico pudo ser quien depositó la pistola en el maletero de su coche?

—No tengo ni idea porque no estuve con él, pero confirmo que tuvo acceso al vehículo y a las bolsas durante todo el día.

Los policías me hacen muchas más preguntas, algunas, desde mi humilde punto de vista, irrelevantes para el caso, pero las respondo todas hasta que uno de ellos se levanta de su silla.

—Vamos a realizarle una prueba para comprobar los restos de pólvora en ropa y manos, así nos aseguraremos de que usted en ningún momento accionó el arma —me explica.

—Me parece perfecto, estaré encantado de pasar todas las pruebas que consideren necesarias para aclarar este desafortunado incidente lo antes posible.

—Trataremos de agilizarlo, pero mucho me temo que, mientras no estén disponibles los resultados de las pruebas y no cotejemos toda la información, tanto usted como su compañera deberán permanecer aquí.

—Lo comprendo —aseguro, conocedor de que en estas situaciones cooperar suele ser un punto a tu favor.

Los dos agentes abandonan la sala y me quedo solo.

Enfadado y confuso, maldigo para mis adentros y me masajeo la sien intentando mitigar el espantoso dolor de cabeza que siento desde hace rato y que ahora comienza a intensificarse.

¿Cómo estará Lola? ¿Habrán terminado de interrogarla a ella también?

Recuerdo lo asustada que estaba. Me encantaría estar a su lado, debe de estar aterrada y no la culpo porque no es una situación como para pasarlo bien.

Cierro los ojos y el recuerdo de su sonrisa, de su mirada alegre y confiada y del olor de su cabello me sacude con fuerza.

Lola es especial, única, no merece tener que pasar por esto, pero también es fuerte y sabrá aguantar.

Suspiro resignado; solo espero que todo termine cuanto antes, cuanto antes y, a poder ser, bien.

Capítulo 17

¿Puedo hacer una llamada?

Lola

He perdido la noción del tiempo, ni siquiera sé las horas que llevo aquí encerrada. Algo lógico si tenemos en cuenta que estoy sola, sin nadie con quien hablar ni a quien preguntarle, que, como es evidente, no tengo el móvil encima y que en este sitio no hay ni un mísero reloj.

¡Lo que daría ahora por tener uno a mano! ¡Hasta me conformaría con aquel tan feo que nunca he usado y que me regaló una tía de mi padre en mi primera comunión!

El silencio resulta ensordecedor y la soledad… Nunca me ha importado estar sola y, sin embargo, aquí el sentimiento de desamparo pesa una barbaridad y es abrumador.

Vamos, que no tengo ni idea de si han pasado catorce horas, diecisiete o veintidós (espero que no sean tantas) y me pregunto si lo harán a propósito. Lo mismo es una táctica para desorientar a los criminales hasta el punto de hacerlos confesar… Porque, oye, si esa es la idea, lo cierto es que no me parece mal plan. Seguro que más de uno, con tal de salir de aquí, les canta hasta el gordo de la lotería de Navidad.

El problema es que yo no he hecho nada y, por lo tanto, tampoco tengo nada que confesar.

Soltando un resoplido, paseo la mirada por la pequeña celda en la que me encuentro. Se halla en el piso inferior de la comisaría, en un pasillo que tendrá como mínimo otros siete u ocho calabozos más.

Es un lugar austero y triste carente de cualquier tipo de personalidad. Las paredes están pintadas en tono gris, pero no un gris bonito, sino uno de esos que te deprime y te quita las ganas de vivir. El mobiliario tampoco va mucho más allá: consta de un banco pegado a una de las paredes y una cama pequeña arrimada a la otra (bastante incómoda, por cierto). Antes, por puro agotamiento, intenté acostarme un rato y tuve que levantarme casi de inmediato, pues una piedra hubiese resultado mejor colchón sobre el que dormir que ese puñetero

colchón. Todo ello condimentado con los fríos barrotes que me mantienen encerrada privándome de mi libertad.

¡Mi libertad! Damos por hecho que la tenemos y no la valoramos hasta que la perdemos, y vale, que igual me estoy poniendo un poco melodramática, pues estoy segura de que pronto saldré de aquí, pero no es para menos teniendo en cuenta que nunca, ni en el peor de mis sueños, imaginé verme encerrada en una maldita celta acusada de yo qué sé qué atraco que por supuesto no he cometido.

Me encuentro muy cansada y, sin embargo, por extraño que pueda parecer, cuanto más tiempo paso aquí, más tranquila estoy.

¿Contradictorio? Puede; no obstante, todo tiene una explicación: lo primero que hicieron cuando llegué fue ficharme y, después, me llevaron a tomar declaración.

En aquel momento, cuando comprobé que era capaz de hablar sin titubear, comencé a relajarme. Expliqué a los oficiales todo lo ocurrido desde que Betty se averió explayándome en los detalles y respondí a todas sus preguntas (que fueron muchísimas) sin dudar. ¿Por qué iba a hacerlo si todo lo que estaba diciendo era la pura verdad? El hecho fue que verme capaz de mantener la compostura con dignidad durante el interrogatorio me ayudó a ver las cosas con perspectiva y a tranquilizarme.

Una vez terminamos, me bajaron aquí. Sé que estuvieron analizando mis huellas y, horas más tarde, vino un equipo de la científica para hacerme una prueba de pólvora o algo así con la que comprobar la existencia de restos de pólvora en mis manos y mi ropa. Y con cada prueba que me hacían, en lugar de agobiarme, yo más feliz. Que hagan, que hagan todas las que quieran que, cuantas más hagan, antes comprenderán que ni David ni yo tenemos nada que ver con todo este asunto y antes nos dejarán salir de aquí.

David… Espero que se encuentre bien; cuando me bajaron a los calabozos después de tomarme declaración tenía la esperanza de que por lo menos nos metieran en la misma celda, pero va a ser que no. Ni en la mío ni en la contigua, que está vacía, y como el pasillo es largo y tampoco está el ambiente como para ir llamándolo por ahí a voz en grito, pues no tengo ni idea de dónde está.

Quiero verlo, decirle que no se preocupe, que yo estoy bien y que todo se va a aclarar. Estoy segura de que pronto estaremos juntos y fuera de aquí porque, al igual que ocurre conmigo, tampoco en su caso hay nada que ocultar; no obstante, una pequeña parte de mí no puede dejar de preocuparse por él, pues en este tipo de situaciones tan complicadas y surrealistas uno nunca sabe cómo puede reaccionar.

El caso es que entre unas cosas y otras ya he perdido la cuenta del tiempo que llevamos aquí.

De repente, la puerta que da al pasillo se abre, me acerco a los

barrotes y veo a dos oficiales que se aproximan a mi celda, la abren y me piden que los siga. Uno camina delante de mí; el otro detrás, escoltándome y haciéndome sentir como si estuviera grabando un capítulo de *Chicago P. D.* o de *CSI*.

Subimos al piso superior y nos dirigimos a la sala en la que me tomaron declaración. Tampoco esta habitación es una estancia excesivamente agradable que digamos. Por lo visto, lo de las paredes en color gris depresivo debe de ser norma de la casa, ya que todas las dependencias que he visto hasta el momento dentro de esta comisaría son del mismo color. Tampoco aquí hay una mísera ventana y el mobiliario es simple a más no poder, basándose solo en una mesa (también gris, por supuesto) sobre la que descansan un ordenador y un teléfono y tres sillas.

Solo con dejar entrar algo de luz y cambiar un poco los muebles… ¡Vale! ¡Ya sé que no es el momento ideal para empezar a montarme un croquis mental sobre la distribución! Pero es que soy interiorista y, en cuanto veo un espacio tan deprimente como este, mi mente comienza a elucubrar… ¡Lo llevo en la sangre, no lo puedo evitar!

Me ordenan que me siente y obedezco de inmediato, en silencio; jugueteo con los dedos de mis manos. Por suerte, la espera no es muy larga, ya que pocos segundos después aparecen por la puerta otros dos oficiales escoltando a David, que me observa de reojo con cara de circunstancias.

—¡David! —exclamo emocionada.

Es tal el alivio que siento al verlo de nuevo que, en un acto reflejo, me levanto de golpe con toda la intención de lanzarme a abrazarlo, pero, ante la dura mirada que me dedica el oficial que lo acompaña, me dejo caer de nuevo en la silla y cierro la boca dispuesta a estarme calladita y no decir ni una palabra más.

—Tome asiento —le indica el policía al mando señalando la silla que permanece libre a mi lado. Él hace lo propio dirigiéndose a la que está justo frente a nosotros, al otro lado de la mesa.

Los dos lo contemplamos en silencio mientras abre una carpeta y ojea su interior antes de tomar otra vez la palabra.

—El arma encontrada en el maletero de su coche coincide con la utilizada durante el atraco a la ferretería.

Dejo salir con pesadez el aire que de manera inconsciente retenía en los pulmones. Cualquiera que haya visto algún *thriller* sabe que eso no es buena señal.

—Sin embargo, la versión que han ofrecido ambos durante la declaración es idéntica y no hemos encontrado contradicciones ni incoherencias en ninguno de los dos casos —admite—. Tampoco sus perfiles coinciden con la descripción que el dueño de la ferretería hizo del atracador y tanto la prueba de huellas como la de pólvora

realizadas por científica han resultado ser negativas, lo que demostraría que en efecto, tal y como afirman, ninguno de los dos manipuló el arma.

—¡Es que yo no he tocado una pistola en mi vida! —aseguro incapaz de contenerme. El policía frunce el ceño y me lanza otra mirada de advertencia antes de proseguir.

—Además de todo eso, acabamos de comprobar su coartada y también ha resultado ser cierta. Por ello, si tenemos en cuenta que se encontraban en una panadería al otro lado del pueblo, resultaría imposible que durante el atraco estuviesen en la ferretería o en las inmediaciones de la misma.

—¿Entonces, podemos irnos? —pregunto esperanzada al ver que todo ha quedado aclarado por fin.

—No creo que sea tan fácil —murmura David, cuya expresión continúa siendo tensa. Está claro que, debido a su profesión, él controla estas cosas mejor que yo porque parece superpreocupado y no comprendo el motivo, ya que a mí todo lo que ha dicho el policía me resulta de lo más positivo para nosotros.

—Exacto, no es tan fácil —corrobora el oficial dándole la razón.

—Ha quedado demostrado que no perpetraron el atraco ni accionaron la pistola, pero todavía no tenemos explicación al cómo o por qué apareció el arma en su coche, así que mucho me temo que de momento siguen vinculados al caso.

—¿No podemos marcharnos? —insisto comenzando a asustarme de nuevo.

—Pueden irse, vamos a dejarlos en libertad porque está claro que no son los autores materiales del atraco ni parecen tener relación con el mismo, pero cuando el juez los llame, tendrán que presentarse en el juzgado a declarar y responder a las preguntas del tribunal.

La noticia me cae como un jarro de agua fría. ¿A declarar? ¿Nosotros?

—¿Y Raúl? —pregunto.

David me observa y, por la forma en que lo hace, no me queda ninguna duda de que, a pesar de que todavía no hemos tenido la oportunidad de hablar sobre el tema, piensa lo mismo que yo.

Tuvo que ser Raúl, solo él pudo meter la pistola ahí. Seguro que por eso arregló el coche tan deprisa, porque quería que nos lo llevásemos cuanto antes para deshacerse del arma.

La idea lleva rondándome la cabeza desde que nos detuvieron y, por más que lo pienso, no encuentro otra explicación factible o lógica. Es él. Tuvo que ser él.

—También tiene coartada —afirma el agente.

—Puede que para el atraco la tenga, sin embargo, estuvo todo el día con nuestro coche, fue el único que pudo poner ahí la pistola —

insisto.

—Él asegura que durante el día de hoy tuvo mucho movimiento en el taller: varios clientes habituales y otros que nunca habían estado antes allí y que fueron para interesarse en alguno de los coches que vende. Cualquiera de esas personas pudo ser la que escondió el arma.

—No lo creo, los dos sabemos que para abrir el maletero, la bolsa, envolver la pistola y volver a cerrarlo todo se necesita un tiempo. La persona que lo hizo necesitaba estar sola en el taller. Tuvo que ser Raúl —razona David.

—No podemos demostrarlo, como acabo de explicarles él, al igual que ustedes, tiene coartada. De todas formas, pueden estar tranquilos porque también tendrá que ir a declarar —asegura en un tono firme pero amable—. Hemos presentado el caso en el juzgado y la vista está fijada para dentro de tres semanas —nos explica—. Aquí están los objetos personales que les fueron requisados —añade dejando encima de la mesa los móviles, las carteras y las llaves de Betty.

¡Ay, madre! ¡Con todo este lío no había vuelto a pensar en ella! ¿Dónde habrán metido a mi pobre Betty!

—Pueden recoger el coche en el depósito que hay dando la vuelta a la comisaría —nos comunica el oficial respondiendo a la pregunta que estaba a punto de formular.

Cojo el teléfono y lo primero en lo que pienso es en llamar a mi hermana. Tiene que estar histérica y no la culpo, intentó comunicarse conmigo un millón de veces mientras veníamos hacia aquí y todavía no he podido devolverle la llamada.

Por desgracia, con un simple vistazo compruebo que tanto mi móvil como el de David están sin batería y es una faena. Podría esperar a cargarlos, pero…

—Perdone, ¿podría hacer una llamada? Será solo un minuto —aseguro al policía.

El hombre saca el teléfono fijo de la base y me lo tiende para que pueda marcar.

El hecho de que mi hermana responda cuando apenas ha dado un tono ya me avisa de que su nivel de cabreo y preocupación es importante, pero si llego a imaginar que va a ponerse a gritar como una loca…, juro que no la llamo, por lo menos no con gente delante.

—¡A buenas horas! —me saluda enfadada desde el otro lado de la línea—. ¡¿Tú tienes idea de las veces que te he llamado?! ¡¿Te parece normal no responder, hacerme sufrir así?! ¡Porque vale, entiendo que con ese maromo que tienes al lado estés muy entretenida y que las horas se te pasen volando! ¡Pero, chica, que entre alegría y alegría no dediques ni un minutito a llamar a tu hermana no tiene perdón de Dios! —exclama gritando como una posesa—. ¡Un minuto, solo un minuto de tu tiempo te pido, un «Tati, estoy bien, sigo viva, todavía

no me he despeñado por un barranco ni me ha comido un puñetero tiburón»! ¡Solo pido eso! ¡¿Es mucho pedir un minuto?!

—Tati —intento calmarla muerta de la vergüenza porque está gritando tanto que la están escuchando David, el oficial, los de administración y hasta los que están en el calabozo.

—¡Ni Tati ni nada! ¡Una llamada, solo te pido una llamada! —continúa gritando ella como una loca.

—Tati, escu… —lo intento de nuevo, pero no hay forma. Ella me ignora y sigue rajando sin parar.

—Ahora me dirás que soy una histérica, pero, guapa, es que con la rachita que llevas… Primero que me caigo del barco, luego que me quedo tirada en un bosque… ¡Motivos tengo de sobra y unos pocos más!

—Tati, estoy en la comisaría de policía. —Lo digo del tirón, sin sutileza ni miramientos; no es la manera en que tenía pensado contárselo, pero es la única forma que encuentro de que se calle y me deje hablar.

En efecto, durante un par de segundos su voz deja de oírse, golpeada como está por la bomba que acabo de soltarle. Ni siquiera la escucho respirar, pero solo le dura unos segundos porque, antes de darme tiempo a añadir nada, comienza a hablar de nuevo gritando incluso más.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado? Has tenido un accidente, ¿no? ¡Si es que ya te dije que ese trasto que te empeñas en conducir no es de fiar! ¿O es David? ¿Qué te ha hecho? ¿A que al final ha resultado ser un psicópata? ¡Reconozco que me tenía un poco engañada, con esa carita de bueno que se gasta, pero la primera impresión siempre es la que cuenta y te advertí desde el principio que no te fiases de él!

David y el oficial me contemplan conteniendo la risa a duras penas y yo, que estoy roja como un tomate y a puntito de meterme debajo de la mesa del apuro que estoy pasando, sigo sin saber cómo hacer callar a la loca esta que no para de chillar.

—¡Ni hemos tenido un accidente ni David es un psicópata! —aseguro de mala gana.

—Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Has atropellado a alguien?

—¡No! Pero ¿por quién me tomas?

—¿Te han quitado el carnet por exceso de velocidad? No, eso lo descartamos, que conduces a Betty —se autocontesta ella.

—Si me dejas hablar, igual puedo explicártelo… No tengo mucho tiempo.

—¡Oh, madre mía! ¿Cómo que no tienes mucho tiempo? ¿Estás herida? ¿Te encuentras mal? —Está tan histérica y preocupada que apenas es capaz de razonar.

La culpa me carcome por dentro: si ella me llamase a mí desde una

comisaría después de no sé cuántas horas sin dar señales de vida cuando estoy en otro país…, es probable que yo reaccionase igual.

—Claro que no, en ese caso estaría en el hospital. Lo que sucede es que estoy en la comisaría y, como mi móvil se ha quedado sin batería y sabía que estarías preocupada, me han dejado llamar. Por eso tengo que ser breve —explico con tono paciente.

—¿Y se puede saber a qué demonios esperas para decirme qué ha ocurrido? —me apremia ella haciéndome poner los ojos en blanco.

—Igual a que me dejes hablar.

—Estás hablando y sigues sin decir nada.

—Hubo un atraco y todavía no sabemos cómo la pistola que usaron apareció en el maletero de nuestro coche cuando nos fuimos del pueblo.

—Pero no es de David, ¿no? —duda ella.

—Por supuesto que no, David es tan inocente como yo. De hecho, acaban de dejarnos en libertad a los dos.

—¿Y de quién es la pistola?

—Ni idea, me encantaría tener respuesta para eso, pero todavía no sabemos de quién es.

—¿Seguro que ya os han soltado? ¿No tenéis que volver más? Tengo un amigo abogado…

—No necesitamos abogado, es más, los dos renunciamos al derecho de tener uno para declarar y mira que nos insistieron.

—¡¿Qué hicisteis qué?! —grita de nuevo.

—Renunciar al abogado.

—¿Cómo se te ocurre declarar sin un abogado? ¡¿Acaso nunca has escuchado eso de «todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra»?!

—No había nada que pudiesen usar en mi contra porque no hice nada malo —trato de tranquilizarla.

—¡La madre que te parió!

—Es la misma que la tuya —respondo ante la atenta mirada de mis dos espectadores, que no apartan los ojos de mí, sin perder detalle de la conversación.

—Loca, mi hermana se ha vuelto loca —gime ella desde el otro lado.

—Estoy cuerda y me encuentro fenomenal.

—¿Y ahora qué vais a hacer? —farfulla agobiada.

—Nos vamos a Peñíscola.

—¿Vais a seguir con esta locura? —pregunta indignada.

—Por supuesto, no hemos encontrado a María y no pienso parar hasta dar con ella.

—¡Estáis los dos fatal! ¡Ya verás cuando se enteren papá y mamá!

—¡Ni se te ocurra decirles nada! ¡Serían capaces de cancelar su viaje antes de tiempo si se enteran de todo lo que ha pasado!

—¡Normal! ¡Y yo encantada de ayudarlos a atarte a la pata de la cama!

—¡No seas exagerada! —la regaño.

—¡Exagerada me llama encima! ¡Madre mía, lo que tengo que escuchar! —rezonga—. ¿Seguro que ya os podéis ir? —insiste con voz dubitativa.

—Sí, seguro —afirmo evitando comentarle el pequeño detallito de que tendremos que declarar ante un juez—. Tati, ahora tengo que colgar, pero no te preocupes, te llamaré en cuanto lleguemos a Peñíscola.

—Que sepas que la próxima vez que te dé por hacer un viajecito de estos, pienso ponerte un localizador subcutáneo —me amenaza.

—Dudo que eso sea legal. —Sonrío.

—¿Qué me puede pasar? ¿Acabar en comisaría? ¡Uy, no, pero si ahí ya estás tú! —exclama con sarcasmo.

—Te tengo que dejar. Te llamo cuando lleguemos.

—Como no lo hagas, te juro que te voy a buscar.

—Prometido.

—Más te vale.

—Un beso.

—Otro —dice refunfuñando y no demasiado convencida con la idea de colgar sin recibir más información.

Muerta de la vergüenza, entrego de nuevo el teléfono al oficial.

—Gracias —susurro recogiendo rápido mis cosas, pues estoy deseando salir de aquí.

¡Menudo corte me ha hecho pasar! ¡Tengo las mejillas más rojas que un inglés el primer día de playa!

David, que se lo está pasando de lo lindo a mi costa, se despide también del policía, que asegura mantenernos informados en caso de que haya alguna novedad. Y ambos nos dirigimos hacia la puerta. Uno al lado del otro, en silencio, él intentando contener la risa y yo procurando no mirar a mi alrededor. Cuando al fin salimos a la calle lo observo de reojo y su gesto burlón me hace suspirar.

¡Si el interrogatorio ha sido duro, el vacile que me va a caer va a ser monumental!

Capítulo 18

Individuales, por favor…

David

Un agua de color azul turquesa nos da la bienvenida cuando, después de más de diez horas de viaje, por fin aparco delante de la playa al llegar a Peñíscola.

Estoy agotado, pero un vistazo al maravilloso arenal que se extiende ante nosotros basta para revitalizarme y llenarme de energía. A mi lado, en el asiento del copiloto, mi compañera de fatigas (nunca mejor dicho) dormita sin ser consciente de que acabamos de llegar a nuestro destino.

—Lola —susurro al tiempo que le toco el hombro con suavidad.

Nada, ni se inmuta.

—Lola —repito subiendo un poco el tono cuando, tras unos segundos, comprendo que no tiene ninguna intención de despertar.

Ella se revuelve un poco, gira la cabeza hacia el otro lado y continúa sumida en sus sueños sin hacer siquiera el amago de separar los párpados.

—Lola —insisto zarandeándola con un poco más de brío.

—¿Qué pasa? ¿Ya me toca conducir? —pregunta con voz aletargada y estira los brazos con pereza mientras comienza a pestañear intentando fijar la vista en algo de lo que nos rodea.

—No es necesario, ya hemos llegado —anuncio.

—¿Cómo que ya hemos llegado? ¡Pero si las dos últimas horas de camino debía conducir yo!

—Estabas taaan dormida que me daba pena despertarte.

—No estaba taaan dormida, solo un poco adormilada —me contradice mientras se incorpora en el asiento hasta sentarse recta.

—¿«Un poco adormilada»? —repito conteniendo la risa—. ¡Parecías un oso en plena hibernación! —Me carcajeo y ella pone mala cara.

—¿Un oso hibernando? ¿En serio? Podrías compararme con algo más agradable… No sé, la Bella Durmiente, por ejemplo, ¿y a ti no se te ocurre nada mejor que compararme con un oso hibernando? —

resopla indignada.

—Pero un oso adorable. Un osezno monísimo, en realidad —rectifico divertido.

—En fin, mejor no intentes arreglarlo, que vas a empeorarlo más —bufa poniendo los ojos en blanco y luego saca su móvil del bolsillo.

—Voy a buscar la dirección exacta a la que tenemos que ir. —Empieza a teclear en Google.

—Detente un momento —digo, quitándole el teléfono de las manos.

—¡Ey! ¿Qué haces? —protesta y frunce el ceño.

—Mira la maravilla que tienes ante ti —pido señalando con la cabeza el paseo y el hermoso e interminable arenal que parece no acabar nunca.

Anochece; una brisa cálida nos envuelve acariciando nuestros rostros y los últimos rayos de luz del día juegan con el mar dibujando hermosas pinceladas de dorados y anaranjados sobre él.

—Es cierto, es una preciosidad —admite suspirando mientras recorre con la mirada el paisaje que nos rodea.

—Las últimas dos noches apenas hemos descansado; la primera porque nos cogió la tormenta y tuvimos que resguardarnos en la choza del pastor y la segunda porque nos la tiramos en vela, detenidos en la comisaría haciendo pruebas y declarando.

—De la segunda ni me hables —me interrumpe estremeciéndose—. Fue la noche más larga de mi vida.

—Pues, por eso mismo, creo que los dos nos hemos ganado a pulso un más que merecido descanso —afirmo convencido.

Ella me estudia durante unos segundos sopesando tal posibilidad y aguardo paciente a que vuelva a pronunciarse.

Cuando esta mañana al fin pudimos salir de la comisaría estábamos reventados, por lo que lo más coherente y sensato hubiese sido quedarnos en el pueblo, buscar un hotel y dormir un poco antes de continuar. Sin embargo, Lola, deseosa de seguir nuestro camino, no quería postergar la salida ni un minuto más.

El problema es que, a pesar de que ella afirmase que aguantaría perfectamente las casi diez horas de conducción que teníamos por delante, no hacía falta más que verla para darse cuenta de que no reunía las condiciones necesarias para un viaje de semejante envergadura. Intenté hacerla entrar en razón por las buenas, pero cabezota es un rato, así que al final tuve que ponerme serio negándome a continuar a no ser que hiciésemos turnos de dos horas al volante. Así, mientras uno conducía el otro podría dormir y descansar.

Sobra decir que al principio ella (que, como acabo de decir, es terca de narices) se negó a cederme el control de su querida Betty y empezó a refunfuñar: que si nadie la había conducido, salvo ella, desde que su abuela murió; que si la relación que tiene con ese coche es especial;

que si patatín, que si patatán. No obstante, cuando al final, después de intentarlo durante un rato, comprendió que no iba a hacerme ceder, terminó aceptando y pudimos ponernos en marcha.

Soy consciente de que, incluso en esos términos, no fue la mejor decisión del mundo ni la más sensata; no obstante, debido a mi trabajo, estoy acostumbrado a pasar largas jornadas velando y alerta, por lo que me veía capaz de conducir sin que ello supusiese un peligro ni para nosotros ni para los demás. Y por suerte todo salió bien. Nos intercambiamos, fuimos precavidos, vinimos despacio, y ahora, diez horas de viaje y tres paradas después en las que aprovechamos para repostar gasolina y comer algo, aquí estamos, en Peñíscola, enteritos y aparcados delante de una playa espectacular.

—¿Qué sugieres? —pregunta con curiosidad.

La miro con fijeza y trago saliva con fuerza. Está preciosa, en realidad es preciosa, pero eso siempre lo he sabido, no debería sorprenderme. Me di cuenta de ello hace tiempo, mucho antes incluso de conocerla en persona. Pero es que, en este preciso instante, con la luz del atardecer bañándole la piel con suavidad y haciendo refulgir como el fuego ese cabello pelirrojo que cae despeinado sobre sus hombros, a la vez que sus grandes ojos grises impactan en los míos aturdiéndome e incitándome a la vez… No solo me parece preciosa, sino que me resulta sencillamente irresistible, y contener las ganas de abalanzarme sobre ella y besarla hasta robarle el aliento es una tentación casi imposible de controlar.

Tirando de toda la fuerza de voluntad que logro reunir, me concentro en las palabras que salen de mis labios, pensando cada una de ellas como si fuese un niño que comienza a hablar mientras intento en vano imprimir a mi voz un tono natural.

—Que nos lo tomemos con calma y disfrutemos un poco. Vayamos a un hotel, tomemos una ducha relajante, demos un paseo por este precioso pueblo, durmamos en una cama como Dios manda y mañana por la mañana, después de desayunar, seguiremos buscando a María e iremos a visitar ese hospital.

—Suena genial… —murmura ella con un brillo de ilusión iluminando su mirada al tiempo que se muerde el labio inferior de forma inconsciente.

Mis ojos, golosos, atrapan su boca y, de inmediato, me obligo a apartarlos y me bajo del coche a toda velocidad. Más que nada porque si ya me estaba resultando difícil controlar mis ansias por besarla, la descarga de deseo que ese inocente y tentador gesto provoca en mí es tan primitiva y voraz que o me alejo un poco o es muy probable que termine abalanzándome sobre ella como un animal.

Lo peor, lo que lo vuelve todo mucho más complicado, es que estoy casi seguro de que, en caso de lanzarme, sería correspondido. Lo fui

en la plaza cuando estuvimos a punto de besarnos y también en los molinos cuando Raúl nos interrumpió en el momento exacto en que toqué sus labios con los míos…

Es recordar ese instante y todo mi cuerpo se tensa entrando casi en estado de ebullición. Fue solo un roce ligero, casi imperceptible y, sin embargo, abrasador.

Ni siquiera puedo explicar lo que ese contacto despertó en mí, fue demasiado intenso y también demasiado aterrador.

Una nueva demostración de por qué no debo ni puedo involucrarme con ella por mucho que mi cuerpo me lo pida a gritos y mi corazón lo desee cada día más.

Los sentimientos que una relación con Lola despertaría en mí serían demasiado abrumadores, fuertes, impredecibles y difíciles de controlar. Y por desgracia, yo necesito tenerlo todo bajo control. No puedo permitirme el lujo de dejarme llevar por las emociones. Tengo que mantenerlas a raya. La pasión, la efusividad, la exaltación… no tienen cabida en mi vida porque para ello necesitaría abrir mi corazón, y hacerlo significaría volverme vulnerable y dar una vía de entrada a esos fantasmas que con tanto esfuerzo mantengo lo suficientemente alejados como para conseguir levantarme cada día, mantenerme en pie y respirar.

Estoy roto, incompleto, soy una mezcla de piezas de diferentes puzles que nunca podrán encajar. El dolor, el resentimiento y la culpa, esos son los únicos sentimientos que puedo permitirme manejar, los que me atormentan en cuanto cierro los ojos, los que me acompañan a cada paso que doy y los que ya he asumido que nunca me abandonarán.

Empezar una relación con Lola sería como bailar con fuego, un fuego en el que acabaríamos quemándonos los dos y, si algo he aprendido, es que las quemaduras pueden cicatrizar, pero su marca no desaparece jamás.

—¿Qué haces? —pregunta ella cada vez más sorprendida al verme abrir el maletero para sacar nuestras bolsas—. Si pretendemos hacer todo eso que dices, habrá que reservar un hotel, digo yo.

—Ya lo he hecho, lo tienes detrás —indico algo nervioso, pues, a pesar de que en el momento en que lo hice me pareció una gran idea, ahora empiezo a dudar.

Lo que Lola provoca en mí es demasiado intenso, por eso tengo claro que la mejor forma de mantenerlo a raya es terminar cuanto antes este viaje y poner distancia entre los dos, y eso es justo lo contrario a reservar un hotel de lujo para pasar la noche con ella, que es exactamente lo que he hecho yo.

Frustrado y cabreado conmigo mismo, me doy una colleja mental y aprieto los dientes tratando de disimular el desasosiego que me

recorre por dentro. ¡No sé en qué demonios estaría pensando cuando se me ocurrió hacer la puñetera reserva! ¡En realidad, ese es el problema, que no lo hacía, no pensaba o al menos no con claridad! Por lo visto, las pocas neuronas que todavía me funcionan cuando Lola está cerca decidieron que aquel era un buen momento para echarse una siesta y así me va… Además, ahora, después de lo que acabo de decir, ya no tengo forma de echarme para atrás. ¡Mierda!

—¿Estás de broma? —inquiere ella, ajena a todas mis elucubraciones y observando con la boca abierta el magnífico hotel que se encuentra a nuestras espaldas, justo en primera línea de playa —. ¡Es una pasada!

—Sí que lo es —admito sin demasiado entusiasmo y con ganas de comenzar a darme cabezazos contra el capó. Se ve que tengo una vena masoquista que desconocía y ha decidido hacer acto de presencia justo ahora.

Trato de razonar y tranquilizarme. «No es para tanto, no es la primera vez que dormimos en la misma habitación».

«Ya, pero antes no la habías besado, ahora que has probado esos labios…», me recuerda mi yo interior.

«¡Cállate!», le grito a la puñetera vocecita de mi mente, la cual parece empeñada en tocarme una parte muy concreta de mi anatomía, parte que, por cierto, comienza a dolerme solo con plantearme la posibilidad de compartir cama con Lola.

—¿Cuándo hiciste esta reserva? —se interesa emocionada.

—Cuando veníamos hacia aquí, mientras tu hibernabas… Perdón, mientras reposabas como la Bella Durmiente —afirmo con ironía y esbozo una sonrisa socarrona que busca picarla y comenzar una discusión con la que entretener mi cabeza, desplazando así de ella las imágenes (de lo más inapropiadas) que la asaltan al imaginarnos a ambos compartiendo habitación.

Pues nada, se ve que hoy ni en eso voy a tener suerte, pues Lola, la misma Lola que salta como un muelle cada vez que la chincho o me meto con ella, esa Lola que siempre tiene una respuesta a punto para ser utilizada, decide ignorar mi comentario y, en lugar de enzarzarse conmigo en esa pelea dialéctica que tanto necesito, sale del coche entusiasmada y hace justo lo que NO necesito. Saltar contra mí y abrazarme con fuerza.

Aprieto todavía más los dientes al percibir como mi corazón se desboca descontrolado al sentir su dulce cuerpo apretándose contra el mío. Mientras, para colmo de males, cierta parte de mi anatomía decide que es un buen momento para despertar a la vez que, por si eso no fuese suficiente, mis manos arden en deseos de lanzar las bolsas que sostienen por el aire para aferrarse a su cintura como si yo fuese una lapa y ella la única roca en el mar.

Solo cuando segundos después me suelta y se da la vuelta para encaminarse de lo más decidida y contenta hacia el hotel, yo exhalo con pesadez, me relajo y siento que puedo volver a respirar.

Resignado, la sigo a unos pasos de distancia; ella habla y habla de forma animada, pero yo ni puedo prestarle atención ni me entero de nada. Estoy demasiado concentrado intentando ocultar con el equipaje el bulto que de forma misteriosa y delatora sobresale en mis pantalones como para ponerme a contestar.

Inhalo con fuerza y pienso en las tablas de matemáticas, en Tales, en Pitágoras y en todos los teoremas que conozco rezando para que eso ayude a que se me baje la puñetera erección.

Lo que esta mujer provoca en mi cuerpo no es ni medio normal, en la vida alguien me había afectado tanto. «Si me pongo así con un abrazo, ¿cómo voy a sobrevivir a una noche entera compartiendo colchón?», me pregunto mientras la sigo con gesto lastimero, como un ternerito que sabe que está dirigiéndose derechito al matadero, al mismo tiempo que maldigo elevando la vista al cielo al imaginar lo mucho que estará divirtiéndose a mi costa ahí arriba el jodido de mi abuelo. O mucho me equivoco o a estas alturas debe de estar descojonándose.

La ocurrencia me arranca una sonrisa que me devuelve el buen humor. Esa fue siempre una de las muchas virtudes de Joaquín Castillo: me conocía mejor que nadie y, por feas que se pusiesen las cosas, él siempre conseguía hacerme ver el lado positivo de cualquier situación. Darme cuenta de que sigue teniendo el mismo efecto sobre mí, a pesar de no estar presente, hace que me sienta un poco mejor.

Más animado, accedo a la recepción del hotel y me detengo al lado de Lola, que también se ha parado en medio del vestíbulo y lo observa todo con los ojos abiertos de par en par.

No me sorprende, el lugar es exquisito: amplio y luminoso. Tanto el suelo como las columnas son de un mármol tan blanco que parece nieve virgen y contrastan con los enormes sillones de piel negra que ocupan la zona de espera, justo a la izquierda, delante de un gran piano de cola.

El centro de la estancia lo preside un enorme mostrador tallado en lapislázuli y el tejado que lo cubre está formado por una inmensa cúpula de cristal con remates metálicos que le otorga a esta zona un aire moderno y sofisticado.

Como complemento, plantas naturales de diferentes tamaños y flores en tonos claros colocadas de forma estratégica en diferentes puntos aportan un detalle de frescura y un aroma rico y excepcional.

Si incluso a mí, que no tengo ni idea de diseño, me impresiona, para una interiorista como ella esto debe de ser como visitar Disney World.

Lola disfruta durante unos momentos más analizando las partes más

importantes de la decoración y, después de dirigirme una sonrisa tan agradecida como radiante, va derecha al mostrador. Tras él, una chica joven y con el cabello tan rubio que parece ir a juego con el decorado nos recibe con una amable sonrisa.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, tenemos una reserva —respondo entregándole mi DNI para que pueda comprobarlo.

La recepcionista lo coge y teclea los datos en el ordenador.

—En efecto, una *suite* con cama *king-size* —afirma tendiéndome de nuevo el carnet.

La tensión vuelve a mi cuerpo y siento como mi espalda se envara.

—Ehhh, disculpe, pero creo que hay un error. Yo reservé una habitación con dos camas —digo convencido de tal afirmación, a pesar de saber de sobra que no es verdad.

Cuando llamé solicité una *suite*, pero nunca especifiqué que la quisiera con una cama, dos o cuarenta, es que ni lo pensé ni se me ocurrió, sin embargo, ahora…

La chica vuelve a consultar el ordenador sin perder su sonrisa.

—Lo siento, pero es correcto: usted reservó una *suite*.

—Sí, es cierto, pero una *suite* con dos camas —insisto y me revuelvo incómodo frente al mostrador.

—Siento contradecirlo, señor, pero, según nuestras anotaciones, en ningún momento especificó usted que necesitase dos camas —rebate la chica fijando sus ojos azules en los míos.

—Sí lo dije, expliqué en todo momento que necesitábamos una *suite* con dos camas, así que, si es usted tan amable, le agradecería que nos cambiara de habitación —solicito con voz apurada, pues estoy mintiendo como un bellaco y me siento de lo más miserable por tocarle las narices de esta manera a la pobre muchacha.

La empleada, que rondará los veintipocos, se arma de paciencia y, forzando la sonrisa, vuelve a consultar el ordenador.

—Lo siento mucho, pero no tenemos ninguna habitación disponible con esas características —reitera segundos después.

Observo de reojo a Lola quien, ante mi insistencia, comienza a incomodarse.

—¿Y dos habitaciones con una cama? ¿Podría ser? —aventuro.

—Lo lamento, estamos completos, no tenemos disponibilidad para cambiar su reserva —asegura la recepcionista haciendo gala de una paciencia digna de alabanza. Acto seguido, echa un vistazo disimulado por encima de mi hombro a las personas que se han ido acumulando a nuestra espalda y que esperan a que terminemos para ser atendidas.

—Lo comprendo —afirmo intentando sonreír mientras mi mente, que parece ir por libre, me traiciona llenándose de imágenes de lo más explícitas en las que mi cuerpo se enreda con el de Lola en una cama

XL. Imágenes tan nítidas que consiguen sofocarme y quebrarme la voz —. Pero una cama supletoria sí podríamos añadir, ¿verdad? —inquiero suplicante.

La mirada que Lola me dedica podría helar el mismísimo infierno, pero como soy un valiente (o un imbécil rematado, según a quién se le pregunte), la ignoro y fijo toda mi atención en la pobre empleada del hotel, que, sin saber dónde meterse, niega con la cabeza.

—De verdad que lo siento, pero no tenemos camas disponibles. Como le digo, estamos completos y las supletorias han sido utilizadas para formar habitaciones triples.

—Alguna disponible por ahí seguro que les queda, o igual hay alguna cancelación de última hora —insinúo señalando el ordenador con un movimiento de cabeza.

La empleada echa un vistazo incómodo a Lola y vuelve a comprobar la pantalla.

—Lo siento, no hay ninguna cancelación —murmura incómoda.

—Pero…

—Déjalo, si tanto te molesta mi presencia, puedo dormir en el coche. —La voz afilada de Lola me interrumpe clavándoseme en el pecho como un cuchillo y me siento fatal. No es que no quiera compartir cama con ella. ES QUE NO PUEDO HACERLO.

—Nos quedamos con la *suite* —afirmo con voz ahogada ante la mirada enfurruñada de mi compañera, que parece de lo más abochornada y molesta por mi actitud.

La recepcionista asiente sonriente y, como si no hubiese pasado nada, nos entrega las tarjetas con rapidez. Estoy seguro de que la pobre está contando los segundos para perdernos de vista. Le dedico una última sonrisa a modo de disculpa y a toda prisa sigo a Lola, quien, en cuanto se hace con una tarjeta, camina con paso acelerado hasta el ascensor sin decir una palabra ni perder un segundo en comprobar si la sigo o no.

Patético… Me siento patético.

Acabo de meter la pata hasta el fondo, pero hasta el fondo fondo. Vamos, que no es que haya metido el pie, es que he metido el pie, el gemelo, el muslo, la pantorrilla y, si me descuido, hasta la cadera.

¡Menuda bronca me va a caer!

Capítulo 19

¿Quién dijo celos?…

Lola

¡Este tío es tonto! Pero ¿que se habrá creído el muy…? ¡Es que ni siquiera sé qué nombre utilizar para calificarlo!

Me siento abochornada, disgustada y cabreada a partes iguales mientras, con paso decidido y la cabeza alta, atravieso el vestíbulo del hotel como un miura y entro en el ascensor sin molestarme en comprobar si David viene detrás o no.

Por mí, en este momento puede perderse en un laberinto y quedarse a vivir en él. Mira que no soy una persona que se cabree con facilidad, y es cierto que me gustan los piques inocentes y las bromas que nos traemos entre nosotros; no obstante, el numerito que me ha montado en la recepción hace un momento, solo por esa obsesión de no compartir cama conmigo, no tiene ni gracia ni perdón. Y la forma en que me miraba, con esa cara de estreñido y de asco…, ¡mucho menos todavía! ¡Ni que tuviese una enfermedad contagiosa!

¡Eso sí, a la recepcionista bien que se la estaba merendando con los ojos!

¡Con lo contenta e ilusionada que estaba yo gracias al detallazo que ha tenido de reservar una habitación en esta preciosidad de hotel y mira con lo que me sale el muy…!

Presiono con fuerza el botón del quinto piso justo en el momento en que David, en silencio, se coloca a mi lado.

Lo observo de reojo esperando una disculpa por su parte, pues lo mínimo que puede hacer después de comportarse como lo ha hecho es eso: disculparse, arrastrarse por el suelo y suplicar perdón. Sin embargo, el ascensor sigue subiendo y ni un triste «lo siento» sale de sus labios.

¿De verdad que ni siquiera va a intentar que lo perdone?

Incrédula, lo miro de refilón de arriba abajo y… ¡NO! ¡NO PUE-DE SER! ¡Tiene que estar de coña!

Mis ojos se quedan fijos en una parte concreta de su cuerpo que él

trata de disimular sin demasiado éxito valiéndose de una de las bolsas que componen nuestro equipaje a la vez que se mueve incómodo al percatarse de que lo he cazado.

¡Se ha empalmado! ¡Se ha empalmado mirando a la recepcionista! ¡Será cabrón! ¡Porque vale, no estoy ciega y admito que la chica es un bellezón, pero un poquito de autocontrol, por favor! ¡Que la pobre está trabajando y hace menos de veinticuatro horas, en los molinos, el muy zoquete estaba besándome!

Resoplando como un toro a punto de salir al ruedo, abandono el ascensor a grandes zancadas y camino por el pasillo hasta que llego a nuestra habitación, abro la puerta sin miramientos y, con la mala leche brotando por cada poro de mi piel, entro como un ciclón.

—Lola. —Su voz suena calmada y conciliadora, que es justo todo lo contrario a como me siento yo.

—¿Qué? —pregunto en tono seco cruzando los brazos bajo mi pecho.

—¿Estás enfadada?

La pregunta es tan estúpida que, si no fuese porque tengo un cabreo de dimensiones monumentales, hasta me haría gracia.

—¿En serio te atreves a preguntármelo después de la escenita que acabas de montar? —Escupo las palabras lanzando dardos envenenados por los ojos cuando fijo la mirada en él.

—No he montado ninguna escenita. Solo pedí un cambio de habitación —afirma con rotundidad sin alterarse ni una pizca, lo cual me enfada todavía más.

—Sí, claro, un cambio de habitación, o de cama, o una supletoria. Por Dios, ¡si solo te faltó pedirle a la pobre chica que te pusiese una colchoneta en la piscina para irte a dormir ahí! —exclamo indignada.

—Estás exagerando y sacando las cosas de quicio —asegura él intentando defender lo indefendible.

—¿Que estoy exagerando? ¿Que estoy exagerando, dices? ¿Quieres que le preguntemos a cualquiera de los que estaban haciendo cola detrás de nosotros si estoy exagerando? O mejor: ¿quieres que les preguntemos si te hacen un hueco en su habitación? —sugiero enfadada—. Igual hasta prefieres compartir cama con un desconocido antes que hacerlo conmigo.

—No se trata de eso —responde serio.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿Tanto asco te doy? ¡Porque ayer no me lo parecía! ¿O acaso el problema es que como te pone cachondo la recepcionista no quieres que piense que somos pareja? ¿Es eso? ¡Porque en ese caso podrías habérselo explicado directamente y nos evitabas a todos el bochorno!

Sus facciones cambian en el instante en que formulo tal acusación. Su mirada se vuelve dura como el acero, sus labios se convierten en

una fina línea y sus dedos se crispan tanto alrededor del asa de la bolsa con la que oculta la prueba del delito que incluso los nudillos pierden su color adquiriendo un tono marmóreo.

—Perdona, ¿qué has dicho? ¿Se puede saber de dónde sacas esa estupidez? —sisea con un tono entre molesto y sorprendido.

—Me parece que es evidente. Llevas desde que saliste del mostrador con el fusil cargado y listo para disparar, de hecho, te recomiendo que tengas cuidado, soldado, no vaya a ser que sin querer se te escape alguna bala —replico en tono mordaz dirigiendo la vista a su entrepierna sin cortarme un pelo. Él sigue el camino que recorren mis ojos y su gesto se recrudece todavía más.

—Tengo un control envidiable sobre mis balas —replica sin amilanarse.

—Permíteme que lo ponga en duda —murmuro.

—¿Perdona? Me parece que no te he entendido bien —manifiesta con voz ronca mientras se aproxima un par de pasos.

Su mirada destila peligro, advertencia y contención.

Ahora sí quiere contenerse, ¿no? ¡Pues que lo hubiera pensado antes! ¿Quiere que me calle y que haga como que no pasa nada? ¡Pues no me da la gana!

—Me has entendido perfectamente. Por suerte, tener el riego sanguíneo concentrado en la parte baja de tu anatomía no afecta a tu capacidad auditiva.

David abre y cierra la boca varias veces observándome como si me hubiese vuelto loca.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo —me espeta—. Piensa lo que quieras, me niego a seguir con esta estúpida conversación.

—Di que sí, es vital que, como capitán, conozcas la importancia de una retirada a tiempo cuando te quedas sin argumentos para ganar una discusión —le digo mientras lo veo alejarse camino del baño—. ¡Y pon el agua fría, igual así consigues bajar la bandera y que deje de ondear a media asta, que aquí no se ha muerto nadie! —grito una vez la puerta del baño se cierra ante mí.

¡Manda huevos lo que tiene una que aguantar! ¡Y encima el soldadito de pacotilla este se me pone digno!

Me dejo caer en la cama, que, tal y como dijo la recepcionista, es talla *king-size*, además de mullida, y que está cubierta con un precioso edredón blanco, e intento relajarme.

Paseo los ojos por la habitación y me pongo a analizarla. No porque ahora mismo esté demasiado interesada en los detalles decorativos, sino porque es un viejo truco que siempre consigue calmarme cuando estoy alterada.

Como no podía ser de otra manera formando parte de este hotel, la

habitación es amplia y acogedora. Tiene las paredes pintadas en un color blanco roto que aporta luminosidad. Los muebles son de estilo minimalista, dejando todo el protagonismo a la inmensa cama sobre la que me encuentro, y el punto de calidez y confortabilidad lo aportan desde unas delicadas y suavísimas alfombras negras de pelo largo sobre las que te dan ganas de pasear y pasear hasta la puerta francesa de cristal que une el dormitorio con una espectacular terraza exterior que está equipada con dos sillas, una mesa y dos hamacas perfectas para disfrutar de las hermosas e impresionantes vistas al mar.

Me tumbo de lado dejando que mis ojos se pierdan en el atardecer, que acaricia la superficie del Mediterráneo, y poco después siento como mi cuerpo se va relajando. Aun así, decido salir a la terraza dispuesta a compartir mi indignación con alguien que me apoye, me entienda y me dé la razón sin ser escuchada por el energúmeno que está en el baño. Necesito un aliado y no se me ocurre nadie mejor que Tati para ese papel. «Que estaba exagerando», me dijo… Ya veremos si exageraba o no.

Todavía exasperada, me tumbo en una de las hamacas y hago una videollamada a mi hermana, quien, por supuesto, contesta casi de inmediato.

—Dime, por Dios, que no ha pasado nada malo.

—Hola a ti también —la saludo soltando un bufido.

Mi hermana me recorre el rostro con la mirada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta de inmediato al ver mi expresión ceñuda—. Dime que no te van a declarar *persona non grata* en el país o algo así porque, cada vez que me llamas, la cosa se pone peor.

—Nada, no pasa nada, puedes estar tranquila, solo llamaba para compartir contigo mi frustración y mi indignación.

—¿Y vas a contarme qué te tiene tan indignada o me lo tengo que imaginar?

—Resulta que David insistió para que nos lo tomásemos con calma, nos relajásemos en un hotel y pasásemos la noche en él.

—¿Y tú no estabas de acuerdo por…? —Mi hermana parece confusa.

—Sí estaba de acuerdo —respondo.

—Entonces, ¿no había ninguno disponible?

—Lo había, él mismo se molestó en reservar la habitación para darme una sorpresa —la contradigo.

—¿Y… no te gusta? ¿Es un antro lleno de ratas o cucarachas? —pregunta ella sin comprender el problema—. Piensa que es soldado, los militares están acostumbrados a dormir en condiciones…

—No te embales —la interrumpo—. Es todo lo contrario: una habitación preciosa, en primera línea de playa y con vistas al mar —respondo girando la cámara para que pueda apreciarlas.

—Ohhh, qué mono. —Mi hermana suspira con aire soñador.

—Sí, tan mono que, si por mí fuese, lo llevaría a la selva o a un zoo.

—¿Y eso? ¿No te gustó el detalle?

—¡Uy, me encantó! Por lo menos al principio porque, en cuanto llegamos al mostrador de recepción y se enteró de que teníamos que compartir cama, no veas la que me lio —replico sin esconder mi crispación.

—¿En serio? —inquiere ella abriendo mucho los ojos.

—¡Que me muera ahora mismo si no! —exclamo—. Primero, quería una habitación de dos camas; luego, dos habitaciones; después, aceptaba quedarse con la que nos correspondía si añadíamos una supletoria. Y a todo esto, la gente esperando y la pobre recepcionista explicándole de todas las formas posibles que no había manera humana ni divina de hacer un cambio porque el hotel está completo.

Mi hermana se empieza a reír y yo la observo con el ceño fruncido, molesta por su poca empatía y consideración.

—No tiene ni puñetera gracia.

—En realidad, sí que la tiene —me contradice sin dejar de reírse.

—¡Tati!

—Perdona, perdona, ya me centro —dice haciendo un esfuerzo por parar de reír—. Resumiendo, querías echarle un polvo y te cabreaste cuando viste que él no estaba por la labor.

—¿Qué dices, bruta? —exclamo flipando por lo que acaba de decir.

—Reconócelo, a ti este chico te gusta, y mucho, no hace falta más que ver cómo lo miras. Cuando estás con él, pones los mismos ojitos de cordero degollado que tenías cada vez que contemplabas la tarta de chocolate de la abuela —asegura ella sonriendo—. Así que imagino que, cuando te dijo que había reservado una habitación, te montaste una película mental que ni las *Cincuenta sombras de Grey* y, cuando viste que él no quería compartir cama contigo, te quedaste sin sombras, sin Grey y sin na de na.

—¡Mira que eres tonta cuando quieres! —la regaño—. Lo me que jodió es que me mirase como si fuese a pegarle una enfermedad venérea solo por compartir colchón.

—Eres una exagerada.

—¡Otra más! ¡Que no exagero! —protesto.

—He visto cómo te mira y te aseguro que no parece pensar nada de eso que acabas de decir.

—Tenías que verlo comiéndose con los ojos a la recepcionista… ¡Si hubiese podido, se la habría tirado encima del mostrador! —exclamo volviendo a enfadarme solo por recordarlo.

—¿No serían imaginaciones tuyas?

—¿Imaginaciones, dices? ¡Si hasta se le levantó!

Ahora sí que mi hermana se descojona de la risa de forma literal,

tanto que hasta necesita secarse las lágrimas de los ojos.

—¡Hubieras empezado por ahí! ¡A ti, querida hermanita, lo que te pasa es que tienes unos celos de aquí a Cuenca! —asegura.

—¿Celosa, yo? —repito, sulfurada, sin dar crédito a las tonterías que tengo que escuchar—. ¡Yo no he sido celosa en mi vida!

—Cierto, hasta ahora. Y no te imaginas lo divertido que es —afirma ella intentando contener la risa.

La asesino con la mirada y resoplo ofuscada.

—Eres una mala hermana y una traidora; se supone que debes animarme, no reírte de mí.

—Solo digo la verdad. —Se encoge de hombros—. Y conociéndote, miedo me da pensar lo que le habrás dicho al pobre chaval.

—No, si aún te pondrás de su parte… Pero ¿tú de qué lado se supone que estás?

—¿Yo? Yo soy como Suiza: neutral.

—Pues menuda mierda de aliada que me he ido a buscar —rumio entre dientes.

—Vale, ahora en serio —dice dejando de reírse—. Creo que lo importante de todo esto es que deberías plantearte por qué te has puesto así.

—¿A qué te refieres? ¡Te lo acabo de decir! —protesto.

—Me refiero a que, tal y como tú dices, nunca has sido celosa, ni siquiera un poquito, por lo que deberías dejar tu orgullo a un lado y pensar por qué con él sí lo estás siendo. Eso tiene que significar algo y más tratándose de ti. No creo que te haya pasado así porque sí.

—Que sepas que eres un coñazo de hermana y voy a colgar.

—Yo también te quiero. Pasadlo genial y procura no ser borde con la recepcionista. La pobre solo está trabajando y no tiene la culpa de nada —me advierte.

—¡Yo no soy borde!

—Cierto, pero tampoco eras celosa… Hasta ahora.

—No pienso volver a llamarte —amenazo exasperada.

—Tranquila, ya te llamo yo —expone ella. Luego me guiña un ojo y me lanza un beso que le devuelvo de mala gana antes de cortar la llamada.

¡Maldita sea! Desde luego, ya lo dice el refrán: «Cría cuervos y te sacarán los ojos».

Me recuesto en la tumbona, cierro los ojos y me dejo mecer por el viento cálido que sopla acercándome el olor de las gardenias del jardín.

No quiero hacerlo, pero mi parte racional me obliga a sopesar las palabras de mi hermana y reconozco que igual me he pasado un poco, solo un poquito, con David… Tampoco es que yo sea nadie para pedirle explicaciones ni él tiene por qué dármelas. En cuanto a lo de

los celos, no estaba celosa, eso lo desecho de forma inmediata porque ni siquiera contemplo esa posibilidad.

Es cierto que David me gusta, es atractivo, lo paso bien con él y tenemos complicidad… Pero nada más.

Tengo que arreglar las cosas, sin embargo, antes necesito despejarme, dar una vuelta, relajarme y después, cuando esté calmada del todo, entonces podremos hablar.

Capítulo 20

Pinocho y yo, primos hermanos

David

Frustrado y cabreado, me enjabono el pelo con energía, como si, en lugar de querer lavármelo, pretendiese arrancármelo de cuajo.

Todavía no termino de creerme la discusión tan surrealista que acabamos de tener. Me ha dejado tan descolocado y fuera de juego que ni siquiera sabía qué responder.

Lola estaba enfadadísima, nunca antes la había visto así y en parte la comprendo. Sé que mi insistencia con el temita del cambio de habitación fue un poco excesiva… ¡Pero de ahí a pensar que actué así porque me da asco…! Me encantaría que me explicase en qué momento exacto durante todos estos días le he dado a entender que lo que siento por ella es asco cuando lo que me pasa es justo lo contrario.

Si estaba tan emperrado en que no compartiésemos cama, es solo porque, si con el simple hecho de imaginarlo mi cuerpo reacciona como lo hace, no quiero ni pensar cómo estaré cuando tengamos que dormir en el mismo colchón. ¡Con dolor de huevos toda la noche! ¡Así es como voy a estar!

Las chicas lo tienen más fácil porque pueden disimular esas cosas, pero nosotros… Nosotros lo tenemos más complicado porque hay cierta parte de la anatomía masculina que siempre nos delata. ¡Mierda! ¡Estoy bien jodido! Es pensar en nuestros cuerpos enredados en una cama e imaginar todas las cosas que me gustaría hacerle… y se me forma una tienda de campaña capaz de dar cobijo a todo un batallón.

Gimo molesto al comprobar que por culpa de Lola siento una excitación constante. Esto me pasa por besarla; no, si en el fondo hasta me lo merezco, me está bien empleado porque sabía que era mala idea y, aun así, me dejé llevar y ahora estoy en un buen lío, pues, si antes ya me gustaba, desde que probé sus labios no he podido dejar de pensar en ellos y en las ganas que tengo de saborearlos una vez más.

¡Locura! ¡Eso es lo que Lola provoca en mí! Locura, atracción,

ternura y un deseo difícil de controlar, no asco.

Y como si no tuviese suficiente teniendo que lidiar con todo eso, va y me acusa de excitarme con la recepcionista. ¡Con la recepcionista, ni más ni menos! ¡¿Cómo puede ser tan inocente y tan poco perspicaz como para no darse cuenta de que ella es la única causante de revolucionar mi cuerpo y ponerme a cien?!

Admito que cuando me di cuenta en el ascensor de que se había percatado de mi erección, me preparé para disculparme y excusarme de mil formas diferentes, pero ¿lo de la recepcionista? Fue soltarme eso y me dejó KO.

Si en ese momento se planta delante de mí y me da una leche con toda la mano abierta, palabra que ni me hubiese inmutado. ¡Ni siquiera yo comprendo cómo conseguí controlarme lo suficiente como para no lanzarme a por su boca y obligarla a dejar de decir sandeces de una maldita vez demostrándole lo equivocaba que estaba!

Imágenes de lo más esclarecedoras sobre cómo habría sido ese momento se abren paso en mi mente y, enfadado conmigo mismo, pues me siento como un adolescente hormonado que no tiene ni un poquito de autocontrol, pongo el agua todo lo fría que me permite el grifo y me estremezco al sentirla deslizándose por mi piel.

Poco a poco mi cuerpo va enfriándose y mis músculos comienzan a distenderse. Con los ojos cerrados, continúo un rato más bajo el chorro disfrutando de esa agradable sensación de frescor hasta que, minutos después, relajado por completo, dejo escapar un suspiro de puro placer y decido que es el momento de abandonar mi escondite y enfrentarme a mi temido adversario. Sin prisa, me seco con una suave toalla y me la enrollo a la cintura antes de dirigirme a la habitación dispuesto a ganar el segundo *round*.

No obstante, contra todo pronóstico, Lola no aparece por ningún lado. Durante unos largos segundos mi corazón se acelera ante la posibilidad de que esté tan cabreada que se haya largado por su cuenta dejándome tirado, sin embargo, enseguida la descarto. Primero, porque Lola no es el tipo de persona que me haría una putada de ese tipo; segundo, porque cumplir la voluntad de mi abuelo es demasiado importante para ella y, por último, porque me basta echar un vistazo a mi alrededor para comprobar que tanto su equipaje como las llaves de Betty están todavía donde las dejó hace un rato.

Puede que haya querido algo de espacio, un poco de margen. Al igual que yo he necesitado unos minutitos a solas en la ducha para calmarme, es posible que a ella le haya sucedido lo mismo y decidiese salir a pasear.

Aprovecho para sacar ropa limpia de la bolsa, me visto con un vaquero oscuro y una camisa gris marengo que me remango hasta los codos y me siento en la terraza esperando a que regrese.

No tengo que esperar demasiado, y a pesar de ello, cuando algo más de media hora después escucho abrirse la puerta de la habitación, suspiro aliviado; darle tantas vueltas a la cabeza estaba empezando a agobiarme y ya no sabía qué hacer ni qué pensar para pasar el rato.

Me muero por arreglar las cosas y por que todo vuelva a la normalidad. No me gusta verla disgustada ni de mal humor y mucho menos si la causa soy yo. No obstante, no sé en qué punto se encuentra Lola, si todavía estará muy enfadada o si le apetecerá hablar.

Siempre he pensado que los tiempos de cada persona son diferentes y lo que quiero es disculparme, no forzar una nueva discusión, por eso, a pesar de que estoy deseando acercarme, en lugar de hacerlo, decido quedarme donde estoy. Soy un tipo paciente y puedo aguardar lo que sea necesario hasta que sea ella la que decida que le apetece comenzar una conversación.

—¿Estás ocupado? —Su voz resuena a mi espalda y, por suerte, parece mucho más calmada.

—Solo te esperaba —respondo volviendo la cabeza para mirarla.

Lola entra en la terraza y se deja caer en la otra hamaca.

—Yo… —decimos los dos a la vez.

—Perdona, empieza tú —ofrezco dedicándole una sonrisa conciliadora.

—No, no, tú primero —insiste ella negando con la cabeza.

—Solo quería disculparme por lo que pasó en la recepción. Tenías razón en lo de que monté una pequeña escena, a pesar de que no era esa mi intención.

—Yo también quería disculparme, me pasé un poco, no tenía derecho a ponerme así. No tendría que ofenderme por que no quieras compartir cama conmigo y tampoco debería habérmelo tomado como algo personal.

—No es que no quisiese compartir cama contigo. ¿De verdad pensaste, aunque solo fuera por un segundo, que siento hacia ti algún tipo de repulsión?

Por toda respuesta, ella se encoge de hombros.

—Si me mostré terco en conseguir dos camas, fue por ti, no por mí —miento y me preparo para soltar el discurso que llevo media hora ensayando.

—¿Por mí? —repite ella incrédula.

—Claro que sí. Pensé que podrías sentirte incómoda, por eso insistí tanto —miento de nuevo.

—¿Por qué iba a sentirme incómoda? Ya hemos dormido juntos varias veces —razona ella sin comprender ni tragarse mi intento de justificación.

—Las situaciones eran diferentes, no tenían comparación. La

primera noche compartimos habitación, pero dormimos en camas separadas —explico—. La segunda ni siquiera era una cama, sino un montón de paja seca por una causa de fuerza mayor.

Tiene lógica, en mi cabeza ese razonamiento, a pesar de ser un embuste más grande que la catedral de Notre Dame, tiene una lógica aplastante, pero a Lola no parece convencerla nada de nada.

—Dormir juntos es dormir juntos, ¿qué más da que sea en una cama, en un *camping*, en una caravana o en un pajar? —me espeta.

—La diferencia es evidente: en la choza necesitábamos protegernos de la tormenta, no nos quedaba otra opción; aquí, en un hotel lleno de habitaciones, las posibilidades eran varias…

—¿No será que el que se sentía incómodo eras tú? —pregunta ella con un brillo sagaz bailando en sus ojos.

¿He dicho antes que es inocente y nada perspicaz? Pues rectifico, no es perspicaz para lo que no le interesa, porque para lo que quiere, vaya si lo es…

—¡¿Yo?! ¡Qué va! —miento, miento de nuevo, miento tanto que Pinocho y yo somos poco menos que primos hermanos. Lo peor de todo es que mi voz suena de todo menos creíble y ya no sé qué más excusas dar.

—Yo no tengo ningún problema en compartir cama contigo, pero, si tú lo prefieres, podemos buscar disponibilidad en otro hotel —me ofrece algo incómoda.

—Si tú no tienes problema, yo menos aún —afirmo y fuerzo una sonrisa que se asemeja a una mueca torturada—. ¿Estamos bien? —pregunto a continuación alzando las cejas al tiempo que espero su respuesta.

—Estamos bien —confirma Lola asintiendo y despliega una sonrisa tan dulce y luminosa que me da un vuelco el corazón.

La contemplo durante unos segundos dando gracias mentalmente por que haya obviado (a propósito) el tema de mi inoportuna erección.

—¿Te apetece que salgamos a cenar algo por ahí y a dar una vuelta por el pueblo? —propongo, deseoso de cambiar de tema y abandonar esta conversación.

—Me apetece un montón —asegura ella levantándose casi de un salto de la tumbona—. Dame quince minutos para darme una ducha y enseguida estoy preparada.

La veo coger algunas cosas en la habitación antes de desparecer dentro del cuarto de baño y me recuesto de nuevo en la tumbona. El cómodo colchón que la cubre se adapta al cuerpo de una forma que es una gozada y, ahora que las cosas entre nosotros se han calmado, por fin puedo relajarme y disfrutar de las vistas, del sonido del mar y de esta hermosa puesta de sol.

Tan a gusto me siento que pierdo la noción del tiempo y la voz de Lola me coge por sorpresa sobresaltándome cuando la oigo afirmar:

—Lista, cuando quieras, podemos marcharnos.

Incauto de mí, me pongo en pie enseguida sin pensarlo y me giro hacia ella sin imaginar que no estoy ni un poquito preparado para lo que me voy a encontrar.

Nunca, y de verdad que no exagero cuando digo que nunca en toda mi vida me he quedado con la cara de imbécil que tengo ahora al encontrarme de frente con la imagen de Lola, que está todavía (y mira que es complicado) más bonita de lo que recuerdo haberla visto jamás.

Mis ojos la recorren de arriba abajo con un hambre y un deseo imposibles de disimular.

Lleva el pelo todavía algo húmedo y suelto sobre los hombros enmarcando un rostro limpio de maquillaje, con apenas un poco de rímel y una raya dibujada en la parte interior de los ojos que resalta el impactante gris de estos volviéndolos incluso más intensos y profundos de lo que ya son, y dejando todo el protagonismo en la nívea y suave piel de su rostro a las graciosas pecas que adornan pómulos y nariz.

Sus labios, una auténtica perdición, relucen bajo un sutil, discreto y transparente brillo que los convierte en una fruta tan prohibida como tentadora.

Mi mirada desciende con avidez por su cuerpo y noto como se me seca la garganta y me olvido de respirar en el momento en que mis ojos acarician sus hombros desnudos antes de llegar al precioso y vaporoso vestido azul eléctrico que se prolonga hasta los tobillos contrastando con el tono pálido de su piel.

Creo que acabo de morir; no lo creo, en realidad, estoy seguro de que he muerto y estoy teniendo una visión. Lo malo es que no sé si he ido al cielo y lo que tengo ante mí es un ángel o si he entrado directo en el infierno y me encuentro ante un demonio que va a ser mi ruina. Y lo más grave es que cualquiera de las dos opciones me parece fenomenal con tal de tenerla junto a mí.

Ahora mismo me siento como si ella fuese una sirena y yo un pobre marinero al que acaban de robarle todo rastro de voluntad. Y lo peor de todo es que, si ese fuese el caso, encantado me dejaría arrastrar al fondo y perecería ahogado con tal de poder contemplarla un solo segundo más.

—¿Estás bien? —susurra Lola en el momento en que nuestras miradas se encuentran de nuevo al ver que no reacciono y me he quedado alelado.

—Yo, bien, tú … —Hablo con monosílabos y niego con la cabeza como si acabase de regresar a la época de las cavernas y me resultase

imposible expresarme mejor—. Ese vestido es… —Lo intento de nuevo y, en vez de mejorarlo, me aturullo más. Al final voy a terminar la noche poniéndome un capítulo de *Barrio Sésamo* para aprender de nuevo a hablar.

—Gracias. —Lola sonríe feliz ante mi intento de piropo—. Lo compré en una tienda que hay al lado del hotel cuando salí a pasear.

Con gracia y desparpajo, da una vuelta sobre sí misma mostrándome su adquisición. El vestido deja a la vista parte de su espalda. Una espalda que me encantaría acariciar.

De repente, el calor que hace en la habitación se me antoja insoportable.

—Estás preciosa. —¡Por fin consigo pronunciar dos palabras con sentido y me siento orgulloso de mi hazaña! Bien por mí, reto conseguido, ahora necesito salir de aquí—. ¿Nos vamos? —pregunto señalando la puerta con voz algo ahogada.

—Cuando quieras —responde ella y se agarra de mi brazo cuando llego a su lado.

Tengo la camisa puesta y, a pesar de ello, el calor que transmiten las yemas de sus dedos a través de la tela me hace temblar de placer. Esta mujer es una hoguera y yo un trocito de madera a su merced.

Salimos del hotel y agradezco el golpe de aire que nos recibe en cuanto ponemos un pie en el exterior. Es un aire cálido, pero viene impregnado por el olor de las gardenias que adornan y engalanan los parterres del jardín y su fragancia resulta de lo más agradable y embriagadora.

Salimos del perímetro del hotel y comenzamos a caminar por el paseo que se extiende junto a la playa contemplando entusiasmados la belleza que tenemos a nuestro alrededor.

Varios artistas acaban de crear dos esculturas gigantes de arena que representan con todo lujo de detalles las pirámides de Egipto y a una leona jugando con sus crías a la sombra de la vegetación, y los dos nos detenemos un buen rato a observarlas fascinados.

—Es impresionante. Me pregunto cómo conseguirán hacer esta maravilla —murmura Lola sin apartar los ojos de ambas representaciones.

—Es evidente que tienen un don —respondo impresionado por el realismo que consiguen imprimir estos artistas a sus obras.

Continuamos caminando durante un rato hasta vernos inmersos en el mágico casco viejo del pueblo.

Si la zona de la playa es hermosa, esto es una preciosidad: calles estrechas, de no más de tres metros de ancho, repletas de casitas de una, dos o tres plantas todas ellas pintadas de un cuidado e impoluto color blanco con sus puertas y ventanas en azul. Calzadas adoquinadas, tiendas de suvenires y pequeños bares que no cuentan

con más que unas pocas mesas se dejan ver por doquier.

El ambiente también es excepcional. Mires a donde mires puedes encontrar gente de todas las edades disfrutando de la deliciosa noche que tienen por delante. Las conversaciones animadas y las risas se entremezclan con el sonido de la música que sale de algún bar, y los cables con bombillas y luces colgados sobre nuestras cabezas confieren a las calles cierta intimidad, lo que es un lujo.

Tanto Lola como yo estamos hambrientos, así que decidimos tomar asiento en unos taburetes delante de un pequeño barril y deleitarnos con un surtido de pescaditos de la zona que nos saben a gloria mientras charlamos comentando anécdotas del viaje sin dejar de reír.

Ella me habla de mi abuelo y yo le cuento también alguna de las aventuras que viví con él. El tiempo pasa volando y a mí me parece que mi corazón se eleva con él. Así es como me siento cuando estoy con ella: ligero, sin equipaje, como si en cualquier momento pudiese alzar el vuelo y recorrer el cielo. Lola es el impulso; las alas que necesito para despegar.

Poco después, cuando nuestro apetito está saciado y no podemos probar ni un solo bocado más, nos ponemos de nuevo en marcha, en dirección esta vez al castillo del papa Luna, que se alza ante nosotros imponente, iluminado y vigilante con el pueblo a sus pies.

Para nuestra sorpresa, el sendero que asciende hasta él está a ambos lados repleto de pequeños puestos en los que se vende todo tipo de artesanía en plata y piel, recuerdos, ropa, algunos juguetes hechos a mano, especias e incluso comida.

Hay tantos que Lola ni siquiera sabe a dónde mirar y camina de uno a otro, parándose en todos, charlando con los vendedores y contemplando admirada los diferentes artículos sin detenerse siquiera a pestañear.

Está tan contenta que irradia felicidad. La observo ensimismado, contagiado de su entusiasmo e intentando grabar en mi memoria su imagen, su sonrisa, su forma de colocarse el pelo tras la oreja para recordarlo todo cuando este viaje termine y no pueda verla más.

La idea de ese momento me resulta dolorosa, muy dolorosa y, tal y como he aprendido a hacer con todas las cosas que me hacen daño, la aparto sin más. No quiero pensar, sé que ese instante antes o después llegará, pero hoy no quiero planteármelo, no quiero imaginarme el futuro ni lo que vendrá. En este momento, esta noche, tan solo existe el presente y quiero saborearlo como si el mundo fuese a terminar.

Capítulo 21

Bajo la luna de plata

Lola

Anillos, pulseras y collares, la mayoría trabajados a mano, brillan ante mis ojos intercalándose con los sencillos juguetes de madera artesanales, las especias, los perfumes naturales e incluso los pareos y los fulares de otros puestos.

Hay tantas cosas que no sé a dónde mirar, camino de un puesto a otro contemplando todas las maravillas que se extienden frente a mí bajo la atenta mirada de David, que me sigue sin decir nada y sin dejar de sonreír.

En uno de los puestos, una pulserita, formada por pequeños cubos de madera de diferentes colores engarzados con enganches de plata, llama mi atención; la cojo con cuidado y la sostengo entre los dedos admirando las piezas elaboradas con mimo y esmero.

—Es muy tú, te la regalo para que tengas un recuerdo —afirma David. Luego la coloca alrededor de mi muñeca antes de pagar al vendedor.

Podría decirle que no necesito algo físico para recordar todos los momentos que estoy viviendo a su lado, pero el roce de las yemas de sus dedos sobre mi muñeca provoca una pequeña descarga eléctrica que vuela hacia cada célula nerviosa de mi cuerpo robándome las palabras y haciéndome enmudecer.

Lo descubro contemplándome de reojo una vez reanudamos el paso, su mirada cálida y profunda se encuentra con la mía y, a pesar de no tener frío, noto como se me eriza la piel.

Continuamos en silencio, uno al lado del otro, hasta que nos acercamos de nuevo al paseo de la playa.

—Podríamos volver por la orilla del mar —sugiero.

—Vas a mojarte el vestido —me advierte y me regala una sonrisa de medio lado.

—No me importa —aseguro descalzándome ante la atenta mirada de David, que no tarda en imitarme.

Juntos caminamos hasta la arena mojada y suspiro de puro placer. Me encanta sentir su contacto contra mi piel, el olor a sal que la brisa marina arrastra inundando nuestros sentidos y el sutil brillo que refleja sobre el agua esa preciosa luna de plata que reina en la inmensidad del cielo. Disfruto del sonido de las olas que rompen contra la orilla y de las pequeñas gotas de agua que nos alcanzan de cuando en cuando mojándonos la piel.

—¿Tienes frío? —susurra David aproximándose un poco más a mí.

—Para nada —asevero en el momento exacto en que una ola algo más audaz que las demás nos alcanza empapándonos hasta las rodillas.

—¡Te dije que te ibas a mojar! —exclama divertido al ver como el vestido se me pega a la parte inferior de las piernas.

—No me importa —respondo con total sinceridad—. Vale la pena solo por disfrutar de este momento.

Y es cierto: no me importa para nada; en realidad, estoy encantada. El aire que nos rodea es cálido, y el agua, templada tirando incluso a caliente, todo lo contrario a la temperatura del Atlántico en el que tanto disfruto bañándome cada verano y a la que estoy tan acostumbrada. ¡Es tan agradable sentir la caricia de la marea sobre mi piel que por mí como si me moja de la cabeza a los pies! Total, es cierto que no tenemos toalla ni ropa seca, pero estamos casi enfrente del hotel.

De hecho, estoy pensando que…

—¿Alguna vez te has bañado de noche en el mar? —pregunto como quien no quiere la cosa, dejando el calzado apoyado sobre la arena.

—¡Claro que no! ¡Si no me emociona demasiado hacerlo de día, mucho menos en medio de la oscuridad! ¿Y tú? —pregunta el pobre incauto, que todavía no parece haberse percatado de mis intenciones.

—No, en Coruña el agua y la temperatura no acompañan para hacer algo así, sin embargo, aquí…

—Ni lo pienses, que te conozco —me advierte parándose en seco y señalándome con el dedo.

—¿No me digas que no te entran ganas de meterte? —lo reto alzando las cejas repetidas veces.

—No, ni unas poquitas.

—¿Seguro? —insisto echando a caminar de nuevo y me adentro con disimulo en el mar un par de pasos.

—Seguro no, segurísimo; es más, no entiendo por qué a alguien en su sano juicio podría apetecerle hacer algo así.

—Porque iluminado por la luna parece infinito —susurro con aire soñador adentrándome un paso más.

—Lola, ni se te ocurra.

—Mágico y misterioso —sigo diciendo sin dejar de adentrarme de

espaldas al agua, con la vista clavada en él.

—Lola, no lo hagas. —Su voz es una mezcla de amenaza y súplica que me incita todavía más a llevarle la contraria.

El agua ya me llega algo más arriba de la cintura e, ignorando su expresión preocupada, me dejo caer hacia atrás sumergiéndome de lleno.

Buceo durante unos segundos hasta que permito que mi cuerpo se relaje adaptándose y mimetizándose con el entorno que me rodea. Es una gozada, una sensación placentera de calma y tranquilidad se instala en mi pecho recorriéndome el cuerpo entero y sumiéndome en un estado de calma y paz. Durante un instante, evoco el recuerdo de Joaquín; estoy segura de que le habría encantado la experiencia de bañarse en plena noche a la luz de la luna en el mar. Después, cierro los ojos poniendo la mente en blanco y dejándome mecer por la suave corriente del agua que me acuna hacia delante y hacia atrás. Me encuentro en la gloria, esto es el paraíso, por ello, a pesar de que la falta de aire comienza a provocarme un ligero ardor en el pecho, trato de alargar el momento todo lo que puedo aguantar. Solo cuando la escasez de oxígeno comienza a resultarme dolorosa, me impulso en el suelo y salgo al exterior para inhalar con fuerza y sentir el aire tibio de la noche golpeándome de nuevo la cara.

—¡Estás loca! ¿Quieres matarme de un susto? —Los gritos asustados de David me reciben rompiendo la tranquilidad de la noche.

Así, en el mar, con el agua cubriéndome hasta los hombros, lo observo asombrada. Debo de haber estado sumergida más tiempo del que imaginaba y no sé qué me sorprende más, si verlo gritando como un energúmeno o que se haya metido en el agua.

—Estoy bien —aseguro todavía con la respiración entrecortada a causa del esfuerzo.

—¿Que estás bien, dices? ¡Como te ponga las manos encima vas a dejar de estarlo! —me amenaza. Después, me agarra con fuerza ambos brazos—. ¡¿Tienes idea de la angustia que me has hecho pasar?! ¡¿Es que te has propuesto matarme de un ataque o algo así?!

Su voz suena ronca y desesperada y el calor que desprenden sus manos sobre mi piel me resulta abrasador, tanto que, a pesar de estar sumergida casi por completo en el agua, siento que todo mi cuerpo entra en combustión. Mis ojos persiguen el movimiento rápido de su pecho que sube y baja a toda velocidad, presa de su acelerada respiración, antes de elevarse para chocar con los suyos, que parecen haberse convertido en dos pozos verdes sin fondo en los que siento que me ahogo sin poder escapar. Las gotas de agua que salpican su piel brillan bajo el manto de la luna, que ilumina su rostro creando un juego de sombras y luces plateadas que le confieren un aspecto casi irreal.

Una de esas gotas desciende solitaria desde su frente y, sin apartar la vista de esa mirada que me tiene embrujada, extiendo la mano para atraparla con la yema de mi dedo acariciando su mejilla con suavidad al pasar.

Su gesto se endurece, aprieta los labios con fuerza y su espalda se tensa todavía más. El enfado da paso al deseo que envuelve esos iris que no puedo dejar de mirar y un jadeo escapa de mis labios cuando lo escucho murmurar:

—¡A la mierda!

Sin darme tiempo a reaccionar, David recorre los escasos centímetros que nos separan y secuestra mi boca con voracidad. No es un roce sutil ni delicado como el de los molinos. Es más bien un reclamo desesperado ante el que yo no me hago de rogar.

De forma automática, me aferro a su cuello y, a pesar de la ropa mojada, mis piernas rodean su cintura sin dificultad. Sus manos apresan mi culo y me aprietan contra su cuerpo haciéndome notar lo excitado que está.

Sus labios reclaman, sus dientes atrapan mi labio inferior y mi lengua sale al paso de la suya en una caricia tan íntima como sensual en la que las dos entregan y exigen tanto como dan.

El deseo se vuelve doloroso cuando comienza a restregarse contra mí, sin cesar en ningún momento de besarme. Siento como una de sus manos se cuela entre nosotros y empieza a acariciarme por encima de las braguitas haciéndome descubrir que se puede morir de placer sin llegar a perder la vida.

Me falta el aliento, no puedo respirar, necesito insuflar algo de oxígeno a mis pulmones y, buscando una bocanada de aire fresco, echo la cabeza hacia atrás. Momento que él aprovecha para recorrer mi cuello con la lengua y los dientes mientras sus dedos, sin detenerse, siguen enviando oleadas de placer a todo mi ser.

—O paro ahora o después no sé si seré capaz —sisea entre dientes con voz ahogada.

—Como se te ocurra detenerte, te juro que te ahogo en el mar —lo amenazo entre gemidos ganándome un mordisco y una risa ronca de lo más sensual.

Sin dejar de acariciarme y volviendo a atrapar mis labios en un beso que rezuma pasión, consigue sin demasiado esfuerzo desabrocharse el pantalón.

—Mírame —exige a la vez que aparta mis braguitas y se coloca en el punto exacto de entrada a mi cuerpo.

Lo hago. Lo miro, mis ojos se unen a los suyos en un infinito océano de verdes imposibles de definir, justo en el momento en que, de una estocada, se introduce en mi interior.

Un grito gutural escapa de su garganta y me aprieto más contra él.

Me siento plena y, cuando comienza a moverse, creo que voy a enloquecer.

Sus primeros movimientos son más lentos y pausados; después, al tiempo que nuestra respiración se acelera, el ritmo de las embestidas lo hace también. Las sensaciones son brutales y, con cada nuevo envite, me siento desfallecer.

David susurra mi nombre y aprieta mis nalgas a la vez que su lengua acaricia mis labios, que enseguida se abren para él.

Mi cuerpo se tensa, los latidos ya erráticos de mi corazón se descontrolan todavía más y siento una incontrolable explosión de placer que soy incapaz de soportar. El orgasmo me arrasa con fuerza transportándome a las estrellas y devolviéndome después al mar, convirtiendo mi cuerpo en una madeja de brazos y piernas que apenas podrían mantenerse en pie y haciéndome sentir completa y amada como no me he sentido jamás.

David acelera el ritmo todavía más, se agarra a mí como si estuviese a punto de morir y yo fuese su última baza para lograr sobrevivir. Siento como su miembro se tensa y, bajo la luz de las estrellas, con un gemido tan primitivo como sincero, se derrama dentro de mí.

Segundos después, todavía en la misma posición y haciendo un esfuerzo por controlar su respiración, apoya la frente en el hueco de mi cuello y deposita en ese lugar un suave beso y es aquí, en este segundo, con sus labios rozando mi piel, rodeados del mar y las estrellas, cuando descubro que el hombre que me rodea con sus brazos ocupa ya mi corazón.

Despacio, con cuidado, me deja sobre la arena y besa mis labios una vez más. Sus manos enmarcan mi rostro y alzo la cabeza para enlazarme con sus labios, que se funden con los míos en un beso que lo dice todo sin palabras y que ninguno de los dos tiene prisa por terminar.

—Tengo que reconocer que esto de los baños nocturnos acaba de convertirse en una de mis actividades favoritas… —susurra sobre mis labios.

—¿Solo en una de tus favoritas? —lo interrumpo haciéndome la ofendida.

—Vale, es la primera en mi lista de actividades favoritas —concede y me regala una sonrisa cargada de lujuria que me hace comenzar a temblar otra vez—. Pero, aun así, creo que deberíamos volver al hotel —afirma entrelazando sus dedos con los míos. Corremos hacia la orilla, donde nos besamos otra vez. Sus manos acarician mis hombros, las mías recorren sus mejillas y se pasean sobre su camisa mojada, que se pega a su cuerpo como una segunda piel.

Entre risas y complicidad, con los zapatos en la mano y completamente empapados, chorreando de la cabeza a los pies,

caminamos a trompicones, sin separarnos el uno del otro e incapaces de dejar de besarnos con la urgencia de un amor furtivo que no se puede frenar hasta que llegamos al recinto del hotel.

Atravesamos el jardín inspirando el aroma de las magnolias y el jazmín y, cogidos de la mano, accedemos al vestíbulo.

No nos detenemos ante la mirada incrédula de la pareja de ancianos que abandona el edificio en dirección al exterior ni nos inmutamos cuando el recepcionista nos observa pasmado sin saber si saludar o hacer como que no nos ve.

Conteniendo la risa a duras penas, aceleramos el paso en dirección al ascensor. El pequeño espacio nos sirve de refugio y, antes de darle tiempo siquiera a David de pulsar el botón, me lanzo de nuevo a su boca, hambrienta de esos labios que se han convertido en una especie de droga de la que no consigo prescindir.

Cuando las puertas se abren, sin soltarme, me empuja hacia el pasillo. Su lengua saborea la mía con ternura: explorando, acariciando, haciéndome gemir de placer y volviéndolo todo borroso a nuestro alrededor.

Todavía no sé cómo conseguimos entrar en la habitación ni cómo recorremos los metros que nos separan de la cama; de lo único de lo que soy consciente es de que me dejo caer sobre el colchón con su mirada clavada en la mía y miles de sentimientos ganando terreno en mi alma y mi corazón.

Sus ojos, oscuros, penetrantes y cargados de anhelo, me secan la garganta. Los míos recorren su cuerpo, que trepa sobre el mío mientras mis dedos temblorosos tratan de desabrochar los botones de esa camisa que se pega a su cuerpo convirtiéndose en una molesta segunda piel. Libre por fin de la prenda, acaricio con fruición cada músculo de su cincelado pecho y recorro su abdomen disfrutando al verlo contraerse a causa del placer.

Sus labios recorren el camino que su lengua traza desde mi garganta hasta la clavícula, donde, con sus posesivos dientes, marca mi piel con verdadera veneración. Sus manos bajan la parte superior de mi vestido dejando mis pechos al descubierto, expuestos ante él, que se sienta a horcajadas sobre mis caderas inmovilizándome mientras los observa con hambre y una sonrisa de satisfacción.

Enseguida, sin perder tiempo, como si cada segundo sin tocarme fuese una eternidad, atrapa mis pezones, tira de ellos y los pellizca a la vez, al mismo tiempo que sus ojos recorren mi rostro anhelando una reacción por mi parte. Reacción que obtiene en forma de un profundo gemido que escapa de mi garganta haciéndome temblar de anticipación y excitación. Me revuelvo bajo su cuerpo intentando mitigar la necesidad que se acentúa entre mis piernas volviéndose casi insoportable.

Su mirada se oscurece todavía más y asiente con satisfacción antes de inclinarse sobre mí para tomar uno de mis pechos entre sus dientes mientras tortura el otro con sus dedos pellizcándolo una y otra vez sin compasión.

Me retuerzo y de nuevo intento revolverme, pero el peso de su cuerpo no me permite ningún margen de acción. Su rodilla se cuela entre mis piernas incitándome a separarlas y de inmediato obedezco y me abro para él.

Entonces, su mano se cuela veloz por debajo de mi vestido y golpea con suavidad mi dolorido clítoris por encima de la ropa interior.

De forma inconsciente, me tenso y contengo la respiración. La palma de su mano se frota contra mi zona más sensible y siento que voy a explotar de placer.

Con la vista nublada por el deseo, busco el botón de sus vaqueros; la ropa comienza a convertirse en una barrera que hay que eliminar y, en cuanto adivina mi intención, en cuestión de segundos sus hábiles manos me despojan de mi vestido y luego se deshacen de su pantalón.

Lo contemplo, desnudo por completo y más duro que el hormigón, y mi vagina comienza a palpitar de anticipación.

Con suavidad, él acaricia de manera ascendente la cara interna de mis muslos instándome a abrirme todavía más. En el momento en que lo hago, sus dedos se enredan en el fino encaje de mis braguitas y, de un tirón, las rasgan antes de introducir uno de ellos en mi interior.

Tengo los labios hinchados a causa de sus besos, los pezones endurecidos y apenas consigo controlar los frenéticos y desacompasados latidos de mi corazón. Mi estado es lamentable, no obstante, en cuanto lo contemplo, comprendo que él no está mucho mejor.

Mi mano busca su miembro y lo agarro con firmeza antes de comenzar a moverlo con suavidad. David cierra los ojos con fuerza y aprieta la mandíbula mientras su pecho sube y baja cada vez más rápido.

Encantada por hacerle perder el control, acelero poco a poco y él responde introduciendo dos dedos en mi cuerpo y haciendo círculos en su interior. Nos mantenemos la mirada en un duelo de placer en el que ninguno de los dos quiere ni puede perder.

Nuestra errática respiración se vuelve pesada y el deseo de unirnos en un solo ser se vuelve una necesidad que no podemos posponer.

—Sé que en la playa no utilizamos protección… —murmura con voz ronca.

—Tomo la píldora desde hace años —respondo en tono ahogado.

—Entonces podemos…

—¡Sí, pero hazlo ya! —exijo dejándome llevar por el ansia de sentirlo de nuevo dentro de mí.

—Te has vuelto un poco mandona —ronronea él con una voz de lo más sensual al tiempo que se coloca en el centro de mis piernas y besa mis labios con pasión—. Nunca me ha gustado demasiado acatar órdenes, siempre he preferido darlas, pero, en este caso, será un placer —susurra en mi oído y muerde el lóbulo de mi oreja antes de enlazar su mirada con la mía y comenzar a penetrarme muy despacio, lentamente, torturándome y llevándome al límite de mis fuerzas todo a la vez.

—Joder, qué apretada estás —gruñe empujando con fuerza para alcanzar mayor profundidad.

Gimo enredando el edredón entre mis manos y arqueo la espalda echando la cabeza hacia atrás. Por respuesta, él sale del todo y, tan despacio como la primera vez, vuelve a entrar.

—Vas a matarme —protesto entre jadeos.

Él se ríe entre dientes antes de afirmar:

—Sería una pena, ni siquiera acabamos de empezar.

Como demostración a las palabras que acaba de pronunciar, agarra mis piernas por debajo de las rodillas, las eleva y me embiste una vez más. En esta posición, la sensación es brutal. El placer es tan intenso que siento que mi cuerpo está a punto de romperse en pedazos que ni siquiera voy a poder encontrar.

Sujetándome con fuerza, David me penetra una y otra vez hasta que siento que no puedo más. El orgasmo está tan cerca que puedo notarlo ya, mi cuerpo se tensa y, justo antes de estallar, él se detiene y sale de mi interior dejándome con las ganas y aumentando mi necesidad. Gimo en señal de protesta, pero él frota sus manos contra mis pechos y, sin dejar de acariciarme, con voz sugerente me ordena que me coloque boca abajo.

Sin perder un momento, me giro en el colchón y él cubre mi cuerpo con el suyo introduciendo un brazo por debajo de mi cadera para elevarla.

Lo dejo hacer, su mano se introduce entre mis piernas acariciándome para forzarme a separarlas. Lo hago, soltando un gemido de placer al que él corresponde masajeando mis nalgas antes de comenzar a acariciar con su glande mi hendidura y mi monte de Venus una y otra vez.

Jadeo buscándolo, pero él juega conmigo provocándome sin llegar a darme lo que quiero y estoy deseando obtener.

—Quiero que grites mi nombre cuando te corras para mí —susurra penetrándome con tanta fuerza que un latigazo de placer me recorre el cuerpo entero haciéndome apretar la cara contra el colchón.

David comienza a moverse dentro y fuera de mi cuerpo, cada vez con más fuerza e intensidad y, al tiempo que una de sus manos sujeta mi cadera, la otra se cuela entre mis piernas y me da golpecitos en el

clítoris mientras me folla sin darme tiempo ni a respirar.

—¡Joder! —exclama al sentir como los músculos de mi vagina se contraen contra él apretándolo y llevándolo a un estado en el que ninguno de los dos se puede contener.

Me siento llena, plena. Mi cuerpo y el suyo son como dos mitades separadas hace años que se acaban de reencontrar. Encajan, se conocen y se complementan.

Me retuerzo de anhelo y felicidad. Sus dedos, posesivos, se mantienen firmes sobre mi cadera inmovilizándome mientras, tras una nueva penetración, grito su nombre al advertir como un demoledor orgasmo me fulmina haciendo que sienta que me elevo del suelo y puedo volar. David se inclina sobre mi espalda y, segundos después, por segunda vez esta noche lo noto dejarse ir, ligero y poderoso en mi interior.

Permanecemos así, quietos, en silencio, envueltos por el sonido de nuestras respiraciones y me siento completa, poderosa y bien hasta que, cuando poco después abandona mi cuerpo, me invade una extraña sensación de frío y pérdida que solo consigo mitigar al recostarme sobre su pecho y sentir el rítmico y todavía algo alterado sonido de los latidos de su corazón.

Cierro los ojos e inspiro con fuerza intentando calmar los nervios que me asaltan cuando comprendo que, por mucho que quiera repetirme lo contrario, lo que acaba de ocurrir, el sentimiento que me atrapa y me deja descolocada y sin respiración, lo que experimento cada vez que me veo reflejada en su mirada no es solo atracción, sino mucho más, algo que nunca había sentido de esta forma: es amor. Un amor puro, verdadero y brutal que ni siquiera sabía que existía, pero al que ya no quiero renunciar jamás.

Capítulo 22

Una bofetada de realidad

David

La misma oscuridad envuelta en humo, la humedad de siempre que traspasa la ropa penetrando en mi cuerpo y calándome hasta lo más profundo de los huesos, el inconfundible olor a sangre y pólvora que se entremezclan inundándolo todo con su hedor.

Camino despacio, con la certeza de que algo no está bien; me lo dice mi instinto, me lo grita cada una de las partículas del cuerpo y, de repente, a mi espalda, ¡buuum! Todo explota, las piedras comienzan a desprenderse del techo y las llamas lo ocupan todo.

El sonido de los disparos se fusiona con los gritos de dolor y auxilio que me perforan los tímpanos haciéndome temblar de miedo y confusión.

Al momento, algo impacta contra mi estómago y me impulsa hacia atrás, haciendo que me doble de dolor. Trato de aguantar, necesito permanecer en pie, pues los gritos se vuelven cada vez más angustiosos y desesperados. Me llevo la mano a la zona dolorida y siento la humedad pegajosa de la sangre que me empapa la ropa y se desliza entre mis dedos.

Casi no puedo respirar, me falta el aliento; no obstante, me obligo a no desfallecer, por lo que me apoyo contra algo buscando entre el humo, e intento seguir el sonido de sus voces. No puedo rendirme, no puedo fallar y, justo entonces, cuando una barrera de fuego se eleva ante mí, los distingo más allá de ella.

Solo que esta vez no son ellos. Contemplo horrorizado su rostro pálido y esos expresivos ojos grises ahogados por el terror. Tumbada en el suelo, Lola extiende su mano en mi dirección e intento avanzar para alcanzarla, pero se me nubla la vista y no soporto el dolor.

Desesperado, me tumbo en el suelo y procuro arrastrarme en su dirección, la impotencia me corroe al ver como el fuego se acerca a ella más rápido que yo e intento acelerar mientras el calor abrasador de las llamas amenaza con consumirnos a los dos. Siento que las

fuerzas me abandonan, pero resisto porque me falta poco, tan solo unos metros, para sacarla de ahí. Casi puedo rozar las puntas de sus dedos cuando una nueva explosión la lanza por los aires alejándola de mí y empujándola contra el fuego, que devora su cuerpo sin compasión entre sus gritos de dolor.

—¡Nooo! —sollozo abriendo los ojos de golpe con el corazón martilleándome furioso contra el pecho y el cuerpo empapado en sudor.

De inmediato, giro la cabeza e inspiro con fuerza aliviado al ver a Lola tranquila, segura y apaciblemente dormida a mi lado.

Despacio, vuelvo a tumbarme e intento apaciguar mi desbocada respiración.

«Un sueño. Solo ha sido un maldito sueño», pienso pasándome la mano por la cara para secar las lágrimas a la vez que, enfadado, aprieto la mandíbula con fuerza tratando de calmarme.

¿Cuándo cesarán de atormentarme estas odiosas pesadillas? ¿Cuándo desaparecerá este sentimiento de culpa? ¿Cuándo se irá este dolor y podré vivir en paz?

La respuesta es tan terrible como real.

Nunca, eso jamás ocurrirá. Yo estoy vivo y ellos no lo están y este dolor que nunca se aplaca es el precio que tengo que pagar. Hace tiempo que he comprendido que, aunque mi cuerpo aquella fatídica noche logró escapar, parte de mi alma se quedó atrapada allí con ellos y esas llamas siempre la devorarán.

Todavía alterado, me vuelvo de nuevo para contemplar a Lola. Ella es todo dulzura y paz.

Parece un ángel, con su melena pelirroja esparcida sobre la almohada y ese rostro sereno que transmite tanta tranquilidad.

Las yemas de mis dedos acarician con cuidado su mejilla y los recuerdos de la noche anterior me atacan sin piedad.

Intenté resistirme, llevo varios días controlando mis impulsos, pero anoche no pude más.

Nuestro encuentro en la playa fue épico, por un momento me sentí vivo como nunca antes me había sentido, y después, cuando llegamos al hotel… He estado con mujeres, no es que haya sido un monje ni nada por el estilo, pero ninguna de ellas había calado en mí ni una décima parte de lo que Lola lo ha hecho. Esta pelirroja testaruda, divertida y preciosa ha conseguido colarse en mi interior y ganarse un hueco en mi malherido corazón, por mucho que me he esforzado en evitarlo.

Sin embargo, lo más intenso, lo más sobrecogedor, todavía estaba por llegar cuando, ya más calmados después del desquite inicial, nos unimos de nuevo disfrutando de cada sensación, de cada caricia y de cada beso. Fue como si su cuerpo y el mío hubiesen nacido para

encajar, sentí que me estaba entregando su alma y que esta se fundía con la mía haciéndome renacer y alcanzar la paz.

Lo que siento a su lado es magia, una magia que nunca pensé que pudiese existir o, en el caso de hacerlo, nunca creí que pudiese afectarme a mí.

No soy un idiota y, por mucho que intenté negármelo, esta madrugada, mientras la tenía entre mis brazos, no me quedó más remedio que admitir que este sentimiento que me recorre el pecho al mirarla, el hormigueo que su risa provoca en mi estómago o la sensación de plenitud y bienestar que viaja por mi cuerpo al rozar su piel no es atracción, no es solo algo físico, sino mucho muchísimo más. Y eso, a pesar de ser maravilloso, fue como recibir una bofetada de realidad.

Porque sí, es cierto que Lola ha conseguido despertar algo diferente en mí. La quiero, no voy a negarlo, me he enamorado de ella como un imbécil. El problema es que eso es justo lo que no podía ocurrir, ya que, aunque una parte de mí haya logrado volver a sentir, sigo siendo el mismo juguete roto en el que aquella infernal noche me convertí.

Las pesadillas, los ataques de pánico, la culpa… son sentimientos que siempre van a habitar en mí convirtiéndome en una persona incompleta que jamás podrá permitirse el lujo de ser feliz. ¿Cómo serlo si ellos ya no tendrán esa oportunidad? Ni lo merezco ni me lo puedo permitir, la culpa por ello sería tan grande que no me permitiría vivir.

Lola no merece estar con un tipo como yo. Debe estar con alguien que le dé alas para volar y la mayoría de las veces yo ni siquiera soy capaz de levantar los pies del suelo para caminar. Ella merece vivir con una persona que le entregue un corazón completo y yo solo podría darle los pedazos dañados de lo que el mío un día fue y nunca volverá a ser.

La angustia comienza a echar raíces en mi pecho; la observo conteniendo el aliento y acaricio su mejilla una última vez.

La quiero, no tengo ninguna duda de que la quiero, y precisamente por ese motivo sé lo que tengo que hacer.

Esto que ha pasado bajo ningún concepto puede volver a suceder. Sería egoísta arrastrarla a este mundo de sombras en el que me esfuerzo por sobrevivir, terminaría apagando su luz y eso sí que nunca me lo podría perdonar.

Enajenado y furioso por esta nueva trampa del destino, cojo un vaquero y una camiseta y salgo rápido de la habitación. No puedo permanecer más tiempo a su lado. Tenemos que acabar con esto, cuanto antes, mejor que mejor.

Llevo varias horas en el bar del hotel, apenas son las nueve de la mañana y ya me he tomado tres cafés, un agua fría y dos Coca-Colas. Así que para cuando Lola por fin aparece tengo tanto líquido en el estómago que podría navegar en un transatlántico.

Parece extrañada, pero, aun así, esboza una bonita sonrisa al encontrarme aquí.

—Buenos días, saliste sin avisar. —Se acerca para darme un beso y yo aparto la cara con gesto duro y sin titubear.

—Un poco temprano para haberte tomado todo eso —murmura y frunce el ceño.

Ignoro el comentario y le dirijo una mirada tan gélida que la pobre da un paso hacia atrás.

—Siéntate, tenemos que hablar —ordeno con firmeza.

—¿Qué pasa? —pregunta tomando asiento frente a mí, cada vez más en guardia y con la espalda envarada.

La observo durante unos segundos antes de atreverme a abrir la boca. Sé que una vez comience no habrá marcha atrás y me encantaría no tener que decir ninguna de las palabras que voy a pronunciar, pero llevo horas dándole vueltas a la cabeza y, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que esto ha sido un error que ambos debemos olvidar.

No hay una forma sencilla de acabar con esto y creo que la mejor manera de que ambos podamos volver al punto de partida es ser tajante y cortar todo de raíz. No obstante, eso no impide que se me revuelva el estómago solo con pensar en lo que estoy a punto de hacer.

—Lo que ocurrió ayer no puede volver a pasar —afirmo con voz seca.

Mi propio anuncio me golpea con fuerza y me recuesto en el respaldo de la silla intentando tomar algo de espacio para controlar la situación. Si pensarlo ya era malo, decirlo en voz alta y escucharlo ha resultado ser mucho peor.

Lola no parece más a gusto que yo. Su rostro se descompone y, a pesar de que intenta ocultarlo, percibo el temblor de sus manos.

No dice nada, pero un destello de tristeza atraviesa sus expresivos ojos grises haciéndome sentir un miserable y un auténtico cabrón.

—No es que no me gustes, lo de anoche estuvo bien, pero no puede haber nada serio entre tú y yo —añado intentando relajar la situación.

—Vamos, que para algo serio no, pero sí que estoy bien para un revolcón —responde ella dolida.

¡Mierda! Intento arreglarlo y lo que hago es cagarla más.

—Yo no he dicho eso.

—Eso es justo lo que acabas de decir.

Busco con ansiedad las palabras adecuadas en mi mente y, al no encontrarlas, comienzo a agobiarme cada vez más.

La solución más sencilla sería ser sincero, decirle la verdad: que me muero por cada uno de sus huesos, que estoy loco por ella y que cada minuto que paso a su lado me enamoro un poco más, pero que, por desgracia, mi corazón está inservible y la culpa nunca le dejará amar y entregarse de verdad.

Debería confesarle que le quité a mis compañeros la oportunidad de ser felices y que, al hacerlo, perdí la mía también… Debería decirle todo eso y muchas cosas más, lo que ocurre es que en el fondo me falta valor y no soy capaz. Prefiero que piense que soy un miserable por este motivo que enfrentarme a la opinión que pueda tener de mí si conoce la verdad.

—No es cierto, lo único que he dicho es que estuvo bien, pero no puede volver a pasar —la corrijo con voz impersonal.

—¿Serías tan amable de explicarme por qué? —insiste.

—¿Cómo que por qué? —repito intentando ganar algo de tiempo antes de responder.

—Sí, por qué no quieres estar conmigo —porfía ella cruzándose de brazos—. No lo entiendo; nos llevamos bien, nos divertimos, nos reímos juntos y, o eres un actor digno de un óscar de la academia o, basándonos en lo ocurrido ayer, me atrevería a decir que al menos cierta química entre nosotros hay.

¡Cierta química, dice! ¡Tenemos química suficiente como para volar un puto laboratorio nuclear!

—La hay —concedo incapaz de negarlo—. Por eso lo de anoche estuvo bien, pero, como ya te he dicho, no se va a repetir más.

—A riesgo de parecer una arrastrada, me encantaría que me explicases por qué —reclama ella poniéndome más nervioso. ¡¿Cómo demonios puedo explicárselo sin confesarle todo lo que se oculta dentro de mí?! Por desgracia, solo me queda una opción… Mentir.

—Porque no quiero estar contigo. No quiero una vida contigo, no quiero pasar cada segundo contigo, no me interesas así. Esto ha estado bien, ha sido un paréntesis, pero, en cuanto termine la búsqueda, los dos volveremos a la vida real.

—¿Un paréntesis? ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un puñetero KitKat? —pregunta dolida.

Sus ojos comienzan a enrojecerse, le tiembla la mandíbula de rabia, de desilusión, y yo… Yo no soporto verla así y solo quiero terminar de una santa vez con esta conversación.

—Estás sacando las cosas de quicio. Solo pasamos una noche juntos, tres polvos que estuvieron bien y ya está. No creo que eso te conceda el derecho de exigirme nada ni de pedirme ninguna explicación —la

acuso con voz ronca.

—Tampoco es que te estuviese pidiendo matrimonio… —musita con lágrimas en los ojos—. Solo quería una explicación.

—No hay ninguna explicación.

—No te creo —anuncia alzando la barbilla y resistiéndose a pensar que en realidad soy tan hijo de puta como parezco ser.

—¡Una noche! ¡Fue una noche! ¡Un revolcón sin importancia como tantos que he tenido y tendré! —miento como un descosido. Pero me veo superado por la situación y no sé qué más hacer—. ¡No vamos a ser pareja, no voy a renunciar a mi vida por ti! ¡Olvida lo que pasó y supéralo de una vez! —exclamo alzando la voz de tal forma que la mirada de varios clientes de la cafetería se dirige hacia nosotros haciéndola enrojecer.

—Tranquilo, me ha quedado claro… —asegura con dureza sin mirarme a la cara.

—Me alegro, para un futuro deberías tener en cuenta que el hecho de que alguien quiera acostarse contigo no implica que vaya a regalarte un anillo de compromiso. Madura de una vez. —Escupo las palabras sintiéndome lo peor… No obstante, no puedo permitirme que siga insistiendo porque su insistencia me hace dudar. Me muero por abrazarla, por decirle que soy un imbécil, suplicarle perdón y prometerle que nunca la voy a dejar y, sobre todo, que no volveré a decir ninguna burrada como las que acabo de decir nunca más.

La única forma de mantenerme firme en mi propósito y contenerme es estar alejado de ella, levantar una barrera entre los dos y, con esta conversación, la acabo de crear.

Una barrera enorme, gigantesca, una puta barrera de cemento, hierro y hormigón que la vuelve lejana e inalcanzable para mí.

Su rostro se vuelve frío y su mirada tan afilada que se me clava como un puñal.

—Entendido. No te preocupes, no voy a molestarte más —responde.

—Buscaremos a María tal y como estaba previsto y, en cuanto la encontremos, no nos veremos más —aseguro sintiendo como me desangro por dentro.

Ella se levanta y, sin dudar, se encamina hacia el exterior en un alarde de dignidad.

—¿A dónde vas? —pregunto al alcanzarla.

—Al hospital —responde sin añadir una palabra más.

Conducimos hacia la dirección en la que antaño se situaba el pequeño centro en el que María trabajaba, hoy convertido en un gran hospital, sin dirigirnos la palabra. En cuanto llegamos, Lola aparca, se baja y, al igual que hizo en el hotel, se dirige a la puerta con paso firme, sin esperarme.

Una vez dentro, camina decidida hasta el mostrador de recepción

tras el que un chico de aspecto agradable nos saluda con amabilidad.

—Buenos días, ¿con qué departamento tenéis cita?

—Con ninguno, en realidad venimos buscando información sobre una persona que trabajó aquí hace muchos años, durante la época de la postguerra —explica Lola todavía con rictus serio, aunque intentando sonar cordial.

El recepcionista nos estudia con curiosidad durante unos segundos antes de volver a hablar.

—Lo siento, pero en eso no os puedo ayudar.

—Es de vital importancia. Por favor. Entiendo que usted no estuvo aquí en esa época, sin embargo, puede ser que se guarden archivos o algún tipo de documento que podamos consultar —insiste Lola mientras yo espero guardando silencio.

—Lo siento, por la Ley de Protección de Datos no puedo tener ni daros acceso a ese tipo de documentación, sin embargo, creo que conozco a alguien que igual puede echaros una mano —añade sonriendo—. Si no os importa aguardar en la sala de espera, buscaré a Marta a ver si ella os puede atender. Su tía trabajaba en este hospital durante esa época, estuvo con nosotros hasta que se jubiló y controla todos los entresijos de este lugar. Si alguien puede tener la información que estáis buscando, sin ninguna duda es ella.

—Muchísimas gracias, esperaremos —acepta ella y le dedica al joven una brillante sonrisa que lo hace enmudecer.

En cuanto le da la espalda, su expresión se vuelve de nuevo impenetrable, dura y tan fría que me hace estremecer mientras ambos nos dirigimos a la sala indicada y tomamos asiento.

La habitación en cuestión no es demasiado grande. Paredes blancas, sillas y una mesita central llena de revistas. Lo que viene siendo ni más ni menos que una sala de espera de hospital. La única peculiaridad que tiene es que está completamente vacía y el silencio que reina en ella me resulta de lo más intimidante y ensordecedor.

—Lola, yo…

—Ni te molestes. No tenemos nada más que hablar.

—Siento que te hayas enfadado —murmuro con sinceridad, pues en realidad es cierto que lo siento, y mucho, a decir verdad.

—No te equivoques, no estoy enfadada porque no vaya a volver a ocurrir nada entre nosotros, sino por el hecho de haberme equivocado tanto contigo —sisea con la vista fija en la pantalla del móvil.

El golpe me sienta como un puñetazo en pleno estómago y una arcada asciende por mi garganta provocándome unas terribles ganas de vomitar. Esto es justo lo que quería, terminar esta relación que no había hecho más que empezar. No obstante, escuchárselo decir a ella con tanta rotundidad resulta más doloroso de lo que cabría esperar.

Me retuerzo en la silla y me muerdo la lengua evitando añadir nada

más. No puedo quejarme, no tengo derecho a ello porque me merezco su desprecio y cada una de sus palabras. Por mucho que me joda, sé que tiene motivos y razones más que suficientes para tratarme así.

El resto del tiempo permanecemos callados. Ella está perdida en sus propios pensamientos y ni se digna a dirigirme la mirada. En un momento dado, su teléfono comienza a sonar y sale al pasillo para hablar sin ser molestada. No escucho lo que dice, pero por su expresión tampoco me hace falta ser un lince para deducirlo. Estoy seguro de que su interlocutora es Tati, debe de estar poniéndola al día sobre lo ocurrido durante las últimas horas, y a juzgar por lo que tarda en volver a entrar, estarán planeando como mínimo mil torturas diferentes para mí.

Cuando regresa a mi lado, sus ojos enrojecidos me hacen sentir todavía peor. Soy una basura, por eso no quería que sucediese nada entre nosotros, sabía que la cosa no podía acabar bien y no quería hacerla sufrir.

La observo de reojo debatiéndome entre las ganas que tengo de hablarle para acercar posturas y mi determinación de alejarme para no empeorar la situación.

No sé qué hacer, estoy hecho un lío, lo único que quería era evitar lastimarla y eso es justo lo que estoy consiguiendo.

Al final, las ganas pueden más que el sentido común y me giro hacia ella dispuesto, si no a arreglar las cosas, por lo menos a suavizarlas. Pero justo entonces la puerta se abre y me quedo con la boca abierta sin posibilidad de añadir nada más.

—Buenos días, sois vosotros la pareja que está esperando para hablar con Marta, ¿verdad? —nos pregunta desde la puerta una señora entrada en años interrumpiendo mis intenciones de fumar la pipa de la paz.

—No somos pareja, pero sí estamos esperando para ver a Marta —puntualiza Lola con el cuerpo rígido y voz rasposa.

La mujer nos mira, extrañada ante la aclaración, pues, al igual que me sucede a mí, imagino que considera esa apreciación innecesaria.

Andará por los cincuenta años, va vestida con pantalón y camisa de enfermera y unos zuecos blancos. Es bajita, tiene el pelo rubio y corto y usa unas simpáticas gafas de pasta de color morado que le dan cierto aire alegre a su cara.

—Si hacéis el favor de acompañarme, os guiaré hasta la planta de Maternidad. Marta os está esperando —dice aguardando a que lleguemos a su altura para comenzar a caminar a lo largo de un ancho pasillo que conduce directamente al ascensor. La seguimos al interior y ella enseguida pulsa el botón del cuarto piso.

Cuando la puerta vuelve a abrirse, nos encontramos ante un nuevo pasillo igual de ancho que los anteriores, pero, a diferencia de

aquellos, este es colorido y sus paredes aparecen repletas de dibujos de animales. Nuestra guía acelera el paso y saluda a la enfermera que ocupa el mostrador de control de planta antes de continuar unos metros más para acceder a una sala de espera en la que nos invita a entrar.

—Esperad aquí, Marta enseguida vendrá —nos informa señalando las sillas de colores que ocupan el espacio.

Ambos obedecemos, pero, en cuanto la mujer desaparece de nuestra vista, dado que Lola ni me mira y no tengo ningunas ganas de sentarme de nuevo en silencio a su lado, me acerco a la ventana que hay en una de las paredes para echar un vistazo.

Las vistas dan al jardín de la parte posterior del hospital, el cual, aunque es pequeño, parece muy cuidado. Está vallado y cuenta con arbustos florales y árboles que dan sombra a varios bancos.

Es bonito y agradable, sobre todo si tenemos en cuenta que no dejamos de estar en un hospital…

—Hola, me han dicho que me estáis buscando. —Una voz a mi espalda me hace volverme y me encuentro de frente con una sonriente mujer que nos observa a ambos con curiosidad.

—Sí, gracias por recibirnos, imagino que tendrá mucho trabajo y no queremos molestar —asegura Lola levantándose de la silla para dirigirse a tenderle la mano.

—No os preocupéis, estoy en mi descanso —responde ella restándole importancia—. Ahora decidme: ¿en qué puedo ayudaros?

Me acerco a ellas y comienzo con la explicación.

—Mi nombre es David y ella es Lola. Estamos buscando a una mujer que trabajó aquí hace muchos años, cuando este hospital era más pequeño y se dedicaba a ayudar a los niños huérfanos y sin recursos durante la postguerra. Su nombre es María. Sabemos que nació en un pueblo de Coruña, que vino desde Asturias y creemos que se casó, pero no tenemos mucha más información —digo optimista.

—Yo no llevo tantos años aquí, no soy tan mayor, sin embargo, mi tía estuvo trabajando como enfermera en este centro desde que se fundó. Si alguien conoce a la persona que buscáis, tiene que ser ella.

—¿Podríamos verla? —pide Lola esperanzada.

—No es posible porque está con mi prima de vacaciones, visitando a una amiga suya que vive en Portugal, pero podemos intentar llamarla —nos ofrece sacando el móvil del bolsillo. Y toma asiento en una de las sillas.

Los dos la imitamos y aguardamos impacientes viendo como busca el número y conecta el manos libres para hacernos partícipes de la conversación.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

—¿Sí? —responde una voz al otro lado.

—Buenos días, prima —la saluda Marta.

—¡Marta! ¿Ocurre algo? ¿Está todo bien? ¿No deberías estar trabajando? —Nuestra interlocutora parece preocupada.

—Sí, sí, tranquila, todo en orden. Te llamo porque tengo aquí a dos chicos que necesitan hablar con tu madre.

—¿Con mi madre? —repite extrañada.

—Sí, están buscando a una persona con la que pensamos que pudo coincidir hace años en el hospital.

—Espera un segundo, está en el salón, voy a acercarle el teléfono.

Escuchamos los pasos de la mujer y su voz lejana susurrándole algo a alguien.

—¿Sí? —preguntan desde el otro lado en un tono de voz algo cansado.

—¡Tía! —la saluda Marta.

—Marta, cariño, ¿qué tal estás?

—Bien, tía, muy bien. ¿Y tú?

—Ya ves, tu prima y la Almudena me tienen todo el día de acá para allá. Hago más kilómetros que un taxista en hora punta —afirma la mujer con gracia—. ¿Qué tal todo por el hospital? —se interesa segundos después.

—Apenas conseguimos sobrevivir sin ti. Todo el mundo te echa de menos, ya lo sabes —responde Marta guiñándonos un ojo con complicidad.

Al otro lado, la anciana se ríe de forma casi imperceptible.

—Eres una zalamera.

—De eso nada, tía, solo digo la verdad —replica antes de añadir—: Escucha, tía, han venido unos chicos que quieren hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, están buscando a una persona que trabajó aquí hace muchos años. Poco tiempo después de fundarse el hospital.

—En esa época solo atendíamos niños —recuerda ella.

—Lo sé, pero por las fechas pensamos que pudisteis coincidir.

—Buenos días —la saluda Lola—. Antes de nada, muchas gracias por atendernos, es un detalle por su parte.

—No os preocupéis, esta cabeza mía ya no es lo que era, pero si puedo serviros de ayuda, lo haré encantada —responde.

—Estamos buscando a una mujer que trabajó aquí durante la postguerra. Nació en un pueblo de Coruña y vino aquí desde Taramundi al poco de fallecer sus padres. Se llamaba María. No sé si coincidió con usted o si la recuerda —comento mirando a Lola, quien mantiene la vista fija en el teléfono solo por no verme la cara.

—¡Por supuesto que la recuerdo! ¡Por los datos que me das no

puede ser otra más que María, la Gallega! —responde la mujer—. Era un encanto de chica, los niños la adoraban y nosotras también.

Ahora sí que Lola me mira con una brizna de esperanza iluminando sus ojos y, a pesar de que es apenas un instante, basta para que se me acelere el corazón.

—¿Estuvieron juntas durante muchos años? —pregunta ella devolviendo la vista al móvil.

—A decir verdad, unos cuantos. Incluso tenía una foto de su boda, ¿sabéis?

—¿Se casó? —se interesa la causante de mi enajenación.

—Oh, sí, lo hizo. Siempre nos dijo que no pensaba casarse, al parecer había tenido un gran amor de juventud al que esperó durante años y no conseguía olvidar, pero al final, por suerte, encontró a un hombre estupendo que consiguió conquistarla y con el que se casó. Todos nos alegramos mucho por ella. Hubiese sido una lástima que una chica tan maravillosa se quedase sola.

—Bien por ella —asegura Lola con una sonrisa complacida dibujada en sus labios.

Asiento, pues opino igual. Por lo poco que sabemos de ella, María debió de ser una mujer excepcional y, al igual que mi abuelo pudo rehacer su vida y ser feliz, me da cierta tranquilidad saber que ella también lo logró.

—¿Sabe dónde podemos encontrarla? ¿Sigue viviendo aquí? —se interesa Lola—. Necesitamos verla.

Al otro lado se hace el silencio y me encuentro conteniendo la respiración.

—Lo siento mucho, chicos, pero me temo que María murió. —La voz de la mujer se torna triste y apagada.

—¿Murió? —repite Lola con expresión abatida sin terminar de creerse lo que acaba de escuchar.

—Sí. Su marido se la llevó de Peñíscola cuando ella enfermó intentando proveerla de un tratamiento mejor, pero, por desgracia, un par de años después nos enteramos de que falleció —murmura—. Fue un palo para todos los que la conocíamos porque era una chiquilla alegre y buena que se hacía querer.

—¿Está segura? —insisto, resistiéndome a aceptar que después de tanta búsqueda el final haya sido este.

—Completamente. Su propio esposo informó de su fallecimiento al que entonces era el director del hospital. —Parece tan apesadumbrada que decido no insistir más.

—Siento haberla hecho rememorar ese momento —comenta Lola con voz trémula.

—Y yo siento no tener mejores noticias para vosotros —asegura ella todavía afectada.

—Tía, te llamo después, descansa. Tengo que colgar —anuncia Marta tras unos segundos.

Una vez finaliza la llamada, los tres nos quedamos en silencio.

—Bueno, pues parece que ya está —dice al final Lola con la voz cargada de melancolía clavando sus ojos en los míos—. Nuestra búsqueda acaba de terminar.

—Siento que no hayan sido buenas noticias —manifiesta Marta.

—No te preocupes, sabíamos que esto podía pasar —respondo—. Gracias de todas formas por ayudarnos, has sido muy amable.

—De nada, ha sido un placer, pero ahora, si me disculpáis, tengo que volver a trabajar.

—Claro, no te entretenemos más, y gracias una vez más —se despide Lola tendiendo de nuevo la mano a la mujer, que la aprieta con amabilidad antes de levantarse, acercarse a la puerta y desaparecer.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto en voz baja.

La mirada fría y vacía de Lola me atraviesa como si fuese un papel.

—Ahora, nada, «todo» se acabó —asegura con voz firme, remarcando ese «todo» como si fuera el quid de la cuestión.

—Podríamos intentar descubrir dónde está enterrada —sugiero, pues, a pesar de lo que dije esta mañana, me resisto a aceptar que este viaje y lo que hay entre nosotros haya terminado. Todavía no estoy preparado para renunciar a ella. En ese momento, me parecía lo más correcto; sin embargo, ahora que lo veo tan próximo, siento vértigo y un nudo en el pecho que me corta la respiración. Necesito algo más de tiempo, solo un poco más.

—No veo para qué. No tiene sentido que lo hagamos —responde encogiéndose de hombros—. La voluntad de Joaquín era que buscásemos a María para devolverle el anillo en caso de que todavía estuviese viva. Ahora que sabemos que está muerta, no tenemos nada más que hacer.

—Pero…

—No insistas —me interrumpe alzando la voz enfadada—. Esta mañana estabas deseando perderme de vista para poder seguir con tu vida; pues bien, felicidades, eso es lo que vas a hacer. Volveremos a Coruña, te dejaré en la puerta de tu hotel y no nos volveremos a ver.

Su afirmación y la determinación que veo en sus ojos me duelen más que un disparo en el corazón. Quiero gritar, decirle que fui un gilipollas, que no quiero perderla, pero no lo hago. Tenerla conmigo sería egoísta, ¿cómo podría hacerla feliz a ella si yo no lo soy? No puedo condenarla y eso sería lo que haría teniéndola junto a mí. Someterla a compartir mi condena.

Lola me mira, aguardando una respuesta, y al ver que no digo nada cuadra los hombros y baja la mirada.

—Voy a buscar una máquina expendedora para comprar una botella de agua y nos vamos —me anuncia y deja escapar un susurro triste y derrotado.

La veo salir de la sala y me maldigo por hacerla sufrir así. Su dolor me perfora el alma haciéndome sentir todavía más miserable.

Furioso conmigo mismo, me pongo en pie y, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros, me acerco a la ventana, apoyo la frente en ella y cierro los ojos al sentir el frío del cristal contra mi piel.

Resoplo, intentando convencerme de que he hecho lo que tenía que hacer. Me repito que a la larga será lo mejor… Y de repente, cuando menos me lo espero, un brazo me sujeta desde atrás con brusquedad, sin darme tiempo a defenderme o a reaccionar, inmovilizándome y apretando el filo de un cuchillo contra mi cuello de tal forma que apenas puedo respirar.

—¿Te acuerdas de mí? —susurra en mi oído destilando un pestilente olor a alcohol.

No veo su cara, pero tampoco lo necesito para saber quién es mi agresor, ya que ni viviendo mil años podría olvidar esa voz.

Capítulo 23

La oscuridad y yo

Lola

«Este tío es tonto. O eso o está para que lo encierren, porque yo, desde luego, no le encuentro otra explicación», pienso mientras descargo toda mi frustración contra la máquina expendedora en la que la botella de agua se ha quedado atascada y se niega a salir.

—Mal día has elegido para vacilarme, botellita, mal día —rumio entre dientes y le propino dos fuertes golpes más.

¡Paréntesis! ¡Primero tiene las santas narices de decir que soy un puñetero paréntesis! Después, que si no quiere nada conmigo, pero que para una noche ha estado bien; luego me llama «inmadura» acusándome de querer casarme con él solo por haber echado «tres polvos», como si yo pretendiese cazarlo o algo así, y para rematar la jugada, va y me suelta que está deseando seguir con su vida y librarse de mí. ¡Ni que lo tuviese secuestrado o retenido en contra de su voluntad!

La botella de agua cae por fin y, tras recogerla, me la arrimo a las mejillas para sentir el frescor del plástico sobre la piel.

Lo peor de todo es que, para mi desgracia, lo que siento por él es algo muy profundo. ¿Cómo no sentirlo? Nos divertimos, nos compenetramos, podemos hablar de cualquier cosa y, a pesar de lo diferentes que somos, nos complementamos y formamos un gran equipo. Esos serían ya atributos suficientes para enamorar a cualquiera, pero es que encima, cada vez que lo tengo delante, cada vez que me toca, mi cuerpo, que es un traicionero y no atiende a razones, se empeña en arder igual que si estuviese en medio de las hogueras de San Juan. Y como si con todo eso no fuese ya una misión imposible olvidarme de él, ahora el recuerdo de lo ocurrido anoche se reproduce una y otra vez en mi cabeza haciéndome sentir todavía más estúpida porque, aunque para David fueran tres míseros polvos, para mí, en cambio, fue algo brutal, único y especial, y saber que él no sintió la misma conexión que yo me deprime todavía más.

¿Cómo puede referirse a lo que tuvimos como «tres míseros polvos»? Puede que fuesen tres míseros polvos, sin embargo, esos tres míseros polvos me llevaron el corazón a la garganta y la cabeza a los pies. Me hicieron desinhibirme y dejarme llevar arrastrada por el deseo para entregarle no solo mi cuerpo, también mi corazón.

Fue una sensación diferente, la intimidad que se respiraba entre nosotros, la complicidad, su forma de mirarme, de tocarme…, como si nuestros cuerpos se conociesen desde siempre y nuestras almas estuviesen conectadas. Suena cursi, lo sé, pero así es como me sentí. Plena, feliz…

Esta mañana, cuando me desperté, ni siquiera me lo podía creer; era como ser la protagonista de mi propio cuento de hadas… Pensé que era un principio para los dos, que juntos teníamos la oportunidad de crear algo especial. Algo como lo que tuvieron María y Joaquín, con la diferencia de que nosotros sí podríamos aspirar a nuestro final feliz.

Eso creía hasta que, al llegar a la cafetería, vi cómo me miraba. Fue perderme en sus ojos y de golpe el cuento se cerró: el principio se convirtió en final y todo terminó antes de empezar.

Camino de nuevo en dirección a la sala de espera intentando dejar de darle vueltas a la cabeza, pero soy incapaz. No consigo entender cómo alguien puede ser tan… patán, insensible, cromañón… ¡Se me acaban los adjetivos y ni siquiera sé cómo calificarlo!

¡Es que es para darle dos tortas y alguna más de regalo! ¡¿No va el muy… desgraciado y después de decirme toda esa sarta de estupideces me propone buscar dónde está enterrada María?! ¡¿Para qué?! ¡¿No decía que quería seguir cuanto antes con su vida?! ¡Pues que lo haga, que siga con su vida, se largue de vuelta a Estados Unidos y me deje en paz de una vez!

Lo hemos intentado, la hemos buscado para darle el anillo tal y como Joaquín quería, pero por desgracia no ha podido ser.

Una tristeza enorme me embarga al pensar en que ya no podré conocer a esa gran mujer. Me hubiese gustado mirarla a la cara, hablar con ella y decirle lo especial que fue para él.

Anhelaba un final diferente para esta historia, pero no me queda más remedio que conformarme con el consuelo de haber cumplido la voluntad de Joaquín al haberlo intentado.

En cuanto a David, no pienso pasar ni un día más a su lado. Me siento humillada y dolida. Me cuesta horrores aceptar que lo que para mí fue un momento tan especial para él solo haya sido un revolcón más.

Cada una de sus palabras ha sido un dardo envenenado directo a mi alma y, cada vez que recuerdo la frialdad con la que me miraba esta mañana…, mi corazón se encoge y se parte un poquito más.

Necesito poner distancia, volver a mi rutina, olvidarlo y que todo

vuelva a la normalidad.

Pero antes me va a escuchar. ¡Sí, señor! ¡Esta mañana ha hablado él y ahora voy a hacerlo yo! Va a seguir con su vida, por supuesto que sí, pero antes voy a decirle tres cositas como que me llamo Lola, ¡vamos! ¡Este aún no sabe quién soy yo!

—¡Que sepas…!

Las palabras mueren en mis labios y la botella se me escurre de las manos cuando, petrificada y horrorizada, contemplo desde la puerta y con la boca abierta la grotesca escena que se desarrolla en el interior de la sala.

Un hombre con expresión enajenada sujeta a David por la espalda manteniéndolo inmovilizado mientras aprieta la hoja de un cuchillo contra su cuello dejándole pocas o más bien ninguna opción.

Alertado por el sonido de mi voz y del botellín al impactar contra el suelo, el atacante se gira hacia mí al tiempo que una sonrisa amenazadora y mezquina toma forma en su rostro.

—Vaya, vaya, ya estamos todos —comenta con la voz algo pastosa.

Lo observo aterrorizada. Es algo más alto que David y también más corpulento. Tiene el pelo rapado y unos ojos de color marrón chocolate enrojecidos a causa de la furia y el alcohol. Su piel es de color canela y una cicatriz atraviesa en diagonal su mejilla izquierda; sin embargo, lo que más llama mi atención es su expresión atormentada y llena de rencor.

En un *casting* para una peli, tendría todas las papeletas para ganarse el papel de malo. En la realidad, por lo visto…, él mismo parece habérselo adjudicado.

—Lola, sal corriendo de aquí ya —me indica David contemplándome con el cuerpo en tensión.

—No se te ocurra mover un solo pie o te juro que primero le rebano el cuello a él y después a ti —me amenaza el hombre en un español con marcado acento inglés imprimiendo una seguridad impactante a cada una de sus palabras. Sus gestos me dejan más que claro que no solo no tendría ningún problema en cumplir su amenaza, sino que parece estar buscando cualquier excusa para llevarla a cabo.

Me quedo bloqueada. Todo mi cuerpo tiembla, soy incapaz de moverme, de hablar, de respirar y mucho menos de pensar. Mis ojos siguen fijos en el cuchillo que oprime la garganta de David y no consigo reaccionar.

—Si le tocas un solo pelo, te juro que te mato —le advierte David, quien, a pesar de estar inmovilizado y en clara desventaja, sigue teniendo un aspecto fiero en lo que se refiere a su captor.

—¿Igual que mataste a todos los demás? —lo increpa el hombre en tono sarcástico y dolido. Luego aprieta con más fuerza el mango del arma y añade dirigiéndose de nuevo a mí—: Sí, bonita, sí, aquí donde

lo ves, el capitán es un asesino y un traidor.

Estoy aterrorizada y no entiendo nada. ¿Se conocen? ¿Qué dice este loco de «asesino» y «traidor»?

—Lola, hazme caso, vete de aquí —suplica David con voz queda.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres que se vaya? ¿No quieres que se entere de lo que hiciste? ¿No quieres que sepa la clase de hombre que eres? —sisea su agresor y le lanza un puñetazo al estómago del que David no puede defenderse y que lo hace doblarse de dolor.

Me siento impotente, los ojos se me llenan de lágrimas y el loco comienza a gritar.

—¡¿Sabías que tu amigo asesinó a su escuadrón?! ¡¿Sabías que los dejó morir como si fueran perros para salvar su propio culo?! —El hombre parece poseído. Si no fuese porque tiene un cuchillo en la mano, incluso me daría lastima.

—¡Yo no maté a nadie! ¡Tu hermano nos traicionó! ¡Nos vendió y nos tendió una trampa! —se defiende David apretando la mandíbula.

—¡Mientes! ¡Eran nuestros amigos, nuestra familia! ¡Mi hermano nunca haría eso! ¡Tú le arruinaste la vida! ¡Lo inculpaste para salvarte y ahora se está pudriendo en una puta cárcel militar!

—No tienes que hacer esto, Matt —David trata de hacerlo entrar en razón—. No compliques más las cosas.

—Sí que tengo que hacerlo. Tú acabaste con su vida y ahora yo voy a terminar con la tuya —asegura con voz peligrosa el tipo, que cada vez parece perder más el control.

No sé qué demonios pasa, no sé si eran amigos o enemigos ni quién se supone que es el traidor y quién no. Lo único que puedo ver es que este loco tiene toda la intención de matar a David ante mis propios ojos y no sé cómo leches voy a hacerlo, pero tengo que impedirlo o no podré seguir viviendo.

—Matt, escucha, suelta el arma y podremos hablar —suplica David.

—¿Qué te pensabas? ¿Que iba a quedarme quieto viendo como la vida de mi hermano vuela entre esos oscuros barrotes mientras tú juegas a las parejitas y te das revolcones por la playa? —murmura el tal Matt destilando veneno.

Lo escucho tan impresionada que las piernas dejan de sostenerme y necesito apoyarme contra la pared. ¿Ha estado siguiéndonos? Ha tenido que hacerlo, cómo si no iba a saber lo de la playa. ¿Hemos tenido a este tarado detrás sin darnos cuenta?

Una sensación de mareo trepa por mi estómago y toma forma en mi garganta provocándome unas acuciantes ganas de vomitar.

¡Va a matarlo, cada vez lo tengo más claro! Da igual lo que digamos o lo que hagamos, a este demente ni siquiera le importa lo que pueda sucederle después a él. Es una cuestión personal, lo tiene decidido; cueste lo que cueste, quiere acabar con David y lo va a hacer.

Las lágrimas desbordan mis ojos llenando mis mejillas de un agua salada que me recuerda a la del mar que compartimos ayer.

—No tengo nada que hablar contigo. Despídete del mundo, capitán, porque es la última vez que lo ves —advierte él girándolo un segundo hacia la ventana.

Con los ojos nublados por el llanto, veo como me da ligeramente la espalda y comprendo que esta va a ser mi única oportunidad. Es ahora o nunca, por lo que, sin pensarlo, me lanzo contra él dispuesta a atacarlo por la espalda intentando que se desestabilice lo suficiente como para que David pueda quitarle el cuchillo y recuperar así el control de la situación.

No obstante, Matt percibe el movimiento y tarda menos de un segundo en volverse contra mí. No tenemos margen; David reacciona intentando detenerlo, pero, para cuando consigue reducirlo, el cuchillo ya se encuentra dentro de mí.

Siento el instante exacto en que el filo me atraviesa la carne hundiéndose en mi interior. Miro hacia abajo y veo como la ropa comienza a teñirse de rojo, caigo de rodillas al suelo con la boca abierta y expresión de dolor.

A mi alrededor todo comienza a moverse con rapidez: Matt escapa corriendo y David se arrodilla a mi lado gritando mi nombre una y otra vez. Lo veo mover los labios, pero el sonido de su voz se va volviendo lejano y apagado según los colores que nos rodean van perdiendo brillo y todo se va distorsionando.

Siento dolor, un dolor agudo y paralizante que me recorre el cuerpo entero y un frío intenso que me hace estremecer.

Intento fijar mis ojos en los suyos y el penetrante bosque que habita en ellos me devora, embaucándome, engulléndome, y me dejo llevar, aspiro con fuerza y sí, aunque sea una última vez, decido perderme en él.

David

—Deberías irte a casa para descansar un poco, muchacho —me sugiere la enfermera al pasar por mi lado después de comprobar que el estado del suero es correcto y que todo está bien.

Observo a la mujer con expresión preocupada y devuelvo la vista a la cama en la que Lola continúa dormida.

—No tenemos casa aquí, estábamos de paso —comento.

—Pues en ese caso, deberías irte al hotel, tomar una ducha y dormir un poco — insiste.

—Prefiero quedarme —respondo sin apartar los ojos de Lola, que, a pesar de las ojeras y la palidez extrema de su rostro, descansa tranquila y no parece sentir dolor.

—Ella está bien y a este paso tendremos que ingresarte a ti también. Llevas casi dos días sin apartarte de su cama. Ni siquiera has comido y solo te he visto beber café y algo de agua.

—No tengo hambre y me pone nervioso que no se despierte.

—Eso es por la medicación que le han puesto para el dolor, los calmantes son fuertes, pero ahora que le están bajando la dosis en unas horas debería empezar a reaccionar.

—Perfecto, pues por eso mismo quiero estar aquí —aseguro con terquedad.

La mujer me echa una última mirada condescendiente y suspira resignada, como si en lugar de estar hablando con un adulto, estuviese haciéndolo con un niño pequeño que no quiere cooperar. Y, tras negar con la cabeza, sale de la habitación.

En cuanto se va, me pongo en pie, me acerco a Lola y acaricio su mejilla con las yemas de mis dedos. El contacto me reconforta, pero sé que no merezco tocarla, no cuando soy el único culpable de esta situación… La observo de nuevo y, al igual que me ocurre cada vez que lo hago, me siento todavía peor. Se la ve tan desvalida y vulnerable así, acostada en esa cama, que por mucho que me repiten que es normal que siga dormida no puedo evitar que me carcoma la preocupación.

Todavía no puedo creerme lo ocurrido. En cuanto Lola apareció en la sala, me invadió el terror por lo que el desequilibrado de Matt pudiese hacerle. Ese hombre está mal de la cabeza, lo de su hermano lo dejó tocado, por eso lo retiraron del cuerpo y, desde entonces, siempre me dio mala espina; no obstante, nunca lo creí capaz de hacer algo como esto.

Tampoco hubiese imaginado que Lola iba a lanzarse contra él.

Cuando la vi ahí tirada en el suelo con el cuchillo clavado… Juro que creí morir. Me hubiese cambiado por ella con los ojos cerrados con tal de no verla sufrir. Cada vez que recuerdo su expresión asustada, su cara de dolor y su mirada ausente, siento que se me detiene el corazón.

Fui un imbécil, un impresentable, un cobarde de mierda que, dejándose llevar por sus propios miedos, le hizo daño, aunque fuese con la intención de protegerla. Y ella, demostrando un valor del que muy poca gente podría presumir, arriesgó su vida por mí.

El tiempo que pasó en el quirófano se me hizo interminable. Recé, recé todo lo que sé y más pidiendo la oportunidad de disculparme, de enmendar mi error y, si ella me lo permite, de volver a empezar.

Si de algo me ha valido todo esto, ha sido para comprender que

necesito contarle la verdad. Explicarle qué fue lo que me pasó y lo que motivó mi manera de actuar.

No quiero que piense que no me importa, no quiero que crea que solo fue una noche loca para mí, no cuando significó más de lo que puedo expresar. No sé si servirá de algo, pero al menos necesito intentarlo, tengo que explicárselo todo y rogarle que me dé una oportunidad.

Mi teléfono comienza a sonar y suspiro resignado al ver el número de Tati reflejado en la pantalla.

La conversación que mantuvimos ayer, cuando la llamé para contarle lo ocurrido, no fue fácil; de haberme tenido delante, ella misma hubiese rematado lo que Matt no pudo acabar. Ni cuchillo le hubiese hecho falta, me habría matado con sus propias manos, pero no la puedo culpar.

Sus insultos me parecieron incluso ligeros después de lo que pasó. Tan poco se fía de mí que me hizo pasarle el teléfono a la enfermera y al doctor, y solo después de hablar con ellos pareció quedarse más tranquila y encontrarse mejor.

Aun así, incluso después de saber por boca del doctor que Lola está fuera de peligro, y a pesar de llamarme cada poco tiempo para que la mantenga informada, todavía sigue muy pero que muy cabreada.

Me pongo en pie y salgo al pasillo para no molestar a Lola.

—¿Cómo está? —pregunta sin saludarme siquiera.

—Igual: continúa dormida.

—¿Eso es normal? —Parece inquieta. La comprendo, si yo estoy agobiado estando a su lado, imagino que no poder verla lo vuelve todo mucho más delicado y complicado.

—Acaba de pasar la enfermera, me dijo que ahora que le han bajado la dosis de los calmantes despertará pronto —informo.

—Eso espero, necesito hablar con ella —suspira Tati—. No voy a respirar tranquila mientras no escuche su voz.

—Tati, mira…

—Patricia, para ti soy Patricia. No te tomes tantas confianzas que ni somos amigos ni lo vamos a ser.

Inspiro con fuerza ante su tono despectivo y lo intento otra vez.

—Patricia, siento mucho lo ocurrido. Te juro que las cosas no son como tú crees.

—Mira, soldadito de pacotilla: entre lo que mi hermana me contó después de vuestra noche juntos y lo que pasó en el hospital, me importa una mierda cómo son o dejan de ser las cosas —asegura—. Lo único que quiero es coger un puñetero avión, llegar ahí y que tú te largues para que mi hermana se olvide de tu cara.

—No voy a marcharme sin hablar con ella. Quiero darle una explicación y pedirle perdón.

—Tus explicaciones llegan tarde. Le hiciste daño, David. Tuviste la oportunidad de estar con una mujer maravillosa y la trataste como si fuese un simple revolcón. No te mereces ni un minuto de su tiempo. En cuanto yo ponga un pie en ese hospital, te piras y ni mi hermana ni yo volveremos a dedicarte un solo pensamiento. —Su afirmación es categórica y lo peor de todo es que tiene toda la razón. No obstante, no puedo ceder. Tengo que hablar con Lola y aclarar esta situación le guste o no.

—Lo siento, pero mientras tu hermana no me pida lo contrario, no pienso moverme de aquí —aseguro en tono suave, pues lo último que pretendo es cabrearla más o discutir.

—Veremos, ya veremos si lo haces o no —amenaza ella y cuelga dejándome con la palabra en los labios.

Me quedo frustrado, con la boca abierta, el ceño fruncido y el teléfono en la mano.

Por lo poco que la he tratado, Tati parece una chica dulce, tranquila y encantadora, pero cuando de defender a su hermana se trata tiene el carácter de un león.

Está claro que cuando llegue vamos a tener un encuentro divertido, es una lástima porque me cae bien y no me lo imaginaba así. Pero está tan enfadada conmigo que la veo muy capaz de engancharme por el pelo y echarme ella misma con tal de que me aleje de Lola, y lo siento mucho porque ni por esas pienso moverme de aquí.

Una pareja pasa por mi lado interrumpiendo mis pensamientos al mirarme de reojo con cierto desagrado y bajo la vista dirigiendo la mirada al punto exacto que ha llamado su atención.

Llevo dos días sin ducharme, no huelo a rosas que digamos y la sangre seca de Lola cubre la parte delantera de mi camiseta y mi pantalón.

La enfermera tiene razón: necesito una ducha, aunque sea rápida, pero, a pesar de que Matt está detenido y ella estable, no me atrevo a dejarla sola.

Me asomo a la puerta de la habitación y la estudio con atención. Duerme profundamente y, por lo que tengo entendido, podría tardar todavía unas horas en despertar. Si quiero irme y volver antes de que abra los ojos, este es el momento.

Lo pienso durante unos segundos y, después de que un hombre mayor me mire como si tuviese ante sus ojos al asesino de la peli de sobremesa de Antena Tres, me acerco a regañadientes al punto de control para informar a la enfermera de que voy a salir un rato y pedirle como favor personal que me avise en caso de que Lola despierte o surja cualquier cambio o novedad.

La mujer me mira con una sonrisa comprensiva y satisfecha, pues seguro que piensa que su reprimenda de antes resultó efectiva, y me

pide que me marche tranquilo asegurándome que es muy probable que no se dé ningún cambio tan pronto, pero que, en el caso de que suceda algo, ella misma se encargará de llamarme.

Capítulo 24

Novia a la fuga… a la española

Lola

Una sensación de pesadez me recorre el cuerpo y me remuevo incómoda sobre el colchón. Siento la boca pastosa y mis párpados parecen de hormigón.

Los abro con esfuerzo y la molesta luz que entra por la ventana me obliga a cerrarlos de nuevo. Levanto un brazo con la intención de frotarlos y es justo entonces cuando la vía sujeta a mi muñeca acapara toda mi atención.

Esta vez mucho más despierta, paseo la mirada a mi alrededor sin reconocer el lugar en el que estoy.

De repente, los recuerdos regresan en forma de *flashback* aturullando mi mente con la fuerza de un ciclón.

Mi encuentro con David en la playa y los momentos que vinieron después en la habitación, su posterior rechazo, sus hirientes palabras, nuestro encuentro con Marta y la conversación con su tía y, por último, el momento exacto en que llegué a la sala de espera y encontré al loco ese con el cuchillo en la garganta de David antes de que, al abalanzarme sobre él, terminase por clavármelo a mí.

Una angustia abrumadora trepa por mi pecho al no verlo aquí. ¿Le habrá ocurrido algo? ¿Lo habrá atacado el pirado ese también a él? ¡Oh, Dios, necesito información!

Como respuesta a mis súplicas, una enfermera y una doctora aparecen en ese momento por la puerta de la habitación acompañados de Marta, quien me dedica una sonrisa radiante al encontrarme despierta.

—Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos, te has echado una buena siesta —me saluda la chica.

—¿Y David? ¿Cómo está? ¿Le han hecho algo? —pregunto asustada y conteniendo la respiración.

—Tranquila, él está bien —se apresura a calmarme ella acercándose a la cama acompañada de sus compañeros—. Cuando vuestro atacante

se quedó sin arma salió huyendo, pero, por fortuna, entre dos médicos y el guardia de seguridad pudieron detenerlo —me explica.

—Tu novio ha estado a tu lado todo el tiempo, no se ha separado de ti ni un segundo hasta que hace un rato decidió ir a ducharse y cambiarse de ropa —me informa la enfermera.

—No es mi novio. —Las palabras salen apresuradas de mi boca provocándome un intenso dolor que se mezcla con el alivio de saber que se encuentra bien—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Has estado adormilada casi dos días, pero tranquila, eso es normal a causa de los nervios, el cansancio y los calmantes —me explica la doctora acercándose mientras revisa la carpeta que sostiene entre las manos—. Has tenido mucha suerte porque el arma no atravesó ningún órgano importante. Tuvimos que hacerte una transfusión porque habías perdido bastante sangre, pero te recuperarás.

—¿Estoy bien entonces? —pregunto respirando más tranquila—. ¡Tengo que llamar a mi hermana! —recuerdo de repente sobresaltada.

—No te preocupes por eso, tu hermana ha hablado con el médico de guardia, la enfermera y, si la dejamos, hubiese interrogado hasta al celador. Está al tanto de tu evolución y podrás hablar con ella enseguida, pero me temo que antes la policía necesita comentarte algunos aspectos y hablar contigo —me informa la doctora.

Asiento nerviosa, más que nada porque, a pesar de saber que no he hecho nada malo, tampoco lo había hecho antes de mi último encuentro con la Guardia Civil y no se puede decir que en aquella ocasión la cosa fuese del todo bien.

Una chica joven y un hombre más mayor entran en la habitación y se dirigen hacia mí.

—Buenas tardes. Nos alegra muchísimo que haya despertado y se encuentre mejor. Soy la inspectora Gómez y este es el oficial Torres —se presentan antes de continuar.

—Nos gustaría informarle de que hemos detenido y tomado declaración a Matt Jones y que ahora mismo este se encuentra en prisión provisional a la espera de juicio imputado por los cargos de retención ilegal, agresión con arma blanca, atraco y obstrucción a la justicia.

La escucho sin comprender nada. Debe de ser por el efecto de los calmantes, que todavía me tienen algo atontada, porque estoy bastante descolocada y perdida.

Lo de «retención ilegal» lo entiendo y con lo de «agresión con arma blanca» es evidente que se refiere al cuchillazo que me pegó. Pero… ¿y el resto?

—¿Atraco? ¿Obstrucción a la justicia? —repito poniendo cara de circunstancias.

—Sí. Una vez en comisaría confirmamos que Matt Jones fue el responsable del atraco efectuado en Taramundi en el que intentó implicarlos a ustedes ocultando la pistola en la bolsa de deportes del maletero de su vehículo y dando después el chivatazo a comisaría de que había visto a un hombre que portaba el arma subiéndose a un escarabajo antiguo de color rojo.

—¿Por eso nos paró la Guardia Civil? —pregunto asombrada.

—Sí, estaban sobre aviso. Por eso detuvieron el vehículo. La intención de Matt Jones era inculpar a su acompañante para que lo metieran en la cárcel, que usted estuviese con él en ese momento fue algo circunstancial.

—Pero ¿por qué? —pregunto cada vez más anonadada.

—Fueron compañeros en el Ejército y tenían rencillas pasadas —afirma la inspectora sin darme mayores detalles—. Por fortuna, su coartada era contundente y no había ninguna prueba que los incriminase en el atraco, por ello los dejaron en libertad. Pero el señor Jones, que los seguía de cerca, supo que su estrategia había fracasado.

—Por eso vino aquí y nos atacó —resumo.

—Exacto —asiente la inspectora—. Al no conseguir su objetivo, se sintió frustrado y decidió cortar por lo sano cometiendo él mismo el asesinato.

Lo que estoy escuchando me impacta tanto que me llevo las manos a la boca incapaz de hacer otra cosa más que asentir.

—Lo importante es que, en cuanto se ratifique su declaración ante el juez, ustedes quedarán exculpados del caso y libres de la obligación de presentarse en el juzgado a declarar como imputados, aunque, como es evidente, si quieren pueden comparecer como acusación particular o también pueden ser llamados a declarar como testigos y damnificados —añade la inspectora.

La mujer sigue hablando, pero mi cabeza es incapaz de procesar más información. Son demasiadas cosas: el atraco, el ataque en el hospital, el rechazo de David. Mi vida parece haberse convertido en una broma pesada de la que he perdido el control y necesito recuperarlo. De repente, la habitación me resulta asfixiante, necesito aire, tengo que salir de aquí.

—¿Entonces, estoy bien? —pregunto a la médica, que permanece en un segundo plano.

—Sí, en cuanto comprobemos que la herida cicatriza sin infección, te daremos el alta —me dice.

—Necesito el alta voluntaria —aseguro.

—¿Perdón? —pregunta ella mirándome sorprendida.

—Quiero firmar el alta voluntaria, necesito salir de aquí y volver a mi casa —suplico.

—Pero hay que revisar la herida, hacer curas para prevenir la

infección…

—Haré lo que sea —la interrumpo—. Me haré las curas, iré a mi médico nada más llegar, tomaré antibióticos a modo de preventivo si lo consideráis necesario. Pero no pienso quedarme aquí.

—No estoy de acuerdo con eso. Lo más sensato sería esperar. —La doctora parece molesta, pero no pienso claudicar.

—Voy a llamar a tu acompañante… —murmura la enfermera.

—¡No! —la detengo—. Quiero irme antes de que él regrese. —Mi voz se convierte en una especie de sollozo y la inspectora se adelanta dedicándome una mirada cargada de desconfianza.

—¿Le ha hecho ese hombre algo que debamos saber? —pregunta con voz suave.

—Nada que sea delito —murmuro recordando con tristeza nuestra última conversación en la cafetería del hotel—. Es solo que no estoy preparada para verlo. Firmaré lo que haga falta —digo a la doctora en un tono que no deja margen de discusión.

—Siendo mayor de edad y estando en pleno uso de tus facultades mentales, me temo que no puedo denegar esa solicitud. Pero conste que te doy el alta en contra de mi voluntad —accede al final de mala gana—. Enseguida te traerán los papeles que debes rellenar —añade antes de salir enfadada de la habitación murmurando para sus adentros.

La inspectora y el oficial se despiden también afirmando que me mantendrán informada de todo lo que ocurra relacionado con el caso y se marchan, dejándome a solas con Marta y la enfermera, que me dedica una mirada cargada de reproche.

—El pobre chico no merece que te vayas dejándolo así, no se ha movido de tu lado desde que el loco ese os atacó —lo defiende ella a la vez que se acerca para despojarme de la vía.

—Movido por la culpa o la gratitud —respondo en un tono más afectado del que me gustaría.

—Mira, niña, tengo los suficientes años como para saber que lo que veía en los ojos de ese muchacho cuando te miraba nada tenía que ver con la culpa o la gratitud —replica soltando un bufido—. El pobrecillo me pidió que lo avisase enseguida si por casualidad despertabas mientras no estaba y me siento fatal por incumplir mi palabra.

Su afirmación es como sal derramada en la herida que el rechazo de David abrió en mi corazón.

La idea de no volver a verlo me duele más que la cuchillada que Matt me pegó, pero la mera opción de volver a enfrentarme a él, de volver a lidiar con su rechazo, o peor aún, saber que está aquí por pena, culpa o gratitud… Eso es algo que no podría soportar.

—David me dejó muy claro lo que siente por mí y os aseguro que es menos que nada —afirmo—. Antes del ataque me dijo que quería

perderme de vista para seguir con su vida y eso es lo que le voy a conceder.

Las dos me miran compungidas.

—Al menos deberías decirle que te marchas —sugiere Marta.

—No puedo. Se negaría a que pidiese el alta y su estúpido sentido de la responsabilidad lo obligaría a permanecer junto a mí mientras estuviese aquí. —Me tomo unos segundos antes de continuar—. No puedo enfrentarme a eso, Marta, no tengo fuerzas ahora mismo para permanecer a su lado sabiendo que no siente nada por mí. Me resulta demasiado doloroso pensar que lo que compartimos no significó nada para él —confieso con la voz resquebrajada, a pesar de que ni la una ni la otra saben con exactitud a qué me refiero.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta ella.

—David y yo emprendimos un camino juntos buscando a María con la esperanza de que ella siguiese con vida. Ahora que sabemos que murió, prolongar esto no sería más que una agonía. Volveré a mi casa, a mi empresa y a mi vida.

—¿Estás dispuesta a perderlo? —Marta parece conmovida.

—No puedo perder lo que nunca he tenido.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros, pero cuando os vi juntos noté esa química que desprendéis. Emanabais una energía especial.

—Yo también lo creía —admito—. Pero no era más que un espejismo, una ilusión que se evaporó.

—David comentó que estáis de viaje, imagino que tendrás cosas que recoger —sugiere la enfermera.

—Sí, pero cuando llegue a casa me encargaré. Tengo mi bolso, con el móvil y la cartera, así que de aquí me voy directa al aeropuerto.

—Te traeré un pantalón de deporte y una sudadera que guardo en mi taquilla para emergencias. No puedes salir de aquí en camisón y tu ropa está inservible.

—Gracias. —Asiento, enternecida por el gesto y por su comprensión.

Las dos mujeres sonríen con tristeza y empatía y Marta se acerca para abrazarse a mí.

—Te deseo toda la suerte del mundo. Lo que hiciste por David fue muy bonito y te mereces lo mejor —susurra en mi oído antes de que ambas salgan de la habitación.

A los pocos minutos, regresa con las prendas prometidas y con los papeles del alta.

Lo firmo todo y, con su ayuda, me visto preparándome para salir.

Sobra decir que el dolor que me lacera por dentro en cuanto intento incorporarme me arranca un grito ahogado. Echando mano de toda mi fuerza interior, cierro los ojos y respiro despacio, apoyándome en la cama durante unos segundos para controlar el malestar y conseguir

mantenerme en pie.

La enfermera llega justo entonces empujando una silla de ruedas y mirándonos con cara de circunstancias.

—David acaba de llegar.

—¡No! —exclamo sintiendo como la sangre abandona mi rostro todavía más.

—Tranquila, le he dicho que acabas de despertar, pero que están revisándote. Está en la sala de espera.

—Gracias —respondo, soltando el aire aliviada.

—Te sacaré por el ascensor de personal para que no nos vea pasar —ofrece Marta—. Dios, me siento como si fuese la cómplice de Julia Roberts en *Novia a la fuga*.

—Solo que ni soy la novia ni me doy a la fuga —murmuro apretando los dientes a causa del dolor.

Apoyándome en Marta y tan rápido como mis débiles y temblorosas piernas me permiten, cojo el bolso y me siento en la silla de ruedas.

Contengo la respiración mientras ella me saca de la habitación y me conduce hasta el ascensor de personal. Allí mete su llave en la cerradura y, en cuanto la puerta se abre y pulsa el botón que marca «cero», empezamos a bajar.

Una vez salimos, me empuja en dirección a la puerta principal. Más que caminar, volamos hacia la salida y, cuando quiero darme cuenta, estoy entrando en el taxi para alejarme de una vez por todas de aquí y, por consiguiente, de David.

—Al aeropuerto, por favor —pido con voz trémula una vez se ha cerrado la puerta tras de mí.

El taxista me observa con expresión reticente por el espejo retrovisor. Si no fuese porque ha sido una enfermera la que acaba de ayudarme a entrar en el coche, estoy segura de que pensaría que pretendo fugarme del hospital. No es para menos. Estoy pálida, sin peinar y con una pinta que debe de ser de ver para creer.

—Enseguida —responde el hombre.

—Dese prisa, por favor —pido compungida.

Él me dedica una mirada desconfiada; no obstante, acelera sin añadir nada. El coche comienza a moverse y, con una lágrima resbalando por mi mejilla, echo una última mirada al hospital.

Sé que hago lo correcto, soy consciente de que esta es la mejor elección; sin embargo, a pesar de que una pequeña parte de mí se siente aliviada por terminar con todo esto, por dentro estoy rota de dolor.

¿Lo peor?

Que no es la cuchillada lo que más me duele, esa sanará con el tiempo, lo más difícil será recomponer mi resquebrajado corazón.

Capítulo 25

Eusebio y sus cajas

Lola

Está anocheciendo y estoy tirada en el cómodo sofá de mi casa viendo por segunda vez en lo que va de tarde una de esas películas de Netflix con las que, en lugar de un paquete de clínex, lo que necesitas es una sábana de tamaño familiar cuando, de repente, mi hermana, brazos en jarras y con una expresión en el rostro que daría miedo a la mismísima teniente O'Neil, se me planta delante interrumpiendo mi visión.

—¡Ehhh! —protesto—. Ahora viene lo mejor.

—No pasa nada, a estas alturas ya te la sabes de memoria. Podrías quitarle el volumen y hacer tú sola los diálogos —me acusa.

—Pongo los ojos en blanco y me arrebujo más debajo de la manta a la vez que me llevo una nueva cucharada de helado a la boca.

—¡Y hazme el favor de parar de una vez con el helado! ¡A este paso, los de Häagen-Dazs van a terminar haciéndose millonarios a tu costa!

—Exagerada —murmuro saboreando una nueva cucharada que me sabe a gloria.

—¡¿Exagerada?! ¡¿Cómo puedes decirme eso si te has ventilado tú solita tres botes?!

—Eran pequeños.

—¿Pequeños? ¡Eran de medio litro!

—Pero cada vez racanean más con la cantidad del interior —me defiendo.

Mi hermana suelta un bufido, que indica lo cerca que está de perder la poca paciencia que aún conserva, y se deja caer a mi lado en el sillón.

—Llevas más de una semana aquí zapateada, embutida en ese andrajoso pijama, tapada con esta manta y comiendo porquerías sin parar —me acusa en tono preocupado—. Tienes que empezar a ocuparte de tus cosas.

—Ya me he ocupado de mis cosas —replico de mala gana.

—Llamar al seguro para que mande una grúa a recoger a Betty no es ocuparte de tus cosas — objeta—. Ni siquiera te habrías molestado en recuperar la bolsa con tu equipaje si no hubiese hablado yo con el hotel para que la enviasen por transporte.

—Eran un par de mudas de recambio. Nada importante —murmuro cubriéndome todavía más con la manta.

—¡No me puedo creer lo que estoy escuchando! —exclama ella poniéndose en pie de un salto—. Pero ¿tú te estás oyendo? ¿Dónde está mi hermana la positiva, la luchadora, la que siempre encuentra el lado bueno de las cosas? —pregunta indignada por mi actitud.

—Se ahogó en el Mediterráneo —contesto con tristeza acariciando la pulsera de cubitos de madera que David me regaló y que todavía no he sido capaz de quitarme.

—¡¿Disculpa?! ¡¿Cómo puedes decir eso?! —Su voz suena tan sorprendida como indignada haciéndome sentir como si estuviese siendo juzgada—. Comprendo que lo estás pasando mal, Lola, pero tienes que poner un poco de tu parte —exige.

La observo con el ceño fruncido y los ojos llenos de lágrimas. Tiene razón, hace más de una semana que regresé de Peñíscola y, desde entonces, si excluimos mi visita obligatoria al centro de salud para controlar que la herida cicatriza sin infección, no he salido de casa.

Además, tampoco es que dentro de estas paredes la cosa marche mejor. El espacio en el que antes tanto disfrutaba y que consideraba mi hogar se ha convertido en una especie de cárcel que me angustia y me deprime a partes iguales sumiéndome en un círculo vicioso en el que mis únicas actividades productivas son ir del sofá a la cama y de la cama al sofá. Apenas duermo y me alimento de mierdas varias, incluyendo los helados que mi hermana acaba de nombrar.

Me he convertido en una especie de vegetal al que todo le da igual. Soy consciente de ello, y claro que me gustaría retomar mi vida, volver a ser la que era, mitigar esta angustiosa sensación de soledad que me oprime el pecho; simplemente es que no soy capaz.

—¡¿Ni siquiera vas a molestarte en responder?! —me increpa Tati, quien, en cuanto aterrizó, hace ya unos días, decidió montar su cuartel general en mi casa y no se ha movido de mi lado desde entonces.

—¡No puedo! No puedo, ¿vale? ¿De verdad piensas que no me encantaría levantarme con una sonrisa y hacer como si no hubiese pasado nada? ¿Crees que no lo olvidaría todo si pudiese? —exploto entre lágrimas—. ¡Por supuesto que lo haría, Tati, pero es que no tengo fuerzas, estoy agotada y el simple hecho de respirar me cuesta una barbaridad!

—Lola —susurra ella, apenada, tomando asiento de nuevo a mi lado para acurrucarme entre sus brazos—. Lo siento mucho, cariño. No pretendo presionarte, solo quiero ayudar.

—Lo sé —admito sorbiendo por la nariz—. Siento estar comportándome como una pirada, es que…

—No estás comportándote como una pirada, solo como una enamorada —me interrumpe con voz suave acariciándome la cabeza con ternura.

—Lo echo mucho de menos —sollozo—. Desearía odiarlo, olvidarlo todo y, cuanto más lo intento, más me acuerdo de él. De lo que me dijo, de cómo me trató.

—Si te hace sentir mejor, ya lo odio yo solita por las dos —sisea ella y posa un beso en mi frente.

—De verdad creí que teníamos algo especial, Tati. Él me hacía sentir especial.

—Desde luego, nos tenía bien engañadas, eso se lo tengo que reconocer —admite con voz dura.

—Nunca nadie me había mirado como lo hacía David; su forma de hablarme, de tocarme… Me cuesta mucho creer que todo fuesen imaginaciones mías, no consigo hacerme a la idea de que fueron simples ilusiones que mi cabeza se montó y que para él no fui más que una distracción.

—Confieso que yo también estaba segura de que David sentía algo por ti —reconoce—. Igual tenías que haber esperado en el hospital para hablar con él.

—¿Qué hubiese conseguido con eso? —inquiero hipando—. ¿Escucharle decir de nuevo que no fui más que la aventura de una noche? No, gracias.

—Por lo que dijo la enfermera, no se separó de tu lado mientras estabas dormida en el hospital. ¿No crees que eso puede significar algo? —susurra.

—Lo único que significa es que se sentía responsable, acababan de pegarme un cuchillazo intentando salvarlo a él —resoplo—. ¡Por supuesto que no iba a separarse de mi lado! Puede que conmigo no se comportase bien y que no sienta lo mismo que yo, pero no es ningún monstruo. Por mucho que me duela reconocerlo, David es un buen tipo.

—Yo no lo definiría así, pero si tú lo dices… ¿No ha vuelto a llamarte? ¿No te ha escrito?

Una nueva lágrima desciende por mi rostro y siento un fuerte pinchazo en el corazón.

—Me llamó el día que salí del hospital, cuando estaba en el avión. No contesté el teléfono y no ha insistido. Nada, ni una llamada ni un mensaje. Por lo visto, él ya ha pasado página.

—Del hospital no saliste, huiste —me corrige ella—. Todavía no puedo creerme que hicieses esa estupidez.

—Llámalo como quieras, lo importante es que desde ese día ni

rastro de él.

—Será cabrón… —sisea Tati.

—No puedo decir que me sorprenda, me dejó muy claro que estaba deseando terminar con todo aquello para volver a su vida y que no tenía ningún interés en saber nada de mí.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que él se lo pierde! —exclama ella justo en el momento en que el timbre de la puerta comienza a sonar—. Ese estúpido no tiene ni idea de la increíble mujer que ha dejado escapar —afirma con decisión a la vez que se levanta para abrir mientras yo me acomodo en el sillón regodeándome en mi pena y echando de nuevo mano a la tarrina de helado.

No tengo ni idea de quién puede ser, desde mi posición solo escucho susurros, pero en un momento dado, Tati comienza a protestar.

—¡Le he dicho que no es un buen momento! —grita a nuestra visita sorpresa desde la puerta al tiempo que unos pasos resuenan por detrás.

—¡Oiga! ¿Es que no me está escuchando? —pregunta molesta.

—Escuchar, escucho, pero solo lo que quiero. —La voz de Eusebio me llega alta y clara y me incorporo en el sillón.

—¡Hola, vecina! Tenía miedo de venir en mal momento, pero ya veo que no estás ocupada —me saluda el anciano ignorando por completo a mi hermana, que llega haciendo aspavientos de lo más molesta.

—¡Eusebio! ¿Qué hace aquí? ¿Pasa algo? —pregunto secándome las lágrimas, bastante sorprendida, pues, a pesar de que el hombre es un poco cotilla, este tipo de invasión tan directa no suele ser propia de él.

—Pasa, pasa, claro que pasa. Necesito tu ayuda, levántate y ven a mi piso.

—¿Mi ayuda para qué? —pregunto.

—Tengo que bajar unas cajas del armario y yo solo no puedo, no recuerdo qué contienen, pero pesan un montón.

—Lola tiene puntos y no puede hacer esfuerzos, yo lo ayudaré —se ofrece Tati, todavía cabreada con él.

—Paparruchas, no son tan pesadas —contesta el anciano haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Vamos a ver, ¿en qué quedamos, Eusebio, son pesadas o no lo son? —farfulla, molesta, mi hermana.

—Para un viejo como yo, sí; para unas chicas como vosotras, no —responde con desparpajo y me guiña un ojo arrancándome una sonrisa.

—Usted es solo viejo cuando le conviene —lo regaño con cariño—. Cuando el médico le ordena prescindir de la sal, le dice que eso son tonterías y que está hecho un chaval.

—Beneficios de la edad —afirma con una sonrisa pícara asomando a sus labios—. Venga, niña, levántate de una vez, que no tenemos todo

el día.

Refunfuñando, aparto la manta y me pongo en pie ante la crítica mirada de Eusebio, que me recorre de arriba abajo con desagrado sin una pizca de disimulo.

—¿No pensarás salir de casa así? —pregunta señalándome con aversión sin cortarse un pelo.

Me echo un vistazo: pantalón corto de pijama y camiseta a juego talla XXL de Piolín.

—Solo tengo que cruzar el descansillo —le recuerdo.

—Mujer, al menos péinate un poco, que parece que te acabes de electrocutar —comenta como quien no quiere la cosa.

—Eusebio, voy a bajar unas cajas, para eso no necesito estar peinada.

—¿No te enseñaron de pequeña que hay que salir de casa aseada? —me regaña el hombre.

—¿Quiere que lo ayude con esas cajas o no? —inquiero cruzándome de brazos.

—Que me ayudes, que me ayudes. Qué carácter tienes, hija —murmura dándose la vuelta para dirigirse de nuevo a la entrada.

Inspiro con fuerza y cuento hasta tres antes de seguirlo.

—Tú puedes esperarnos aquí —indica como de pasada a Tati, quien fija sus ojos en mí sin saber qué hacer.

Me encojo de hombros y, sin molestarme siquiera en calzarme (total, para cruzar el descansillo, con los calcetines me sobra y me basta), abandono mi refugio y espero mientras mi vecino saca la llave de su casa y la mete en la cerradura.

Una vez la puerta se abre, Eusebio se hace a un lado para dejarme entrar y, cuando me dispongo a hacerlo, tomándome por sorpresa me empuja lanzándome con fuerza hacia dentro.

—Pero ¿qué demonios hace? —pregunto dándome la vuelta al escuchar como mete de nuevo la llave en la cerradura y cierra la puerta.

Me acerco a ella e intento abrirla, pero nada.

—¡Este hombre se ha vuelto loco! —exclamo sin dar crédito a lo que acaba de suceder.

—¡Ábrame ahora mismo! —exijo, golpeándola con el puño—. ¡Si es una broma, ya le digo que no me hace gracia! —aseguro sin dejar de golpear—. ¡Eusebio, como no me abra la puerta en este preciso instante le juro que salgo al balcón y me pongo a gritar! —advierto cada vez más enfadada—. ¡Eusebio, o abre la puerta o…!

—Lola. —Escucho su voz a mi espalda y me quedo petrificada. Con el puño en el aire y la boca abierta de par en par, pero incapaz de articular palabra.

Es mi imaginación, es mi imaginación, ha tenido que ser mi

imaginación. Al final va a tener razón Tati. Entre la falta de sueño, tanto comer helado y las pelis basadas en libros de Nicholas Sparks voy a terminar chalada perdida.

—Lola. —De nuevo esa voz. Esta vez algo más cerca.

Trago saliva y cierro los ojos con fuerza. No, no pueden ser alucinaciones mías, no puedo estar tan mal.

Despacio, todavía con el puño en alto (en plan Estatua de la Libertad) y con la boca abierta, me doy la vuelta y, al hacerlo, por poco me caigo de culo, porque ahí está…

… David, contemplándome con el cuerpo rígido y los puños apretados, inmóvil, sin saber si debe o no acercarse más.

Da un paso en mi dirección y, con un grito, resuelvo cualquier duda que le pudiese quedar.

—¡Quieto! ¡No te acerques! —Lo amenazo con un dedo a la vez que doy un paso atrás, chocándome con la puerta.

—Lola, por favor, necesito que me escuches —pide con voz cansada.

Quiero ignorarlo, darle la espalda, hacer como si fuese un extraño al que veo por primera vez. Pero lo he echado tanto de menos durante estos días, he recordado tantas veces nuestras conversaciones, sus besos y sus caricias que mis ojos me traicionan y, de forma instintiva, recorren su cuerpo con avidez.

Una pequeña (y egoísta) parte de mí se congratula al comprobar que, a pesar de que él no va descalzo, sin peinar y en pijama, su pinta no es mucho mejor que la que tengo yo.

Está pálido, luce ojeras en un tono violáceo nada saludable y una incipiente barba de varios días que cubre un rostro apagado que parece agotado. Sus ojos, siempre tan penetrantes e intensos, parecen haber perdido vida y color y, o mucho me equivoco, o incluso juraría que ha adelgazado.

—Tú y yo no tenemos nada más que hablar —aseguro cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Te escapaste del hospital sin darme la oportunidad de aclarar las cosas. —Su tono encierra cierta acusación que me enfada todavía más.

—No me escapé, lo que pasa es que no me apetecía quedarme más —murmuro obstinada.

—Saliste con una alta voluntaria y a escondidas por el ascensor de personal —me recrimina.

—De acuerdo, siento no haberme despedido. Adiós, ha sido un placer haberte conocido. Ya está. ¿Ahora puedes irte y dejarme en paz?

—Difícil teniendo en cuenta que la puerta está cerrada —observa señalándola con un movimiento de cabeza.

Desesperada, pues cuanto más tiempo pase a su lado más intensa será la sensación de pérdida después, me giro hacia la puerta y

comienzo a golpearla otra vez.

—¡Eusebio, abra la puerta o se va a enterar! —lo amenazo.

—Deja al pobre hombre, solo quería echarme una mano —señala David—. Si eso es lo que quieres, me iré después de hablar contigo.

—¿Qué parte no comprendes? ¡No me interesa nada de lo que puedas decir! ¡Ya me lo dejaste todo muy claro! ¿Qué más quieres añadir? —pregunto con el corazón encogido y cada partícula de mi cuerpo dolorida por la tensión.

Lo he extrañado tanto, lo he necesitado tanto durante todos estos días que me cuesta un esfuerzo tremendo no abalanzarme sobre él. Me muero por sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, aunque sea una última vez y, precisamente por eso, no puedo dejarme convencer.

—Cinco minutos, dame solo cinco minutos y te juro que no insistiré más —suplica.

Mi mirada se entrelaza con la suya. El enorme sufrimiento que encierran sus ojos me coge desprevenida impactándome con tanta fuerza que no me puedo resistir.

—Cinco minutos —concedo.

—Gracias —suspira aliviado dirigiéndose al sofá. Toma asiento, sin dejar de mirarme, y cuando lo imito, haciendo lo propio en el extremo contrario, fija su vista en el suelo y, moviendo las manos nervioso, inspira con fuerza y comienza a hablar.

Cinco minutos, ni uno más, eso es todo lo que voy a darle, eso es todo lo que va a conseguir de mí; después, se irá y seguirá con su vida lejos de aquí.

Capítulo 26

Mi última oportunidad

David

—Cinco minutos, dame solo cinco minutos y te juro que no insistiré más —suplico conteniendo la respiración.

Sé que me lo estoy jugando todo a una carta y ni siquiera tengo un as, por lo que no me extrañaría que me mandase a la mierda, ya que mi comportamiento no ha sido lo que se dice ejemplar, pero necesito explicárselo todo, tiene que escucharme y, me cueste lo que me cueste, lo hará.

Cuando descubrí que se había marchado del hospital casi me da un infarto, regresé de inmediato al hotel y, al no encontrarla allí tampoco…, creí que iba a volverme loco. La llamé una, dos, tres y veinte veces, y entonces comprendí que no iba a responder.

Me puse en contacto con Tati, quien me confirmó que había vuelto a casa y que no me quería volver a ver.

¿Pensaba que mi corazón estaba roto y no podía estar peor? ¡Ja! La simple idea de perderla, de no volver a tenerla a mi lado, hacía que me desangrase por dentro sumiéndome en la desesperanza y la aflicción.

En el hospital estaba decidido a arreglar las cosas, a ser sincero y a volver a empezar, pero en aquel momento, por necio y cobarde, había perdido mi oportunidad.

Sin embargo, lo que estaba en juego era demasiado valioso como para rendirme, así que volví a Coruña y tracé un plan.

Liar al pobre Eusebio para que me ayudase fue una jugada un poco rastrera por mi parte; no obstante, aunque al principio casi me corre a escobazos, cuando le conté mis intenciones el hombre, que por lo visto quiere mucho a Lola y solo ansía su felicidad, me facilitó las cosas y se mostró encantado de colaborar.

Mis ojos encuentran los suyos y la pena que desprenden me deja sin respiración. Todavía no puedo creerme que el causante de su estado sea yo.

—Cinco minutos —concede con resignación.

Dando gracias al cielo por echarme una mano y a toda velocidad por si le da por cambiar de opinión, me encamino hacia el sofá y espero impaciente a que ella tome asiento. Lo hace en el lado opuesto, lo más alejada posible de donde yo estoy, pero algo es algo y, tomando aire, decido comenzar con la explicación.

—La vida en el Ejército no es fácil. Vivimos algunas situaciones complicadas, mucha soledad y momentos familiares que, en la distancia, son difíciles de llevar. Pero no todo es malo; compartimos alegrías, logros y esperanza. Nos esforzamos por cambiar la vida de la gente a mejor y, a veces, cuando tenemos suerte y lo logramos, sentimos que todo el esfuerzo ha merecido la pena. —La observo y comprendo que tengo toda su atención.

»A mí me encantaba esa vida, perseveré mucho y enseguida conseguí subir de rango en el escalafón. El día que me nombraron capitán fue uno de los más felices de mi vida. Era un honor, aunque también suponía una gran responsabilidad —comento sintiendo como se me eriza el vello al recordar ese momento.

»Los hombres que formaban parte de mi escuadrón no solo eran compañeros; eran mis amigos, mi familia. Las personas con las que compartía mi día a día, y los quería como a hermanos. —El simple hecho de recordarlos me acelera la respiración y me obligo a contener el temblor de mi voz—. Siete hombres dispuestos a arriesgar su vida por mí y por los que yo arriesgaría la mía. —Las lágrimas inundan mis ojos e, incapaz de retenerlas, las dejo correr libres sacando mediante ellas toda la angustia que permanece reprimida en mi interior. Sus nombres se atascan en mi garganta y me esfuerzo por tragar saliva con fuerza antes de proseguir.

»Jack, Harrison, Morgan, Paul, Kevin, Nick y Scott. Este último era el hermano de Matt, el hombre que nos atacó —añado y ella asiente comprensiva aproximándose un poco más a mí.

»Los ocho empezamos juntos casi desde el primer día y formábamos un equipo difícil de igualar. Cada uno tenía sus puntos fuertes y, aunque yo estaba al mando y la última palabra era la mía, siempre valoraba su criterio y su opinión antes de tomar una decisión.

—Es lo que hace un buen líder —murmura Lola concentrada en el relato.

—Durante nuestra última misión en Irak, Scott estaba algo raro. Irascible, poco comunicativo y más agresivo de lo habitual. Se encerraba en sí mismo y apenas compartía momentos con nosotros —recuerdo negando con la cabeza—. Todos intentamos averiguar qué le sucedía, pero no había forma de hacerle hablar.

»Una noche, durante una ronda de vigilancia, se empeñó en entrar en unas cuevas apartadas. Dijo que estaba seguro de que había visto

como los talibanes escondían armas ahí.

»Sugerí pedir refuerzos, pero me convenció de que si nos veían patrullando por la zona y les concedíamos margen de actuación, las sacarían de ahí.

»Mi instinto me gritaba que no era buena idea, que debíamos esperar, pero Scott insistió tanto que me dejé convencer y di la orden de entrar.

»Las cuevas eran profundas, húmedas y se adentraban en la montaña, estaban llenas de ramificaciones y de túneles que se conectaban los unos con los otros convirtiendo el lugar en un auténtico laberinto. Eran bastante estrechas y no demasiado altas, lo que hacía que fuese complicado desplazarse por ellas con demasiada agilidad.

»Durante varios momentos estuve a punto de ordenar una retirada, algo en mi cuerpo me gritaba que debía sacar a mis hombres de ahí, pero Scott parecía animado por primera vez en semanas y, dejándome llevar por su entusiasmo, decidí seguir.

»Poco después, cuando miré a mi espalda, él ya no estaba allí. Había desaparecido sin dejar rastro por alguno de los túneles que acabábamos de dejar atrás y, en ese momento, me di cuenta de que estábamos cayendo en una trampa.

»Di la voz de alarma y comenzamos a correr en dirección contraria, pero, a los pocos segundos, las bombas comenzaron a explotar y los disparos a sonar.

»La mezcla de polvo y tierra impedía ver nada con claridad, comenzaron a caer piedras y un sonido atronador retumbó en mis oídos antes de verme lanzado contra una roca en dirección al exterior. Mis compañeros no tuvieron tanta suerte como yo, quedaron atrapados detrás de la cortina de fuego que una de las bombas provocó, en manos de los terroristas que les disparaban dejándolos heridos y agonizantes a merced de las llamas en lugar de acabar con sus vidas por compasión.

—Oh, Dios mío —murmura ella, que se ha ido acercando hasta situarse a mi lado, llevándose una mano a los labios.

La angustia trepa por mi pecho al revivir esa noche; el pánico paralizante, la desesperación, la impotencia y el desconsuelo se adueñan de nuevo de cada pequeña parte de mi ser y casi puedo sentir, como aquel día, el calor del fuego acariciándome la piel.

—Mis compañeros gritaban de dolor y terror. Yo estaba desesperado, tenía una pierna y tres costillas rotas, una de ellas estaba atravesándome el pulmón. Aun así, intenté llegar a ellos, gritaba sus nombres una y otra vez, busqué un hueco por el que penetrar en aquel muro de llamas, pero, por mucho que lo intenté, no logre encontrarlo.

Un silencio doloroso se forma entre nosotros hasta que, armándome

de valor, al fin consigo pronunciar en voz alta ese pensamiento que durante tantos meses me ha hecho sufrir apoderándose de mí.

—Los dejé morir, Lola, algunos no dejaron de mirarme a los ojos mientras su último soplo de vida se apagaba tras morir abrasados —sollozo fijando mis ojos en los suyos y dejándole ver a través de ellos todo lo que se ocultaba en mi interior.

—Yo… Lo siento muchísimo —susurra ella con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Perdí el conocimiento antes de llegar a la salida de los túneles y, cuando volví a abrir los ojos, estaba en la enfermería, solo y con la certeza de que no los volvería a ver.

—No fue culpa tuya —afirma Lola con vehemencia.

—Sí que lo fue —rebato hundiendo los hombros—. Tendría que haber hecho caso de mi instinto, de haber sido más cauto y prudente mis compañeros seguirían vivos —admito—. En lugar de eso, di la orden de entrar, fui el único responsable de meterlos en esa ratonera.

—Tú no sabías que os tenían preparada una emboscada —asegura intentando hacerme entrar en razón.

—Cierto, no lo sabía, así como tampoco podía imaginar que Scott nos hubiera traicionado. —Hago una pausa tragándome el sabor amargo que aflora con los recuerdos—. Sin embargo, eso ni me vale como excusa ni va a devolverles la vida a ellos.

—¿Cuándo te enteraste de que tu amigo os había vendido?

—En cuanto vi que había desaparecido dentro de los túneles y las bombas empezaron a explotar.

—¿Y qué hiciste después? ¿Qué pasó con él?

—Un escuadrón de refuerzo que patrullaba cerca escuchó las explosiones y se acercaron a ayudar. Ellos fueron los que consiguieron sacarme de los túneles y me llevaron hasta la enfermería. Al enterarse de que conseguí salir con vida, Scott intentó huir. Los talibanes le habían pagado una cantidad de dinero con la que pretendía salir del país, por suerte, conseguimos detenerlo, fue juzgado y encerrado en una cárcel militar.

—Se lo tenía bien merecido —susurra ella tomando una de mis manos entre las suyas.

Su contacto, el roce de su piel contra la mía resulta tan reconfortante que, por un momento, me quedo en silencio disfrutando de este fugaz momento.

Sus ojos buscan de nuevo los míos y me dejo arrastrar a su interior, sorprendido al comprobar que, lejos del reproche o el rechazo que esperaba encontrar en ellos, lo único que hallo es empatía y comprensión.

Debí sincerarme antes con ella, si no hubiese sido tan cobarde, ahora no estaríamos así.

—Matt, el hermano de Scott, te acusó de arruinarle la vida porque fue tu declaración lo que lo metió en la cárcel, ¿no?

Asiento.

—Los dos estaban muy unidos. Para Matt resulta inconcebible que su hermano resultase ser un traidor. Eligió creer que mi negligencia fue lo que los mató y que, como su hermano consiguió salvarse, lo acusé a él para salvarme yo.

—Entiendo —afirma.

—Después de la emboscada, cuando me recuperé, me asignaron a otro escuadrón. Intenté seguir, pero tenía pesadillas, apenas conseguía mantenerme en pie y me daban ataques de pánico ante los sonidos fuertes, por lo que me enviaron a la base. Poco después, al comprobar que mi estado no mejoraba, me concedieron una compensación económica y decidí renunciar —explico rememorando lo mucho que sufrí al tomar aquella decisión.

—No te resultaría fácil.

—No lo fue, pero permanecer en el Ejército en el estado en el que me encontraba hubiese significado jugar con la vida de los demás. Y ya tenía demasiadas muertes sobre mi conciencia como para cargar con alguna más.

Sus manos sujetan mi rostro y su mirada decidida se entrelaza con la mía.

—Escúchame bien, David. Tú no los mataste. No fue culpa tuya. Métetelo en la cabeza. No puedes seguir torturándote así.

—Eran mis amigos y algunos de ellos murieron gritando mi nombre, mirándome a los ojos mientras suplicaban mi ayuda, una ayuda que no les pude dar. Yo era el capitán, debería haberlos salvado y no lo hice —aseguro rompiéndome por dentro. Dejando salir todo el dolor que, durante meses, ha campado a sus anchas por mi cuerpo, mi alma y mi corazón—. Kevin iba a casarse y Paul estaba a punto de ser papá —confieso—. Yo les arrebaté eso, les arrebaté la oportunidad de ser felices y me convencí de que, si ellos no podían serlo, yo tampoco lo sería jamás.

—Eso no es justo… —farfulla Lola.

—¿Y lo que les pasó a mis amigos lo es? —pregunto con rencor antes de pasarme el dorso de la mano por la cara.

—No, por supuesto que no. Pero tu sacrificio no los traerá de vuelta —afirma.

—Por desgracia, eso lo sé.

—Hay algo que no entiendo —comenta segundos después—. ¿Cómo es que Matt dio contigo? —parece confusa.

—Al parecer, llevaba tiempo buscándome para vengarse de mí. Pero no consiguió localizarme porque, después de renunciar, me recluí en una pequeña cabaña en Alaska, ansioso por vivir mi pena en soledad.

Después, cuando por casualidad se enteró de la muerte de mi abuelo, supuso que me encontraría aquí —explico—. Por lo que confesó cuando lo detuvieron, llevaba siguiéndonos desde que salimos de Coruña. Él fue el responsable de tirar los petardos en la plaza del pueblo.

—¿En serio? —Parece sorprendida.

—Sí, sabía que una de las secuelas que me habían quedado eran los ataques de pánico y aquella fue una manera de jugar conmigo y demostrarse a sí mismo que me tenía bajo control y que todavía tenía poder sobre mí.

—Menudo zumbado —sisea frunciendo la nariz con desagrado.

—Su intención era hacerme correr la misma suerte que corrió su hermano. Y por eso en Taramundi atracó la ferretería y después fue al taller, donde sabía que teníamos el coche, y en un descuido de Raúl depositó el arma en mi bolsa y dio un aviso anónimo a la Guardia Civil.

—¿No sabían quién llamaba?

—Utilizó una tarjeta de prepago, que después destruyó —explico—. Su idea era que me metiesen en la cárcel y, una vez allí, contactar con algún preso para que se encargase de mí. —Lola abre los ojos horrorizada, pero me obligo a seguir—. Al ver que su plan fracasaba y nos dejaban en libertad, perdió el control y decidió terminar de una vez por todas conmigo.

—Ahí fue cuando nos siguió al hospital y te atacó —termina ella por mí.

—Exacto.

—Ese tío está fatal.

—En realidad, una parte de mí puede comprenderlo. Los compañeros que murieron también eran sus amigos. Es muy difícil asumir que su hermano fuese el responsable de lo que les ocurrió. Era más sencillo autoconvencerse de que el malo de toda esta historia era yo.

—¿Por qué haría su hermano una cosa así? —pregunta con la incomprensión dibujada en su hermoso rostro.

—Se enamoró de una chica que estaba bajo el poder de los talibanes. Se enteraron de que la muchacha tenía una relación con él e iban a matarla, le ofrecieron intercambiar su vida por la nuestra. Le dijeron que, una vez nos condujese a la cueva, la dejarían escapar con él.

—Apuesto a que no la dejaron ir.

—Por supuesto que no. La mataron ante sus ojos; ahí le entró el pánico y, entre eso y la noticia de que yo había sobrevivido, decidió huir. Momento en que nuestro superior lo apresó.

—Dices que cuando te retiraste te fuiste a Alaska. ¿Cuánto tiempo

permaneciste allí?

—Algo más de un mes. Estaba solo por completo. Leía y hacía deporte llevando mi cuerpo al límite con la única intención de conseguir conciliar el sueño. Pero todo era inútil, cada noche las mismas pesadillas me devolvían al infierno que viví.

»Una noche, justo después de una de ellas, mi madre me llamó avisándome de la muerte del abuelo. Estaba destrozada y yo no quería que hiciese un viaje tan largo en aquel estado. Además, necesitaba verlo, aunque fuese una última vez, y despedirme de él. —Hago una pausa inhalando con fuerza—. Me sentía tan avergonzado por lo que había hecho que no me atreví a contarle lo ocurrido y todavía me siento culpable porque se fue de este mundo orgulloso de mí y sin saber el fraude en el que me convertí.

—Tú no eres ningún fraude. Joaquín te hubiese querido igual, fueses pescadero o militar. Él estaba orgulloso de ti por cómo eres, no por tu vida laboral. —Sus palabras actúan como un bálsamo cicatrizante sobre mis profundas heridas y le dedico una mirada agradecida.

—Cuando llegué aquí y apareciste ante mí… Apenas habíamos hablado cinco minutos por videollamada y fue poco después del accidente de la cueva, por lo que no estaba demasiado centrado…, pero el abuelo me hablaba continuamente de ti, tanto que una parte de mí se sentía como si ya te conociese y, aun así, nada de lo que me dijo me había preparado para ti. —La miro con una sonrisa asomando a mis labios al recordar la primera vez que la vi en persona—. Fuiste como un soplo de aire fresco en pleno desierto. Un rayo de luz dentro de mi mundo cuando este se había vuelto oscuro y gris.

»Te juro que no lo pretendía y que hice todo lo que pude para evitarlo, pero lo cierto es que, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más atraído me sentía por ti.

—Pero tú dijiste…

—Nada de lo que te dije era cierto. No era yo quien hablaba, sino la culpa y el miedo —confieso sin dejarla añadir nada más—. Estando a tu lado me siento vivo, tú me llenas, Lola, me complementas, contigo vuelvo a ser feliz y ese fue justo el problema, porque una parte de mi corazón no dejaba de gritarme que no merezco sentirme así.

—Eso es…

—La culpa es un sentimiento poderoso y yo me sentía muy culpable por estar disfrutando de una vida que ellos ya nunca tendrán —la interrumpo—. La noche que nos acostamos… Nunca me había sentido así y comprendí que, más allá de la atracción o de la complicidad que nos unía, me había enamorado de ti —admito capturando sus profundos ojos con los míos antes de proseguir—. Eso me aterrorizó de una forma que no supe manejar. Todavía no estoy bien, sigo

teniendo ataques de pánico y hay ciertas heridas en mi interior que nunca sanarán —admito—. Soy un ser incompleto, Lola, roto por dentro. ¿Qué podía ofrecerte? Me dio miedo que el peso de mi mochila fuese demasiado para ti. Me dio pánico tenerte y perderte, o todavía peor, ser yo el que te hiciese sufrir. Me aterraba pensar que, al enterarte de lo que había hecho, llegases a sentir vergüenza de mí.

—David, escúchame bien: tu único delito ha sido cargar con una culpa que no te corresponde —asegura con seriedad—. No me importan los ataques de pánico. Me da igual si eres militar, zapatero o te dedicas a bailar claqué. Déjame ser la luz que te alumbre cuando las pesadillas te envuelvan, permíteme ser el pegamento que recomponga tu corazón. Dices que tienes miedo de hacerme sufrir y el mayor sufrimiento me lo provocaste al alejarme de ti —susurra entre lágrimas.

—Perdóname. Perdóname porque fui un necio. Ahora comprendo que el mejor homenaje que puedo hacer a mis compañeros es volver a vivir. Nunca podré olvidar lo que les ocurrió, pero, tanto por ellos como por mí mismo, necesito intentarlo, quiero volver a sentirme vivo, quiero disfrutar los días que me queden e intentar ser feliz, y he necesitado estar a punto de perderte para comprender que ya no puedo ni quiero hacerlo si no es junto a ti.

Lola acaricia mi rostro con devoción y doy gracias al cielo (o, en realidad, a mi abuelo) por haberla puesto en mi camino.

—No puedo prometerte que vaya a ser fácil, Lola, pero, si me das una oportunidad, te juro que dedicaré cada segundo que me reste de vida a compensar cada una de las lágrimas que has derramado por mi culpa amándote y desviviéndome por ti.

Ella asiente emocionada y creo que mi corazón va a explotar.

Mis ojos atrapan los suyos y me pierdo en esa mirada gris capaz de hacer que todo mi mundo deje de girar. Después, mis labios descienden hasta encontrarse con los suyos para unirse en un beso que sabe a vida, a segunda oportunidad, a amor y a felicidad.

Epílogo

Lola

—¡Daviiiddd! —grito al escuchar el sonido del timbre por tercera vez antes de saltar para esquivar una caja.

Hoy hace seis meses que estamos viviendo juntos. En realidad, desde la encerrona que el bendito de Eusebio nos preparó en su piso (el cual, por cierto, ahora es de David, ya que decidió comprárselo con la indemnización que le dieron en el Ejército y la herencia de su abuelo) no nos hemos separado y, a juzgar por la sonrisa de idiotas que según Tati llevamos todo el día dibujada en la cara, diría que no nos va del todo mal.

El caso es que como lo de ser vecinos nos parecía poca cosa y lo de tirar tabiques me encanta, hemos decidido unir ambos pisos y ahora estamos inmersos en una macrorreforma que ha convertido nuestro dulce hogar en una mezcla entre un almacén el primer día de rebajas y el decorado de una peli de terror.

Si a eso le unimos que yo cada vez tengo más trabajo, que David está trabajando en una empresa de seguridad y que la buena de Tati, que cuando puede nos echa una mano, ha tenido que irse fuera durante unas semanas por culpa de su trabajo, andamos todo el día como pollos sin cabeza de aquí para allá.

¡Eso sí, como pollos sin cabeza, pero radiantes de felicidad!

—¡Voy, estoy en el otro lado! —responde él mientras intenta atravesar un pasillo tan lleno de tablones de madera que parece una especie de yincana.

Al final, los dos conseguimos esquivar la carrera de obstáculos en la que hemos convertido nuestra casa y llegamos a la puerta a la vez.

—Te veo lenta últimamente —comenta guiñándome un ojo.

—Ando algo cansada, resulta que me he buscado un compañero de piso que es un coñazo, no me deja descansar por las noches y me tiene de lo más ocupada — replico desplegando una sonrisa pícara.

—Os estoy escuchando. ¿Podéis dejar el ligoteo para más tarde y

abrir de una vez? —nos regaña desde el descansillo la última voz que esperábamos oír tanto él como yo.

Ambos nos miramos sorprendidos y obedecemos de inmediato.

Ante nuestros ojos aparece Juan, el amigo de adolescencia de Joaquín, quien nos observa con una sonrisa que le cubre el rostro de lado a lado.

—¿Juan? ¿Qué hace usted aquí? —pregunto al hombre, que me observa con aire burlón.

—Ya ves, pasaba por el barrio y he decidido venir a saludar —contesta con un sarcasmo que no nos pasa desapercibido a ninguno de los dos.

—Pero ¿cómo sabe nuestra dirección? —pregunto algo confusa—. Disculpe nuestra sorpresa, es que no recuerdo en qué momento se la he dado.

—Bonita, te dije la última vez que nos vimos que no me trates de usted. Y en cuanto a lo de la dirección, normal que no te acuerdes, no fuiste tú quien me la dio, sino Joaquín.

—¿Joaquín, mi abuelo? —pregunta David con la boca abierta de par en par.

—No, tu abuelo no, el charcutero, no te fastidia. ¡Pues claro que Joaquín, tu abuelo! ¡Qué Joaquín va a ser!

—¿Cómo? ¿Cuándo? —indago muerta de la curiosidad.

—¿Primero puedo pasar? —pregunta el hombre señalando con la cabeza al interior.

—Claro, disculpe, quiero decir, disculpa —me corrijo de inmediato —. Vamos al salón. Cuidado con las cajas —indico encabezando la marcha que cierra David.

Una vez los tres estamos sentados en el sillón, el hombre nos mira con aire socarrón.

—Ese viejo zorro hasta muerto quiere salirse con la suya y tener razón —murmura, dejándonos todavía más descolocados.

—¿Perdón? —David frunce el ceño.

—Nada, hijo, nada. Tu abuelo, que incluso desde el otro barrio consigue salirse con la suya. Sera *jodío* el muy puñetero.

—Juan, perdona, pero es que no te entiendo —replico sin comprender ni papa de lo que dice.

—Normal, bonita, normal. De eso se trataba, pero tranquila, que enseguida os lo voy a aclarar.

David y yo intercambiamos una mirada sin salir de nuestro asombro antes de volver a centrarnos en el hombre, que, al recibir de nuevo nuestra atención, comienza con la explicación.

—Lo primero que tenéis que saber es que Joaquín y yo siempre hemos estado en contacto. De jóvenes éramos como hermanos y el cariño que nos teníamos perduró a lo largo de los años. Es cierto que

no nos veíamos, por lo menos no a menudo, pero hablábamos casi todas las semanas y nos manteníamos al tanto de lo que nos pasaba.

»Un par de meses antes de sufrir el infarto que lo mató, su corazón empezó a fallar; a él no le daba miedo morir, puesto que había vivido una vida rebosante de felicidad, sin embargo, sí que había una cosa que empañaba su tranquilidad y era la preocupación que sentía por vosotros dos.

—¿Por nosotros? —repite David cada vez más alucinado.

—Sí, decía que erais unos cabezotas que no os dejabais ayudar, por ello, consciente de que su tiempo aquí iba a ser limitado, el liante de tu abuelo comenzó a urdir su plan —afirma señalando a David.

—¿Plan? ¿Qué plan? —inquiere él cada vez más confuso.

—Os adoraba. Os quería muchísimo a los dos —añade el anciano ignorando la pregunta—. En Lola había descubierto a una muchacha cariñosa, alegre y risueña que se desvivía por hacer felices a los demás, pero que, con la excusa del trabajo, se encerraba en sí misma olvidándose de buscar su propia felicidad. —Escucho sus palabras y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Siempre me echaba en cara que trabajaba demasiado y no tenía tiempo para ser feliz —murmuro.

—En cuanto a ti, David, tú siempre fuiste su ojito derecho y estaba superorgulloso de ti. Pero al contrario de lo que crees, no por seguir sus pasos en el Ejército, sino por la nobleza que habita en ti. —David traga saliva con fuerza y no me cuesta imaginar lo que pasa en este momento por su cabeza; ni a mí ni a Juan, quien, sorprendiéndonos a ambos, afirma con rotundidad—: Hay algo más que tienes que saber. Tu abuelo era consciente de lo que sucedió en Irak.

—¿Cómo? No entiendo —murmura él, sobrecogido por la noticia.

—Supo que te había pasado algo en cuanto habló contigo y, al ver cómo te encerrabas en ti mismo, tiró de sus contactos y empezó a indagar. No le costó demasiado descubrir todo lo ocurrido.

—Debió de llevarse una gran decepción —musita David.

—Su única decepción fue no estar contigo en aquellos momentos. No poder ayudarte a superarlo. Decidiste ocultarlo y él aceptó tu voluntad, pero tienes que saber que nunca, ni un solo momento, te consideró culpable de aquella situación.

Los ojos de David se llenan de lágrimas y asiente emocionado.

—El caso es que Joaquín, que os conocía mucho a los dos, estaba empeñado en que estabais hechos el uno para el otro y se propuso daros un pequeño empujoncito para ayudaros a encontrar el amor y la felicidad.

—¿Qué estás insinuando? —susurro, incapaz de asimilar lo que estoy escuchando.

—Él quería que su muerte sirviese para algo y, como sabía que

ambos os conoceríais en persona en ese momento, decidió que esa sería la ocasión perfecta para actuar. Por eso os dejó la carta pidiéndoos que buscaseis a María, sabía que ninguno de los dos podríais negaros a cumplir su última voluntad.

—¿Estás insinuando que lo de buscar a María fue una patraña de mi abuelo? ¿Esa mujer nunca existió? —pregunta David anonadado.

—Por supuesto que existió. María fue tan real como lo somos tú y yo —replica Juan—. Solo que tanto Joaquín como yo sabíamos que había fallecido hace años. Pero buscarla, intentar dar con su paradero fue la excusa para daros la oportunidad de pasar tiempo juntos y conoceros mejor —confiesa el hombre con una radiante sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y la historia que me contó? ¿Tampoco hubo nada entre ellos? ¿Solo fue invento de Joaquín para hacer de celestina? —inquiero algo desilusionada.

—No, no, no. La historia que te contó es verídica al doscientos por ciento. Joaquín y María se querían y prometieron reencontrarse para estar siempre juntos el día que Joaquín huyó. Estaban muy enamorados y, por desgracia, la guerra y la lucha por sobrevivir los separó —nos aclara haciéndome sentir mucho mejor—. También es cierto que durante toda su vida se arrepintió de no haber cumplido su promesa de haber vuelto a por ella para darle el anillo y hacerla su mujer, aunque, por suerte, el destino fue generoso con los dos y ambos pudieron encontrar la felicidad y el amor.

—¿Y por qué nos lo cuenta ahora? —cuestiona David—. Quiero decir, hace seis meses que descubrimos que María murió. ¿Por qué no nos contó todo esto entonces?

—Solo sigo las instrucciones que tu abuelo me dio —asegura encogiéndose de hombros—. Que si seis meses después de descubrir que María ya no está entre nosotros seguíais juntos, viniese a veros, os contase todo esto y os pidiese un último favor.

—¿Qué favor? ¿Y cómo sabías que seguimos juntos? —pregunto con desconfianza.

—Joaquín me dio el teléfono de tu hermana, solo tuve que telefonearla para confirmar que vuestra relación está más que afianzada. Y en cuanto al favor… Él quería que fueseis juntos a enterrar el anillo a los pies del rosal que María plantó junto al faro en el que ellos se juraron amor.

Incrédulos, nos miramos antes de volver la vista hacia él.

—¿María plantó un rosal? —Esto es ir de sorpresa en sorpresa.

—Sí, la misma noche que Joaquín se marchó. Enterrar ese anillo allí es su último homenaje a María, su forma de devolverle la alianza que nunca le entregó.

—¿Y quieres que vayamos ahora? —murmuro sin saber cómo

reaccionar.

—No se me ocurre por qué no —responde él—. Yo, si no os importa, ya que he venido voy a aprovechar unos días más quedándome por aquí.

—¿Y cómo vas a volver al pueblo? —se interesa David.

—Tranquilo. Me ha traído mi hijo, me quedaré y regresaré con él, vosotros tenéis algo importante que hacer —nos asegura guiñándonos un ojo—. El faro no tiene pérdida, está a las afueras del pueblo, sobre el acantilado y, a pesar de los años, todavía se mantiene en pie y en muy buen estado —afirma antes de añadir—: Venga, marchaos, apurad; al viejo Joaquín nunca le gustó que lo hiciesen esperar.

Todavía impresionados por la información que acabamos de recibir, los dos nos ponemos en pie. David va en busca del anillo, que continúa guardado en su mesilla de noche, mientras yo hago lo propio con las llaves de Betty y juntos acompañamos a Juan a la calle y, después de despedirnos de él, aceleramos en dirección al coche.

El viaje no es largo, pero, al contrario de lo que nos sucedió la primera vez que recorrimos este mismo camino, en esta ocasión se nos hace eterno. Las confesiones de Juan nos rondan a ambos por la cabeza y quizás por ello permanecemos callados casi todo el camino.

Me resulta increíble que el bueno de Joaquín tramara semejante artimaña. ¡Nos hizo recorrer media España sabiendo que no la íbamos a encontrar! Si no fuese porque me parece tremendamente romántico que quiera que el anillo descanse para siempre en el lugar donde se lo ofreció por primera vez a María y porque gracias a su numerito ahora estoy con el amor de mi vida, incluso me enfadaría con él.

Llegamos a la zona de los acantilados cuando la puesta de sol comienza a conquistar el cielo dejando que los últimos rayos de luz del día dibujen colores anaranjados sobre la embravecida superficie del mar que salpica las rocas, acariciándolas con su espuma como si las quisiera engalanar.

El aire frío nos envuelve sonrojando nuestras mejillas y, con los dedos entrelazados, recorremos nerviosos y en parte emocionados los escasos metros que nos separan del pie del faro donde enseguida, erguido ante las inclemencias del tiempo y la adversidad, encontramos el rosal que, a pesar de no tener flores en esta época del año, parece mantenerse fuerte y sano.

—¡Aquí! —señalo arrodillándome en la tierra húmeda y poniéndome a escarbar. David enseguida se une a mí y juntos intentamos hacer un hueco profundo para ocultar de miradas codiciosas la preciada joya.

—¡Espera, he chocado con algo! —me detiene colocando su mano sobre la mía.

—Será una piedra —digo parándome y lo observo con atención

mientras retira con cuidado la tierra.

—¡Es una cajita de madera! —exclama—. ¡La reconozco, mi abuelo la tenía en su mesilla de noche cuando yo era un niño! —murmura sacando con cuidado la preciosa cajita de madera tallada a mano para entregármela a mí.

La contemplo con interés. Es preciosa y enseguida la reconozco yo también.

—Yo también la recuerdo, en la residencia también la tenía junto a su cama.

—No me extraña, por lo que me contaron cuando era pequeño, esta cajita pertenecía a mi abuela. Él se la mandó fabricar como regalo de bodas a un amigo carpintero —me explica David tomando de nuevo la caja y acariciando su superficie con cariño.

—¿Cómo habrá venido a parar aquí? —me pregunto en voz alta.

—Algo me dice que Juan tiene algo que ver. Seguro que el abuelo se la envió para que la enterrase de manera que nosotros pudiésemos encontrarla al cumplir su voluntad.

—Tiene sentido. ¡Desde luego, manda narices con Joaquín! ¿Con qué más nos sorprenderá?

—Ni idea, pero mucho me temo que estamos a punto de descubrirlo —afirma él cuando, al abrir con cuidado la tapa, encontramos un sobre con nuestros nombres dentro.

—Ábrelo —pido mientras él lo saca con mimo.

Para Lola y David

Ambos observamos durante unos segundos su cuidada y delicada caligrafía y, de alguna forma, sé que está aquí, a nuestro lado, observándonos y acompañándonos sin dejar de sonreír.

Con cariño y reteniendo el aire en sus pulmones, David rasga el sobre y saca el papel que se oculta en su interior.

—Es una carta, está firmada por mi abuelo —afirma sosteniendo con delicadeza el papel antes de comenzar a leer en voz alta.

Queridos Lola y David:

Estaba convencido de que terminaríais viniendo aquí. Mi corazón me decía que estabais destinados a encontraros y que solo necesitabais daros el uno al otro la oportunidad de abrir vuestros inmensos corazones y permitirles sentir para enamoraros.

Os ruego que no os enfadéis con este pobre viejo que lo único que anhela con todas sus fuerzas es que alcancéis la felicidad y que podáis disfrutar de un amor tan puro y especial como el que la vida me regaló a mí.

Tuve la fortuna de conocer al amor de mi vida siendo tan solo un niño y de amarla hasta que en el cielo nos hemos vuelto a reencontrar; tuvimos una existencia hermosa en la tierra y, ahora que estamos juntos en la eternidad, ya no nos volveremos a separar.

Por si todavía no lo habéis adivinado, estoy hablando de María. Esa chica inteligente, hermosa, leal y divertida que tuvo la valentía de cumplir la promesa que yo no cumplí.

Porque sí, es cierto que yo no regresé a buscarla, pero ella, María Lucía, tu abuela, David, sí vino a buscarme a mí.

David y yo nos miramos, temblorosos y emocionados, incapaces de creer lo que estamos leyendo. ¡María era en realidad la abuela de David! ¡No habíamos caído porque ninguno de los dos sabía que el nombre completo de su esposa era María Lucía, ya que siempre se refirió a ella como Esperanza! ¡Eso significa que sí se reencontraron y pudieron vivir su amor! Con los ojos empañados por las lágrimas, la voz trémula y los dedos temblorosos, David continúa leyendo:

Ella fue mi compañera, mi amiga y mi confidente. Mi paño de lágrimas, mi alegría y mis ganas de vivir. Ella, tu madre y tú, David, lo fuisteis todo para mí.

Con el anillo que ahora tenéis en vuestras manos, nos juramos y sellamos nuestro amor. Y nos amamos, nos amamos con la pasión y la intensidad del primer día hasta el momento en que falleció.

Tú eras tan solo un bebé cuando ella nos dejó, pero fuiste la luz de sus ojos desde el momento en que te conoció. Por eso, antes de irse, me pidió que guardase este anillo que simboliza entrega y amor para que, llegado el momento, ocupase el dedo de la mujer que te hiciese mejor persona y llenase tu alma y tu corazón.

Supe que esa persona podía ser Lola desde que vi como a través de la pantalla, cuando todavía estabas en Irak y ni siquiera os conocíais en persona, su sonrisa iluminaba tu mirada, y ahora que estáis aquí estoy seguro de que no me equivocaba.

Recordad una última cosa que os voy a decir: el camino es complicado, pero hasta las piedras más enormes se vuelven insignificantes cuando amas a la persona que lo recorre a tu lado.

Amar, vivir, soñar, luchar. Si lo hacéis juntos, vuestra vida será una aventura que siempre valdrá la pena recordar.

No queda mucho más que este viejo que os quiere pueda decir. Solo que os deseo que compartáis un amor tan inmenso como el que nosotros tuvimos la suerte de vivir.

Os quiere y siempre os cuidará,

El abuelo. Un viejo enamorado.

David y yo nos miramos con los ojos anegados en lágrimas y la respiración entrecortada. La carta se desliza entre sus dedos, y sus manos, llenas de tierra, cubren mis mejillas mientras el sonido del viento se impone con fuerza mezclándose con los acelerados latidos de nuestros corazones, que palpitan descontrolados por la emoción.

—Lola, desde que llegaste a mi vida te has convertido en la luz, la risa, el fuego, la ternura y el amor. —Sus palabras me elevan del suelo y siento que el resto del mundo se reduce a este momento en el que solo existimos él y yo—. Ya eres mi mejor amiga, mi amante, mi cómplice y mi compañera, pero me harías el hombre más feliz del

planeta si, además de todo eso, aceptases este anillo, símbolo de un amor eterno capaz de traspasar la distancia y el tiempo, y te convirtieses en mi mujer.

Lo contemplo extasiada mientras coloca el anillo en mi dedo sin apartar ni un instante la mirada. Las lágrimas serpentean por mis mejillas dejando a su paso un reguero de felicidad.

—Te quise desde que apareciste en mi vida, te quiero y siempre te querré —aseguro y me lanzo a devorar sus labios en un beso que derrocha vida, necesidad y amor. Un beso con el que comienza un nuevo capítulo de nuestra propia historia. La historia de un amor que ninguno esperábamos, pero que nos atrapó a los dos y que comenzó gracias al juramento de dos enamorados aquí, en este mismo lugar, hace muchos años, a la sombra del faro, en el lugar donde todo empezó.

Biografía

Andrea López Saborido nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado Administración y Dirección de Empresas.

Su primera novela publicada salió bajo el sello editorial Ediciones Atlantis con el nombre de *No sin ti*. Después, se decidió por la publicación independiente, y de esta forma llegaron *Lo encontré en tus ojos*, *Tú, hielo… Yo fuego* (libro que logró posicionarse durante más de un mes como número uno en Amazon y que en la actualidad ha sido reeditado por Editorial Planeta), *Pintaré estrellas por ti*, *Recordaré olvidarte*, *¿Quieres soñar conmigo?*, *¡Ni en tus sueños!*, *Un sueño muy peligroso*, *Un sueño para Mica* y *La chica de las zapatillas de colores*. Todas ellas son novelas de carácter romántico, pero siempre entremezclándolo con diferentes subgéneros como el suspense o el drama.

El secreto de las brujas «La Herencia» fue su primera novela de temática paranormal.

Sus libros están disponibles en formatos papel, Kindle y audiolibro en todas las plataformas digitales.

Su novela *El lugar donde empezó todo* es una historia romántica y contemporánea, cargada de sorpresas y con un toque fresco y divertido.

andrealopezescritora.com

Andrea López Saborido

@andrealosab

andrealopez_escritora

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com

¿POR QUÉ
RESISTIRSE A LA
TENTACIÓN?
Lea Ashton
elit

¿Por qué resistirse a la tentación?

Ashton, Leah
9788411803625
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

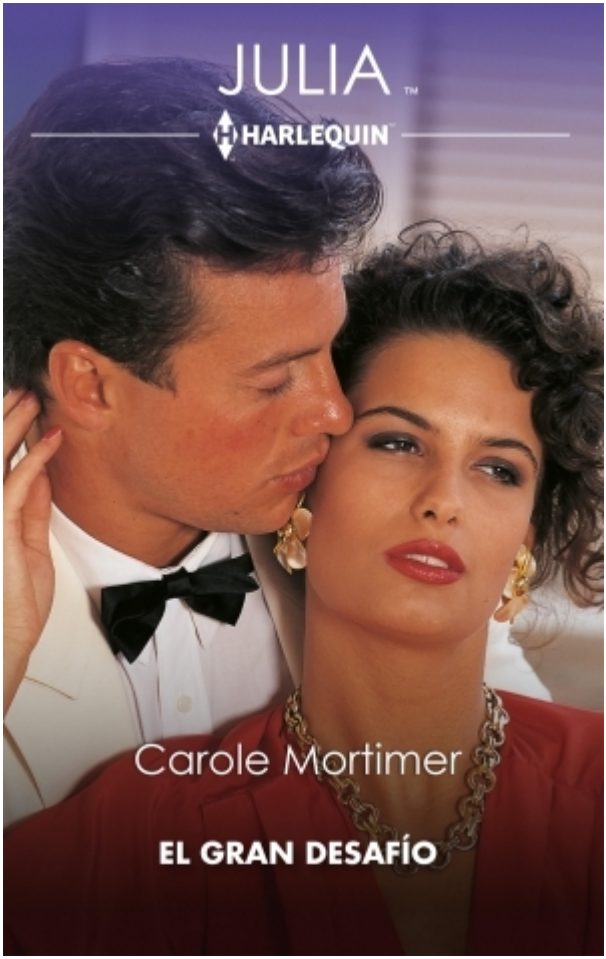
eLit 389

Nunca se había sentido tan bien rindiéndose a la tentación.

Ruby Bell había dejado atrás los escándalos y las relaciones para dedicarse a su trabajo en la industria cinematográfica. Hasta que llegó a su última película Devlin Cooper, uno de los más famosos y atractivos actores de Hollywood. Lo último que Ruby necesitaba era que Dev le hiciese propuestas indecentes, y que ella se replanteara su norma de no mezclar el trabajo con el placer…

¿Pero qué podía hacer si Dev la invitaba a cenar a un lujoso restaurante y después decía "corten" cuando aumentaba el acercamiento entre ambos? ¿Qué quería de ella? Ruby estaba demasiado intrigada como para dejarlo pasar…

Cómpralo y empieza a leer


JULIA
HARLEQUIN
Carole Mortimer
EL GRAN DESAFÍO

El gran desafío

Mortimer, Carole
9788411801355
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Julia 1027

Jarrett Hunter nunca se había enamorado hasta que conoció a Abbie Sutherland.

Al principio quería comprar su cadena de hoteles, pero en ese momento sólo estaba interesado en ella. Abbie era preciosa, sensual… en definitiva, tremendamente deseable. Era también una joven viuda que tras su mala experiencia matrimonial se resistía a enamorarse de nuevo.

Para Jarrett, Abbie no sólo era muy hábil en los negocios y en el dormitorio, era un gran desafío.

Cómpralo y empieza a leer

HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

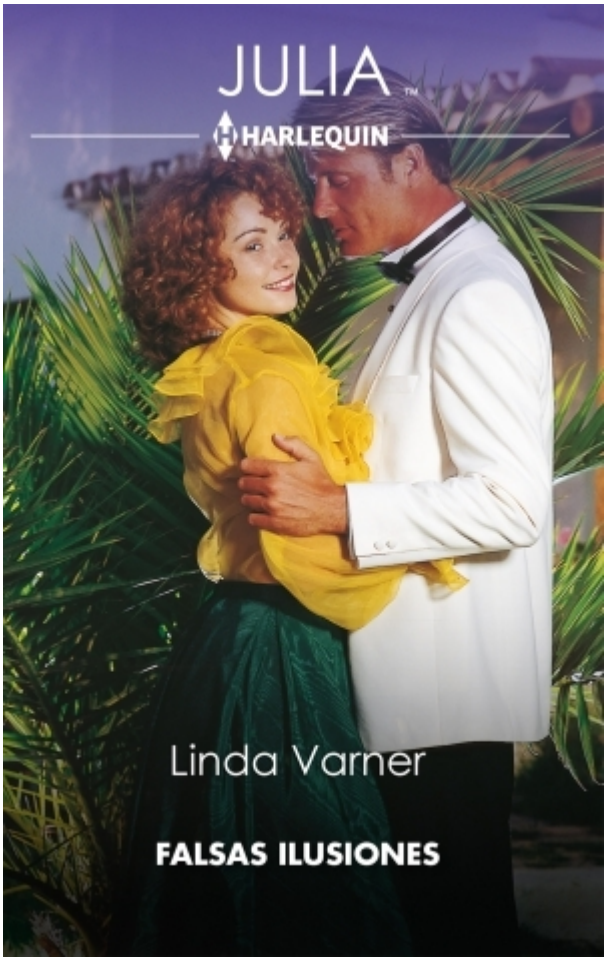
Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer


JULIA
HARLEQUIN
Linda Varner
FALSAS ILUSIONES

Falsas ilusiones

Varner, Linda
9788411801331
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Julia 1024

Reo Sampson estaba demasiado ocupado ganando dinero como para pensar en una vida hogareña. Pero cuando su bonita y nueva ayudante, Rusty Hanson, lo acompañó un fin de semana en un viaje de negocios, Reo descubrió que le gustaba tener a la sexy pelirroja a su lado... quizá en exceso. Y para un millonario reacio al matrimonio como él, eso era muy desconcertante...

Rusty no pudo evitar hacerse ilusiones cuando su atractivo jefe la abrazó. Aunque sabía que Reo no compartía sus deseos de formar una familia… tal vez pudiera convencerlo de que la llevara hasta el altar.

Cómpralo y empieza a leer

HARLEQUIN
Bianca
Secretos de familia
LYNNE GRAHAM
ESPOSA PERFECTA

Esposa perfecta

Graham, Lynne
9788411412223
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Miniserie Bianca 194

Su jefe necesita una esposa... ¡y ella es la candidata perfecta!

La atracción de la recepcionista Cleo por el multimillonario Ari Stefanos es un secreto ferozmente guardado. ¡Hasta que los dos sucumben a una noche de pasión irrefrenable! Aun así, ella sabe que es un amor imposible. Si el pasado le ha enseñado algo, es que no se puede obligar a alguien a que te ame por la fuerza.

Después de descubrir a la familia oculta de su padre, Ari encontró consuelo en los brazos de la dulce Cleo... Ahora, para adoptar a su sobrina huérfana, necesitará casarse. Y la cariñosa Cleo cumple todos los requisitos para convertirse en su futura esposa. Pero lo que es conveniente para uno nunca satisface a todos, y mucho menos si existe pasión por ambas partes.

Cómpralo y empieza a leer